

SANTA FE EN EL ESCENARIO DE LA ENTREGUERRA

Conflicto, solidaridades
y tendencias

Paula Sedran
Sandra R. Fernández
Ronen Man
(compiladores)

EDICIONES



I S H I R

Paula Sedran
Sandra R. Fernández
Ronen Man
(compiladores)

Santa Fe en el escenario de la entreguerra
conflicto, solidaridades y tendencias

CONICET



I S H I R

Fernández, Sandra R.

- Santa Fe en el escenario de la entreguerra : conflicto, solidaridades y tendencias / Sandra R. Fernández ; Paula Sedran ; Ronen Man. - 2a ed. - Rosario : ISHIR - Instituto de Investigaciones Socio Historicas Regionales del CONICET, 2022.

Libro digital, PDF

Archivo Digital: descarga y online

ISBN 978-987-47052-5-9

1. Historia Regional. 2. Historia de la Provincia de Santa Fe. 3. Santa Fe . I. Sedran, Paula. II. Man, Ronen. III. Título.

CDD 306.0982

Este libro ha sido evaluado por expertxs externxs a la institución editora que han recomendado su publicación.

Diseño y maquetación: Guillermo Ferragutti

© De la presente edición

Investigaciones Socio-históricas Regionales (ISHIR/CONICET-UNR), 2020.

CCT-Rosario

Ocampo y Esmeralda (2000), Rosario.

Todos los derechos reservados

Autoridades Ediciones ISHIR

Directora: Sandra R. Fernández
Vice-directora: Darío G. Barrera

Comité Editorial

Sandra R. Fernández
Darío G. Barrera
Ronen Man
Carolina Piazzì
Guillermo Ferragutti

ÍNDICE

- 9** Capítulo 1. **Santa Fe en la entreguerra. Un tema y varios problemas.**
Sandra R. Fernández
- 21** Capítulo 2: **Los orígenes de la Acción Católica en Santa Fe (1915-1935).**
Diego Mauro
- 51** Capítulo 3: **Redes trasnacionales académicas en la Santa Fe de entreguerras. Espacios de sociabilidad intelectual, diplomacia cultural y exilios.**
Natacha Bacolla
- 75** Capítulo 4: **Expansión urbana y ampliación política. El conflicto por el agua corriente en el norte de Rosario (1920-1932).**
Diego Roldán
- 91** Capítulo 5: **Actores económicos y perfiles productivos en dos localidades santafesinas. Esperanza y Rafaela durante el período de entreguerras.**
María Cecilia Tonón
Marcos Pascal

- 113** Capítulo 6: **Pujas intercorporativas y movimiento obrero rosarino: el *lock out* de julio de 1928.**
Natalia Alarcón
- 129** Capítulo 7: **Editoriales, imprentas y lectores en Santa Fe durante la década de 1930.**
Mariela Rubinzal
- 159** Capítulo 8: ***Rosario Musical: Actores, tendencias y contrastes en el mundo de la música rosarina de los '30 a partir de una revista cultural.***
Micaela Yunis
- 181** Capítulo 9: **Trayectos femeninos de consumo en la Rosario de entreguerras.**
Lorena Sguigna
Aldana Pulido
Micaela Pellegrini Malpiedi
Agustina Mosso
Paula Caldo
- 199** Capítulo 10: **De andanzas y peripecias. Los *ebrios* en diario *El Orden* en la entreguerra santafesina.**
Paula Sedran

1.

SANTA FE EN LA ENTREGUERRA
UN TEMA Y VARIOS PROBLEMAS

SANDRA R. FERNÁNDEZ

La definición de un “lugar” en la investigación histórica es un acto metodológico. Más allá de las habituales descripciones del entorno natural tan comunes en la bibliografía de los años 60’ y 70’, recortar el espacio desde múltiples dimensiones, que van desde variables mensurables e institucionalizadas hasta formas de constitución histórica y sensible del territorio, conlleva una toma de posición alrededor del objeto de estudio, pero fundamentalmente en el abordaje del problema asumiendo una escala, que transgrede a priori la retórica sobre lo nacional como referente historiográfico. De hecho, asumir un ideal de escala decide sobre la elección del espacio. Este, puede ser una construcción simbólica o una dimensión concreta. Es posible inferir, entonces, que el espacio puede ser claramente una abstracción que nos guía en la organización de una investigación, o puede estar “localizado” en términos de corporización territorial. El lugar adquiere otra relevancia porque también explica la delimitación del objeto de estudio, y de este modo guarda una vinculación sustancial con el espacio simbólico que recortamos en una investigación. Por otro lado, el término “lugar” no se puede emplear simplemente para designar un “punto en el espacio”. De hecho, los lugares son los escenarios de interacción y, a su vez, los escenarios de interacción son esenciales para especificar su contextualidad. Cualquier estudio que se haga tomando como referencia un espacio concreto es, en realidad, un análisis de relaciones sociales producidas en una coyuntura histórica determinada. Debemos pensar, entonces, que la tensión entre el lugar y el espacio no lleva consigo exclusivamente problemas de escala, sino además de acercamiento, de accesos para la observación. El lugar es el escenario privilegiado como ámbito de identidad, como espacio de resistencia y de petición de derechos, de conflicto, como continente de expresión privilegiado de la sociabilidad en sus múltiples formas. En ese franco proceso de construcción social la recuperación del territorio planea el debate de los espacios y lugares jurisdiccionalmente delimitados como escenario de las prácticas y las agencias.

En este texto, tal figura se recuesta sobre la comprensión de lo santafesino como una forma de acercamiento a la investigación, así como también una asunción de que Santa Fe no es solo una dimensión geográfica sino formal. Eficaz para la comprensión de fenómenos y para dar respuesta a interrogantes que recorren el límite temporal de la entreguerra argentina.

El texto, entonces, renueva la preocupación por lo regional instalándose en la trinchera de lo provincial, ante la evidencia empírica de que la delimitación contextual y cronológica de los años treinta del siglo XX argentino, tiene que ser observada desde el prisma del proceso histórico santafesino. No por recurrente, deja de ser efectiva la conciencia acerca de las transformaciones y continuidades como referentes cruciales de la reflexión histórica.

Con esta salvedad, los trabajos que componen esta compilación permiten ver procesos que han quedado ocultos o sesgados desde interpretaciones comúnmente esbozadas desde una mirada “nacional”. Su mérito, sencillamente, se expone en que en cada uno de los casos se vislumbran dimensiones distintas del problema y, consecuentemente, también se exponen explicaciones complementarias, y por cierto novedosas, de los sucesos estudiados. Así, el resultado es que hablando de Santa Fe se habla de mucho más. Ello -parafraseando primero un viejo trabajo que escribimos con Gabriela Dalla Corte- confirma que para la Historia las unidades espaciales no tienen sentido en sí mismas, sino en cuanto a las prácticas sociales y culturales, particulares y específicas que se conjugan en ellas en una temporalidad que ajusta sus alcances explicativos; y reafirma que la propia existencia de una región o localidad concita a pensar en el carácter construido de una entidad territorial y, por lo tanto, siempre es necesario estudiar los procesos que hicieron posible su existencia.

Otro elemento sustancial del texto es su recorte temporal. Sin dudas el marco cronológico elegido es más que sugestivo para establecer el contrapunto entre las visiones generalizadas propuestas desde hace tiempo por una historiografía de carácter nacional, y una mirada concentrada en procesos históricos “ubicados” que no refrenda tales interpretaciones, sino que las interpela con un desarrollo diferenciado y elocuente de la acción histórica. Así, tanto en términos contextuales como interpretativos, la compilación elige dialogar con estrategias que van desde una visión panorámica hasta el análisis de casos puntuales que señalan las especificidades de las problemáticas en cuestión. Los capítulos expresan las singularidades y transformaciones del período entreguerras, dejando de lado la visión tradicional que define esta etapa como una mera “transición” entre la primera guerra, el crack financiero, sus efectos y las salidas económicas y políticas manifestadas ante el quiebre de un modelo de desarrollo. En este sentido, cargada

de singularidad y complejidad, esta etapa tiene un interés propio y marca nuestra historia contemporánea, reafirmando la posibilidad de la investigación de matriz regional para comprender en clave escalar temáticas recurrentes de nuestra historiografía. Los trabajos que componen este libro sirven para caracterizar prácticas y agentes del medio social santafesino y argentino, además de presentar un repertorio de problemas que, analizados transversalmente, expresan la pervivencia y también la aparición de formas identitarias sociales, políticas y culturales que dejaron su impronta a lo largo de todo en el siglo XX.

Dicho esto, es importante destacar los aportes de cada uno de los capítulos que se publican en este texto. No es casualidad que el primero de ellos se ocupe de un tema crucial, que ha adquirido significación en las discusiones de la historiografía argentina de los últimos veinte años: la cuestión del vínculo entre la iglesia y el Estado, sus acciones en el espacio público y su profunda interpelación con la sociedad civil. Diego Mauro aborda el estudio de la Acción Católica Argentina (ACA) en tanto movimiento laical más importante de la Iglesia argentina del siglo XX, tomando en consideración tal el “reconocimiento popular de la soberanía de Cristo en esta tierra de Santa Fe”, tal como el obispo de Santa Fe, Nicolás Fasolino en 1933, se apresuró a afirmar. Sobre la base de una pregunta general alrededor de la supuesta debilidad de las experiencias previas a la ACA, el autor se fija como meta responder cómo las mismas habían generado las condiciones de posibilidad para su creación. Desde un vasto estado de la cuestión, Mauro expone que la aparente debilidad de las formas y acciones de la iglesia y sus laicos, permitió una acumulación de fuerzas que eclosionaron, en el contexto propicio de la década del 30', de forma avasalladora generando instituciones, participaciones en los elencos políticos y gubernamentales, entre otras. Tal como se afirma en el texto, la ACA creada en 1931 se visualizó rápidamente como una de las instituciones claves de tal “renacimiento” católico. Con este bagaje, Diego Mauro “recalibra” su perspectiva analítica al concentrarse no el momento de mayor éxito de la experiencia sino en los eventos constitutivos previos a su proyección. El camino que elige es sugestivo y virtuoso: sigue algunos emprendimientos previos de las acciones del laicado en la diócesis de Santa Fe, reconstruye los elencos masculinos dirigenciales de los principales organizaciones, desde mediados de la década de 1910 hasta comienzos de la de 1930, y al fin, analiza, para este mismo período, las formas de organización e intervención social y política auspiciadas por la

curia y sus diferencias y similitudes con las generadas por los laicos, fundamentalmente desde los Círculos de Obreros. Con paso firme deconstruye a partir del análisis santafesino, las grietas de la mirada impiadosa sobre la aparente “desorganización” del pasado, a la “falta de obediencia” y a las “trampas” que la democracia liberal les había tendido. Brinda, así, varias certezas alrededor de la eficacia de la labor de la ACA para colocar en el centro de la escena pública a un catolicismo militante, dinámico y capaz de movilizar multitudes y, al fin, como afirma el autor “ocultar sus grietas y pareció tener la valiosa capacidad de convertir dudas, incertidumbres y decepciones en verdades, estructuras y militancia”.

En el capítulo abordado por Natacha Bacolla se toma en consideración la articulación de la esfera pública y a los espacios de sociabilidad cultural e intelectual bajo la óptica de las aproximaciones propias de la historia conectada, que cifra su impulso en la circulación de ideas y bienes culturales a través de redes, mecenazgos e intercambios, marcados por las guerras, los exilios y los nuevos espacios de radicación. En este caso, Bacolla se detiene en Santa Fe y analiza la circulación académica en clave intelectual, en el contexto de consolidación de la recientemente creada Universidad Nacional del Litoral (1919). Como afirma la autora, la meta es estudiar el impacto de la diplomacia cultural, las redes construidas en el campo intelectual –tanto al calor del reformismo universitario, como posteriormente impulsadas por los exilios debidos a las políticas fascistas o a las consecuencias de la guerra civil española– y el rol de actores tanto nacionales como internacionales en la dinámica de éstas. En el capítulo, se enfatiza la perspectiva renovada que la nueva historiografía provee para el escenario de la entreguerra, superando las interpretaciones centradas en las salidas a la crisis, o bien en términos de antecedente del peronismo histórico. Desde ese costado, se abordan sugestivamente algunos ejemplos en torno a las inflexiones que las condiciones locales y globales imprimieron a las dinámicas de circulación, así como a las marcas que dejaron estas redes en la conformación de la universidad regional y en las transformaciones de ciertas agencias estatales.

El período es también paradigmático para las pesquisas sobre los procesos de modernización técnica y urbana de las ciudades argentinas en general, y santafesinas en particular. Diego Roldán avanza sobre una temática sensible en torno de los servicios

públicos en una ciudad como Rosario que aparece como referente del crecimiento promovido por el modelo agroexportador. Su estudio, ligado también a la problemática de la sociabilidad, se concentra en el análisis de las vecinales en la ciudad más importante de la provincia, haciendo hincapié en el rol de estas en el fenómeno de urbanización de los barrios rosarinos. Roldán expone cómo, en el contexto provocado por la crisis económica y el golpe de estado, se multiplicaron los reclamos de la sociedad civil ante el poder político local. Las vecinales, como parte del mundo corporativo, se constituyeron en un interlocutor local y ganaron relevancia, particularmente en las áreas de incumbencia directa del municipio. La intervención de 1935 consideró a las vecinales como interlocutoras válidas, imprimiendo una idea de que este proceso era producto de la coyuntura. El capítulo da un giro interpretativo, al concentrarse en la larga construcción de participación política y social de las vecinales durante la década de 1920. De manera específica, considera la generación de cuadros dentro del movimiento, los cuales participaron en la política formal del período contenidos por su representación en la Convención Constituyente Municipal para la redacción de una Carta Orgánica de Rosario y en las discusiones suscitadas en el recinto del Concejo Deliberante entre 1933 y 1935. Esta formulación de carácter general se describe a partir de un singular análisis de caso: el de los servicios públicos urbanos. En particular, de las condiciones de la prestación y las tarifas del agua corriente en el norte de Rosario. En tal sentido, y en palabras del autor, “los servicios públicos urbanos fueron objeto de un proceso de politización, hecho que condujo a un nuevo estatuto de consideración de los servicios públicos, sus modalidades de contratación, concesión y el contralor ejercido por el municipio sobre las empresas”. Pero lo más importante que señala Roldán son las formas en que las “ciudadanías insurgentes” se hibridaron tanto a partir de perfiles propios del vecinalismo como de fenómenos característicos de la participación político-ciudadana clásica. Así, nos revela en su estudio una “nueva” ciudadanía local, que interpelaba al municipio como demandante organizado en pos del cumplimiento del contrato social alrededor de los servicios públicos urbanos.

Ha sido común detenerse en el estudio circunscripto a distintas poblaciones del territorio santafesino. Sin embargo, ha sido menos transitada la estrategia de llevar adelante análisis comparativos sobre los espacios urbanos. El capítulo de Cecilia Tonón y Marcos Pascal tiene como meta esa estrategia, al intentar comparar actores económicos y líneas productivas en dos localidades del área colonial del centro-oeste provincial:

Esperanza y Rafaela. Concentrado el estudio en el período de entreguerras, dialoga con el período previo característico del modelo agroexportador clásico, pero insistiendo en las transformaciones y oportunidades que la crisis pone de manifiesto. Es de destacar que la caracterización bifronte, agrícola y manufacturera que las poblaciones elegidas presentan, expone justamente caminos diferenciados y a su vez similares en la generación de perfiles productivos pensados en una etapa muy compleja de superación de una crisis económica de carácter global.

Por su parte, Natalia Alarcón propone una búsqueda específica sobre los posicionamientos y miradas de las organizaciones corporativas burguesas rosarinas respecto de la práctica huelguística en los años de entreguerra. Más concretamente, la autora revisa una práctica mucho menos visitada por la historiografía que las huelgas: el *lock out* patronal, como herramienta de negociación y de presión corporativa sobre el conflicto social. En un minucioso recorrido por el episodio que tuvo lugar en 1928, Alarcón reconoce no sólo las recomendaciones “intervencionistas” de las organizaciones patronales, sino una particular forma de *concebir* dicha intervención y al conflicto social mismo. La autora presenta como tales organizaciones se propusieron distanciarse de una mirada abiertamente contenciosa, buscando así no “presionar al obrero sino garantizar el orden”. A su vez, el capítulo recorre dos líneas de tensión: por un lado, las diferencias presentes entre las distintas organizaciones patronales bursátiles, comerciales e industriales, su puja por liderar la convocatoria y por posicionarse ante el estado provincial y nacional; por otro, las respuestas obreras al *lock out*, con especial énfasis en el tejido solidario de los trabajadores portuarios de Rosario y Villa Constitución. De esta manera, Alarcón propone una descripción empíricamente nutrida del acontecimiento que habilita a interrogarnos con procesos contenidos a escala nacional.

Conforme el siglo XIX avanzaba, los libros se convirtieron en bienes que comenzaban a ser consumidos por el gran público. De objetos sacralizados, se transformaron en objetos educativos, culturales, de propaganda; al fin, bienes de consumo que buscaron ampliar el universo de lectura, pero también el área de acción comercial. Esta cuestión central de la historia sociocultural es abordada en el capítulo de Mariela Rubinzal. La autora señala con acierto cómo libros, revistas y periódicos, por citar los más significativos, tuvieron un rol fundamental para la difusión de los soportes de lectura, y también en la

movilización de lectores en la esfera pública. Rubinzal analiza el universo editorial santafesino en tanto dispositivo central de un proceso de modernización cultural que incluyó una ampliación de los públicos lectores tanto en la ciudad como en otros ámbitos rurales y urbanos del país. El capítulo estudia los libros editados en Santa Fe en bibliotecas de diferente índole y situadas en puntos geográficos variados (especialmente en lo que respecta a la distribución de la editorial universitaria) para dar cuenta de la irradiación cultural que la ciudad capital ofrecía; así como también la importancia de las asociaciones en la difusión, divulgación y comercialización de estas prácticas que conmovían el mundo social provincial. Es muy importante la interlocución que la autora propone entre las dimensiones locales, regionales, nacionales e internacionales, al propiciar una mirada escalar en 3D que permite comprender la densidad y el volumen del intercambio intelectual y cultural a partir de los mundos de lectura y circulación de saberes y narraciones.

Los capítulos restantes de la compilación presentan una línea de intervención que con objetos de estudio y recortes espaciales diferentes se presenta común: el consumo durante las décadas circunscriptas por la entreguerra santafesina. En una perspectiva similar al capítulo de Rubinzal, el texto de Micaela Yunis, se atiene a explorar publicaciones destinadas específicamente a divulgar en el ámbito de la educación y el consumo musical. De algún modo sosteniendo una hipótesis similar al capítulo anterior, donde el consumo de bienes culturales se afianza durante el período de entreguerras, no solo condicionado por los efectos de la masividad que las transformaciones técnicas imponían a las publicaciones periódicas, sino además por el cambio cultural que conllevaba la educación musical tanto en clave formal como no formal para sectores cada vez más amplios de la población santafesina. Su estudio nos presenta un mundo donde un público moderadamente especializado, recorría desde notas de actualidad sobre eventos musicales, actividad de los conservatorios e instituciones dedicadas a la educación de la música, hasta reflexiones sobre teoría musical, estilos y tendencias de grandes compositores. Así concentrado en la ciudad de Rosario, el capítulo da cuenta del tipo de debates y del proceso de diferenciación que se manifiesta en los gustos musicales que se estaban enraizando en la sociedad santafesina del período. Consecuente con lo anterior el estudio de Yunis se detiene también en la matriz de consumo que se gestaba desde las publicaciones que, orientadas a un público masivo, hacía énfasis en el rol didáctico y formativo de una educación “mediática” orientada al consumo de bienes culturales.

El eje rector del consumo como problema central de los análisis socioculturales para el período de entreguerras, se encuentra presente el capítulo colectivo de Lorena Sguigna, Aldana Pulido, Micaela Pellegrini Malpiedi, Agustina Mosso, y Paula Caldo. Este capítulo colectivo transversaliza el tema al incorporar la perspectiva de la historia de las mujeres en un recorte espacio-temporal singular: Rosario, durante el período 1920-1945. Las autoras siguen la hipótesis, de que durante el tiempo que va de 1920 a 1945, las prácticas de consumo en los espacios urbanos marcaron la vida cotidiana de varones y mujeres, a partir de una fuerte incidencia de la publicidad diseñada tanto para las publicaciones periódicas y cartelera como por las emisiones radiales. Pero insisten que en ese período tales prácticas se extendieron a formatos comerciales, ejemplificados por las grandes tiendas, lo que hizo posible segmentar los estándares de consumo por género y edad. Específicamente su investigación se centra en las prácticas de consumo de las mujeres, que adquiere marcas de identidad propias, yendo desde consumos hogareños, maternas, hasta nuevos nichos ligados a la belleza y cuidado personal, vestimenta, educación, profesionalización, deportes y ocio. Su sustancial aporte se configura alrededor de la afirmación de que si bien los consumos fueron fuertemente prescriptos bajo estereotipos de género, también hicieron posible la aparición de agendas propias al mundo femenino que redundaron en procesos de construcción de nuevas identidades.

La compilación se cierra con el capítulo de Paula Sedran. La autora retoma un tema vertebral de sus investigaciones: la ebriedad, y las cuestiones ligadas al control y regulación de tal condición por parte tanto del Estado como de la sociedad civil. Concentrada en el estudio sobre la ciudad de Santa Fe, en esta oportunidad se detiene en indagar sobre la conformación de sentidos en los discursos culturales sobre prácticas que, como la bebida, recogen tanto rechazo como empatía. De esta manera, se indaga en la faz “integrativa” de las prácticas de consumo de alcohol, tanto como en la construcción de discursos negativizantes. A partir de una recuperación exhaustiva de documentación que permite describir la figura del ebrio como sujeto que encarna la práctica que la sociedad degrada, Sedran establece una línea interpretativa que reconoce y periodiza los cambios enunciativos de tal expresión social. “Tomar la temperatura de las lecturas que se hicieron predominantes sobre el consumo desmedido, excesivo de bebidas alcohólicas” es un objetivo que el texto cumple con creces. Así el ebrio, de representar una amenaza y una fuente de peligrosidad y de violencia, pasa a ser considerado como una figura amigable

que concita emociones que van del afecto al desprecio y vergüenza. Por otro lado, el texto resulta sustancial para aplicar al momento de la entreguerra santafesina, donde las instancias de consolidación institucional, pero también de conflicto producto de la intervención nacional de 1935, a la par de ampliación del mercado de consumo, el aumento poblacional, el debate en torno de la educación, la cultura y el control entre otros otorga una coloratura particular para la comparación con las afirmaciones realizadas sobre el período en clave nacional.

Es importante señalar que varias de las discusiones aquí volcadas tienen un contexto de producción marcado por las investigaciones contenidas en sendos PIPs CONICET 2014-2016 “Sociabilidad, espacio público y Estado en Santa Fe en la primera mitad del siglo XX” y 2021-2023 “Sociabilidad: prácticas, sujetos y tensiones. Santa Fe en el escenario nacional (1940-1960)” a partir de jornadas de discusión en donde se han incorporado otras colegas, investigadores y becarios, que atentos al recorte espacial y temporal permiten iniciar un diálogo fundamental para la producción de conocimiento original.

El libro organizado como compilación, reviste las cualidades de su formato: arroja “luz” sobre problemas y contextos propios de un lugar, Santa Fe, en una temporalidad sugestiva como son las décadas del 20’, 30’ y 40’ del s. XX. Los enlaza en sintonía conceptual alrededor de la importancia escalar para abordar problemas e inquirir sobre ellos, así como también sobre el intenso estudio de algunas líneas temáticas, como la sociabilidad, el mercado y el consumo. Tales intereses impiden que el texto se convierta en una miscelánea. Su unidad en la diversidad permite comprender procesos, contextos y actores atendiendo a problemáticas que han sido priorizadas en las investigaciones llevadas adelante desde institutos como ISHIR (CONICET/UNR), IECH (CONICET/UNR) e IHUCSO (CONICET/UNL). Investigadoras e investigadores, becarios de estas instituciones han desarrollado desde hace mucho tiempo un corpus de producción de conocimiento que *aggiornado* y en movimiento propone una renovación de los estudios sobre Santa Fe, sobre sus ciudades y sus habitantes, analizando temáticas que han corporizado una producción de conocimiento original que interpela las interpretaciones sobre lo “nacional” en el período de entreguerra, y aguarda el ejercicio comparativo con las investigaciones realizadas sobre otros espacios de la geografía argentina y latinoamericana.

2. LOS ORÍGENES DE LA ACCIÓN CATÓLICA EN SANTA FE (1915-1935)

DIEGO MAURO*

Este capítulo se publicó originalmente con ligeras modificaciones como artículo con el título “La formación de la Acción Católica Argentina tras el ocaso del juego republicano. Ligas, círculos y comités católicos en la diócesis de Santa Fe, 1915-1935”. *Entrepasados*, 36(7), 2011. Agradezco los comentarios de Miranda Lida, Martín Castro, Luis A. Romero y Lila Caimari a dicha versión del texto.

INTRODUCCIÓN

La Acción Católica Argentina (ACA) creció rápidamente y se convirtió en el movimiento laical más importante de la Iglesia argentina del siglo XX. Creada según el modelo de Roma y a instancias del episcopado en 1931, llegó a contar con más de 70.000 socios hacia 1950 (Zanatta y Di Stefano, 2000; Zanatta, 1996; Blanco, 2006)¹. Si bien las dudas sobre estos números son cada vez más mayores, su rápida puesta en marcha sorprendió a propios y extraños (2008). En una muestra elocuente del triunfalismo reinante, el obispo de Santa Fe, Nicolás Fasolino, se apresuró a afirmar que el número de socios alcanzado a fines de 1933 en la diócesis era el “reconocimiento popular de la soberanía de Cristo en esta tierra de Santa Fe”².

El Episcopado, que desde hacía una década alentaba la centralización de las actividades del laicado, anunció la creación de la ACA como la aparición de los laicos en la cruzada que se mantenía con la Argentina laica y liberal. Según explicaba un difundido *Manual de ACA* en 1933, esta nacía como un “brazo ejecutor” y por voluntad de las jerarquías que la ponían en marcha ante el crecimiento de “terribles enemigos”³. En este marco, los supuestos logros de la ACA se presentaban como la prueba de que las organizaciones precedentes habían sido “débiles” y “fragmentarias” precisamente por su falta de obediencia y centralización y por tanto intrascendentes en la vida social y política. En este capítulo sin embargo nos preguntamos ¿qué tan débiles habían sido esas experiencias? ¿Cuánto de nuevo tenía la ACA y cuánto debía a sus “antecesoras”? ¿En qué medida aquellas experiencias, que en muchos casos se prefería olvidar, habían sentado las razones de posibilidad de la nueva organización? Dichas preguntas remiten a un debate historiográfico abierto en los últimos años sobre los alcances de las interpretaciones centradas en la tesis del “renacimiento católico” (Lida, 2007; 2008; Mauro, 2018). Según dicha tesis, el catolicismo había permanecido “aletargado” luego de las derrotas sufridas

1. Desde una perspectiva sociológica son ineludibles los trabajos de Mallimaci (1988; 1991; 2001). Más recientemente Verónica Jiménez Béliveau también se ha ocupado del tema (2005).

2. *Boletín Eclesiástico de la Diócesis de Santa Fe* (BEDSF), noviembre de 1933.

3. Luis Civardi *Manual de Acción Católica*, ACA, Bs. As., 1933, p. 83.

a fines del siglo XIX, condensadas en las llamadas “leyes laicas”. Tras largas décadas de adormecimiento y debilidad había emergido hacia 1930 con una pujanza hasta entonces desconocida. En este marco explicativo de fuertes contrastes, la ACA creada en 1931 se visualizó rápidamente como una de las instituciones claves del “renacimiento” y una de las pruebas supuestamente más contundentes de la confiabilidad de la “tesis rupturista” (Lida, 2010). De este modo, confundida con la idea misma de “renacimiento”, la ACA fue abordada fundamentalmente “hacia delante”, como si se hubiera levantado sobre un inhóspito desierto. A lo sumo se la filió con la fallida Unión Popular Católica Argentina, pero no se fue mucho más allá y su vinculación con instituciones o asociaciones precedentes se mantuvo mayormente en penumbras.⁴ Incluso si se acepta la supuesta debilidad del laicado antes de 1931, el problema de cómo fue posible el pasaje de “fragmentos de organizaciones” dispersas y heterogéneas a las “poderosas” ramas de la ACA, sigue sin ser debidamente explicado (Lida, 2007).

A partir de estas preguntas, este capítulo intenta recalibrar la perspectiva explorando la organización de la ACA “hacia atrás”. Recreando sus razones de posibilidad precisamente a través del seguimiento de algunos emprendimientos previos del laicado, en este caso en la diócesis de Santa Fe. Se reconstruyen los elencos dirigentes masculinos de las principales organizaciones, desde mediados de la década de 1910 hasta comienzos de la de 1930 y se señalan continuidades y rupturas. Asimismo, se analizan las formas de organización e intervención social y política auspiciadas por la curia y sus diferencias y similitudes con las generadas por los laicos, fundamentalmente desde los Círculos de Obreros. De este modo, las páginas que siguen intentan inscribir la formación de la ACA en la historia de varias décadas de militancia y organización de los católicos santafesinos.

4. Entre las excepciones se pueden mencionar los estimulantes trabajos de María Pía Martín sobre el catolicismo social y el Círculo de Obreros de Rosario (1992; 1993). También sobre los Círculos de Obreros y sus vínculos con las asociaciones patronales: María Ester Rapalo (2005). Sobre los intentos de formación de partidos católicos en Buenos Aires y Córdoba una síntesis reciente en: Castro y Mauro (2019).

LA BÚSQUEDA DE UN PARTIDO CATÓLICO ENTRE LOS LAICOS Y LA CURIA, 1914-1921

La idea de formar un partido católico comenzó a gestarse en la curia santafesina en el marco del debate abierto tras la ley Sáenz Peña, entre 1912 y 1916, en tiempos de la gobernación del radical de tendencias liberales, Manuel Menchaca. Si bien durante su gobierno no se produjeron cambios sustanciales en cuanto a las relaciones entre Iglesia y Estado, el crecimiento del número de legisladores supuestamente “liberales” causó una cierta alarma⁵. A su vez, algunas actitudes de parte del nuevo gobierno, por cierto más declamativas que reales, acrecentaron, en un contexto político de cambios, los temores de la Iglesia hacia lo que se describía como la “avalancha democrática”⁶. Previamente la idea de formar un partido no había gozado de simpatías y en 1908, con el impacto de la encíclica *Pascendi* y la creación de la Comisión de Vigilancia, desde la curia se consideró que quienes lo fomentaban estaban afectados por el virus del “modernismo”⁷. Si bien estos eran los principales motivos esgrimidos, a juzgar por las discusiones de la comisión, lo que más preocupaba era la contradicción que tal decisión traía aparejada. En los países donde el catolicismo era minoritario, la formación de un partido o la defensa de los principios políticos liberales gozaban del apoyo de Roma, pero, en un país que se suponía católico la opción resultaba doblemente problemática, tanto en términos filosóficos y teológicos, como históricos y políticos. En los hechos significaba reconocer, en el preciso momento en el que la idea de restaurar la “cristiandad” ganaba fuerza y el proceso de parroquialización comenzaba a adquirir consistencia, que la identidad católica del pueblo santafesino no estaba exenta de fisuras (Stoffel, 1998). Asimismo, se veía en la opción partido un arma de doble filo que podía perjudicar, con divisiones y enfrentamientos, el proceso de expansión de las estructuras eclesíásticas y la creación de colegios y asociaciones católicas. No obstante, con la llegada del radicalismo al gobierno y la discusión parlamentaria de algunos proyectos que apuntaban a la laicización

5. Acta del 10/10/1912, Libro de Actas de la Comisión de Vigilancia (1908-1930), AASF.

6. Carta de Enrique Mosca a Boneo, fechada el 09/04/1915, Carpeta Ministerio de Gobierno, AASF.

7. Acta del 05/03/1908 de la Comisión de Vigilancia de la Diócesis, LACV, AASF.

del Estado provincial, la curia comenzó a reconsiderar la cuestión⁸. También la tendencia liberal del diario *Santa Fe*, que difundía dichos proyectos de manera entusiasta, causó preocupación. En 1914, a pesar de los recelos manifestados sólo unos pocos años antes, la curia comenzó a discutir la posibilidad de formar un partido católico⁹.

Por entonces, Andrés Olaizola, el secretario de Boneo, envió un cuestionario a los párrocos para recoger información. Aunque con diferencias, el resultado fue unánime: no existían condiciones para lanzar un partido. A lo sumo se consideraba que, una vez preparado el ambiente, podía organizarse una Liga Electoral. Natalio Bértolo, vinculado a la democracia cristiana en Rosario, fue uno de los pocos párrocos que mostró verdadero entusiasmo con la iniciativa. Recomendó no obstante impulsar por el momento sólo una “cosa de sacristía” donde se procurara “tirar la piedra y esconder la mano”. Según Bértolo, de ese modo, se evitaba que la Liga y el eventual partido fueran vistos como “una cosa de frailes”. Al igual que Boneo, el párroco de Santa Rosa compartía la visión de que la “avalancha socialista y democrática” acortaba los tiempos, pero le parecía que aún así no había que exagerar y que lo más importante era formar primero “el alma popular”¹⁰. Por su parte, el cura de San Carlos Centro coincidía en que la curia debía aparecer como lo más ajena posible, pero, a diferencia del párroco de Santa Rosa, no veía en la Liga un potencial partido sino un instrumento de presión para “obtener favores” y “exigir ventajas”¹¹. Marinelli, de San Jorge, coincidía con Bértolo en que si se creaba “ambiente alrededor de personalidades católicas” luego podría pasarse sin problemas a un “gran partido”, pero al igual que el resto de los párrocos aconsejaba prudencia¹². El cura Segarra de Roldán fue quien, junto a Bértolo, se mostró más comprometido con la idea. De hecho, envió a la curia una extensa carta con las actividades que consideraba debían llevarse a cabo para “preparar el ambiente”. En su opinión era preciso contar con diarios propios, algo que la curia venía debatiendo, y proponía realizar periódicamente

8. Acta del 07/06/1915 de la Comisión de Vigilancia de la Diócesis, LACV, AASF.

9. Acta del 05/06/1914 de la Comisión de Vigilancia de la Diócesis, LACV, AASF.

10. Carta de Bértolo a Olaizola fechada el 29/10/1917, Carpeta Fundación de Liga Electoral (CFLE), en Caja Acción Política (CAP), 1917-1946, AASF.

11. Carta de Pereira a Olaizola fechada el 25/10/1917, CFLE, CAP 1917-1946.

12. Carta de Marinelli a Olaizola fechada el 28/10/1917, CFLE, CAP 1917-1946.

conferencias que ilustraran al clero, de modo que el proyecto cobrara entidad puertas adentro de la Iglesia. Recomendaba particularmente ir “a las mujeres” aprovechando las “misiones”, los “ejercicios espirituales” y ofreciendo conferencias especiales, aunque evitando mencionar por el momento que se pretendía formar un partido, hablando más bien de su “necesidad y urgencia”¹³.

Más allá de los intereses particulares de cada cura, los resultados de la encuesta eran claros: el camino debía ser, en el mejor de los casos, la creación de una Liga. Ante todo, porque, según lo entendían entre otros los párrocos de Santa Rosa y Roldán, posibilitaba actuar en política, interviniendo en la vida interna de los partidos, sin tener que cristalizar estructuras demasiado complejas. Permitía dar algunos pasos en términos de militancia y organización, pero no exigía adentrarse en los inciertos y difíciles derroteros requeridos para el lanzamiento de un partido. Además, con una liga –pensada sobre todo para actuar en las coyunturas electorales– se evitaba entrar de manera frontal al juego electoral, un escenario cuyas implicancias generaban no pocos roces en términos teológicos. Asimismo, los párrocos eran bastante claros en sus apreciaciones y estaban convencidos de que el radicalismo era por el momento electoralmente invencible por lo que, al margen de toda consideración, era preciso atenerse a los hechos y avanzar cautelosamente¹⁴. Fue precisamente por entonces cuando los demócratas cristianos comenzaron a mostrarse más sólidos en Rosario. La curia, cuyas tentativas habían recibido una cortés “negativa” por parte de los párrocos, fijó su atención en la recientemente creada Unión Democrática Cristiana, integrada por figuras del Círculo de Obreros local, tales como Luis Casiello, Roberto Beltramino o Luis Dalmau. La experiencia interesaba particularmente porque su aparente pujanza desmentía, al menos parcialmente, la visión poco optimista de buena parte del clero sobre las posibilidades de movilizar a la grey. Por entonces, varios de los dirigentes y militantes provenían del Colegio Salesiano de Artes y Oficios y de su Asociación de Ex-Alumnos. Otros se habían acercado luego de participar en centros de estudio y nucleamientos parroquiales entre los cuales se destacaba la Asociación San Luis Gonzaga, impulsada por Bértolo en la parroquia de Santa

13. Carta de Segarra a Olaizola fechada el 19/10/1917, CFLE, CAP 1917-1946.

14. Cartas fechadas el 27/10/1917 y el 29/10/1917, CFLE, CAP 1917-1946

Rosa y el Centro León XIII que dirigía el pbro. Gustavo Mingoni¹⁵. También provenían del Círculo de Obreros que asesoraban Bértolo y Nicolás Grenón. Durante estos años, los demócratas cristianos propagandizaron sus ideas a través de la creación de centros en diferentes barrios de la ciudad y el dictado de conferencias en las calles (Martín, 1992; Mauro, 2020). Elías Luque, presidente del COR desde 1915, se mostraba impactado por el “dinamismo” de algunos de los nuevos militantes que, como José Sutti o Francisco Casiello, eran buenos oradores y parecían moverse con soltura incluso en los barrios obreros¹⁶. Más allá de los inciertos resultados de estas actividades, la idea era estar en “contacto cotidiano” con los trabajadores para, según palabras de Bértolo, “conquistarlos con más facilidad”. Por entonces, editaron el periódico *La Democracia* y una revista, *Acción Social*, referida a aspectos de la vida cotidiana y familiar.

La curia siguió con atención la militancia demócrata cristiana a través de la cual podía evaluarse la viabilidad de una organización política y en varias oportunidades alentó públicamente la experiencia poniéndola como un ejemplo a seguir. Tal como se había establecido en la encíclica *Graves de Communi* a esta sólo le estaba permitida la “acción social”, pero Boneo y Bértolo veían precisamente allí el fermento para una Liga Electoral y eventualmente, si las circunstancias lo auspiciaban, para la consolidación de una agrupación política propia.

En el Arzobispado de Buenos Aires, la democracia cristiana no gozó de las mismas simpatías y, luego de algunos roces y con motivo de la creación de la Unión Popular Católica Argentina (UPCA), se ordenó finalmente su disolución. Boneo, que no compartía las ideas de De Andrea, se mostró crítico con sus propuestas y en pleno conflicto brindó sólo un muy tímido apoyo a las directivas del Episcopado (Castro y Mauro, 2019). De hecho estaba más cerca de la perspectiva del fundador de los círculos, Federico Grote,

15. Ver “Ilmo. Monseñor Natalio Bértolo” en Homenaje al Ilustrísimo Monseñor Nataio Bértolo, Rosario, 1954, p. 6 y de Pedro Beltramino “Oración pronunciada en nombre de los feligreses y amigos” en Homenaje..., op. cit., pp. 20-22.

16. Pedro Beltramino “La democracia cristiana y Sutti” y de Elías Luque “José P. A. Sutti, católico demócrata” en AA.VV. *Rasgos Biográficos de un líder del Círculo de Obreros y de la Acción Católica Argentina, José Pedro A. Sutti* (N 2-9-1896 – M 24-3-1947), Homenaje del COR, Rosario, mayo de 1947; sobre las conferencias realizadas en la plaza San Martín con motivo del III Congreso Nacional de la UDC, ver BEDSF, agosto de 1917 y *La Capital*, 09/07/1917.

LOS ORÍGENES DE LA ACCIÓN CATÓLICA EN SANTA FE (1915-1935)

quien consideraba mejor adoptar una organización similar a la *Volkverein* alemana. En la diócesis, Boneo apuntaló enérgicamente la experiencia demócrata cristiana de Rosario y en 1918, ante los rumores circulantes, publicó una pastoral apoyando a la UDC¹⁷. En sentido contrario, la UPCA no despertó mayor interés y pasó más bien desapercibida. Sus juntas se constituyeron sólo tardíamente y fueron ocupadas por los dirigentes de la democracia cristiana de Rosario y el Círculo de Obreros de Santa Fe. En Rosario, José Sutti y Pedro Beltramino se incorporaron a la Junta Central y, en Santa Fe, se designó a Nicolás Salatín y a Francisco Lorenzatti, presidentes del COSF entre 1917 y 1921, y a Manuel Del Sastre y Ramón Doldán por entonces vocales.

Sin embargo, a pesar del apoyo público de la curia santafesina a la UDC, los demócratas cristianos comenzaron a ser resistidos por algunos de los miembros de la Asociación de Ex alumnos de Don Bosco que simpatizaban con la postura de De Andrea. Su autodisolución, calificada por Boneo como una actitud “heroica” que buscaba evitar las divisiones, puso al Círculo de Obreros de Rosario en el centro de la escena y los demócratas cristianos se apoltronaron en su interior¹⁸. En 1920 el COR aglutinaba ya a los principales dirigentes católicos de las próximas dos décadas: Luis y Francisco Casiello, Pedro Beltramino, José Sutti, Elías e Ignacio Luque, Juan y Antonio Lo Celso, Ángel González Theyler y Bartolomé Morra, este último presidente de los exalumnos de Don Bosco¹⁹.

DE LOS COMITÉS DE ACCIÓN CATÓLICA A LA ACCIÓN CATÓLICA ARGENTINA

Los temores de la curia terminaron por volverse realidad y en 1921 buena parte de los convencionales que se encontraban reunidos para modificar la Constitución eran sindicatos como “liberales”. El obispado condenó el rumbo que comenzaban a tomar los acontecimientos y cuando la Convención avanzó en términos laicizadores, los principales dirigentes del laicado, tanto en Rosario como en Santa Fe, se movilizaron públi-

17. BEDSF, agosto de 1918. Algunas referencias anteriores en BEDSF, agosto de 1917.

18. BEDSF, agosto de 1918 y junio de 1919

19. *Democracia*, 01/06/1915; *Acción Social*, 10/06/1918 y *La Verdad*, 07/03/1921; 05/04/1921 y 15/04/1921.

camente y dieron nacimiento a los denominados comités de Acción Católica. Después de la realización de un acto de repudio frente a la Legislatura, los comités, que ya funcionaban en Rosario, Santa Fe y colonia Avellaneda, fueron oficializados en presencia del obispo Boneo. La primera comisión directiva, con carácter de provisoria, se constituyó ese mismo día integrada por los principales dirigentes de la disuelta democracia cristiana y las principales figuras del COSF entre ellos, Ramón Doldán, elegido presidente²⁰.

Las heterogéneas tendencias dentro del catolicismo santafesino fueron dejadas de lado en pos de conseguir una unidad práctica y política que ofreciera un dique de contención a los reformistas²¹. La Junta Central se promocionó como una instancia superadora, portadora de planteos equilibrados dotados de la ecuanimidad de la que supuestamente carecían los reformistas. Si bien no se consideraban un partido, se organizaron de manera muy similar y de hecho alentaron la participación en el nivel municipal. Desde *Nueva Época*, diario por entonces de tendencia católica y bastante identificado con los Comités, se consideraba que la nueva entidad era la antesala de un “gran partido católico” y el diario se permitía señalar públicamente que esperaba su formación para convertirse en “su tribuna oficial”²². Si bien la fórmula de un “gran partido católico” era bastante presuntuosa y de hecho tenía mucho de retórica política, el impacto causado por la movilización y la espontánea creación de algunos comités se tradujo en un cierto optimismo, que alimentó las ilusiones de lograr en el mediano plazo un partido competitivo a nivel provincial.

Tras el entusiasmo se ocultaban, no obstante, visiones contrastantes tanto sobre el tipo de organización que debía alentarse como sobre sus fines. La Curia, a diferencia de los Círculos, veía en los Comités el fermento de una Liga Electoral que, enmarcada en las estructuras eclesíásticas y bajo la tutela de los párrocos, frenara dentro de los partidos el ascenso de figuras consideradas “liberales”. En esta dirección, si bien era consciente del rol jugado por el laicado, pretendía resaltar sus propios trabajos organizativos y no tenía

20. *La Verdad*, 05/06/1921. Entre los vocales se encontraban Zenón Martínez, Juan Depetris, Francisco Lorenzatti, César Berraz, Manuel del Sastre y por Rosario Ignacio y Elías Luque, Pedro Beltramino, Francisco Casiello y José Sutti.

21. Sobre los contenidos de la carta ver *Nueva Época*, 22/03/1921, 11/04/1921 y 12/04/1921.

22. *Nueva Época*, 03/08/1921.

intenciones de alentar, por el momento, la formación de un partido católico dirigido por los laicos. De todas maneras, más allá de sus intenciones, en pleno conflicto, su capacidad para controlar estos procesos era bastante limitada y en los hechos la organización que terminó poniéndose en marcha se asemejaba bastante poco a la Liga imaginada por Boneo. Según establecía la Carta Orgánica de los comités, los diez miembros de la Junta Central, en la que no se preveía ninguna participación del Obispado, serían elegidos a través del voto de los delegados de los comités existentes. Se proponía para ello la realización de convenciones departamentales y provinciales y se contemplaba la posibilidad de pasar a la “acción política”. En todas las instancias se requería de la obtención de la mayoría simple y no se contemplaban figuras como las del asesor espiritual o eclesiástico. En los hechos, la curia se hallaba representada por el secretario del obispado, Andrés Olaizola, que integraba la Junta Central y también por curas como Alfonso Durán y Juan Macagno. Pero, a diferencia de las prerrogativas de las que gozaban como asesores del COSF, participaban ahora sin ninguna especificidad estatutaria. Dejando de lado el rol jugado por Boneo, quien aprobó la carta orgánica, en los hechos no se reconocía a la Curia ningún poder especial y los Comités se comportaban, al menos formalmente, como un partido político. Además, aún cuando muchos funcionaron en templos parroquiales, tal como era el deseo del Obispado, otros lo hicieron en casas particulares y no se adoptaron las divisiones parroquiales sino las políticas electorales.

Boneo había rechazado el proyecto de la UPCA que sobrevivía en términos estrictamente formales, pero compartía la preocupación del Episcopado por centralizar y encauzar las organizaciones del laicado. De hecho, esto había sido motivo de roces con Doldán quien había abandonado con anterioridad la presidencia del COSF, luego de impugnar la injerencia del “asesor eclesiástico” en la “acción social” (Mauro, 2008 y 2016). No obstante, ante la amenaza reformista Boneo aprobó la carta orgánica de los Comités tal como le fue propuesta. En las calles marcharon por entonces juntos el obispo y los Comités pero la unidad ocultaba varios focos de tensión. Por un lado, las diferencias ya señaladas entre el Obispado y los laicos; por otro, las visiones contrastantes dentro del propio laicado entre los católicos sociales que se nucleaban en el COSF, los demócratas cristianos de Rosario y aquellos que, más vinculados a la política de notables de fines del siglo XIX, se reivindicaban como “católicos tradicionales”. Los dirigentes del COR avanzaban por entonces hacia concepciones mucho más antiliberales que las de sus

pares santafesinos y, como durante el Congreso del Trabajo en 1923, se mostraron atraídos por reformas corporativistas²³. Por su parte, los católicos más “tradicionales” cuestionaban tanto las supuestas veleidades “obreristas” de los rosarinos como el ingenuo “democratismo” de los miembros del COSF. En pleno conflicto, sin embargo, parecían estar más preocupados por el ascenso de dirigentes como Doldán, considerados demasiado “idealistas” y “peligrosamente” apegados al voto popular, que por los proyectos del COR²⁴.

Pasada la coyuntura de peligro, la Junta Central de los Comités, presidida por Doldán, comenzó a sufrir las tensiones que atravesaban al campo católico. Boneo insistió en que el laicado debía reorganizarse en torno a los párrocos y aplazada la amenaza reformista retiró su apoyo a los Comités. Por entonces protagonizó incluso algunos incidentes con el COSF y terminó solicitando la renuncia de todos sus miembros, entre ellos Francisco Lorezanti. Quienes habían sido los artífices del nuevo local, al que habían llamado “Casa del Pueblo Obispo Boneo”, fueron inmediatamente reemplazados por sacerdotes allegados a la Curia, entre ellos Andrés Olaizola y Antonio Torres asesor espiritual de la institución y enemigo declarado de Lorenzatti²⁵. Los problemas no se referían en este caso sólo a la autonomía organizativa que se pretendía recortar, sino también a las concepciones liberal-democráticas que profesaban los principales dirigentes del COSF y que se traducían en un apego “excesivo” a la lógica parlamentaria, tal como le recordaba a la curia Juan Arzeno. La centralidad atribuida a la creación de un partido católico vista como un punto de llegada, contrastaba con el carácter circunstancial e instrumental con que la curia y también los dirigentes del COR pensaban la “acción política”. En este contexto de posiciones encontradas, la Junta Central que había tenido activa presencia

23. Pedro Beltramino y Francisco Casiello propusieron la construcción de un “Estado social y político” a través del cual se proponían llevar al parlamento los “intereses sociales”. Ver “De la delegación del Círculo de Obreros de Rosario”, en *Actas del Congreso del Trabajo*, Imprenta de la Prov. de Santa Fe, Rosario, 1923, pp. 285-286.

24. Federico Valdes *Desde el llano. Escritos y discursos*, Bs. As., 1925, pp. 105-108

25. Los encontronazos, al menos en términos formales, se debieron a la supuesta permisividad de la comisión de censura del cine de la Casa del Pueblo. No obstante, en Rosario, donde se utilizaba el cine de manera similar, la curia se mantuvo al margen. Carta del 9 de febrero de 1922 de Antonio Torres a Monseñor Boneo, en *Carpeta del COSF (1898-1928)*, AASF. Sobre el uso del cine *La Verdad*, 05/01/1924 y *Memoria Anual 1923-1924*, COR, Rosario, 1924.

entre 1921 y 1922 se convirtió al cabo de algunos meses en una entidad fantasmal. En Rosario y otros departamentos del sur de la provincia, el proceso de fundación de comités siguió en marcha, pero en manos de la comisión directiva del Círculo de Obreros de Rosario y la Junta entró en un cono de sombras. Finalmente, para satisfacción de Boneo, la Junta Central se disolvió y con ella muchos de los comités, sobre todo en la ciudad de Santa Fe²⁶.

Durante 1923 y sobre todo a comienzos de 1924, ante el posible triunfo electoral de los reformistas liberales, Boneo tomó la delantera y durante marzo de 1924, luego de varios intercambios epistolares, hizo llegar a los párrocos instrucciones para la creación de una Unión Electoral Católica dirigida por ellos. Apremiado por un nuevo escenario electoral difícil, en el que los reformadores mostraban posibilidades ciertas de llegar al gobierno, Boneo consideró que el “trabajo preparatorio” que se había iniciado en 1915 debía concluirse para pasar a la acción. La tan discutida “maduración” se vio apresurada por el nuevo panorama político que, como en 1921, era poco alentador para la Iglesia. Los radicales opuestos a las reformas liberales venían de atravesar una unificación muy difícil y sus adversarios, tanto los demócratas progresistas como los radicales constitucionales liderados por el exgobernador Menchaca, tenían posibilidades ciertas de ganar. Además, los principales diarios alentaban a los opositores y el *Santa Fe* consideraba que el triunfo correspondería “afortunadamente” o los radicales menchaquistas o al Partido Demócrata Progresista (PDP)²⁷. A diferencia de lo que había ocurrido en 1921, la Curia tomó cartas en el asunto con rapidez e intentó ponerse al frente de la resistencia. Así, no sólo intentaba detener a los reformistas liberales sino también anticipar las acciones de los dirigentes del Círculo de Obreros de Rosario, que se encontraban al frente de un buen número de comités (al menos nominalmente, entre quince y veinte). En sus circulares, fiel a las recomendaciones de 1917, el Obispado pretendía que la Unión Electoral Católica funcionara como una Liga y se constituyera en cada parroquia en torno a la figura del párroco, quien debía elegir a tres católicos de la comunidad para acompañarlo en las tareas de propaganda. Nuevamente volvió a discutirse la viabilidad de crear un partido, pero la curia fue clara: la UEC no era ni pretendía ser una organización

26. *La Verdad*, 29/09/1922; 20/10/1922.

27. *Santa Fe*, 03/01/1924; 11/01/1924.

partidaria sino un vehículo para movilizar a la *grey* y posicionar a la Iglesia en la esfera política. A diferencia de los comités, que contaban con una organización permanente y realizaban convenciones departamentales para discutir la “acción social” y la “acción política”, la UEC debía limitarse a propagandizar la “causa católica”. Su objetivo no era dar vida a estructuras partidarias con vistas a entrar al ruedo electoral, sino movilizar desde las parroquias y concientizar a los católicos a la hora de votar. Siguiendo estos principios de acción, desde la UEC se dieron a conocer los nombres de los candidatos dispuestos a aprobar las reformas secularizadoras, se cuestionó al PDP y al Radicalismo Opositor y se repartieron, en medio de los reclamos de los partidos reformistas, las boletas de la fórmula radical apoyada por la Curia²⁸. A comienzos de febrero de 1924, el llamado estaba dando buenos resultados y la Unión Electoral logró constituirse en unas 50 parroquias. En Rosario, el Círculo de Obreros mantuvo la dirección del proceso iniciado en 1921 y los Comités de Acción Católica, que se pensaban como la antesala de un “gran partido”, ocuparon el centro de la escena. Sus acciones de “campaña”, no obstante, aunque tal vez más enérgicas, se diferenciaron poco de las llevadas a cabo por la UEC.

Superada la coyuntura electoral con un nuevo triunfo de los aliados radicales del Obispado, las debilidades de la unidad de acción volvieron a hacerse evidentes. Por entonces, la Curia hizo explícita su intención de que la UEC se consolidara como la única entidad diocesana para la acción política e indirectamente solicitó a los Comités de Acción Católica que se subordinaran a ella. A pesar de las coincidencias políticas que los dirigentes rosarinos tenían con Boneo, el modelo de la UEC estaba muy lejos de satisfacer sus ideas sobre cómo debía organizarse el laicado para participar en política. Más aún, cuando luego de casi una década de trabajo se encontraban al frente de un importante número de comités. En Santa Fe, la voz de Boneo se hizo más fuerte ante un escenario bastante diferente: la mayoría de los Comités parecían haberse disuelto y el Círculo de Obreros se encontraba envuelto en enfrentamientos entre la comisión renunciante de la Casa Social y la que auspiciaba el Obispado a través de Antonio Torres²⁹.

La relación del COR y la curia no era mala y de hecho a pesar de los intentos centralizadores del Obispado y la distancia tomada por los dirigentes rosarinos, Boneo siguió

28. Circular del 20/03/1924 en Carpeta Unión Electoral Católica, en CAP 1917-1946.

29. El COSF fue intervenido en 1925. Ver *La Verdad*, 06/08/1925; 27/08/1925.

LOS ORÍGENES DE LA ACCIÓN CATÓLICA EN SANTA FE (1915-1935)

aplaudiendo los trabajos del catolicismo social en Rosario tal como lo había hecho en tiempos de la UDC. En cierto punto, más allá de las coincidencias de orden filosófico, la posición complaciente de la Curia daba cuenta de la fortaleza del COR que se había convertido en la entidad más importante de su tipo en el país. En 1925, el propio presidente Alvear, que había viajado a Rosario por el supuesto bicentenario de la ciudad, se hizo presente en la inauguración del nuevo local. Entre 1922 y 1925, la comisión pro-edificio integrada por Luis Casiello y Bernardo Viana propuso la emisión de acciones, algo que ya había hecho en Santa Fe el Círculo para levantar la Casa Social Católica en 1917. La propuesta fue bien recibida por los socios y la obra se financió a través de la colocación de acciones durante 1922 y 1923 y por medio de un crédito del Banco Hipotecario Nacional³⁰. El periódico institucional *La Verdad* que salía mensualmente pasó de 6000 ejemplares en 1924 a 8000 en 1926, acompañando el número de socios que por entonces estaba llegando a los 7000. A su vez, el patrimonio neto de la institución creció rápidamente de 60.000 pesos en 1922 a 160.000 en 1926³¹. Ante estos éxitos, la capacidad de la curia para intervenir era muchísimo menor que la que tenía con el COSF que, a pesar del trabajo realizado entre 1917 y 1921, no lograba terminar las instalaciones de la Casa Social Católica y ahogado financieramente tampoco conseguía que sus efímeros periódicos institucionales salieran de la cuerda floja³². En 1924 en Rosario comenzó a editarse *El Herald*, un periódico semanal de ciertas pretensiones redactado por los dirigentes del Círculo de Obreros y dirigido por el cura Ángel Martegani. El Obispado, que venía discutiendo la posibilidad de contar con un diario propio desde la década anterior, le dio su apoyo simbólica y materialmente a través de colectas anuales. La participación del Obispado no impidió sin embargo que el periódico, mayormente redactado por los dirigentes del COR, se convirtiera en uno de los más activos propagandistas de los Comités de Acción Católica que la curia pretendía desactivar. De hecho, entre 1924 y 1929, el periódico se refirió una y otra vez a la necesidad de contar con un partido católico y en varias oportunidades lo consideró una realidad inminente³³. Si bien no se llegó a la

30. Ver sobre el proyecto y la financiación *La Verdad* 02/05/1922 y 05/06/1922.

31. *Memorias Anuales del COR*, 1919-1920-1927-1928 y *La Verdad*, 15/09/1926 y 22/12/1926

32. Informe de gestión, período 1923-1925 de Mateo Ferrer a Boneo, en Carpeta del COSF (1898-1928), AASF.

33. *El Herald*, 27/11/1924; 28/03/1925; 25/04/1925; 06/05/1926; 28/04/1928.

confrontación, el Obispado intentó en varias oportunidades ganar terreno y volvió a relanzar la UEC insistiendo en que la acción social y política debía ser encauzada a través de los párrocos. Ignacio Luque, José Sutti y Juan Casiello, por entonces las principales figuras del laicado rosarino y redactores de *El Herald*, agradecieron a Boneo el ímpetu puesto en la organización de la UEC, pero sin rodeos le señalaron que consideraban más conveniente crear una Junta Central Organizadora de la Acción Católica en lugar de la Junta Central de la UEC. Exactamente al revés de lo que proponía Boneo, los dirigentes del COR pretendían aprovechar la UEC, sobre todo en Santa Fe y en el centro y norte de la provincia, para expandir los Comités de Acción Católica tal como habían hecho en los departamentos lindantes con Rosario. Significativamente se le pedía a la Curia que dejara de intervenir con “carácter oficial” porque eso perjudicaba el proyecto que alentaban. Si bien en todo momento ratificaban la total obediencia al obispo, al mismo tiempo, le explicaban que “podía despreocuparse” y atender las necesidades espirituales ya que la organización bien sabía “hacerla solos”³⁴.

Por entonces, los caminos seguían bifurcándose y la curia no sólo desaprobaba los Comités de Acción Católica por sus márgenes de autonomía sino, sobre todo, por sus intentos de entrar formalmente al juego electoral. Si hasta 1924 la idea de crear partido permaneció como una posibilidad, aunque bastante lejana, con el triunfo del Radicalismo Unificado, que la Iglesia había apoyado, la opción fue totalmente descartada. Las tensiones entre la Iglesia Católica y el partido de gobierno se distendieron totalmente y en su lugar se dibujó un escenario francamente favorable. El nuevo gobernador Ricardo Aldao, que en 1921 había marchado junto a los Comités de Acción Católica en contra de las reformas, designó a Ramón Doldán como presidente del Consejo de Educación y los vínculos entre el Estado y la Iglesia se fortalecieron cualitativamente. Este contexto propicio se hizo aún más halagüeño porque al mismo tiempo el PDP se sumergió en una aguda crisis y electoralmente dejó de constituir un peligro. A su vez, el Radicalismo Opositor que lideraba Menchaca luego de las derrotas sufridas se fragmentó y terminó disolviéndose.

No obstante, en el preciso momento en que desde la Curia se abandonaba toda in-

34. Carta de Luque, Casiello y Sutti a Boneo fechada el 31/03/1924, en CUEC, en CAP 1917-1946.

tención, real o retórica, de incentivar la formación un partido, *La Capital* denunció su inminente creación³⁵. El diario, que atribuía el supuesto partido a la voluntad del Obispo, se preguntaba paradójicamente al igual que la Curia entonces, cuáles podían ser las razones de “tal empresa” si la Iglesia gozaba de todos los privilegios posibles³⁶. Las sospechas de *La Capital* se fundaban en las declaraciones de la Junta Organizadora de la Acción Católica que, aun cuando reconocía que se atravesaba una época de repliegue del laicismo y de “resurgimiento católico”, consideraba que la necesidad de un partido no debía ponerse en duda. Insistían en que era preciso sacar una “enseñanza” de la unidad de los “enemigos de la fe” y seguir adelante con la organización de una entidad “social y cívica”³⁷. Por entonces José Sutti, Juan Casiello e Ignacio Luque³⁸ aprovecharon las intervenciones de *La Capital* que acusaba al gobierno de “clerical” y otras como las de la *Revista Argentina de Ciencias Políticas* que lo calificaba de “clero-oligárquico”, para insistir en que la “acción cívica católica” debía intensificarse porque los “enemigos” sólo se habían replegado y en cualquier momento podían volver a aparecer³⁹. A su vez, desde *El Heraldo*, se instó a no leer más *La Capital* ni ningún diario liberal⁴⁰.

Los problemas se hallaban ahora más dentro de las fronteras católicas que afuera, y la Curia pretendía desacelerar cuanto antes las tareas que llevaba a cabo la Junta Organizadora de la Acción Católica. También la UEC de algunos departamentos siguió discutiendo la posibilidad de formar un partido y la de General Obligado llegó a realizar algunos ensayos⁴¹. El Obispado veía con enorme preocupación estas insinuaciones y temía que el laicado no pudiera ser detenido. Ante estas eventuales posibilidades, los sucesos de 1922 en colonia Avellaneda se recordaron como una verdadera pesadilla. El que había sido hasta ese momento uno de los más exitosos ejemplos de organización

35. *La Capital*, 26/03/1924.

36. *La Capital*, 01/03/1925.

37. *El Heraldo*, 28/02/1925.

38. Carta de la Junta Organizadora a Boneo fechada el 07/04/1924, en CUEC, en APC 1917-1946.

39. RACP, Año XIV, t. XXVIII, núm. 152, 12/08/1924, pp. 474-476. *La Capital*, 18/03/1924.

40. *El Heraldo*, 06/12/1924.

41. Carta de Roselli a Boneo fechada el 17/11/1927, en CUEC, en APC 1917-1946.

y militancia, se convirtió repentinamente en un asunto del que se prefería no hablar. Allí, los Comités de Acción Católica se habían creado rápidamente en 1921 sobre las bases de la prolongada acción del Círculo de Obreros local, fundado en 1892. En 1922, ante los entusiastas informes del párroco Olivio Benassi y del asesor del Círculo el cura Antonio Biaggioni, la curia aprobó la participación electoral de los Comités en una alianza con el radicalismo oficialista que sostenía al gobernador Enrique Mosca. Se acordó incluso armar listas en conjunto bajo la candidatura, nada más ni nada menos, que del propio Biaggioni. Sin embargo, al momento de hacer la presentación formal los radicales rechazaron la propuesta de los católicos e intentaron encabezar la lista. Los Comités, indignados por la jugada del oficialismo, rompieron la alianza en el distrito y se lanzaron en campaña contra los radicales. A pesar del intenso trabajo de campaña, para sorpresa de Benassi y Biaggioni, el resultado fue bastante malo. Los radicales oficialistas ganaron con comodidad incluso en la ciudad de Rafaela, donde se esperaba un triunfo relativamente amplio. Benassi, entre la decepción y la “rabia”, atribuyó la derrota a la “pasividad” y a la “cobardía de los católicos”, de los cientos de católicos que se “habían quedado en su casa” y que de haber concurrido hubieran asegurado el triunfo. El resultado de la cruzada electoral era no sólo la derrota y el enfrentamiento con los aliados radicales, sino también un gasto de más de 4000 pesos que el propio Benassi había supuestamente aportado y por lo cual solicitaba ayuda ante el apremio de las deudas⁴².

A mediados de 1924, la curia ya no tenía ningún motivo aparente o real para seguir pensando en la formación de un partido. Peor aún, mientras las heridas de colonia Avellaneda permanecían abiertas, la lógica coyuntural de intervención propia de las uniones electorales y las ligas seguía acumulando buenos resultados. Asimismo, desde 1921 algunas prácticas devocionales y litúrgicas, como la peregrinación guadalupana o *Corpus Christi*, habían dejado al descubierto un costado político que no necesariamente tenía como horizonte las instituciones formales de la democracia liberal. De este modo, mientras los laicos de los Círculos insistían en las ventajas de contar con un partido, la Curia comenzaba a abandonar definitivamente todo intento por entrar formalmente al juego republicano. Un terreno además en el que, dato no menor, los principales dirigentes no parecían estar dispuestos a someterse plenamente a la tutela eclesíástica. Por

42. Carta de Benassi a Boneo fechada el 09/02/1922, en CUEC, en APC 1917-1946.

el contrario, en las celebraciones de masas, aun cuando las asociaciones del laicado eran un insumo básico de la organización, la Curia se aseguraba ocupar el centro de la escena. Con lo cual, en resumidas cuentas, a través de las multitudes católicas Boneo lograba ponerse por sobre la política formal y hablar en nombre del “pueblo católico” a los partidos y al parlamento, pero también a los militantes de la Junta Organizadora, a los Círculos de Obreros, a los centros de estudiantes y a la UEC (Mauro, 2009 y 2015).

Para desagrado de la curia, empero, la reforma de la ley electoral municipal y comunal provincial de 1927 vino, como en su momento la reforma de 1912, a insuflar de vida a los intentos de formación de partidos católicos. La incorporación del cociente electoral en la esfera municipal alentaba precisamente la participación de partidos pequeños, con lo cual los católicos tenían posibilidades ciertas de lograr algunos lugares en los concejos deliberantes. Inmediatamente los dirigentes del COR y la Junta Organizadora de la Acción Católica vieron en la nueva ley la posibilidad de realizar una primera experiencia electoral con listas propias. También en Santa Fe, los grupos que habían sido desplazados del COSF en 1922 y que pretendían volver a dirigirlo decidieron presentarse con una agrupación. Si bien no se esperaba obtener el triunfo y más bien se buscaba ganar experiencia y colocar al menos un concejal, tanto en Rosario como en Santa Fe, la fórmula de un “gran partido católico” no era sólo mera retórica en las cabezas de muchos dirigentes. Asimismo, la rápida fragmentación del radicalismo personalista, primero en la provincia y luego a nivel nacional, despertó crecientes expectativas. Desde *El Heraldo* se insistía en que la fragmentación que afectaba al gobierno provincial era la prueba del agotamiento del yrigoyenismo y de la apertura de un período de “regeneración”. La militancia, afirmaban los dirigentes rosarinos, debía orientarse entonces a aprovechar las supuestas “oportunidades” generadas por el derrumbe personalista. Reconocían que habría dificultades, pero consideraban que el camino empezaba a despejarse y diagnosticaban que en breve la Unión Popular, en alianza con la Unión Santafesina, se convertiría en un “partido católico de principios” competitivo a nivel provincial⁴³.

Los resultados electorales sin embargo fueron terminantes e hicieron añicos las esperanzas que, en muchos casos, habían crecido de manera desmedida. En Santa Fe,

43. A la hora de dar nacimiento a la Unión Popular los dirigentes del COR tuvieron en cuenta la experiencia italiana de Luigi Sturzo y su Partido Popular al que conocieron personalmente en sus viajes a Italia durante la década de 1920 (Mauro, 2020).

Manuel del Sastre logró ser elegido, aunque muy ajustadamente, pero en Rosario las dos elecciones arrojaron un resultado negativo. La derrota era doble, además, porque mientras los católicos sólo podían decir que habían recogido “experiencia”, los comunistas lograron el ingreso de un concejal. Desde las páginas de *El Herald* se condenó duramente la “indiferencia”, calificada como “cobardía”, y se pidió a los católicos hacer un examen de conciencia⁴⁴. Si sólo un tercio de los socios del Círculo de Obreros hubiera votado, repetirían con desconcierto, se habría ganado cómodamente. La desilusión fue enorme y el golpe resultó bastante duro para muchos de ellos que, obnubilados por el entusiasmo, habían creído que el “gran partido” estaba a la vuelta de la esquina.

Más allá de los evidentes límites organizativos que cabría estudiar más en detalle, lo cierto fue que partieron de un diagnóstico muy poco certero. Si bien la nueva ley aumentaba teóricamente sus posibilidades, los conflictos dentro y fuera de radicalismo personalista, lejos de constituir una “oportunidad”, implicaban el aumento de la competitividad en el nivel municipal. De hecho, los comicios en Rosario, Santa Fe y otras ciudades de la provincia se convirtieron en un verdadero campo de batalla en el que las diferentes fracciones lucharon por la supervivencia. Ante este intenso fuego cruzado, la participación católica pasó bastante desapercibida en momentos en que, por ejemplo, a través de las elecciones municipales de Rosario tanto el gobernador Gómez Cello como la fracción que lideraba Ricardo Caballero se jugaban sus respectivos futuros políticos. No obstante, a la hora de analizar las derrotas ninguno de estos factores se tuvo en cuenta y los dirigentes del COR fueron notablemente impiadosos con el resultado obtenido. A partir de julio de 1928, aplacados la desilusión y el enojo, se recuperó un cierto optimismo y se insistió en la necesidad de contar con un partido católico de principios, pero, de nuevo, las sucesivas derrotas arrasaron con toda esperanza⁴⁵. Los fracasos electorales se vivieron entonces con suma crudeza, de modo autoflagelante, como un verdadero martirio del que no se podía escapar. Ante los resultados adversos el desconcierto se generalizó⁴⁶. Por aquellos meses, la amargura y la desilusión invadieron el periódico de la institución y la condena a la democracia de partidos se agudizó como un modo de

44. *El Herald*, 19/05/1928; 17/11/1928.

45. Sobre la campaña ver *El Herald*, 16/06/1928; 14/07/1928 y 20/10/1928.

46. *El Herald*, 17/11/1928.

expiar las culpas. En menos de un año, las esperanzas de contar con un “gran partido” y en un sentido amplio las certezas de más de una década se desvanecieron tras la contundencia inapelable del recuento de votos. En octubre de 1929 ya no se esperaba demasiado y se recordaba el “repudio” sufrido en las elecciones anteriores⁴⁷. Atrapados en las coordenadas del “mito de la nación católica” que se tambaleaba, los dirigentes de la Junta Organizadora significaron lo sucedido como una verdadera catástrofe ante la cual no se sabía cómo seguir adelante. De este modo, la desazón y la congoja de aquellas jornadas fueron clave para que, poco después, el nuevo proyecto del Episcopado lejos de despertar recelos fuera recibido como una bendición. Si en 1928 se decía que independientemente del resultado que pudiera obtenerse el camino era la formación de un partido, en 1930 desde *El Heraldo* se consideraba que la Acción Católica Argentina era la “gran necesidad” de los “tiempos” que corrían. La mejor fórmula para “expresar” la fuerza de la militancia católica “acallada” supuestamente por la “trampas” de la política⁴⁸.

LA PUESTA EN MARCHA DE LA ACA EN SANTA FE, 1928-1934

En 1929, en medio de las derrotas electorales de la Unión Popular y la Unión Santafesina, el Episcopado designó a Antonio Torres en Santa Fe y a Antonio Caggiano en Rosario para que iniciaran las tareas organizativas en vistas a la fundación de la ACA⁴⁹. Esta vez, a diferencia de lo que había ocurrido con la UPCA, la Curia se plegó de manera entusiasta al proyecto del Episcopado⁵⁰. A fines de Julio de 1931, luego de concluida la Semana de Oración y Estudio, se formalizó la Junta Central correspondiente a la zona norte. En la ocasión, Caggiano y el por entonces presidente de la Junta Nacional Martín Jacobe, volvieron a insistir en lo que hasta el hartazgo se había publicado desde el *Boletín Eclesiástico* durante casi dos años: que “el espíritu de la Acción Católica” era “de sumisión

47. *El Heraldo*, 02/11/1929 y 22/02/1930.

48. *El Heraldo*, 28/12/1929; 17/05/1930.

49. BEDSF, 10/04/1929.

50. BEDSF, 10/03/1930; 10/05/1930.

y de obediencia a la Jerarquía Eclesiástica”⁵¹. Las designaciones recayeron en algunas de las figuras que habían estado vinculadas al Círculo de Obreros y a los comités de Acción Católica, tal el caso de César Berraz, Juan Depetris y Manuel del Sastre. Otros como Juan Maciel, si bien tenían una larga historia en las tramas católicas santafesinas, debían su designación a factores de última hora⁵². Algunos nombres resonaban por su ausencia, principalmente el de Ramón Doldán demasiado vinculado al proyecto de 1921 que se pretendía dejar definitivamente atrás.

En Rosario, las Juntas se formalizaron poco después y recayeron sobre quienes desde fines de la década de 1910 habían presidido la UDC, el COR, los Comités de Acción Católica y finalmente la Junta Organizadora de la Acción Católica. Elías Luque fue designado presidente y en calidad de vocales se nombró entre otros a Manuel Caferatta, Francisco Casiello y Ángel González Theyler. Por su parte, el Consejo Diocesano de la Asociación de Hombres Católicos quedó en manos de Juan Casiello. Entre los asesores espirituales, tanto en Santa Fe como en Rosario, se escogieron figuras de experiencia con más de una década de trabajo en organizaciones del laicado –incluidas las asociaciones de damas–, tales como Antonio Biagionni, Natalio Bértolo, Francisco Núñez y Nicolás Grenón⁵³.

Según los datos provistos por el *Anuario Católico Argentino*, el proceso de puesta en marcha de los centros y círculos fue bastante rápido y a comienzos de 1933 se encontraban funcionando, al menos formalmente, 72 centros y círculos parroquiales. A fines

51. BEDSF, agosto de 1931.

52. Juan Maciel había sido intendente de facto y militaba en las filas del antipersonalismo al que la curia apoyaba en contra de los reformistas.

53. Aunque no se exploran aquí las tramas femeninas el seguimiento de las integrantes de las juntas centrales sugiere que, como en el caso de los hombres, las continuidades fueron importantes. Las principales dirigentes de la ACA a comienzos de la década de 1930 habían integrado la extinta UPCA, el Círculo de Obreros de Rosario, los comités de 1921 y, entre otras comisiones, las que organizaron la Coronación de la Virgen de Guadalupe en 1928. En el caso de Rosario buena parte de las mujeres de las ACA compartían apellidos con los dirigentes masculinos que desde mediados de la década de 1910 controlaban el Círculo de Obreros (Vianna, Sutti, Casiello, Luque, Morra, Tiejten, Seligmann). En Santa Fe, las continuidades fueron aún más marcadas y dominan los apellidos de las familias “tradicionales”, vinculadas a la política de notables de la segunda mitad del siglo XIX (entre otros, Freyre, Iriondo, Candiotti, Cullen, Passeggi, Cervera, Iturraspe) (Mauro, 2018, Martín, 1988). Para una perspectiva de género: Blanco, 2009.

de 1933, la diócesis de Santa Fe, dividida en dos zonas, contaba supuestamente con 4350 socios correspondientes 1883 a la zona norte y 2480 a la zona sur, con lo cual la diócesis se colocaba incluso por sobre la de Buenos Aires que rondaba los 4000 y bastante por encima de la de Córdoba que contaba con 3100. La incertidumbre de los números, difícilmente superable, se hizo palpable durante las primeras semanas diocesanas de la ACA, tanto en Santa Fe como en Rosario, dónde varios de los centros y círculos supuestamente en marcha sólo se hicieron presentes a través del envío de notas. A fines de la década de 1930, las dudas habían crecido y durante la Asamblea Federal en Rosario uno de los principales problemas a tratarse fue el de la rigurosidad de la información sobre los centros y círculos efectivamente completos, ya que muchos parecían no estar funcionando⁵⁴. Más allá de esto, sobre lo que cabría detenerse específicamente, al momento de creación de la ACA el catolicismo santafesino contaba ya con una vasta experiencia organizativa y tanto los dirigentes del laicado como buena parte de los párrocos habían participado en alguno de los emprendimientos previos. De este modo, el nuevo proyecto se montaba sobre los trabajos de militancia de los Círculos de Obreros, la democracia cristiana, los Comités de Acción Católica y la UEC, así como sobre diversas asociaciones y comisiones creadas en diferentes coyunturas entre 1910 y 1930. Tal como en su momento los Comités de Acción Católica se habían creado en parte a partir de los centros demócratas cristianos en Rosario y sobre los círculos de obreros en Santa Fe y colonia Avellaneda, la ACA se levantaba a comienzos de la década de 1930 sobre la huella aún fresca de todas estas experiencias.

Si bien parecen haber existido algunos conflictos puntuales en el caso del COSF⁵⁵, en términos generales los principales dirigentes del laicado se hallaban ahora dentro de las Juntas de la ACA. Esta adhesión no deja de abrir interrogantes si se tiene en cuenta que, en más de un sentido, el nacimiento de la ACA ponía punto final a muchos de los proyectos políticos alentados entre 1921 y 1929. Más aún si se tiene en cuenta que en

54. Manuscritos sobre temas a tratar en la Asamblea Federal de Rosario en 1940, s/f, en Caja Junta Central de ACA de Santa Fe (1931-1960), AASF.

55. Si bien el proyecto episcopal no generó resistencias serias, el COSF dio lugar a algunos roces que generaron una cuarta intervención. Carta de Norberto Repetto a José Sutti del 09/10/1930 y Carta de José Sutti a Boneo del 31/03/1931, en Caja II del COSF, AASF.

1924, Elías Luque, ahora presidente de la Junta Diocesana de la ACA de Rosario, se había negado a disolver los comités al igual que el resto de los miembros de la Junta Organizadora. Asimismo, la ACA se proponía avanzar sobre muchas de las prácticas intelectuales cultivadas por dichas tramas dirigentes, tal como quedó en evidencia con la creación del Instituto de Cultura Religiosa Pío XI con sedes en Rosario y Santa Fe⁵⁶. Hasta el momento, las bibliotecas y los centros de estudio de los Círculos de Obreros, los centros de estudiantes católicos y algunas asociaciones parroquiales habían asumido las tareas de formación y de hecho, durante las décadas de 1910 y 1920, una suerte de “cursus honorum” se cristalizó en torno a ellas⁵⁷. Los nuevos institutos pretendían intervenir precisamente estos circuitos para reemplazarlos por ámbitos verticalizados y supuestamente más apropiados para alentar una militancia basada en criterios de eficiencia y subordinación. De este modo, al menos virtualmente, la ACA aspiraba a enterrar definitivamente en el pasado al intelectual católico de las primeras décadas, en beneficio del ideal del militante “miliciano” presto a difundir los lineamientos episcopales en las trincheras de la sociedad moderna: calles, radios, diarios, panfletos⁵⁸.

Sin embargo, a pesar de las rupturas que pretendía introducir el nuevo proyecto, tanto en términos organizativos como políticos, de momento no emergieron conflictos sino más bien todo lo contrario. De hecho, durante el Congreso Eucarístico de 1933 en Rosario, Elías Luque atribuyó los éxitos alcanzados por la ACA a la “obediencia” y al respeto de las jerarquías. En el mismo sentido, durante un banquete ofrecido en el COR, señaló que era “preferible” errar con la Iglesia que acertar “en contra de la palabra de un obispo”⁵⁹. También por entonces Juan Casiello, otro de los que habían rechazado el proyecto de la

56. *El Orden*, 03/06/1933 y BEDSF, 15/06/1935.

57. Los centros de estudio fueron reivindicados en varias ocasiones como el modo de formación más apropiado para los militantes católicos, ver *Democracia*, 01/04/1915 y *El Heraldo*, 01/08/1925.

58. Las únicas instancias en las que los laicos tenían algún tipo de participación eran las Regencias, organismos de gobierno que se constituían también por designación del obispo, pero a partir de nombres propuestos por los Consejos de la ACA. Ver *Reglamento del Instituto de Cultura Religiosa Pío XI*, en BEDSF, 15/06/1935.

59. *La Capital*, 13/10/1933.

curia en 1924 y ahora presidía la Asociación Nacional de Hombres Católicos, se manifestó en términos similares a los de Luque y llamó a “alistarse” disciplinadamente como en todo buen ejército ante “mares embravecidos”⁶⁰.

Aún con dudas e incertidumbre, entre 1921 y 1929, los principales referentes del laicado intentaron organizarse con cierta autonomía para participar electoralmente. Un proyecto que, en el marco de la ACA, ya no podía alentarse. En este sentido, más allá de lo que la “tesis de la romanización” tendría para decirnos al respecto, cabría preguntarse ¿cómo logró la ACA la adhesión entusiasta de estas tramas dirigentes? ¿Qué cosas habían cambiado y que circunstancias se habían desatado para que la firmeza de 1924 y las ideas alentadas en 1928 hubieran desaparecido?

LA ACA: “MARES EMBRAVECIDOS”, NUEVAS CERTEZAS Y ESTRUCTURAS ORGANIZATIVAS

Nuevamente, como una década atrás, la política santafesina irrumpió hacia 1931 como una poderosa fuerza centrípeta y a la vez movilizadora para el catolicismo. Por entonces, el PDP que había sido el principal adversario de la Curia entre 1921 y 1925, aprovechando la abstención radical, se impuso sobre el antipersonalismo y ocupó nada más ni nada menos que el gobierno provincial. En clara disonancia con lo que ocurría a nivel nacional y en el resto de las diócesis, Santa Fe estuvo gobernada entre 1932 y 1935 por un partido que agitaba como una de sus principales banderas militantes la laicización del Estado. En este contexto, tal como había ocurrido en 1921, el significativo católico volvió a substanciarse en términos de resistencia y el PDP se convirtió una vez más en aliado involuntario de la Curia a la hora de potenciar la unidad y la centralización del laicado. Los misteriosos enemigos que la Iglesia agigantaba para animar el ambiente de cruzada a nivel nacional podían designarse en la provincia con nombres y apellidos. Las siluetas borrosas que se combatían en otras diócesis eran en Santa Fe hombres de carne y hueso no necesariamente más peligrosos para la Iglesia que aquellas sombras, pero sin dudas más apropiados para ponerla en marcha. La llegada del PDP fue pre-

60. *La Capital*, 07/05/1933; ver también de Juan Casiello “El deber del apostolado y la acción católica” en *Anuario de los Alumnos Maristas del Colegio Nuestra Señora del Rosario*, año. VI, num. 6, Rosario, noviembre de 1936, p. 8.

sentada, así como la prueba de que era preciso encolumnarse tras la ACA para derrotar definitivamente a un enemigo que, como si fuera poco, había logrado apoderarse del Estado provincial. Por entonces, la alianza que el PDP tenía con el Partido Socialista a nivel nacional se convirtió en la prueba incontestable de las supuestas conspiraciones urdidas por los “rojos”. A pesar de que la alianza con los socialistas se dio por terminada poco después de las elecciones, la Curia siguió denunciando un supuesto “complot” por el cual los comunistas gobernarían a través del PDP. La tesis de que el liberalismo y el laicismo eran la antesala del comunismo se despojó de toda retórica teológica o filosófica y cobró por aquellos años un sentido conspirativo e inmediato⁶¹.

Si bien las similitudes con los conflictos de 1921 eran muchas, terminaban a la hora de analizar el rol ocupado por el Obispado y los modos en que los católicos actuaron finalmente en política. Esta vez a diferencia de entonces, cuando Doldán encabezó la movilización, la curia se puso al frente de las acciones de resistencia a través de la ACA. Asimismo, a nadie se le ocurrió como entre 1921 y 1924 recurrir a las instituciones liberales para detener la acción de los reformistas. La curia exigió a través de varios comunicados de secretaría que se terminara con la “persecución religiosa” e impugnó la legitimidad del gobierno para emprender la laicización del Estado, pero en ningún momento el obispo o los dirigentes laicos amenazaron con constituir una Liga y menos aún con lanzar un partido.

A pesar de la activa oposición, el gobierno demócrata se mostró decidido a aplicar el programa de reformas y los conflictos se esparcieron rápidamente. El clima de enfrentamiento jugó, de este modo, un rol sin dudas importante en la puesta en marcha de la ACA que, a diferencia de lo que sucedía a nivel nacional, nació en Santa Fe en medio del fragor de una cruzada más creíble y palpable que en otras partes. Desde la ANHC, por ejemplo, se organizaron grupos para “vigilar” cualquier “menosprecio” de la religión católica en la “escuela atea” impulsada por el gobierno, y las Ligas de Damas y Jóvenes Católicas organizaron “escuelas de catequistas” bajo la supervisión de los párrocos, con el fin de que toda “escuela laica” tuviera un catequista “bien formado”⁶². Los roces se

61. Ver algunas observaciones al respecto en *El Pueblo*, 03/04/1932; 13/05/1932; 01/05/1933.

62. Ver actas s/f sobre resoluciones de la Primera Asamblea Federal realizada entre el 22 y el 25 de mayo de 1933 en Córdoba, en Caja ANHC, AASF.

LOS ORÍGENES DE LA ACCIÓN CATÓLICA EN SANTA FE (1915-1935)

hicieron frecuentes y derivaron incluso en hechos de violencia como el ocurrido en la Casa Social Católica⁶³. Durante 1933, la ACA ganó un protagonismo mayor y sus cuadros fueron clave en la organización de los actos a través de los cuales las multitudes católicas ocuparon una y otra vez las calles agitando consignas opositoras al gobierno.

En este marco, entre 1930 y 1935, la ACA se expandió rápidamente sin que se atravesaran disidencias o conflictos serios entre los diferentes grupos de católicos sociales y la Curia Diocesana. El resurgimiento electoral del reformismo, cuando aún las heridas de 1928 y 1929 seguían abiertas, hizo de la ACA más que una opción, una salida. Como se había reflejado en las páginas de *La Verdad* y *El Herald*, los golpes recibidos a fines de la década de 1920 terminaron por herir de muerte las esperanzas de lograr que la política de partidos transparentara el mito de la nación católica. En este contexto, la ACA lejos de recibirse como un intento de coartar o encauzar sus acciones, fue abrazada, por al menos buena parte de las tramas dirigentes masculinas, como una verdadera bendición. Como un llamado providencial que los alejaba de las sombras del pasado para conectarlos con el clima de triunfo que, por entonces, vivía la Iglesia argentina. Como nunca, la salida pareció dibujarse en la obediencia militante y en el rechazo de la vía electoral. Algo que, por cierto, desentonaba poco con las frágiles y devaluadas visiones que circulaban por aquellos años sobre la democracia liberal. En perspectiva se trataba de una opción más que seductora para dirigentes que, a pesar de sus éxitos organizativos, no podían borrar las huellas de una sociedad compleja que se resistía a dejarse atrapar sumisamente por las coordenadas del “mito de la nación católica”. Aún cuando en términos mutualistas el COR seguía cosechando éxitos y por entonces se discutía incluso la construcción de un sanatorio⁶⁴, los intentos de sindicalización católica siempre habían dado magros resultados y estas deudas pendientes volvieron a reflotar ante los fracasos de la Unión Popular y los triunfos del PDP.

Por entonces, con la ACA en marcha, las grietas del mito se atribuyeron a la “desorganización” del pasado, a la “falta de obediencia” y a las “trampas” que la democracia liberal les había tendido. Era preciso no repetir esos errores y para ello, como señalaba la ganadora del concurso de ensayos de la Junta Diocesana de la ACA de Rosario, Marta

63. BEDSF, 10/06/1932.

64. Ver sobre el proyecto ya en marcha *La Verdad*, 17/06/1936 y 07/07/1937.

Luque Seligmann, era preciso que “la mente se inclinara dócilmente” y renunciara “al propio punto de vista para aceptar con sumisa docilidad lo que la Iglesia quería”⁶⁵. Cabría agregar, por cierto, que las nuevas “certezas”, la “docilidad” y “lo que la Iglesia quería” venían acompañados de estructuras burocráticas de proyección nacional, dotadas de numerosos cargos y puestos que, luego de cansadores años de militancia y desilusión, constituían, probablemente, un aliciente y un estímulo nada despreciable. Había llegado la hora de la ACA y la producción de multitudes, dinámicas, por cierto, más apropiadas que los intentos partidarios para colocar al catolicismo en la esfera pública. Al menos por esos años, el nuevo proyecto logró ocultar sus grietas y pareció tener la valiosa capacidad de convertir dudas, incertidumbres y decepciones en verdades, estructuras y militancia.

BIBLIOGRAFÍA

- Acha, O. (2010) Tendencias de la afiliación en la Acción Católica Argentina (1931-1960). *Travesía*, 12, 7-42.
- Blanco, J. (2008). Modernidad conservadora y cultura política. La Acción Católica Argentina (1931-1941). Córdoba: Editorial de la Facultad de Filosofía y Humanidades de la UNC.
- Blanco, J. (2009). La Acción Católica y su contribución a la “re Cristianización” de Córdoba en los años treinta. En M. Lida y D. Mauro (Coords.), *Catolicismo y sociedad de masas en Argentina (1900-1950)*. Rosario: Prohistoria.
- Castro, M. y Mauro, D. (2019). *Católicos y política en América Latina antes de la Democracia Cristiana: 1900-1950*. Buenos Aires: EDUNTREF.
- Di Stefano, R. y Zanatta, L. (2000). *Historia de la Iglesia Argentina*. Buenos Aires: Mondadori.
- Jiménez Béliveau, V. (2005). Sociabilidades de los laicos en el catolicismo en la Argen-

65. Marta Luque Seligmann *El Párroco*, Junta Diocesana de la ACA de Rosario, Rosario, 1936, p. 24.

- tina. Un recorrido socio-histórico. *Prismas*, 9.
- Lida, M. (2005). Iglesia y sociedad porteñas. El proceso de parroquialización en la arquidiócesis de Buenos Aires, 1900-1928. *Entrepassados*, 28.
- Lida, M. (2007). La Iglesia Católica en las más recientes historiografías de México y la Argentina. Religión, modernidad y secularización. *Historia Mexicana*, 224.
- Lida, M. (2010). El catolicismo de masas en la década de 1930. Un debate historiográfico (pp. 395-424). En C. Folquer y S. Amenta (Eds.) *Sociedad, cristianismo y política. Tejiendo historias locales*. Tucumán: CEPIHA.
- Mallimaci, F. (1988). *Catolicismo integral en la Argentina, 1930-1946*. Buenos Aires: Bibles.
- Mallimaci, F. (1991). Movimientos laicales y sociedad en el período de entreguerras. La experiencia de la Acción Católica en la Argentina. *Cristianismo y Sociedad*, 108.
- Mallimaci, F. (2001) Los diversos catolicismos en los orígenes de la experiencia peronista. En F. Mallimaci y R. Di Stefano (Edts.), *Religión e imaginario social*. Buenos Aires: Manantial.
- Martín, M. P. (1988). *Los católicos y el movimiento obrero. Con especial mención del Círculo de Obreros de Rosario, 1895-1925*. Rosario: Seminario Regional, FHyA, UNR.
- Martín, M. P. (1992). La acción social en Rosario (1907-1912). En A. Ascolani (Comp.), *Historia del Sur Santafesino*. Rosario: Platino.
- Martín, M. P. (1992). Sindicalismo católico y estado corporativo. *Cuadernos del CIESAL*, I (1), 37-47.
- Mauro, D. (2008). La Iglesia católica argentina entre el orden y las prácticas. Santa Fe, 1900-1935. *Rábida*, 27.
- Mauro, D. (2008). Las voces de Dios en tensión. Los intelectuales católicos entre la interpretación y el control. Santa Fe, 1900-1935. *Signos Históricos*, 20, 128-145.
- Mauro, D. (2009). Los católicos en las calles. Movilización y política en el catolicismo. Santa Fe, 1920-1928. *Secuencia*, 75.

DIEGO MAURO

- Mauro, D. (2015) Las multitudes católicas argentinas en la primera mitad del siglo XX. Religión, política y sociedad de masas. *Quinto Sol*, 19 (3).
- Mauro, D. (2018) *De los templos a las calles. Catolicismo, política y sociedad en Santa Fe, 1900-1937*. Rosario: Prohistoria.
- Mauro, D. (2018). Debates en la historiografía del catolicismo argentino (entre finales del siglo XIX y el peronismo). En J. De la Cueva Merino (Ed.) *De la Historia Eclesiásticas a la Historia Religiosa. Estudios en homenaje al Profesor Feliciano Montero*. Alcalá: UAH.
- Mauro, D. (2020). La democracia cristiana en Argentina. Formaciones políticas, partidos y vínculos transnacionales (1912-1967). *Ayer*, 118.
- Rapalo, M. E. (2001). De la Asociación del Trabajo a la Revista Criterio: encuentros entre propietarios e ideólogos, 1919-1929. En AA.VV. *La derecha argentina* (pp. 113-150). Buenos Aires: Javier Vergara Editor.
- Rapalo, M. E. (2005). La relación entre los Círculos de Obreros y los sectores patronales en las dos primeras décadas del siglo XX. *Prismas*, 9, 141-150.
- Vidal, G. (2000). Reacción de la “tradición” y sus intentos de formar un partido católico. Córdoba, 1918-1925. En M. S. Spinelli, M. Ferrari, A. Servetto y G. Closa (Comps.), *La confirmación de las identidades políticas en la Argentina del siglo XX*. Córdoba: UNC, UNCPBA, UNMDP.
- Zanatta, L. (1996). *Del Estado Liberal a la Nación Católica. Iglesia y ejército en los orígenes del peronismo, 1930-1943*. Buenos Aires: UNQ.

3.

REDES TRASNACIONALES ACADÉMICAS EN LA SANTA FE DE ENTREGUERRAS

ESPACIOS DE SOCIABILIDAD
INTELLECTUAL, DIPLOMACIA CULTURAL
Y EXILIOS

NATACHA BACOLLA

INTRODUCCIÓN

Estudiar la entreguerra invoca una operación de deconstrucción histórica en múltiples perspectivas. Por una parte, aquella que remite a la percepción de este período cronológico delimitado por las dos guerras mundiales como un momento homogéneo, explicado por las dinámicas de crisis tanto económicas, políticas como sociales. Visión uniforme frente a la cual debe recuperarse la multiplicidad de estratos temporales, en términos de Koselleck, que encierran este lapso de dos décadas entre ambas conflagraciones mundiales. Cuyos emergentes se expresaron en, pero no se redujeron a, los proyectos insistentes de reinención liberal, el contrapunto fascismo antifascismo, los programas de revolución de las izquierdas, las disputas económicas a escala global por una suerte de nueva división internacional del trabajo, las nuevas sensibilidades culturales e intelectuales en la crisis del paradigma positivista, o la creciente consolidación de formatos societales de masas frente a la remisión del arquetipo civilizatorio decimonónico.

Como ha señalado Hartog, rescatando la lectura que Paul Valery hizo como testigo de esos complejos años, la entreguerra fue vivida como una sucesión de sismos que abrieron hondas fallas sobre el terreno conocido, enfrentando a estas generaciones a dos abismos. En palabras del historiador francés, Valery advertía, por un lado, un pasado que no se había abolido ni olvidado, y del cual no podía ya extraerse una brújula para el presente o un registro para imaginar el porvenir. Y por el otro, un futuro sin densidad ni promesas. Así, señala Hartog, Valery definía a ese tiempo como “desorientado”, “situado entre dos abismos o entre dos eras”. Dislocamiento que lo convertía en “momento de génesis de un nuevo régimen de historicidad”, donde las articulaciones entre pasado, presente y futuro habían dejado de ser obvias; poniendo en tensión el “campo de la experiencia y los horizontes de expectativa” (Hartog, 2007: 123).

Sin embargo, además, otras dinámicas pueden ser percibidas sobre ese escenario de fracturas, aislamiento y compartimentación nutrido por los nacionalismos beligerantes, los proteccionismos económicos, y la evanescencia de una cultura cosmopolita. Esas mismas líneas de falla impulsaron en el plano cultural e intelectual dinámicas de innovación –frente a las imposibilidades de interpretar las novedades del contexto con viejos prismas– y una intensa circulación sostenida por las redes de contención frente a los exilios políticos pero también por una activa diplomacia cultural, tanto oficial como

sustentada en mecenazgos privados, cuyos objetivos fueron no sólo nutrir viejas tramas de intercambio interrumpidas por la gran guerra sino también activar nuevas. Fenómenos de circulación que comienzan a ser reconsiderados a la luz de los nuevos debates historiográficos en torno a perspectivas globales en ciencias sociales y humanidades; y dentro de las cuales, para nuestro objeto de estudio son de particular relevancia las herramientas construidas en los marcos de la “histoire croisée” o la “connected history” (Fazio y Fazio, 2018). Sobre todo esta última, como señala uno de sus animadores, Sanjai Subrahmanyam, ha construido sus objetos de estudio restableciendo las conexiones continentales e intercontinentales –aquellas que las historiografías nacionales habían “desconectado” al demarcar fronteras– relativizando las nociones de *centro* y *periferia*, y haciendo visible una amplia heterogeneidad de dinámicas sociales. Perspectiva que posibilita el diálogo con la microhistoria y la historia regional, en tanto comparte con estas “la voluntad de articular lo social, lo económico y lo político, a la par que coincide en la preocupación por restituir el espesor del juego social y la globalidad de los intercambios que lo animan” (Douki y Minard, 2008: 21).

En diálogo con estas premisas, el presente capítulo se detiene en mecanismos de circulación, particularmente académica, tomando como campo de estudio la provincia de Santa Fe, donde las décadas de la entreguerras presenciaron transformaciones profundas tanto en las dinámicas de la política activadas por la aplicación de la reforma electoral de 1912 y sus inflexiones luego del golpe de 1930, en sus estructuras socioeconómica debido a los procesos de sustitución de importaciones y cambios en las explotaciones rurales, en la estructuración de las capacidades estatales locales, como así también en el ámbito cultural y académico influido por la creación de una universidad regional –la del Litoral–. En este marco, en primer lugar, el texto analiza el impacto de la diplomacia cultural, las redes construidas en el campo intelectual –tanto al calor del reformismo universitario, como posteriormente impulsadas por los exilios debidos a las políticas fascistas o las consecuencias de la guerra civil española– y el rol de actores tanto nacionales como internacionales en la dinámica de estas. En segundo lugar, aborda algunos ejemplos en torno a las inflexiones que las condiciones locales y globales imprimieron a las dinámicas de circulación como así también las marcas que dejaron estas redes en la conformación de la universidad local y en las transformaciones de ciertas agencias estatales. Adicionalmente el capítulo aspira a aportar a la renovación de las miradas sobre

el período, visto no ya como exclusivo escenario de crisis o antesala al “peronismo”, sino con una autonomía y riqueza propios.

SOCIABILIDADES Y REDES DE CIRCULACIÓN TRANSNACIONAL EN LA TEMPRANA ENTREGUERRAS SANTAFESINA.

La Argentina de las primeras décadas del siglo XX fue el escenario de un rápido ritmo de transformaciones que aceleraron procesos de modernización ya iniciados a finales del precedente siglo. La diversificación cultural, los cambios urbanos, impulsados por los flujos inmigratorios y la expansión de actividades económicas nutrieron cruces culturales que dieron nueva fisonomía a las regiones del país involucradas particularmente en el esquema agroexportador, como la provincia de Santa Fe. La construcción de esta “modernidad periférica”, en especial en los espacios urbanos provinciales de mayor crecimiento como Rosario y la capital provincial, tuvo su emergente en varios registros.

Por una parte, aceleraron las dinámicas asociativas que desde el último cuarto del siglo XIX se multiplicaron al calor de los flujos de inmigración masiva y que dieron lugar al surgimiento de numerosas instituciones impulsadas por factores étnicos, o de protección mutua, educativos, recreativo-culturales, económico-corporativos, de beneficencia, o una combinación de ellos (Micheletti, 2005a y 2005b; Tornay, 2006; Fernández, 2012). Ya iniciado el siglo XX se sumaron nuevos espacios vinculados a la sociabilidad popular y barrial –como bibliotecas, clubes, círculos culturales, comités partidarios, entre otros-. Estas entidades activaron el crecimiento de intercambios, visitas de figuras y la movilización de discusiones locales imbricadas a sucesos más globales –como la Gran Guerra, la recepción de la Revolución rusa, la expansión del fascismo, o más tarde la guerra civil española y la Segunda Guerra mundial– (Fernández, 2013, 2017 y 2019).

Con disímil impacto, la sistematización de estas prácticas puso en evidencia la expansión de una audiencia local, pero también un activo movimiento internacional nutrido por acciones individuales, redes informales e institucionales para difundir ideas, pautas culturales, prácticas académicas y debates políticos. Un buen ejemplo de ello se evidencia en la asiduidad que cobran las visitas de personalidades en diversos ámbitos promo-

vidas por estas entidades locales en el entre siglos: las intervenciones de Pietro Gori en tribunas anarquistas y asociaciones italianas tanto en la ciudad de Rosario como Santa Fe a finales del siglo XIX; las conferencias de Georges Clemenceau en 1910 a pedido de la comunidad francesa rosarina; de Adolfo Posadas en la Universidad provincial en el mismo año, auspiciada por la Junta para la Ampliación de Estudios y apadrinada por diversas colectividades; la de Ortega y Gasset en el Club Español de Rosario en 1916; en las actividades llevadas a cabo por Filippo Marinetti en 1926 en la Biblioteca Argentina de Rosario convocado por la Asociación cultural *El círculo*.¹

Por otra parte, ya entrados los años 1920 la creación de la Universidad Nacional del Litoral aceleró la dinámica. Dicha institución, en cuya concreción había colaborado laboriosamente gran parte de la plataforma asociativa mencionada anteriormente, nutrió y acrecentó varias redes de previa formación. En primer lugar, aquellas de la militancia del reformismo universitario, que como se constata en la experiencia local, sustentó la construcción de un conjunto de canales por medio de los cuales se produjo un robusto intercambio y circulación de ideas en torno a la que, desde 1918 es llamada “la Reforma”. Si por una parte contribuyeron a ello la sociabilidad estudiantil –federaciones, centros, asociaciones–, sus publicaciones, congresos y viajes; no menor importancia tuvo la múltiple presencia de figuras que ejercen magisterio intelectual, y en algunos casos docente en la universidad local. Desde los consagrados con anterioridad al movimiento cordobés como Ingenieros, a los jóvenes que encuentran su reconocimiento en el escenario del 1918, como Saúl Taborda, Emilio Biagosch, Deodoro Roca, o los rosarinos Cortés Pla e Ismael Bordabehere. Adicionalmente, se construyó casi en paralelo, una circulación de “gestores de la reforma”, ejemplificados en las funciones múltiples que tendrá el ministro Salinas –en Córdoba y en Litoral– Benito Nazar Anchorena –en ésta última y en La Plata–, y hasta un joven graduado que podía invocar su iniciación en el reformismo litoraleño: como Alejandro Grüning Rosas –en Tucumán– o más tardíamente Gabriel del Mazo –como decano de la Facultad de Química en 1929–. Dicha sociabilidad académica y estudiantil dotó de nuevas aristas al tránsito de figuras extranjeras, entrelazándolo

1. En relación a estas visitas en otros espacios: Albornoz, 2014; Bruno, 2014; Fuentes Cordera, 2014; Saytta, 2014. Sobre las repercusiones en prensa de la provincia algunos ejemplos interesantes: en el caso de d’Ors *Santa Fe* (Santa Fe), 11 y 12 de noviembre de 1921; para Ortega y Gasset: *Santa Fe*, 30 de septiembre de 1916.

a la constitución de los propios claustros. Así algunas visitas desataron polémicas en la política universitaria, como en los tempranos 1920 el paso por Rosario de Alfons Goldschmidt y Georg Nicolai, patrocinados por una fracción de izquierda del movimiento universitario nucleado en la Federación Universitaria de Rosario (Bustelo, 2018; Bacolla, 2018; Piazzesi y Bacolla, 2015). Igual tono controversial alcanzó la estadía de Adolfo Posadas y de Eugenio d'Ors en noviembre de 1921. Particularmente este último, cuyos discursos en diversas facultades de la UNL –la de Ciencias Económicas, Comerciales y Políticas en Rosario y de Ciencias Jurídicas en Santa Fe, así como la Biblioteca de la Sociedad Cosmopolita de la misma ciudad– concitaron lecturas diversas. Desde aquellas que –como la sostenida por Juan Álvarez²– insertaban las ideas del español en una llamada a concluir el ciclo de estremecimientos revolucionarios desencadenados por la Gran Guerra y la experiencia rusa, a quienes escuchaban en sus palabras un llamado a profundizar la irradiación de una “nueva sensibilidad” y la construcción de una sociedad superadora de la democracia parlamentaria y la economía del capital (Fuentes Codera, 2014; Eujanian, 2001).

Pero los claustros universitarios impulsaron otras mecánicas de circulación, de carácter más institucional, aunque no por ello menos polémicas. Un conjunto de factores locales y externos modelaron estos intercambios. Por una parte, estuvieron vinculados a la propia conformación de las sedes académicas, sus titulaciones, la constitución de instancias dedicadas a la extensión y a la construcción de un nexo entre universidad e investigación. Sea como acciones de las diversas facultades o como parte de cursos de acción más concertados para el conjunto de la universidad, sobre todo luego de la conformación del Instituto Social desde 1927 (Bacolla, 2015). Por otra parte, estas condiciones locales se entrelazaron con la nueva centralidad que la faz cultural y científica tomó en las acciones diplomáticas y las relaciones internacionales luego de la Gran Guerra. A estas se asociaron tanto actores públicos, formalmente ligados a las acciones de las agencias diplomáticas, el campo universitario o las asociaciones académicas, las organizaciones transnacionales como las fundaciones filantrópicas norteamericanas, a las que se sumaron ya en la década de 1920, las iniciativas de la Sociedad de Naciones en ese ámbito –la Comisión Internacional para la cooperación intelectual desde 1922

2. *La Prensa*, 21 de diciembre de 1921, p. 3; *Tribuna Universitaria*, 20 de octubre de 1921, p. 1.

y el Instituto creado en París desde 1926- (Charle et al., 2006; Choubet y Martin, 2011; Dumont 2019). Estos usos políticos de la cultura, en sentido amplio, apuntaron a tres objetivos: la cooperación pacífica, la voluntad de fortificar una identidad y sobre todo de involucrar a estas en una influencia más amplia vinculada a las potencias³.

El escenario argentino no fue ajeno a estas políticas. Como ha señalado Pablo Buchbinder para la Universidad de Buenos Aires, durante los años 1920 el intercambio académico adquirió un dinamismo diferente al que caracterizó el pasaje del siglo XIX al XX, impulsado por la concreción de instituciones que intervinieron activamente en ello: la Junta para la Ampliación de Estudios en el caso español, el Instituto de la Universidad de París en Buenos Aires, el Instituto Cultural Argentino-Germana, a las que se sumaron con menor impacto el Instituto de Cultura Itálico y el Instituto Cultural Argentino-Norteamericano (Buchbinder, 2017). Junto a estas acciones oficiales, siguieron actuando aquellas de carácter oficioso y las redes informales tejidas en otros registros.

Estas condiciones no dejaron de impactar en el espacio local, otorgando un nuevo cariz a las visitas culturales y a la circulación académica. Si bien siguieron sosteniendo durante los años 1920 el formato de las conferencias y estancias breves este movimiento se asoció progresivamente a propuestas que procuraron extenderse más allá de la ciudad de Buenos Aires dando una escala nacional a las acciones patrocinadas por los institutos o asociaciones formalizadas por las acciones culturales de diversas sedes diplomáticas. Es el caso del paso por Rosario del jurista francés Gastón Jéze en dos oportunidades, ambas avaladas por el Instituto de la universidad de París en Buenos Aires. Si la primera en 1923 tuvo como su principal foco la asesoría de Jéze para la fallida reforma impositiva preparada por el gobierno de M.T de Alvear. La segunda, en 1927, sumó acciones académicas destinadas a impulsar espacios de desarrollo del derecho administrativo dentro de la Facultad de Ciencias Económicas, comerciales y políticas, impulsadas por su decano, Rafael Bielsa (Bacolla, 2012 y 2017). En igual sentido puede mencionarse la estancia del especialista italiano en finanzas públicas Benvenuto Grizziotti, coincidentes

3. Tal el caso de las veladas disputa en torno a las nominaciones del subcontinente: Latinoamérica, Iberoamérica, América del sur. En ellas participaron con tenaces intervenciones simbólicas la diplomacia de gobiernos europeos como los de Francia, Alemania, España e Italia al que se sumó Estados Unidos particularmente desde inicios del siglo XX. Cf. Choubet et Martin, 2011; Dumont, 2019.

no sólo en los años sino en varias iniciativas. En este caso la visita de 1923 fue resultado de las acciones diplomáticas esporádicamente impulsadas por el flamante Instituto interuniversitario italiano y las universidades de Génova y Pavía –a la cual Grizziotti estaba relacionado–. La de 1927 tuvo un cuadro más formal, desde el punto de vista diplomático, ligado al Instituto Argentino de Cultura Itálica creado en 1924, y dentro de la universidad daría lugar a la conformación del Instituto de Economía y Finanzas (Laura Fotia, 2017; Piazzesi y Bacolla, 2015). En igual sentido pueden mencionarse las primeras visitas a la Universidad Nacional del Litoral por parte de Julio Rey Pastor entre 1921 y 1922 para el dictado de conferencias en la Facultad de Ciencias Matemáticas, todas auspiciadas por la Institución Cultural Española, siendo su anfitrión en la sede rosarina Cortés Plá.

Una excepción a estas intervenciones coyunturales en los primeros años de constitución de la universidad local puede encontrarse en el rol que asumió el psiquiatra italiano Lanfranco Ciampi, quien ya residente en Argentina desde inicios de 1920 fue contratado en 1922 para constituir en la Facultad de Ciencias Médicas y ramos menores la cátedra de neuropsiquiatría infantil. Su llegada fue facilitada por quien fuera el delegado organizador de dicha unidad académica, Antonio Agudo Ávila, y la intervención de otros referentes en esa tarea como Gonzalo Bosch. Su inserción en la UNL impulsó un conjunto de acciones que trascendieron al ámbito académico y se articularon con gestiones del gobierno local, como la escuela para “niños retardados”, el hospital de alienados y finalmente hacia inicios de los años 1920 el Instituto de Psiquiatría en la Facultad de Ciencias Médicas y ramos menores (Allevi, 2017; Piazzesi y Bacolla, 2015).

Tal como muestra el caso de Ciampi, la conformación de redes oficiosas tributarias de la acción individual de algunos académicos fue substancial para el progresivo afianzamiento de la nueva universidad y su inserción en circuitos académicos más amplios. En este sentido, el campo médico no fue la excepción. Cabe resaltar aquí el rol que les cupo en la incorporación sistemática de la investigación en el espacio universitario regional –particularmente a partir de las ciencias exactas– a Horacio Damianovich y José Babini. Este último, formado en la Universidad de Buenos Aires⁴, se involucró desde los inicios

4. Babini, siendo alumno y en su rol de editor de la revista del centro de estudiantes de la facultad de Ingeniería de la UBA había tejido vínculos con Rey Pastor durante su estadía a finales de los años 1910 y por su medio iría involucrándose en la cristalización del campo de

de su carrera profesional en la arquitectura de la facultad de Ingeniería Química de la UNL y en la breve vida de la de Ciencias económicas y educacionales de Paraná. Junto al trabajo de Horacio Damianovich, figura ya consagrada en los años 1920, lograron no sólo delinear la primera carrera de ingeniería en química sino además edificar un espacio propio para las tareas investigativas como la novedosa organización del Instituto de Investigaciones Científicas y Tecnológicas, que a diferencia de otros existentes en el espacio universitario no estaba ligado a una estructura de cátedra (Ortíz y Pyenson, 1994; Benvenuto, 1998; Piazzesi y Bacolla, 2015). Ambos fueron activos facilitadores en la construcción de redes académicas desde sus posiciones como profesores y en la gestión universitaria, junto a Josué Gollán, discípulo de este último y Cortés Pla en la Facultad de Ciencias Matemáticas rosarina. Sus acciones impulsaron, además, iniciativas de divulgación como ciclos de conferencias o la gestión de visitas, tanto en el marco de las tareas extensionistas del Instituto Social de la UNL como aquellas activadas a partir de la creación de la Sociedad Científica de Santa Fe, por iniciativa de José Babini, quien la presidiría hasta su conversión en delegación de la Sociedad Científica Argentina en 1930, y en la que participaron varias figuras universitarias como el ya mencionado Josué Gollán, Francisco Urondo o Joaquín Frenguelli.

REDES Y DIPLOMACIA CULTURAL EN LOS AÑOS 1930 EN LA PROVINCIA DE SANTA FE: ACADÉMICOS Y EXPERTOS.

La doble crisis, económica y política, con la que se abrió la nueva década tanto en el plano nacional como internacional, imprimió otras dinámicas a la circulación académica transnacional y la inserción en el campo académico regional. Como hemos señalado ya, desde el punto de vista político en el plano local, el inicio de los años 1930 desplegó un escenario diferente al proporcionado por las gestiones radicales previas. Se exhibió así una constatación paradójica para el campo académico regional: el contraste de una universidad que se afianzaba –como mostró la promulgación de los nuevos estatutos en 1935– mientras una intervención federal desplazaba, en ese mismo año, al gobierno

las ciencias matemáticas en el país. Más tardíamente en los años 1930 se consolidaría en otro registro: el de la Historia y la filosofía de las ciencias. Cf. Ortíz y Pyenson, 1994.

democráticamente electo de Luciano Molina. A su vez se ponía en marcha esa “corrupción del principio de legitimidad” que, como afirmara Botana, daría su tono al resto de la entreguerra en Argentina. Redefiniendo la política como una tarea eficaz de administración, el gobierno antipersonalista daba una nueva plataforma al rol de la universidad, como fuente de experticia y, en ese sentido, posibilitaba la escisión entre “la defensa del principio democrático” y “el buen gobierno” reducido este último a un concepto instrumental. El lugar que esta perspectiva daría al saber técnico, como algo neutro, constituía la condición de posibilidad de la convivencia, expresada en varios ejemplos de participación de figuras centrales de la dirigencia y el cuerpo académico de la universidad en la organización de agencias técnicas del Estado Provincial a lo largo de la década del treinta o como veremos más adelante abrir sus puertas a académicos en el exilio.

En esta dirección la década fue también escenario de inflexiones notables en los circuitos transnacionales de desplazamiento intelectual. Por una parte en el ámbito europeo, factores como la creciente censura ideológica y opresión política dentro de los ascendentes regímenes de derechas, particularmente en el caso del fascismo y del nazismo, y la escalada de violencia debida a conflictos civiles larvados –como en el escenario balcánico– o explícitas como la guerra civil española, provocaron migraciones masivas en los medios académicos. Estos desplazamientos tuvieron efectos en la actividad intelectual de quienes emigraron, incluida la circulación del prestigio académico y la forma en que se adaptaron a sus nuevas circunstancias. Pero también transformaron la vida académica de los países receptores, impactando en las dinámicas de la enseñanza y la investigación; y evidenciaron una compleja logística que involucró redes informales construidas a partir de la práctica y la formación profesional, pero también de las asociaciones científicas, las acciones diplomáticas de los estados y las fundaciones filantrópicas (Schreker, 2015 y 2019). Por otra parte, para el caso particular de América del Sur, dentro de las políticas de estas últimas fue relevante la profundización de las intervenciones de la Fundación Rockefeller, no sólo en su rol de facilitadora en la reinserción de académicos exiliados, sino en sus acciones relativas al campo de la salud (Cueto, 1994; Ramacciotti, 2017). Estas modulaciones en los circuitos de circulación global tuvieron sus emergentes en el espacio universitario local.

EXILIOS Y EL ESPACIO UNIVERSITARIO REGIONAL

Los estatutos puestos en vigor en la UNL en 1935 y que regularon la vida universitaria regional hasta el golpe de estado de 1943 fueron el marco de un fructífero período, en el que la generación movilizada por el reformismo de la década precedente consolidó, desde diversos lugares en la estructura de gestión universitaria el desarrollo del perfil de una carrera académica y de investigación.

Si un aspecto significativo del programa que planteaba el nuevo estatuto era aquel de las orientaciones de la enseñanza que se impartía, otro no menos relevante era la creación de herramientas dirigidas hacia la conversión de la universidad en un ámbito de creación del conocimiento científico, cuya materialización fue la multiplicación de institutos de investigación. Si bien estas acciones no habían estado ausentes en la década previa, como ya hemos mencionado, por estos años se afianzaron en número y especificidad.⁵

Dentro de estas iniciativas, dos de ellas fueron clave para la inserción de la universidad regional en circuitos más internacionales, con la recepción de exiliados académicos. Una de ellas de breve duración fue la creación del Instituto de Historia y Filosofía de la Ciencia debida al paso por Santa Fe del químico e historiador de la Ciencia Aldo Mieli; y la otra de más largo aliento, la constitución del Instituto de Matemática, dentro de la facultad homónima con sede en la ciudad de Rosario.

La incorporación de estos catedráticos y científicos europeos en la UNL debieron mucho a las redes tejidas por el cuerpo académico y dirigente de la misma: participaciones en congresos, instituciones de formación o los conocimientos personales dentro de espacios como la ya cincuentenaria Sociedad Científica Argentina. Un buen ejemplo de ello fueron las gestiones de Horacio Damianovich y José Babini que actuaron como catali-

5. Algunos vinculados a líneas de desarrollo previo, como el de Investigaciones Microquímicas dirigido por Ardoino Martini, el de Experimentaciones Agropecuarias, guiado por Teodosio D'Andrea -todos dependientes del consejo superior-. Otros dentro de las estructuras de facultades, como por ejemplo, y sin incluir una lista exhaustiva: el Instituto de Derecho del Trabajo, organizado por Mariano Tissembaum, el Instituto de Derecho Público y el de Economía y Finanzas, animados por Rafael Bielsa; también el Instituto de Estadística, con la eminente Carlos Dieulefait; el instituto de estabilidad bajo la dirección de Enrico Volterra; el Instituto de Fisiografía bajo la dirección de Alfredo Castellanos, que contaría entre sus animadores a la luego reconocida geóloga Pierina Pasotti. Al respecto Piazzesi y Bacolla, 2015.

zadores de varios de estos contactos. Aquel con Julio Rey Pastor, iniciador de un Grupo Argentino de Historia de la Ciencia en 1933, hizo posible los vínculos con Aldo Mieli, también prepararon a través de él la estadía más breve del más joven Santaló, luego incorporado en La Plata, o como la prolongada del consagrado Levi. Nada casualmente, la misma coyuntura sería el momento de creación de la Unión Matemática Argentina, en la cual se involucraría también José Babini; y otra célebre empresa: la Asociación Argentina para el progreso de las Ciencias (Babini y de Azúa, 2003; Montserrat et al., 2000).

Mieli ya era un conocido historiador de la ciencia al llegar a Argentina. Fue uno de los fundadores de la Academia Internacional de Historia de la Ciencia y editor de su revista *Archeion*, que comenzó a publicarse en 1919. Dejó Italia a finales de los años 1920, bastante antes de la promulgación de las leyes raciales del fascismo, radicándose en París durante buena parte de la década de 1930. Allí se incorporó en el Centre International de Synthèse, por sus relaciones con Henry Berr. Frente a la inminencia de la guerra, Mieli se trasladó a Argentina gracias al apoyo de un colega y amigo, el ya mencionado Julio Rey Pastor, con quien compartía las redes de la Academia Internacional de Ciencias (Chimisso, 2011). Los primeros años en el país, se estableció en Santa Fe donde trasladó su biblioteca –según varios historiadores de la ciencia una de las mayores en esa especialidad– y continuó sus trabajos en el instituto creado para él dentro de la UNL, a través de las gestiones del español y el activo respaldo del rector, Josué Gollán, el decano de su Facultad de Ciencias Matemáticas, Cortés Pla, y el director de su Instituto Social, José Babini.⁶ También la universidad sostendría por estos años la publicación de *Archeion*.

En el caso del Instituto de Matemática, este fue puesto bajo la dirección del ya mencionado académico italiano Beppo Levi y la codirección de Luis Santaló. Con el apoyo de Cortés Pla el instituto incorporó además la primera revista del campo matemático argentino: *Mathematicae Notae*, dirigida por el italiano. A diferencia de Mieli, para quien la Argentina fue un segundo punto en su itinerario de exilio, Levi llegó al país luego de ser destituido de sus cargos en la universidad de Bolonia e impelido a abandonar Italia a consecuencia de las políticas raciales de Mussolini –que hacia 1938 habían virado hacia el antisemitismo luego de la formalización de relaciones con la Alemania nazi–. Las redes construidas en la sociabilidad académica de la Unión Matemática Internacional y

6. UNL, Actas del Consejo Superior, 5/5/1939. Revista Universidad, N° 5, 1939, pp. 20 a 23.

sus congresos, aunque sumamente afectada también por la crisis política europea en los años 1930, fueron cruciales para la radicación tanto de Levi como del joven matemático español, Luis Santaló –cuyo exilio había sido provocado por su respaldo al gobierno republicano en la guerra civil–. El proceso de constitución de estos institutos da cuenta de las reticencias frente a los cambios que imponían a las dinámicas universitarias locales las culturas académicas en la que se habían formado los científicos exiliados. Aspecto emergente en el complejo debate que se plantearía, por ejemplo, en el consejo directivo de Ciencias Matemáticas donde la relativa unanimidad que desde un principio había habido sobre otros centros –vinculados a la ciencia aplicada– contrastaba con las reticencias frente a un instituto de investigación cuyo objeto se vinculaba al desarrollo de ciencia básica y que se veía sólo parcialmente como una herramienta para las carreras existentes (Plá, 1940).

La Italia fascista no sería el único origen, ni la Facultad de Ciencias Matemáticas la sola receptora de académicos en el exilio. La España de la guerra civil y luego el franquismo constituyó otro centro de migraciones forzadas, que en muchos casos tuvo su inserción en Argentina, gracias a las redes tejidas por instituciones como la Junta para la Ampliación de Estudios y otras organizaciones académicas internacionales. En el caso de la UNL podemos mencionar a Manuel Jiménez de Asúa y Francisco Ayala, profesor de Derecho Penal el primero y de Sociología el segundo, ambos itinerantes entre la Facultad de Ciencias Jurídicas y Sociales y la de Ciencias Económicas, Comerciales y Políticas; a la par que sosteniendo estancias en Buenos Aires, La Plata y eventuales pasos por el Colegio Libre de Estudios Superiores. Este espacio medular del antifascismo en el campo intelectual argentino también fue un escenario activo en el espacio local a partir de la creación de filiales una década después de su creación en Buenos Aires en 1930⁷. La prolongada presencia de Jiménez de Asúa, figura política del partido socialista español a la par que catedrático, dejaría una huella indeleble no sólo en la universidad sino también en las derivas que tomó el partido socialista en la provincia en décadas posteriores a partir de su influencia sobre jóvenes militantes como Estévez Boero. Se suma a ellos, Juan Cuatrecasas Arumi, que tuvo una breve estancia, entre 1937 y 1940, en el Instituto de Psiquiatría que contaba ya, como se ha dicho, con uno de los primeros

7. Una polémica visita debida al CLES fue la de Waldo Franck en 1942, *El litoral*, 12 de junio de 1942. Sobre el Colegio y sus redes locales: Fernández, 2019.

especialistas extranjeros contratados desde sus inicios, Lanfranco Ciampi (Díaz Regañón-Lebajo, 2002).

El cuadro de época señala entonces una plena inserción de la UNL en la dinámica universitaria que caracterizaría la segunda mitad de la década del treinta en el país, donde en el proceso de institucionalización de la actividad científica y de creación de una incipiente comunidad de investigadores, el papel jugado desde los últimos años de la década de 1930 por exiliados italianos y españoles fue fundamental (Buchbinder, 2005: 129). A la par también nos obliga a atender que la recepción de académicos forzados a emigrar de sus países era uno de los rostros de una creciente amplificación de las tensiones que mencionáramos al inicio de este capítulo, las cuales daban cuenta de la convulsión en el mundo de las ideas, la impugnación de la democracia liberal y el ascenso de los totalitarismos. Confrontaciones que estallaron en la Segunda Guerra Mundial y que modularon la crisis política argentina luego del golpe de 1943.

CIRCULACIÓN TRANSNACIONAL Y FORMACIÓN DE EXPERTOS HACIA FINALES DE LA ENTREGUERRA. LA FUNDACIÓN ROCKEFELLER Y LA UNL.

Entre 1938 y 1943 la Facultad de Medicina de la UNL fue escenario de una vía diferente en la conformación de redes internacionales, que no tuvo a instituciones europeas como epicentro sino una de las más relevantes empresas filantrópicas de Estados Unidos: la Fundación Rockefeller. Promotora desde sus inicios de programas y actividades de carácter cultural y científico en diversos lugares del planeta –interpretados desde varias perspectivas como sutiles mecanismos de imperialismo cultural–, asumió entre los años 1930 y la segunda guerra mundial un notable rol en la logística y el financiamiento en las acciones de salvataje frente a los exilios académicos europeos⁸. Sin embargo, la más durable y exitosa de sus acciones se localizaría en la División Internacional de Salud,

8. Estas acciones estarían particularmente enfocadas en los exilios académicos de alemanes ya consagrados, expandiéndose a otros países luego de iniciada la guerra. En líneas generales el impacto de este programa de la fundación fue marginal en nuestro país, con contadas excepciones como la del historiador español Sánchez Albornoz, y los economistas italianos Viterbo y Pugliese. Al respecto: Lida, 2019.

NATACHA BACOLLA

que desde 1913 estuvo dedicada a difundir paradigmas de políticas en salud pública y acciones frente a enfermedades epidémicas –como las campañas contra la anquilostomiasis, la fiebre amarilla o la malaria principalmente–.

Es en esta última dirección que la Fundación Rockefeller haría llegar sus influencias a la provincia de Santa Fe en la segunda mitad de la década de 1930, incluso años antes de la constitución de la regional en el Río de la Plata que desde 1941 formalizó estas relaciones académicas y de asesoramiento, anudado a las políticas de fortalecimiento de vínculos con Latinoamérica (Ramacciotti, 2017). Por una parte, sostuvo asesorías para las acciones que el estado provincial desplegó contra la anquilostomiasis en el norte del territorio a finales de 1930; y acompañó la agenda sanitarista que tuvo su epítome en la conformación del Ministerio de Salud pública y Trabajo en 1941. En este marco, por otra parte, su rol en la formación de profesionales y expertos particularmente vinculados a la medicina preventiva y sanitarista de Estado sería fundamental (Bacolla, 2012 y 2016, Bacolla y Parera, 2020).

Esta intensa presencia de la fundación norteamericana en la provincia fue catalizada en parte por la cercanía a la misma de los cuadros profesionales y técnicos que ocuparon los mandos superiores y medios de las agencias sanitarias del estado provincial y, al mismo tiempo, vinculados a los espacios académicos locales. Varios de ellos habían realizado estudios de especialización a través de sus programas de becas, realizado estancias y tejido vínculos con las universidades norteamericanas –particularmente en una de las más prestigiosas en el campo de las ciencias médicas, la John Hopkins–, tenían cercanía personal con referentes de la fundación en el país –como Bernardo Houssay– y con quien fue encargado de la regional rioplatense por estos años, el malariólogo Lewis Hackett. Un ejemplo en ese sentido puede ilustrarse en la trayectoria de Abelardo Irigoyen Freyre, quien ocupó diversos cargos dentro de la salud pública provincial hasta llegar a ejercer como primer ministro de salud. Formado en la Facultad de Medicina local, a la cual permanecería vinculado, fue un actor activo de varios espacios nacionales como la Academia de Medicina, la Sociedad Argentina de Broncoesofagología, e internacionales como la ya mencionada División Internacional de Salud de la Fundación Rockefeller (Bacolla, 2016). Otros profesionales, también docentes de dicha unidad académica y plenamente insertos en los circuitos nacionales e internacionales

de sus respectivas especialidades, tuvieron una proficua actuación: David Staffieri –que junto a Clemente Álvarez se había desempeñado en la cátedra de clínica médica–; Francisco Javier Pérez y Manuel González Loza –ambos colegas de Irigoyen Freyre en el área de otorrinolaringología– y David Sevlever –asistente en la cátedra de higiene y medicina social, dirigida por Manuel Pignetto–. Cabe mencionar la larga actuación de los ingenieros y arquitectos sanitarios Hilario di Muro y Carlos Navratil, sumando además un dato no menor: la pertenencia al campo médico de una parte de quienes ocuparon los principales cargos políticos provinciales en el período, Joaquín Argonz, su hermano Emilio, como así también el vicegobernador de Iriondo, Rafael Araya.⁹

En segundo lugar, estos nuevos vínculos entre formación técnica y administración se expresaban en la preocupación por la formación específica de quienes desempeñarían las tareas dentro de la gestión de la salud pública y la asistencia social. En ese sentido sus titulares advertirían la carencia de estas orientaciones formativas dentro de las universidades nacionales, proponiendo la organización de una carrera sanitaria en la administración provincial –que contemplara tanto la salud como la asistencia social–. Con ello, acordaban con un modelo de funcionariado y agencias especializadas que tenía su epicentro de difusión en el escenario norteamericano, en el cual se habían especializado varios de sus animadores.

Dichos proyectos formativos no sólo serían impulsados desde el estado provincial sino también en coordinación con la universidad regional. Este fue el caso a finales de los años 1930 de la creación de una carrera universitaria de enfermeras y visitadoras de

9. Las trayectorias de estas figuras constituyen recorridos que intersectan academia y política. Dos buenos ejemplos de ello son los casos de Sevlever y Staffieri. Este último recibido en la UBA, se perfeccionó en el exterior y se desempeñó como docente de clínica médica en Rosario desde la organización de la Facultad hasta el ascenso del peronismo. Consejero directivo y superior en varios períodos, fue decano e incluso vicerrector de la UNL. En su actuación pública, fue miembro de la comisión administrativa de la Asistencia Pública de Rosario, y capitalizó las jefaturas de servicio del Hospital Italiano de Rosario (entre 1915 y 1930), y del Centenario (entre 1922 y 1946) siendo, además, en la arena provincial, presidente del Consejo de Higiene de Rosario entre 1930 hasta su reforma en 1932. Por su parte, David Sevlever, de origen ucraniano, se había recibido también en la UBA. Tuvo en Rosario y la provincia de Santa Fe una nutrida trayectoria como experto de Estado vinculado a la sanidad desde el gobierno demócrata progresista; e impulsó el desarrollo en la universidad local de las ramas de higiene y medicina preventiva. Se especializó en varios ámbitos internacionales entre ellos la Fundación Rockefeller. Al respecto Bacolla (2012, 2016) y Rayez (2017).

higiene, sustentada por la ayuda académica y financiera de la Fundación.¹⁰ La misma tomaba como plataforma material la dotación que el Hospital Centenario tenía para la Escuela de Enfermeros –que funcionaba allí desde 1925– y sumaba una subvención provincial, otorgada por la Comisión de Hospitales y Asistencia Social presidida por Irigoyen Freyre. Dentro de la Facultad sostuvieron su presentación y discusión el propio decano David Staffieri, los ya mencionados Manuel González Loza, David Sevlever junto a Juan Lewis y Enrique Hug –profesores de fisiología y farmacia respectivamente–. Cabe señalar que estos últimos, al igual que Sevlever y González Loza, se habían formado en el marco de programas de perfeccionamiento de la Fundación, detentaban trayectorias previas en la UBA y en el Departamento Nacional de Higiene.¹¹

La multiplicidad de respaldos tuvo como resultado un consenso bastante general y rápido, siendo refrendada la nueva carrera por la comisión de enseñanza del consejo de la Universidad en diciembre de 1939, con algunas objeciones menores. Éstas referían a limitar la injerencia de actores externos dentro del comité encargado de administrar la carrera, que quedaba en manos principalmente de representantes de la Facultad de Medicina y el Hospital, aunque asesorados por delegados del organismo provincial y representantes de corporaciones médicas de la provincia a los que se agregaba la Fundación.¹² A pesar de la inexistencia de enfermeras diplomadas en el país, la organización de la Escuela se efectuaría rápidamente gracias al respaldo de la sección internacional de esta última, la cual puso en marcha la logística para remitir un llamado a concurso a la asociación norteamericana, entre las *registered nurses*. Dicha selección se realizó durante el año 1939, antes de la aprobación definitiva de la Escuela, siendo nombrada

10. Un estudio exhaustivo sobre esta experiencia en Bacolla y Allevi, 2019. Sobre otras experiencias más tardías enmarcadas en las mismas dinámicas, como la breve vida de la Facultad de Higiene y Medicina Preventiva de la UNL en los años 1940: Bacolla, 2016.

11. Un ejemplo de estas trayectorias es la de Lewis, quien había sido discípulo de Houssay, y conservaba con él una estrecha amistad. Recibido en la UBA en 1920, recibió una beca de la fundación norteamericana para especializarse en la Universidad de Harvard entre 1925 y 1926. A su retorno, se desempeñó en el Departamento Nacional de Higiene, donde fue jefe de sección de su Instituto Bacteriológico, hasta 1928. En la UBA fue jefe de sección del Instituto de Fisiología 1928 y 1929, año en que concursó y accedió a la dirección del Instituto homónimo en la UNL, hasta la asunción del peronismo.

12. Universidad Nacional del Litoral. Consejo Superior. Acta N° 151, Sesión extraordinaria 23/12/1939.

la candidata seleccionada, Jean Martin White, en la misma sesión del consejo directivo que aprobó el reglamento y plan de estudios de la Escuela.¹³ La nueva institución comenzaría sus tareas recién en junio de 1940 cuando fue posible la llegada demorada por el desencadenamiento de la guerra tanto de su regente norteamericana como de las tres enfermeras suizas que la acompañaron. La breve experiencia fue clausurada en los años posteriores a la intervención debida al golpe de Estado de 1943 y recuperada en un contexto muy distinto luego del derrocamiento del gobierno peronista.

El presente capítulo propuso un recorrido en torno a procesos de circulación y conformación transnacional de redes, particularmente académicos, que operaron en la entreguerra en el escenario de la provincia de Santa Fe. En este marco, en primer lugar, dio cuenta del impacto de la diplomacia cultural, las redes construidas en el campo intelectual –tanto al calor del reformismo universitario, como posteriormente impulsadas por los exilios debidos a las políticas fascistas o las consecuencias de la guerra civil española– y el rol de actores tanto nacionales como internacionales en la dinámica de las mismas –tal el caso de la universidad local, la Sociedad Científica Argentina en el plano nacional o la Fundación Rockefeller en el externo–. En segundo lugar, en torno a algunos ejemplos, el texto reflexiona sobre las inflexiones que las condiciones locales y globales imprimieron a las dinámicas de circulación como así también las marcas que dejaron estas redes en la conformación de la universidad local y en las transformaciones de ciertas agencias estatales. Finalmente, estas miradas historiográficas sobre procesos de circulación intelectual y cultural aspiran a aportar elementos para una renovación de las miradas sobre el período, visto no ya como exclusivo escenario de crisis o antesala al “peronismo”, sino con una autonomía y riqueza propios.

BIBLIOGRAFIA

Akira Iriye, *Global and Transnational History. The Past, Present and Future* (Nueva York: Palgrave, MacMillan, 2013), 11.

13. Facultad de Medicina. Actas del Consejo Directivo, N°113-Serie A Sesión ordinaria del 17/11/1939.

- Albornoz, Martín (2014) "Pietro Gori en la Argentina" en Bruno, P. (coord.) *Visitantes culturales en la Argentina 1898-1936*, Buenos: Biblos, pp. 23-47.
- Babini, Nicolás y de Azúa, Manuel (2003): «La Historia de la Ciencia en Argentina en el último cuarto de siglo», en: *Revista de la Sociedad Española de Historia de las Ciencias y de las Técnicas*, Vol. 26, N° 56, 2003, pp. 731-738.
- Bacolla, B y Parera, C. (2020) "Agencias estatales, espacios académicos y expertos. Obras y políticas públicas de salud en la década de 1930 en la provincia de Santa Fe", en *Coordenadas. Revista de Historia local y regional*, UNRC, Vol. VII, N° 2, 2020. <http://ppct.caicyt.gov.ar/index.php/coordenadas>.
- Bacolla, N. (2013) "Economía y administración para la República verdadera. Reflexiones y recepciones del pensamiento administrativista francés: la visita de Gaston Jéze a la Argentina en 1923.", en *Cuadernos del CIESAL*, N°12 CIESAL-UNR, Rosario, <https://rehip.unr.edu.ar/handle/2133/5937>.
- Bacolla, N. (2016). "Nuevas capacidades estatales para una sociedad transformada: Instituciones y políticas sanitarias en la provincia de Santa Fe primera mitad del siglo XX". *Trabajos y Comunicaciones* (44), e023.
- Bacolla, N. (2017) "A propósito de Rafael Bielsa. Semblanza para una historia de la Ciencia Política en Argentina en los inicios del siglo XX", en *Araucaria. Revista Iberoamericana de Filosofía, Política y Humanidades*, N° 38, Universidad de Sevilla, 2° semestre de 2017, pp. 545 a 573, <https://revistascientificas.us.es/index.php/araucaria/article/view/3864>.
- Bacolla, N. (2018). "Elites, política y universidad: la creación de la Universidad Nacional del Litoral" en Bacolla, N. y Martínez, I. *Universidad, élites y política. De las reformas borbónicas al reformismo de 1918*, Rosario, Ediciones Fhummyar, en prensa.
- Bacolla, N. y Allevi, J.I (2019) "La Escuela de Nurses de la Universidad Nacional del Litoral. Profesionalización del cuidado, circulación de saberes y políticas estatales de salud en Santa Fe, primera mitad del siglo XX", en *Trabajos y Comunicaciones*, N° 49, primer semestre de 2019, UNLP, <https://www.trabajosycomunicaciones.fahce.unlp.edu.ar/article/download/TyCe082/10180?inline=1>.

- Bruno, Paula (2014) "Georges Clemenceau en la Buenos Aires de 1910", en Bruno (coord.) *Visitas culturales en la Argentina 1898-1936*, Buenos: Biblos, pp. 71 a 95.
- Buchbinder, Pablo (2017) "Redes académicas transnacionales. Argentina a principios del siglo XX", en *Cuadernos Americanos* 159 (México, 2017/1), pp. 125-150.
- Bustelo, N. (2018) *Todo lo que necesitas saber sobre la reforma universitaria*, Buenos Aires: Paidós.
- Caroline Douki y Philippe Minard, "Pour un changement d'échelle historiographique", en *Histoire globale. Un autre regard sur le monde*, editado por Laurent Testot (París: Sciences Humaines Éditions, 2008), 21.
- Chaubet, F. y Martin, L (2011) « Les système des relations culturelles international. », en *Histoire des relations culturelles dans le monde contemporaine*, Paris : Armand Collin, 2011, p. 83-116.
- Chimisso, C. (2011) "Fleeing Dictatorship: Socialism, Sexuality and the History of Science in the Life of Aldo Mieli", en *History Workshop Journal*, N° 72, Oxford: Oxford University Press, pp. 32-51.
- Cherry Schrecker (ed.) (2019) *Transatlantic voyages and Sociology. The migration and development of ideas*, Routledge, London.
- Cherry Schrecker, « « Sauver la science » : la Fondation Rockefeller et les élites en migration (1933-1942) », *Revue des sciencessociales*, 53 | 2015, 184-191.
- Christophe Charle, Juergen Schriewer y Peter Wagner, eds., *Redes intelectuales transnacionales*, Madrid, Pomares Corredor, 2006.
- Cueto, M. (1994). *Missionaries of Science. The Rockefeller Foundation and Latin America*, Blomington, Indiana University Press.
- Dumont, J. (2019) *Diplomatie culturelle et fabrique des identités. Argentine, Brésil, Chili (1919-1946)*, Rennes: Presses universitaire, pp. 23-31.
- Eujanian, A. (2001), "El novecentismo argentino: reformismo y decadentismo. La revista Cuaderno del Colegio Novecentista, 1917-1919", *Estudios Sociales*, N° 21, pp. 83-105.

- Fazio, H. y Fazio, L. (2018) "La historia global y la globalidad histórica contemporánea", en *Historia crítica*, N° 69 (2018), pp. 3 -20.
- Fernández, S. (2012) *La ciudad en movimiento. Espacio público, sociedad y política. Rosario 1910-1940*, Rosario: ISHIR.
- Fernández, S. (2013) "Sociabilidad, arte y cultura. Una experiencia en la Argentina de entreguerras", en *História Unisinos*, 17(3), pp. 48-256.
- Fernández, S. (2017) "Sociabilidades en pugna. El impacto de la Guerra Civil Española en perspectiva asociativa. Rosario, Argentina" en *História*, v.36, e114, São Paulo, pp. 1-22.
- Fernández, S. (2019), "Las voces rosarinas en el Colegio Libre de Estudios Superiores. Líneas y alcances de la participación de los profesionales e intelectuales de la ciudad de Rosario en la revista Cursos y Conferencias", en *Anuario del Instituto de Historia Argentina*, 19 (2), e099, <https://doi.org/10.24215/2314257Xe099>
- Fotia, Laura (2019) "Intercambios culturales y académicos entre Italia y Argentina en el período de entreguerras" en *Iberoamericana*, XIX, 71 (2019), 197-219.
- Fuentes Cordera, Maximiliano (2014) "José Ortega y Gasset y Eugenio d'Ors: las primeras visitas a la Argentina y sus proyecciones" en Bruno, P. (coord.) *Visitas culturales en la Argentina 1898-1936*, Buenos: Biblos, pp 121 a 141.
- Hartog, F. (2007) *Regímenes de historicidad. Presentismo y experiencias del tiempo*, México: Universidad Iberoamericana.
- Koselleck, R. (2001), *Los estratos del tiempo: estudios sobre la historia*, Buenos Aires, Paidós.
- Lida, M. (2020) "La Fundación Rockefeller y la Institución Cultural Española de Buenos Aires frente el exilio republicano español en la Argentina. El caso de Claudio Sánchez Albornoz", *Revista de Indias*, LXXX/279 (Madrid, 2020): 509-539, <https://doi.org/10.3989/revindias.2020.015>.
- Micheletti, G. (2005^a) "El mundo de las asociaciones en Santa Fe: las sociedades étnicas frente a la cuestión nacional (1857-1900)" en *Modernidades*, N° 3, Córdoba: UNC/FFyH.

- Micheletti, G. (2005^b) "Asociacionismo y espíritu étnico en Santa Fe a finales del siglo XIX" en *Acta académica "X Jornadas Interescuelas y Departamentos de Historia"*.
- Montserrat, Marcelo (coord.) (2000): *La ciencia en la Argentina entre dos siglos*, Buenos Aires, Ediciones Manantiales –ANPCyT.
- Ortiz, E. y Pyenson, L. (1994) "José Babini: matemático e historiador" en *Llull*, Vol. 7, pp. 77-98.
- Piazzesi, S. y Bacolla, N. (2015) *El reformismo entre dos siglos. Historias de la Universidad Nacional del Litoral*, Ediciones UNL, Santa Fe.
- Plá, Cortés (1940), *Origen y Propósito del Instituto de Matemática*, Rosario: Talleres Fenner.
- Ramacciotti, K. (2017), "La Fundación Rockefeller y la división internacional de salud en el Río de la Plata y la Región Andina: ideas, concreciones y obstáculos (1941-1949)". *Redes*, (23), nº 45, pp. 97-121.
- Sáitta, S. (2014) "Filipo Marinetti en la Argentina" en Bruno (coord.) *Visitas culturales en la Argentina 1898-1936*, Buenos: Biblos, pp. 215 a 229.
- Subrahmanyam, S. (1997) "Connected Histories: Notes towards a Reconfiguration of Early Modern Eurasia", en *Beyond Binary Histories. Re-imagining Eurasia*, Michigan: University of Michigan Press, 1997.
- Tornay, L. (2006), "Modelos asociativos y formas de sociabilidad en Santa Fe a finales del siglo XIX" en *Actas del III Congreso Nacional sobre Problemáticas Sociales Contemporáneas*, Santa Fe: UNL.

4.

EXPANSIÓN URBANA Y AMPLIACIÓN POLÍTICA

EL CONFLICTO POR EL AGUA
CORRIENTE EN EL NORTE DE ROSARIO
(1920-1932)

DIEGO ROLDÁN

INTRODUCCIÓN

El concejal Cussirat, en febrero de 1899, presentó un proyecto para la formación de veinte comisiones seccionales, reactivando una normativa apenas anterior y casi idéntica en su articulado, aunque sancionada sin mayor trascendencia el 28 de agosto de 1887. Según la letra del proyecto, en cada Sección de la ciudad una comisión se encargaría de inspeccionar el mantenimiento de la higiene pública e imponer a los vecinos la observancia y el cumplimiento de las ordenanzas y disposiciones vigentes sobre la materia. La duración de los miembros de estas instituciones se prolongaría por dos años.¹ Estas comisiones fueron el relevo menos espasmódico de las Comisiones Seccionales de Higiene, constituidas por el municipio frente a diversas amenazas epidémicas (Prieto, 1996; Pascual, 2017). A comienzos del siglo XX, los miembros de las comisiones vecinales fueron designados por el Departamento Ejecutivo (el Intendente o la Comisión Administradora) del municipio y funcionaron como una *correa de transmisión* de la administración municipal, particularmente de aquellas que se referían al control de la higiene y la moral pública.²

Por casi tres décadas, la acción de las comisiones vecinales apenas mereció atención. Ejemplo de ello es que el periódico *La Capital* no publicó notas al respecto. Mayoritariamente, las vecinales trabajaron en coordinación con el municipio ocupándose de desperfectos urbanos menores. A comienzos de los años 1930, ese silencio se resquebrajó. Las vecinales emergieron en las noticias de una forma diferente a cómo las habían imaginado los concejales que las instituyeron a fines del siglo XIX.

Desde hace pocos años se advierte en diversas provincias interesantes movimientos de opinión a favor del progreso de los barrios de las ciudades. Los vecinos compenetrados de la necesidad de tomar la iniciativa de los asuntos que afectan al progreso general se reúnen, constituyen agrupaciones y gestionan de los poderes públicos las obras necesarias [...] este movimiento rompe con las viejas prácticas por las cuales todo se esperaba del Estado [...] muchas de

1. "10/2/1899 Proyecto del concejal Cussirat, creando comisiones seccionales de higiene ", en Expedientes Terminados Honorable Concejo Deliberante (en adelante, ET HCD) 1899, t. 1, f. 128.

2. "13/11/1900 mensaje del De suministrando los informes que le fueron solicitados sobre el estado sanitario del municipio y las medidas adoptadas para la previsión de la epidemia", ET HCD 1900, f. 420.

las comisiones vecinales de las ciudades y de los pueblos han surgido como consecuencia de una evidente desatención gubernativa hacia la administración pública, que llevó a los vecinos a preocuparse de hacer obra por sus propios esfuerzos; los resultados han sido buenos por cuanto han habituado a los vecinos a aunar sus esfuerzos en beneficio común [...] tan sólo con las gestiones directas, y frecuentes de los vecindarios es como se logara que las autoridades presten el interés debido al progreso general de los barrios suburbanos de las ciudades populosas.³

Las diferencias son apreciables. En Rosario, la voz vecinal irrumpió con la década de 1930. Entre el silencio inicial y los elogios sobre la autoorganización en pos del progreso y la urbanización de los barrios existieron dos modificaciones contextuales: la crisis de 1929 y el golpe de Estado de septiembre de 1930. La crisis económica, desatada poco tiempo antes de la crisis institucional, incentivó la paulatina expansión de las áreas de intervención del municipio y multiplicó los reclamos de la sociedad civil al poder político local. Asimismo, las vecinales como parte del mundo corporativo se constituyeron en un interlocutor local válido y ganaron relevancia. Sin embargo, adjudicar a la crisis y el golpe la emergencia del movimiento vecinal sería confundir los catalizadores con las condiciones de posibilidad del fenómeno.

La importancia concedida a las vecinales *desde arriba* por la intervención del municipio y los periódicos no fue solo el resultado de una decisión coyuntural, en realidad constituyó el fruto de un proceso bastante más extenso y menos lineal. La entidad política de las vecinales fue conquistada pacientemente, a lo largo de la década de 1920 y ratificada en el decenio siguiente. En ese proceso tuvieron un rol decisivo las fórmulas asociativas promovidas por los habitantes anónimos de los barrios periféricos. En 1930, esa relevancia se incrementó a partir de la lenta pero firme participación de grupos vecinales en la política formal. Algunas figuras procedentes del movimiento vecinal alcanzaron la representación en la Convención Constituyente Municipal para la redacción de una Carta Orgánica de Rosario y en las discusiones suscitadas en el recinto del Concejo Deliberante entre 1933 y 1935.

3. "La acción vecinal", *La Capital* 11/09/1930, p. 5 y "La acción de las Comisiones Vecinales", en *La Capital* 29/01/1931, p. 6.

Este capítulo aborda los procesos de transformación político-cultural de las asociaciones vecinales durante las décadas de 1920 y 1930 en Rosario. Procura esbozar los entramados socioculturales, los procesos de suburbanización y los acontecimientos histórico-políticos que modulan la formación de una *ciudadanía territorial*, marcada por el carácter insurgente del movimiento vecinal rosarino entre 1920 y 1935. Los procesos de suburbanización alcanzaron una nueva escala en Rosario a partir de 1909, momento en que el municipio dejó en manos de las sociedades urbanizadoras el tendido de servicios en nuevos loteos.⁴ Con este dispositivo de delegación el municipio redujo los costos crecientes de la extensión del territorio urbanizable. Sin embargo, esta retracción pública generó una serie de prácticas informales de parte de los empresarios que promovieron la urbanización periférica. Estos mecanismos ilegales de extensión de los servicios públicos, en el mediano plazo produjeron controversias y disputas con los nuevos propietarios y habitantes de los loteos. Esas disputas alcanzaron un nuevo estatuto público en la década de 1930. El epicentro de esa conflictividad y movilización fue el debate alrededor de la crisis urbana expresada en las múltiples dificultades –suministro, extensión, instalaciones defectuosas, tarifas abusivas, contratos de concesión preferenciales, etc.– experimentadas por los vecinos de los barrios en relación con los servicios públicos urbanos y sus infraestructuras –luz eléctrica, aguas corrientes, pavimentación, servicios de transporte– que revistaban bajo régimen de concesión a compañías privadas de capitales extranjeros. Este capítulo muestra cómo esas demandas fueron incluidas en nuevos diseños públicos y cómo el estatuto tradicionalmente administrativo de los servicios públicos fue sustituido por una nueva matriz política. La construcción de nuevos problemas públicos y la construcción de nuevos marcos cognitivo-significativos fueron los efectos más notables de las acciones contenciosas del vecinalismo. Reconstruir la historia de las vecinales, su cambiante relación con el gobierno local, sus inestables vínculos con el campo de lo político, sus intereses articulados alrededor de los usuarios y compañías de servicios públicos son algunos de los problemas que se busca delinear. Para ello, se considera el caso de la primera disputa constituida políticamente en torno a los servicios públicos urbanos de Rosario, relacionada con la extensión de la red de agua corriente a los barrios septentrionales de la ciudad. Esas controversias generaron las condiciones de posibilidad para la preparación del salto de los grupos vecinalistas

4. "12/X/1908 Urbanización de los nuevos barrios", ET HCD septiembre 1909, f. 561.

formados en la movilización política callejera a la política formal partidaria. Se emplea para la reconstrucción fundamentalmente los debates suscitados sobre el tema en el concejo deliberante, algunas noticias aparecidas en los periódicos y los informes de dos comisiones fiscalizadoras sobre la extensión y prestación del servicio.

CONDICIONES: EXPANSIÓN DE LA CIUDAD Y EXTENSIÓN DE LOS SERVICIOS

En gran medida, la expansión de infraestructura y servicios del centro a los barrios fue un efecto combinado de los impulsos urbanizadores y las peticiones de las comisiones vecinales. Sin embargo, esos primeros pedidos estaban organizados por consorcios de vecinos propietarios que procuraban mejorar las condiciones de urbanización aledañas a sus propiedades para ingresar sus tierras en el mercado inmobiliario y darles un mayor valor de cambio. Los pedidos avanzaban desde la traza de los barrios, pasando por la escrituración a favor de la municipalidad de calles y plazas, hasta llegar a las solicitudes de pavimentación y las conexiones a los servicios públicos (luz eléctrica y aguas corrientes). Con frecuencia, la extensión de servicios se concertaba directamente entre las empresas urbanizadoras y las concesionarias sin mediación ni autorización ni regulación del municipio. Estas prácticas de equipamiento clandestino fueron advertidas con demora por el municipio. Esta primera fase de extensión de la infraestructura y los servicios urbanos, por cierto, discontinua y colmada de desperfectos, fue protagonizada por los inversores inmobiliarios que desandaban el camino que de rentistas los transformarían en empresarios (Lanciotti, 2009).

Con la ampliación del acceso a los lotes pagaderos en mensualidades, nuevos residentes se trasladaron a los suburbios. El acondicionamiento de los lotes que habían adquirido para levantar su residencia aún carecía de equipamientos urbanos plenos. El municipio dejó en manos de las empresas inmobiliarias la extensión de servicios en vísperas del centenario. Las empresas pocas veces acondicionaron los terrenos que comercializaban y cuando lo hacían los contratos en general estaban llenos de irregularidades. Ante ese vacío los vecinos comenzaron a organizarse. La década de 1910 se caracterizó por mostrar un espacio social híbrido en la formación de vecinales. Por un lado, las empresas inmobiliarias continuaban ejerciendo presión para obtener ventajas

del municipio y, al mismo tiempo, los nuevos vecinos formaron asociaciones vecinales que buscaban mejorar las condiciones urbanas de su hábitat. Muchos reclamos apuntaron al problema de la conectividad de redes de aguas corrientes (especialmente en el norte de la ciudad) y la ampliación de los recorridos y la diversificación de los medios de transporte público (Fernández, 2011). Si bien el tendido de servicio de luz eléctrica llegaba con cierta rapidez –el suministro doméstico solía arribar más rápido que el alumbrado público– las tarifas y la sustitución de la corriente continua (110 volts) por la alternada (220 volts) fueron controversiales.

Al culminar la década de 1910, la ciudad de Rosario se había expandido sobre sus suburbios. Ese crecimiento se expresó especialmente a través de la anexión de Pueblo Alberdi, ubicado al norte de la ciudad. Un anhelo de la Comisión de Fomento que tras seis años de insistencia se concretó en 1919. Con esa expansión, la ciudad estabilizó su extensión de forma definitiva. La integración de Alberdi a la jurisdicción de Rosario fue impulsada por la posible extensión de los servicios públicos, en especial las aguas corrientes.⁵ Al mismo tiempo, la población de la ciudad había alcanzado el umbral de los 250 mil habitantes y exhibía toda su pujanza en los recuentos estadísticos de la época (Roldán, 2013).

Las expectativas de extensión de las aguas corrientes hasta Alberdi demoraron. Recién en 1924 se celebró el contrato con la empresa.⁶ Dos años más tarde llegó el servicio. Esa demora obedeció a que la empresa no estaba dispuesta a invertir en extensión de las cañerías. A su criterio, la retribución económica por el servicio era irrelevante. En la década de 1920, todas las empresas concesionarias de servicios públicos esgrimieron argumentos similares para no extender sus redes de servicios. Los casos más destacados fueron los de la Sociedad de Electricidad de Rosario y la Compañía General de Tranvías Eléctricos de Rosario ambas afiliadas a una misma sociedad belga. Rosario se reconfiguraba a través de la expansión de su área poblada, pero las concesionarias de servicios públicos se resistían a atender esta nueva demanda de extensión infraestructuras.

5. "29/XII/1912 La Comisión de Fomento de Alberdi solicita ser incluida en la jurisdicción de Rosario" ET HCD junio 1916, t.1, f. 209.

6. "6/X/1924 Contrato ad-referendum del CD con la Cia. de Aguas Corrientes para extender el servicio a Alberdi" ET HCD noviembre 1924, 532.

Entre 6 mil y 8 mil usuarios aguardaban el suministro de agua potable. En 1924, los vecinos celebraron el contrato que pautaba la extensión. De todos modos, el acuerdo poseía algunos puntos ciegos, especialmente preocupantes para los vecinos que no contaran con una posición económica desahogada. Las tarifas básicas de Alberdi eran superiores a las abonadas en el resto de la ciudad. Ese reajuste fue fruto de la presión ejercida por la empresa para extender la red que sería cargada al precio del servicio como un diferencial por la conexión. Asimismo, los usuarios pagarían el alquiler de los medidores, un canon extra que tampoco era abonado por el resto de los usuarios en la ciudad. Algunos concejales refrendaron el convenio, afirmando que era la única manera de conducir el agua potable al barrio. La intendencia aseguró que el suministro era un impulso modernizador para el barrio; la llegada del agua corriente permitía valorizar el suelo de Alberdi y beneficiar a los vecinos que hasta ese momento habían utilizado el agua de pozos semisurgentes. Entretanto, el partido socialista y algunas agrupaciones vecinales subrayaron los aspectos gravosos del acuerdo, los intereses exclusivamente económicos de la empresa y la hipoteca que el contrato implicaba sobre el futuro de la gran mayoría de trabajadores que poblaban el barrio. Por otra parte, estos grupos destacaban que la empresa al aumentar sus suministros e incrementar sus cobros, también, duplicaba y hasta triplicaba las tarifas.⁷ Además, las inversiones en cañerías y conexiones nunca fueron explicitadas ni detalladas en sus características y/o costes. Los socialistas exigieron la difusión de balances públicos de la empresa, hacer conocer la nueva ordenanza entre la población de Alberdi, ya que la mayoría de los habitantes del barrio ignoraba sus alcances y los diferenciales que pautaba con respecto al suministro en el resto de la ciudad. Asimismo, solicitaron establecer una reducción de las tarifas vigentes para el alquiler de medidores y desarrollar un estudio pormenorizado, a cargo de las oficinas técnicas del municipio, sobre los costos de producción y el precio del metro cúbico de agua y las utilidades que la empresa obtenía con su régimen de tarifas especial. Además, instaban a la municipalización del servicio y a la formación de un cuerpo permanente de inspectores que controlara la relación de la empresa con los usuarios. El contrato con la Compañía de Aguas Corrientes y Obras de Salubridad (en adelante, CACyOS) para la ampliación de la red de agua potable fue un primer punto de intersección entre la expansión de la ciudad, los usuarios, las compañías de servicios públicos urbanos y

7. "6/10/1924 Provisión de Agua Corriente a Alberdi", en ET HCD noviembre 1924, ff. 517-550.

el debate público. Para que la cuestión tomara rango político sería necesario aguardar hasta la década de 1930.

DISPUTAS: SERVICIOS PÚBLICOS URBANOS COMO PROBLEMA POLÍTICO

La implementación del contrato con CACyOS continuó su curso, quedaron al margen las críticas más radicales. En 1930 el golpe de Estado dismanteló las garantías constitucionales. La forma partido político como canal de mediación quedó desactivada, al menos temporalmente. En su reemplazo, aparecieron los imaginarios corporativos. Las comisiones vecinales se instalaron como el espacio de mediación y encuentro entre el ejecutivo municipal y los habitantes de los barrios. Los comisionados de facto, Alejandro Carrasco y Fermín Lejarza, ambos miembros del PDP buscaron contactarse con las vecinales, pero primero modificaron su organización interna. Carrasco intervino las vecinales, reconoció el mecanismo asambleario de elección de miembros y destituyó a quienes hubieran sido designados directamente por el intendente. El comisionado procuró convertirse en un interlocutor válido y un funcionario atento a las necesidades de los barrios. Impulsado por la ausencia de instancias de mediación y la falta de legitimidad de origen, el municipio empoderó a las asociaciones vecinales y a través de sus resoluciones buscó legitimarse a través de la gestión administrativa.

La crisis de 1930 comenzó a hacer sentir sus efectos más cruentos sobre las economías de los trabajadores y empleados. En ese contexto, los efectos potenciales y negativos del contrato de extensión de CACyOS se expresaron en toda su magnitud y profundidad. Pronto, los cobros se volvieron imposibles de afrontar para un conjunto de usuarios populares y con su continuidad laboral amenazada. Como estrategia de protesta, los vecinos decidieron dejar de realizar los pagos por el servicio. Según el contrato, frente al no abono de las tarifas la empresa contaba con el derecho de cortar el suministro. CACyOS se mostró inflexible y dejó de enviar agua al Barrio Alberdi. Los vecinos se reunieron en una nueva asociación que vinculaba los Barrios Alberdi y Sarmiento que había quedado bajo el contrato de extensión. El comisionado al frente de la intendencia, Fermín Lejarza, había sido representante legal de CACyOS en los años 1920. Su mediación estuvo lejos de favorecer los intereses de los vecinos. A su criterio, los reclamos

vecinales eran infundados. Amistosa y moralmente solicitó a la empresa que repusiera el servicio, aunque afirmó que legalmente no podía obrarse en ningún sentido. El contrato especial habilitaba la interrupción del suministro por falta de pago. Los vecinos ampliaron sus demandas y pidieron la nulidad de la Ordenanza Contrato de 1924. Plantearon su inconstitucionalidad, en tanto establecía una iniquidad fiscal entre usuarios de un mismo servicio en una jurisdicción territorial y administrativamente unificada. Como comisionado de la intervención, F. Lejarza no estaba habilitado para anular las sanciones aprobadas por el Concejo, su rol se limitaba al de un simple administrador y ejecutor de las normativas vigentes.⁸

El conflicto ganó entidad con el alza de temperaturas y el sostenimiento del corte. La persistencia de una situación muy incómoda para los vecinos, el mal funcionamiento que en general tenían los servicios públicos de la ciudad y sus tarifas poco equitativas, aunadas a la inacción del poder político de facto, ampliaron el universo de acciones y organizaciones de las asociaciones vecinales. Las disputas con la compañía pusieron en funcionamiento una nueva institución vecinal que coordinaba a Barrio Alberdi y Sarmiento, lo que poco tiempo después permitió la formación de una organización aún más amplia: Asociación de Vecinales Unidas. *La Capital* comenzó a retratar las movilizaciones de los vecinalistas: las asambleas, la reunión de firmas, la elevación de petitorios, etc. El repertorio de protesta de las vecinales comenzaba a ensancharse e hibridarse con el de los partidos políticos contestatarios. Se desarrollaron pintadas sobre los medidores y se esparcieron volantes en los barrios afectados por el corte de suministro. Pese a todo, el municipio permaneció indiferente a la acción convencional y radicalizada de los vecinos. Solo al culminar la intervención, las expectativas de una resolución favorable a los vecinos y la reconexión del servicio reaparecieron.

El 25 de febrero de 1932 después de más de dos meses de interrupción, Campos y Bodetto, concejales del PSA, solicitaron que se intimara a CACyOS para que restituyera el servicio de aguas corrientes en un plazo no mayor a 24 horas a los barrios del norte de Rosario.

Hemos querido traer los representantes socialistas el reclamo, los clamores y protestas de dos barrios densamente poblados por trabajadores, como son los barrios Sarmiento y Alberdi, que hace más de setenta días están sufriendo la

8. *La Capital* 18/IX/1931.

EXPANSIÓN URBANA Y AMPLIACIÓN POLÍTICA. EL CONFLICTO POR EL AGUA CORRIENTE...

prepotencia de una empresa que explota el servicio de aguas corrientes [...] todo el país se levanta en contra de los malos servicios y de la hegemonía, en cierta forma insolente, de las empresas que explotan los servicios públicos, que nos tratan y pretenden seguir tratándonos a los argentinos como si estuvieran en país conquistado, en una mera factoría.⁹

A inicios de marzo de 1932, Morcillo aceptó las reivindicaciones vecinales y del partido socialista. El servicio de aguas corrientes fue reconectado en los barrios Alberdi y Sarmiento. La municipalidad garantizó los pagos adeudados por los vecinos y la empresa reanudó las prestaciones. El Concejo Deliberante estableció la creación de una Comisión Investigadora y Fiscalizadora del Servicio de Aguas Corrientes y Obras de Salubridad y de la operatoria de la empresa concesionaria. Las vecinales presionaron para sumar un representante en una Comisión Investigadora que sólo admitía miembros del Concejo Deliberante. Esta demanda no fue atendida por el Concejo y con ese gesto culminó el ciclo de apertura y alianza del municipio con la política de las vecinales.

Con anterioridad, los concejales socialistas, Campos y Bodetto, mostraron su vocación por encarnar en el campo de la política local las demandas del vecinalismo. Pero también buscaron establecer un dispositivo de control sobre ese movimiento, cuyas potencias desatadas podían implicar dificultades para el gobierno local (Osborne y Rose, 1999). En marzo de 1932, Campos presentó una ordenanza cuyo propósito era establecer una nueva regulación sobre las actividades de las comisiones vecinales.¹⁰ El objetivo de la normativa consistía en restablecer la colaboración de las vecinales y el municipio y expurgar del seno de esas comisiones las actividades políticas. Desactivar la política del vecinalismo fue la meta inconfesable de esta ordenanza, aunque sus resultados fueron muy diferentes. Posteriormente, algunas vecinales rotularon como traición a la actitud del socialismo y decidieron redoblar la apuesta. Hacia 1934 ingresaron directamente en la contienda política formal.

Los vecinalistas recapitulaban la disputa con la CACyOS por el suministro de agua en el norte de la ciudad como un triunfo. Vislumbraban la posibilidad de integrarse a través

9. CAMPOS, Ceferino "Provisión de Agua Corriente a dos barrios", DS HCD 25/II/1932, pp. 23-24.

10. "10/3/1932 Campos, Martinez y Bodetto Proyecto de Ordenanza sobre Comisiones Vecinales", ET HCD abril 1932, f. 1332-1334.

del Concejo Deliberante al debate sobre los servicios urbanos. Sin embargo, consideraban al Concejo como una institución más moderna y receptiva de lo que era en realidad.

habéis demostrado que no ha sido vana la conmoción experimentada por el espíritu popular argentino en los últimos tiempos y que tampoco han sido una promesa al vacío las reiteradas declaraciones preelectorales de todos vosotros, de convertir a la municipalidad, como organismo, en un eficiente instrumento de civilización y progreso, como no lo había sido nunca hasta ahora [...] una de las situaciones más irregulares en que se haya visto comprometida empresa alguna concesionaria de servicios públicos en nuestra ciudad, y en nombre de los centenares de vecinos que apoyan nuestras gestiones, solicitamos a ese HCD proceda a decretar la intervención de la Compañía de Aguas Corrientes [...] ha llegado el momento de proceder a la rebaja general de tarifas para toda la ciudad¹¹

EFFECTOS: PRODUCCIÓN DE DATOS E INTERPRETACIONES

El 2 de junio de 1932 se leyó en el Concejo el informe de la Comisión Investigadora. Comparando los servicios prestados por la Compañía de Aguas Corrientes de Buenos Aires, se establecía una sobrefacturación de \$0,06 por metro cúbico de agua en Rosario. Las contabilidades de CAyCOS revelaron una “superganancia” de \$475.376,60 m/n. Las denuncias y suposiciones del vecinalismo fueron refrendadas: los beneficios de la empresa sólo fueron posibles debido a la falta de contralor del municipio. Además, las cañerías los Alberdi y Sarmiento tenían una capacidad inferior a la establecida por la ordenanza. Las investigaciones también develaron las irregularidades en que había incurrido la empresa desde la década de 1910. Dos contratos con sociedades urbanizadoras privadas, Sociedad Anónima “El Saladillo” y “Nueva Fisherton”, habían escapado de todo control municipal.¹²

El contrato de ampliación del servicio de aguas corrientes aparecía como parte de una estrategia de las empresas de concesionarias de servicios públicos municipales para incrementar sus ganancias a expensas de los usuarios y el municipio. Una variante del antiimperialismo apareció en las discusiones. El argumento del edil Martínez (Partido

11. “Carta de la Comisión Vecinal de Barrio Alberdi y Sarmiento (1º/III/1932)”, ET HCD Investigación sobre cumplimiento de los contratos por parte de la Compañía de Aguas Corrientes y Obras de Salubridad 1932, f. 1. La firma corresponde a Manuel Varón.

12. *Informe de la Comisión Fiscalizadora de las Compañías Consolidada de Aguas Corrientes del Rosario y Obras de Salubridad*, Rosario, 1933.

Socialista) mostraba cómo los problemas públicos locales se intersectaba con los nacionales e internacionales. La única posibilidad de evitar la explotación de las compañías extranjeras consistía en establecer controles públicos por parte del gobierno argentino sobre la operatoria de las empresas extranjeras.

aspiramos a una nueva forma de nacionalismo práctico y fecundo, orientando la acción del Estado en el sentido de una amplia fiscalización y contralor de las empresas que explotan concesiones de servicios públicos [...] Nos hacen el favor de traernos [...] un poco de civilización, y se asombran e indignan de que se pretenda ejercer sobre sus actividades el alto contralor y fiscalización del Estado. Es hora de reaccionar de este concepto y de iniciar una nueva política de esta materia, nueva política basada en conceptos de bien entendido y sano patriotismo, y en defensa de los intereses siempre superiores de la población y por el bienestar colectivo.¹³

En esa definición de un problema político, se instruyó la realización de un segundo informe que fue discutido a mediados de 1934. Los ediles caracterizaron el accionar de la empresa como un verdadero desfalco, que no hubiera sido posible sin la complicidad, que combinaba dosis indefinidas de (in)acción, del municipio. El segundo informe de la Comisión Fiscalizadora señaló la conveniencia de establecer una indemnización por parte de la CACyOS al municipio y a los vecinos, por cobros indebidos amparados en una ordenanza que finalmente además de ser derogada fue declarada inconstitucional. Asimismo, esbozó posibles tentativas para municipalizar el servicio.

CONCLUSIONES

El proceso de expansión de la ciudad debió ser compensado con la extensión de los servicios urbanos. Durante los años 1920, las empresas concesionarias de servicios públicos se rehusaron a desarrollar esas extensiones sin recibir sumas adicionales de dinero del municipio y/o sin que se les permitiera cobrar tarifas diferenciales. Estas dificultades instalaron un aura pública de sospecha sobre las concesiones de servicios públicos urbanos y respecto a las conductas de las autoridades locales. Esa desconfianza de los vecinos fue acompañada por la activación del movimiento vecinal de los barrios que observó y criticó con dureza los términos de los nuevos acuerdos y los déficits de las

13. Diario de Sesiones Honorable Concejo Deliberantes 22/VI/1932, p. 712.

prestaciones. En este campo, la acción de las vecinales estableció un problema público vinculado a los servicios públicos y los procesos de expansión-segregación urbanos (Roldán, 2011).

Las fuerzas inmanentes a ese complejo contexto fueron catalizadas dentro de la crisis económica de 1930 y la interrupción de la dinámica institucional democrática. Las vecinales y su movilización ganaron espacio en la agenda local y comenzaron a construir marcos cognitivos en los que inscribir nuevos problemas públicos urbanos. Los servicios públicos urbanos, sus condiciones de concesión y las modalidades de su prestación comenzaron a ser una cuestión de interés público a partir de la presión ejercida y las controversias promovidas por las vecinales ante el municipio. Estas disputas resultaron productivas en el campo político institucional, haciendo visible que Rosario afrontaba en la década de 1930 una crisis urbana con expresión en el campo de los servicios públicos concesionados a compañías extranjeras. Estos consorcios con perfiles imperialistas al notar reducidas sus utilidades comenzaron a recortar sus inversiones y a pergeñar estrategias de acrecentar sus márgenes de ganancia, en ocasiones amparadas en la injusticia espacial (Soja, 2014).

A través de prácticas de insumisión e insurgencia, el movimiento vecinalista replanteó el juego político dentro de la arena de disputa de asuntos públicos del municipio (Cefai, 1996). Convirtiendo lo que hasta ese entonces eran cuestiones administrativas como los servicios en temas políticos de primera importancia (Cefai, 2012). Debido a la naturaleza vital y esencial del servicio, el conflicto con la Compañía de Aguas Corrientes permitió que el vecinalismo instituyera a todos los servicios públicos urbanos en un tema político apremiante. La insurgencia de los movimientos vecinales reconfiguró las fronteras de los marcos categoriales entre la vecindad y la ciudadanía, estableciendo que los vecinos eran portadores de derechos ciudadanos y podían exigir el cumplimiento de esos derechos en asuntos anteriormente conceptualizados como meramente administrativos y técnicos (Holston, 2008; 2009).

El conflicto alrededor de las condiciones de la prestación y las tarifas del agua corriente en el norte de Rosario muestra cómo la sinergia entre la extensión de la ciudad y la producción de una crisis urbana engendraron un proceso de replanteamiento de los asuntos públicos. Los servicios públicos urbanos fueron objeto de un proceso de politización,

hecho que condujo a un nuevo estatuto de consideración de los servicios públicos, sus modalidades de contratación, concesión y el contralor ejercido por el municipio sobre las empresas. Esta disputa, también, evidenció las maneras en que las ciudadanías insurgentes activadas en estas disputas hibridaron los perfiles de la vecindad con los de la ciudadanía, impulsando la producción de la figura de un ciudadano territorial cuyos derechos de acceso a bienes urbanos locales no pueden ser diferenciados debido a su localización-segregación ni avasallados por las empresas de servicios extranjeras. Esta nueva ciudadanía local exigía al municipio el contralor, la regulación y la garantía del suministro de los servicios públicos urbanos.

Este proceso iniciado por las prácticas y el movimiento vecinal alrededor del agua corriente tuvo ramificaciones eficaces en la prestación del servicio de tranvías eléctricos que culminó con su municipalización (Roldán, 2010) y generó largos y encendidos debates en torno a la prestación de la electricidad en la jurisdicción municipal (Roldán y Pascual, 2011).

BIBLIOGRAFÍA

- Cefai, D. (1996). La construction des problèmes publics. Définitions de situations dans des arènes publiques. *Réseaux*, 14 (75), 43-66. <https://doi.org/10.3406/reso.1996.368>
- Cefai, D. (2012) ¿Qué es una arena pública? Algunas pautas para un acercamiento pragmático. En: CEFALÍ, D.; JOSEPH, I. *La herencia del pragmatismo: conflictos de urbanidad y pruebas de civismo*. Paris: L'Aube.
- Fernández, S. (2011) Una ciudad sobre ruedas. Transformación urbana e innovación municipal. En Badaloni, L. y Galassi, G. *Historia del transporte público de Rosario (1850-2010)*. Rosario: Editorial de la Municipalidad de Rosario.
- Holston, J. (2008) *Insurgent Citizenship. Disjunctions of Democracy and Modernity in Brazil*. Princeton & Oxford: Princeton University Press.
- Holston, J. (2009) La ciudadanía insurgente en una era de periferias urbanas globales n estudio sobre la innovación democrática, la violencia y la justicia social en Brasil.

- En G. Delamata (Coord.), *Movilizaciones sociales: ¿nuevas ciudadanía? Reclamos, derechos, estado en Argentina, Bolivia y Brasil* (pp. 45-65). Buenos Aires: Biblos.
- Lanciotti, N. (2009) *De rentistas a empresarios: inversión inmobiliaria y urbanización en la pampa argentina*. Santa Fe: UNL
- Osborne, T., & Rose, N. (1999) Governing Cities: Notes on the Spatialisation of Virtue. *Environmental and Planning D: Society and Space*, 17, 737-760.
- Pascual, C. (2017) La epidemia de cólera como condensador de sentidos: culturas urbanas, narraciones clínicas y políticas higiénicas en Rosario, Argentina, 1886-1887. *Hist. cienc. saude-Manguinhos* (24)2, 295-311 <https://doi.org/10.1590/s0104-59702017000200002>.
- Prieto, Agustina. Rosario: epidemias, higiene e higienistas en la segunda mitad del siglo XIX. En Lobato, Mirta (Ed.). *Políticas, médicos y enfermedades: lecturas de la historia de la salud en la Argentina*. Buenos Aires: Biblos. p.57-71. 1996.
- Roldán, D. & Pascual, C. (2011). Municipio y Nación. Servicios públicos, símbolos y rituales durante el peronismo (Rosario 1943-1955). *Revista Complutense De Historia De América*, 37, 301-328. https://doi.org/10.5209/rev_RCHA.2011.v37.13
- Roldán, D. (2010) Políticas municipales y estrategias sociales. Segregación urbana, identidades, vecinalismo y politización. Rosario durante la entreguerra. En Bonaudo, M. (comp.) *Instituciones, Conflictos e Identidades. De lo "nacional" a lo local*. Rosario: Prohistoria.
- Roldán, D. (2013) Inventarios del deseo. Los censos municipales de Rosario, Argentina (1889-1910) *História* (32)1, 327-353. <https://doi.org/10.1590/S0101-90742013000100018>.
- Soja, E. (2014) *En busca de la justicia espacial*. Valencia: Tirant.

5.

ACTORES ECONÓMICOS Y PERFILES PRODUCTIVOS EN DOS LOCALIDADES SANTAFESINAS

ESPERANZA Y RAFAELA DURANTE EL
PERÍODO DE ENTREGUERRAS

MARÍA CECILIA TONÓN

MARCOS PASCAL

INTRODUCCIÓN

Desde mediados de siglo XIX, Argentina evidenció el desarrollo de diferentes experiencias de colonización, que favoreció el surgimiento de un centenar de colonias agrícolas en el espacio denominado Pampa Húmeda, entre ellas Esperanza y Rafaela. En el transcurso de la segunda mitad del siglo XIX ambas se transformaron en capitales departamentales, la primera del departamento Las Colonias y la segunda de Castellanos. También compartieron un mismo perfil productivo, vinculado al desarrollo de medianas y pequeñas industrias, pero con ciertas particularidades sociohistóricas que nos permiten confrontarlas. En este capítulo se exploran los hitos de cambio que marcaron la matriz socioeconómica de ambas localidades, poniendo especial énfasis en los actores económicos y características productivas de ambas localidades durante el período de entreguerras. Se analiza una variedad de fuentes documentales, como censos, periódicos, anuarios, revistas conmemorativas, y fuentes secundarias para indagar un objeto escasamente estudiado, particularmente desde la mirada comparativa.

LA ESPERANZA DE ENTREGUERRAS

Esperanza porta el título de haber sido la primera colonia agrícola organizada del país, una suerte de rótulo aparente que evade la existencia de los fallidos intentos de colonización en las provincias de Buenos Aires y Entre Ríos durante la época de Rivadavia en la década de 1820 (Martirén, 2014). Lo cierto es que Esperanza fue la primera colonia agrícola santafesina (1856) y, por ello, quizá se ha convertido en el caso más afamado, dando lugar a numerosos escritos que abordan sus primeras etapas de vida. Sin embargo, la evolución de la ciudad durante el siglo XX ha llamado escasamente la atención de los historiadores, hecho que reduce ampliamente los antecedentes y fuentes bibliográficas para su estudio. Aun así, es posible contar con numerosas referencias, fundamentalmente periodísticas, que nos proporcionan un registro de diversos aspectos en su tránsito por el siglo pasado.

En su origen, esta colonia fundada bajo el sistema de colonización oficial¹ atravesó una serie de dificultades, y ya en “1861 estaba por ser disuelta cuando el gobierno nacional intervino haciéndose cargo de la deuda que los colonos tenían con la empresa fundadora” (Gallo, 1984: 70). Durante los primeros años, las actividades agrícolas tenían por objetivo cubrir, en primer lugar, las necesidades familiares de subsistencia en tanto que los excedentes se vendían en mercados cercanos, como Santa Fe. El advenimiento de la Guerra del Paraguay habría fomentado la tendencia a la explotación cerealera, sin embargo, la expansión de la agricultura se encontró con dificultades, principalmente relacionadas al encarecimiento de la tierra y la subdivisión de la propiedad. Coincidimos con el análisis de Martirén (2014), que sugiere que estos inconvenientes fomentaron el temprano desarrollo de actividades comerciales e industriales en detrimento de las agrícolas. Así, fueron estas actividades las que tuvieron más éxito en los orígenes de esta colonia. Sin embargo, desde sus primeros años hasta el período que nos ocupa, esta impronta económica sufrió ciertos cambios.

Una de las industrias con mayor difusión en el período de la colonia fue la harinera, en parte quizá porque los costosos transportes hacían más adecuado comprar los trigos de la región para su transformación (Zingerling, 1987). Desde la década de 1860 esta industria había comenzado con molinos de escasa tecnología (hidráulicos y a tracción animal fundamentalmente), mientras que para la década de 1870 comenzaron a instalarse molinos a vapor (Martirén, 2016). Rápidamente, la colonia y la provincia pasaron a formar parte del desarrollo de la molienda harinera a nivel nacional, y para 1877 el país dejó atrás la necesidad de importar ese producto. En la década siguiente el país ya disponía de saldos exportables para destinar a los países limítrofes (Kofman, Lanciotti y Pérez Barreda, 2012). No obstante, desde 1890, en la provincia de Buenos Aires, se desarrolló una fuerte expansión de la producción harinera, y como consecuencia, Santa Fe comenzó a perder terreno en este sector (Martirén y Rayes, 2016). Hacia mediados de 1890, Esperanza ya evidenciaba signos de crisis en la industria molinera (Grenón, 1947).

Los últimos dos molinos sobrevivientes fueron los de las firmas Denner y Angelita. El primero cerró sus puertas en 1930 (Giuliette y Vaqué, 2018). En cuanto al restante, fue el

1. En este sistema el Estado les vendía tierras a bajos precios al empresario colonizador, pero como contraparte se le exigía una serie de condiciones relativas al número de pobladores y las prerrogativas que estos debían recibir (Gallo, 1984).

último en construirse (circa 1891), y todavía en 1912 se contaba entre las diez empresas provinciales con mayor producción (Pérez Barreda, 2012). Posteriormente, a mediados de los veinte, este establecimiento se volcó a la producción láctea, como fabricante de manteca y caseína. La producción de harina continuó, aunque de modo intermitente, hasta finales de la década de 1940.

La transición del molino Angelita es sintomática del viraje experimentado por las actividades agroindustriales de la ciudad, ya que el procesamiento de la leche comenzó lentamente a ocupar el vacío dejado por la molienda del trigo. Si bien la industrialización láctea estuvo presente casi desde los orígenes de la colonia, se trataba, ante todo, de pequeñas explotaciones artesanales destinadas al consumo doméstico y el abastecimiento local. El aumento en importancia de la lechería fue más tardío y puede ubicarse a mediados de la década de 1910. Atendiendo al área cultivada en los campos de Esperanza, podemos observar que, todavía en 1911, la siembra de la alfalfa (1975 hectáreas) era baja frente a cultivos como el trigo (5200 hectáreas) o el lino (4350 hectáreas); no obstante, este cultivo fue en aumento.²

En sintonía con el auge de la exportación argentina de manteca durante la Primera Guerra Mundial (Regalsky y Jáuregui, 2012), el aumento del cultivo de alfalfa en Esperanza fue acompañado por la aparición de establecimientos afines, en su mayoría cremerías ubicadas en zonas rurales y destinadas a abastecer fábricas de manteca y caseína de otras localidades. Uno de estos establecimientos fue datado ya en 1916 (Fhur, 2005). En 1931 existían cuatro compañías propietarias de cremerías³, en tanto que en 1942 esas mismas compañías, sumadas, contabilizaban siete,⁴ mientras que una octava era propiedad de una pequeña fábrica de quesos y manteca (Heltner Hermanos) destinada al consumo interno (Instituto Agrario Argentino, 1947; Pedroni, 1994). Durante la Segunda Guerra Mundial aumentarían los establecimientos destinados al mercado interno: en

2. Campos y cosechas. (5 de mayo de 1911). *Santa Fe*, p. 1.

3. El Colono. (1931). *Anuario de El Colono*, p. 63.

4. Instituto Agrario Argentino. (1947). *Reseña general, histórica, geográfica y económica de Esperanza y Departamento Las Colonias (Prov. De Santa Fe)*. Buenos Aires: Instituto Agrario Argentino, p. 147

1943 se había establecido Hevia Hermanos, una fábrica de caramelos y dulce de leche,⁵ en tanto que la fábrica de dulce de leche Chelita, fundada en 1944, para 1946 también elaboraba quesos y leche en polvo, al tiempo que vendía su producción en distintos puntos del país.⁶

Paralelamente, en la Esperanza de entreguerras se desempeñaban otras agroindustrias, como la curtiembre Meiners, establecida en la época de la colonia (1877) o las plantas dedicadas a la industrialización del lino. Desde finales de los años veinte la ciudad evidenció la aparición de diferentes experimentos que buscaban procesar el tallo del lino para fines textiles (hilo y sogas). Sin embargo, para la localidad, el período más significativo en la industrialización del lino sería la Segunda Guerra (Tumini, Lanciotti y Frid, 2013; Pedroni, 1995).⁷

Probablemente, los establecimientos que durante el espacio de entreguerras conservaron mayores similitudes con sus homólogos del período de la colonia fueron las herrerías y carpinterías. Como es posible observar en la obra del fotógrafo Paillet, (Priamo, 2015), estas industrias mantuvieron un importante componente artesanal consistente en la utilización de máquinas y herramientas movidas por la acción humana (yunque, fragua, fuelle de mano, torno de pedal, taladro de volante, entre otros).

Durante la primera posguerra, la difusión del automóvil reforzó el perfil comercial de Esperanza. La ciudad se convirtió en punto intermedio para los automovilistas de colonias como Pilar o Susana, ya fuera por el trayecto que unía las ciudades de Rafaela y Santa Fe, o por el traslado desde las mencionadas colonias hacia el norte provincial (por San Justo) o hacia otros pueblos, como Cululú o Progreso.

Los rubros en los que se desempeñaron los sucesivos presidentes del Centro Comercial de Esperanza (fundado en 1928) durante el período estudiado pueden dar cuenta de la importancia de las actividades comerciales. Dejando de lado al primer presidente, que

5. Industria y Comercio. (6 de septiembre de 1946). *El Colono*, p. 5.

6. Industria y Comercio. (6 de septiembre de 1946). *El Colono*, pp. 2-3.

7. Dos importantes establecimientos industriales iniciarán sus actividades en breve en Esperanza. (18 de enero de 1943). *El Litoral*, p. 5. Industria y Comercio. (6 de septiembre de 1946). *El Colono*, p. 5.



**Figura 1. Príamo (2015). Carpintería de Primo Paravano.
Esperanza, Santa Fe. Por Paillet (1922)**

poseía una mueblería (Víctor Fontana, 1928-31),⁸ los siguientes se desempeñaron en relojería y joyería (José Bertotti, 1931-33), ramos generales (Alfredo Pinter, 1933-36) y zapatería (Francisco Monín, 1936-43).⁹

La impronta comercial de la ciudad también quedó reflejada en el consumo de combustible. En 1931, el *Anuario de El Colono*¹⁰ mencionaba que durante 1930 se habían

8. Gran parte de los talleres de la ciudad complementaban las actividades de fabricación con las de comercialización; en el caso de Fontana, por ejemplo, era representante de aceites y grasas lubricantes.

9. El Colono. (1931). *Anuario de El Colono*, pp. 63, 69,71.

10. Se trata del diario fundado por Rodolfo Lehmann, en Esperanza, en 1910. Era hijo del empresario-colonizador Guillermo Lehmann, que también había fundado otro diario en la

instalado seis surtidores de nafta, elevando a 20 los puntos de venta existentes en ese año.¹¹ Esta actividad económica se vería coartada por dos circunstancias significativas: en primer lugar, por los proyectos de pavimentación que durante la década de 1930 reconfiguraron la fisonomía de las comunicaciones camineras: un camino de Rafaela a Santa Fe, que dejó fuera a gran parte de las colonias, el desarrollo de las rutas 11 y 19¹², y el completo abandono del tramo Esperanza-Cululú-Progreso, que mermaron la afluencia de automovilistas a la ciudad.¹³ En segundo lugar, por las restricciones energéticas que impondría el trasfondo de la Segunda Guerra: para 1942, el Anuario Kraft publicitaba tan solo cuatro vendedores de nafta.¹⁴ En este contexto, la industrialización del lino dirigida por el Estado insufló un impulso económico a la ciudad (Mende, 1947). A inicios de los cuarenta se formó una sociedad (FAEL SRL), que a la par de la producción de estopa, extraía aceite de lino (Pedroni, 1995).

Finalmente, queda por mencionar un último grupo de industrias, los talleres mecánicos, destinados a cubrir la demanda metalmeccánica existente.¹⁵ Uno de los primeros talleres fue la fábrica de arados Schneider, originariamente una fundición destinada a proveer piezas de repuesto para los molinos de la región (Zingerling, 1987) en la que Schneider se dedicaba a las tareas de fundición y Urfer, su socio, a las de tornería (Bil, 2009). Para finales de siglo, los talleres mecánicos realizaban tareas de reparación de trilladoras y

misma ciudad, en 1878, llamado "El colono del Oeste". Véase de Langbehn (2013).

11. El Colono. (1931). *Anuario de El Colono*, p. 71.

12. Notas de la ciudad de Esperanza. (8 de febrero de 1933). *El Orden*, p. 12.

13. Continúa ofreciendo abundante tema al comentario público, el camino que une a Esperanza con Cululú. (12 de julio de 1941). *El Orden*.

14. Guillermo Kraft Ltda. (1942). *Anuario Kraft. Gran guía general del comercio, industria, agricultura, ganadería, profesionales y elemento oficial de la República Argentina, con Bolivia, Chile, Estados Unidos de América, Paraguay, Perú y Uruguay. Tomo III: Provincias y Territorios*. Buenos Aires: Guillermo Kraft Ltda, p. 1045.

15. Por metalmeccánica entendemos específicamente la fabricación de maquinaria, diferenciándola de la metalurgia, entendida esta última como un término genérico para definir al procesamiento de los metales. Esto nos permite diferenciar a los talleres mecánicos (centrados en la reparación y/o fabricación de maquinaria) de los herreros u hojalateros; la diferencia entre ambos estriba en los límites de tolerancia permitidos en la realización de sus actividades.

otras máquinas agrícolas, una actividad que siguieron desempeñando en el siglo XX. Sin embargo, para inicios del nuevo siglo, la principal orientación de estos talleres sería la reparación de automóviles. La existencia de talleres mecánicos en la ciudad está evidenciada ya desde mediados de la década de 1910 (Chiesa, 1914).¹⁶ Para finales de dicha década muchos de estos talleres tenían una doble orientación: electricidad y mecánica del automóvil, expandiéndose además a rubros relacionados con las instalaciones eléctricas domiciliarias.

A comienzos de la década de los treinta ya aparecían los mecánicos y los electricistas como grupos diferenciados. Sin embargo, si para esta fecha existían nueve talleres mecánicos,¹⁷ el advenimiento de la Segunda Guerra Mundial, con las consecuentes dificultades para conseguir repuestos y el paulatino envejecimiento del parque automotor, daría lugar a un proceso paradójico: a la disminución del tráfico comercial antes mencionado, se le contrapondría el aumento de los talleres mecánicos, que para 1942 alcanzarían la cifra de catorce establecimientos.¹⁸ Asimismo, estos mecánicos se encargarían de cubrir la incipiente demanda metalmecánica de las contadas máquinas industriales de la ciudad.

LA MATRIZ SOCIOECONÓMICA DE RAFAELA EN EL PERÍODO DE ENTREGUERRAS

Rafaela es la capital del departamento Castellanos y está emplazada en el espacio que se conoce como Centro-oeste santafesino. Si bien esta definición se deriva más bien de un uso político o periodístico, correspondería a lo que algunos estudios de las regiones geoeconómicas de la provincia (D'Ángelo, 1992) denominan Cuenca lechera.¹⁹ El

16. Dato proporcionado por el Sr. José Iñiguez, del Museo de la Colonización en Esperanza.

17. El Colono. (1931). *Anuario de El Colono*, p. 71.

18. Guillermo Kraft Ltda. (1942). *Anuario Kraft. Gran guía general del comercio, industria, agricultura, ganadería, profesionales y elemento oficial de la República Argentina, con Bolivia, Chile, Estados Unidos de América, Paraguay, Perú y Uruguay. Tomo III: Provincias y Territorios*. Buenos Aires: Guillermo Kraft Ltda, p. 1045.

19. Incluiría los departamentos Castellanos, Las Colonias, el centro-sur de San Cristóbal y San Justo, el centro-norte de San Martín y parte de San Jerónimo, extendiéndose en el este de la

Centro-oeste santafesino empezó a ser conocido a partir de la promulgación de la Ley Provincial de subdivisión y creación de nuevos departamentos en 1890. Sin embargo, comenzó a ser colonizado casi una década antes de dicho año (Grassino, 1986: 99), tal como se refirió en el apartado anterior.

El éxito de este tipo de colonización en la ciudad de Rafaela puede ser atribuible a diferentes factores, como la relativa baratura de las tierras en relación con otras zonas, aptitudes para el desarrollo de la actividad agrícola, y temprana llegada del ferrocarril²⁰ (Chémez de Eusebio, Sáenz, Vincenti de Bogero, 1982: 7 – 10). Las características físicas del terreno donde está emplazada la localidad la hicieron óptima para que se desarrollara la producción agropecuaria como actividad por excelencia. Entre 1890 y 1914 se destacó la explotación triguera, encontrando al departamento Castellanos y a su capital, Rafaela, en una posición de vanguardia a nivel provincial en lo atinente a la producción de este cereal.²¹ Si bien estas tierras no eran las mejores para el cultivo de trigo,²² se operó en la zona una verdadera especialización debido a diversos factores, entre los que se pueden mencionar, por un lado, a las características de la demanda internacional (Gaignard, 1984: 441) y, por otro, a las cualidades propias de este cereal, fácil de cultivar, acopiar y transportar (Nario, 1983).

A la par de la explotación agrícola, comenzó a desplegarse en la región un incipiente desarrollo industrial. Entre las nuevas actividades orientadas a satisfacer las demandas originadas por la producción del trigo, se encontró la industria molinera, aunque su desem-

provincia de Córdoba.

20. Durante el período comprendido entre los años 1885 y 1895, se instalaron en el departamento Castellanos las siguientes empresas: FF.CC Santa Fe, FF.CC. Central Argentino, FF.CC. Central Córdoba y Tranvía Rural a Vapor (que unía a Rafaela con las colonias ubicadas al oeste del departamento).

21. Argentina. Segundo Censo Nacional de 1895. Tomo III, pp. 124-125 y 166-167. Los datos ofrecidos por el Segundo Censo Nacional también han mostrado a Castellanos asumiendo la delantera en lo relativo a la disponibilidad de elementos básicos de labranza y cosecha, como por ejemplo arados, segadoras y trilladoras.

22. De acuerdo con el análisis de Nario (1983): “El trigo necesita lluvias de primavera, pero un verano seco que permita su rápida cosecha. Esas condiciones sólo se dan en la pampa sureña de Buenos Aires.” (p. 17).

peño, a diferencia de Esperanza, fue más bien modesto.²³ Sin embargo, no fue la única. Numerosas herrerías,²⁴ que se establecieron para reparar los frecuentes desperfectos de los implementos y maquinarias agrícolas, se transformarán en los antecedentes inmediatos del desarrollo de la industria metalmecánica en el departamento Castellanos.

La llegada del siglo XX trajo aparejada una serie de modificaciones en la estructura del aparato productivo argentino. La demanda de carnes de calidad por parte de Europa y más especialmente de Inglaterra, determinó la introducción de un sistema que combinara la producción agrícola con la pecuaria. Para dar lugar a la producción de forrajes, se adoptó un sistema trienal de rotación de cultivos tales como lino, trigo y alfalfa o trigo, maíz y alfalfa. Ello ocasionó que el trigo fuera desplazado de ese lugar de predominio exclusivo que hasta el momento había ocupado en el conjunto de la producción agrícola argentina y, particularmente, en el departamento Castellanos.

Otro cambio importante producido entre 1920 y 1930, fue la implantación de un nuevo tipo de explotación económica, el tambo. A partir de esos años el ganado lechero se destacó en la región, y la producción tambera sobrepasó a la producción cerealera, sin que esta desapareciera totalmente.²⁵ Esto involucró en una nueva actividad a los pobladores de la zona, a la su vez que contribuyó al desarrollo de talleres que debieron encargarse de la fabricación y reparación de muchos elementos destinados al procesamiento y refrigeración de la leche y sus derivados, aspecto que también se verá en Esperanza, pero en menor medida.

Los hombres que las fuentes señalan como los primeros herreros, mecánicos y hojalateros fueron en su mayoría extranjeros. Llegados a la Argentina desde fines de siglo XIX, se fueron instalando en el Centro-oeste del territorio santafesino. Los motivos fueron múltiples: parientes ubicados con anterioridad en la zona, la prosperidad económica,

23. A fines del siglo XIX se instalan en la localidad de Rafaela tres molinos harineros: "Pedro Avanthay e Hijos", "El Porvenir" y "Margarita", que luego adoptó el nombre de "Rafaela", por un cambio de dueños. No tuvieron una existencia muy larga, sobre todo los dos primeros; el último de éstos cerró sus puertas en 1975. Cfr. Malagueño, Monroig y Drubich (1982).

24. Santa Fe (provincia). Primer Censo General de 1987. Boletín industrial. Establecimientos del departamento Castellanos.

25. Para ampliar este aspecto véase Guillén (1984).

oportunidades laborales dentro del ramo mecánico en labores de reparación que entonces sólo se llevaban a cabo en las ciudades importantes (Meloni, Tonon, Villalba, 1995).

Se originó, de esta forma, una incipiente industrialización, fundamentalmente de las actividades metalúrgicas y metalmecánicas, que combinó la reparación con la fabricación. La década de los veinte fue representativa dado que en ella hicieron su aparición las primeras fábricas de maquinarias agrícolas de creación nacional en firmas tales como: Señor y Bernardín en San Vicente; Rotania en Sunchales y Gardiol en Susana.

Rafaela no pudo corresponderse con este auge mecánico agrícola que se reflejó en aquellas localidades aledañas; como también se vio en Esperanza, comenzando por los arados de Alois Tabernig en la década de 1860 (Sauthier de Bertotti, 2005), al que le siguieron los arados y sembradoras Schneider, en los años de 1880, o en San Carlos (Frid y Fumini, 2012), en el departamento Las Colonias. El futuro de su industria estuvo determinado, en parte, por dos actividades que marcaron la región: la industria frigorífica y la láctea,²⁶ y por una diversificación de las ramas industriales de las herrerías y talleres que debió adaptarse a las nuevas demandas poblacionales.

En estas circunstancias, los mecánicos debieron agudizar su inventiva y ser ellos mismos los encargados en fabricar las piezas o artefactos necesarios. Aparecieron así las herrerías asociadas a carpinterías que fabricaban carruajes, como volantas, chatas, entre otros. Así, también se desarrollaron los talleres abocados a las tareas de fundición y fabricación de todo tipo de herrajes, cortinas metálicas, bombeadores industriales, soldaduras de motores de usinas, la instalación de plantas industriales y eléctricas, la fabricación de artículos de hojalatería para el hogar. Este tipo de creaciones reflejan la capacidad de inventiva que la necesidad exigió a estos emprendedores, y el negocio que representaron las actividades mecánicas y metalúrgicas para aquella época, aspectos que van a determinar el perfil metalmecánico y metalúrgico que posteriormente caracterizará a la ciudad.²⁷

26. Podemos mencionar como ejemplos a las actuales empresas “Sucesores de Alfredo Williner” (productos lácteos Ilolay), creada en 1928 por Alfredo Williner; a “Rafaela Alimentos” (productos cárnicos y derivados Lario), organizada durante la década de 1910 por el italiano Luis Fasoli; o Molfino Hermanos (fábrica de lácteos adquirida en 2003 por la canadiense Saputo), de 1938.

27. Si bien este artículo se centra en el período de entreguerras, consideramos oportuno



**Figura 2. Archivo Histórico Municipal de Rafaela. Fabbrica dei Fratelli Fasoli.
Sala lavorazione salumi. s/f.**

Varios de estos fabricantes se sumaron para darle vida a distintas instituciones políticas, cívicas y sectoriales, fundamentales para la ciudad. Los nombres de algunos de los primeros industriales aparecieron también en organismos de orden político, como la *Comisión de Progreso Local*, luego *Comisión de Fomento* (Bianchi de Terragni, 1972: pp. 38 y 108). Esta participación también tuvo lugar en el surgimiento y desarrollo de organizaciones claves para la economía de la ciudad, como la *Liga Comercial, Industrial y Agrícola de Rafaela* (1906), luego, *Sociedad Rural*, la *Compañía de Luz y Fuerza de Rafaela* (1908), y el *Centro Comercial e Industrial del Departamento Castellanos*.²⁸

mencionar que, desde la segunda posguerra, la rama metalmeccánica que venía desplegándose muy lentamente y a la sombra de las alimenticias, logra un impulso importante hacia fines de 1960 con un viraje hacia la rama autopartista. Para los años ochenta y noventa, el tejido industrial se multiplica en numerosas ramas y adquiere la diversificación que lo caracteriza hasta la actualidad. Numerosos estudios han caracterizado a Rafaela como un cuasi-distrito a la italiana (Quintar, Ascúa, Gatto y Ferraro, 1993), es decir, como una aglomeración social y económica distintiva y única, siguiendo los clásicos estudios sobre los distritos italianos. Para ampliar véase Tonon (2011)

28. El surgimiento de estas organizaciones gremiales en la localidad fue correlativo con lo ocurrido a nivel nacional, por ejemplo, con la formación de la Federación Argentina de

De esta misma suerte fue la aparición de establecimientos educativos vinculados a la formación de recursos humanos para la floreciente industria, como la Escuela de Mecánicos Agrícolas, en 1915.²⁹

Es posible observar cómo se va conformando un entramado de relaciones que va gestando un estrato social de notables³⁰, en el que actúan vivamente los empresarios³¹, clase marcadamente urbana, con fuertes intereses en la industria, caracterizada por un alto grado de injerencia social, política y económica.

Como hemos podido evidenciar hasta aquí, entre la formación de la colonia (1881) y su declaratoria de ciudad (1913), se perfilan los patrones socioeconómicos de la localidad.³² Un desarrollo basado en la explotación de bienes primarios, particularmente de trigo, aspecto que va a determinar la aparición de las primeras industrias, como la molinera, pero también el surgimiento de talleres destinados a la refacción de maquinaria agrícola. Durante el período de entreguerras, el crecimiento de la urbe y la incorporación de actividades ganaderas, en especial, el tambo, van a contribuir con la proliferación de industrias de la rama alimenticia, y un sector metalmecánico y metalúrgico vinculado con ellas.

Entidades Defensoras del Comercio y la Industria (entre 1932-1934). Véase Lindenboim (1976)

29. Posteriormente, pasó a tener nuevas denominaciones, de acuerdo con los cambios acaecidos en la educación a nivel provincial y nacional: Escuela Industrial de Varones “Guillermo Lehmann” (1943), Escuela Fábrica N° 6 de la Nación (1948), Escuela Nacional de Educación Técnica N°1 “Guillermo Lehmann” (1959), Escuela de Enseñanza Técnica N° 460 “G. Lehmann” (1993), nombre que mantienen hasta la actualidad. Datos extraídos de 90° Aniversario. 1915-2005, *Aprender haciendo*, Rafaela.

30. Entendemos por “notables” a un estrato dentro de los sistemas de clase que agrupa a personas que comparten ciertos recursos económicos, como la propiedad de la riqueza y la ocupación. Véase Giddens (2004)

31. Retomamos la clásica definición de empresarios de Max Weber, que los define como un tipo de clase lucrativa en el que se incluyen los comerciantes, armadores, industriales, empresarios agrarios, banqueros y financieros y, en algunos casos, profesionales de las disciplinas liberales (Weber, 2005, p. 244). Para este trabajo, consideramos necesario redefinir esta lista porque los empresarios locales a los que nos referimos son un poco de todo lo que refiere el sociólogo alemán. Se trata de actores socioeconómicos que son el producto de una combinación de industriales, comerciantes y empresarios agrarios, una suerte de híbrido cuya diversificación ha sido el secreto de su éxito (Tonon, 2011)

32. El 26 de enero de 1913 Rafaela adquirió la categoría de ciudad, compartiendo esta condición con las ciudades de Santa Fe, Rosario, Casilda y Esperanza (Tonon, en prensa).

NOTAS COMPARATIVAS A MODO DE CIERRE (Y DE CONTINUIDAD)

En este capítulo hemos descrito el singular desarrollo agrícola, industrial y comercial de las colonias de Esperanza y Rafaela. Tomando en consideración que ambas fueron las cabeceras de dos departamentos que compartieron un origen industrial común (industria molinera y lechera). Cabe reflexionar respecto de los caminos diferentes que emprendieron en la segunda mitad del siglo XX y cuyo punto de inflexión puede rastrearse en el período de entreguerras. Retomemos, entonces, los argumentos expuestos hasta el momento que nos permitieron dar cuenta de las modificaciones que atravesaron ambas localidades entre fines de las décadas de 1910 y 1930, y habilitan su comparación.

Fundada en 1856, Esperanza atravesó ciertas dificultades para la explotación de la agricultura, en gran medida relacionadas a la disposición de las concesiones y la subdivisión de la tierra. Pero esta colonia destacó tempranamente en las actividades comerciales e industriales (Martirén, 2014) y, entre las últimas, la industria molinera fue adquiriendo una importancia fundamental desde los años 1860 hasta su ocaso, en los años de 1890. La importancia regional de la industria molinera en el departamento incentivó una primera demanda metalmecánica. Sin embargo, el declive de los molinos y el cambio de época reorientaron la especialización de los talleres mecánicos de la ciudad hacia la reparación de maquinaria agrícola.

En la década de 1910, la industrialización del trigo diopaso al procesamiento de la leche aunque, hasta la Segunda Guerra Mundial y salvo contadas excepciones, se trató principalmente de de cremerías (pequeños establecimientos rurales destinados al abastecimiento de fábricas de manteca y caseína de otras localidades).

Las actividades comerciales también fueron un rasgo fundamental de Esperanza desde sus primeros años. Para finales de siglo la ciudad se perfilaba como centro comercial, aspecto que se vio incrementado en las primeras décadas del siglo XX por el impacto del automóvil. Sin embargo, el crecimiento poblacional en esos años fue modesto.³³ Para paliar la limitada demanda local, algunas herrerías y carpinterías (que aún continuaban empleando las herramientas y métodos manuales de la época de la colonia) incorpo-

33. Argentina. Tercer Censo Nacional de Población de 1914. Tomo II, p. 40.

raron la variante comercial a su actividad. Este aspecto permitiría identificar casos de especialización productiva durante esta etapa.

En un panorama en donde las agroindustrias habían disminuido su presencia, y en el que las industrias urbanas seguían implementando métodos de fabricación artesanales impulsados por la energía humana, la principal demanda metalmeccánica estuvo asociada a un elemento clave del carácter comercial de Esperanza: el automovilismo. Por lo tanto, no resulta extraño que la principal empresa metalmeccánica surgida en el período posterior haya tenido su origen en un taller mecánico. Así, por ejemplo, vemos como en 1951 “Talleres Mecánicos y Fundición”, de los hermanos Hessel y Müller, se disolvió para dar paso a TIME, una fábrica de maquinaria para la industria del té. Fundado a finales del siglo XIX, este taller cambió de denominación varias veces³⁴, y en el período estudiado se dedicaba a la reparación de automóviles, camiones, tractores, la fabricación de cocinas a leña, al tiempo que funcionaba como concesionaria de autos, camiones y estación de servicio, vendiendo repuestos para autos y combustible.³⁵ Probablemente, la baja demanda metalmeccánica de estos talleres haya desestimulado una especialización productiva y fomentado la implementación de diferentes estrategias para mantener a flote los talleres, entre ellas, las comerciales, aspecto que no es tan evidente en la ciudad de Rafaela.

En este sentido, el departamento Castellanos y su cabecera, parecen haber sostenido una demanda metalmeccánica mucho más fuerte que la ciudad de Esperanza y el departamento Las Colonias. Desde épocas tempranas Castellanos vio florecer emprendimientos dedicados a la fabricación de maquinaria agrícola (Meloni, Tonon, Villalba, 1995). Si bien la Colonia Esperanza fue ciertamente pionera en la fabricación de implementos agrícolas, es igualmente cierto que su fabricación (y no tan solo de implementos), no prosperó demasiado.³⁶

34. Exposición Industrial y Comercial del Centenario de la Colonización (1956). *Exposición Industrial y Comercial del Centenario de la Colonización*. Santa Fe, Argentina: Talleres Gráficos Editorial Belgrano.

35. El Colono. (1931). *Anuario de El Colono*, pp. 71 y 80.

36. En 1885 Federico Urfer (desligado ya de su sociedad con Schneider), patentó una trilladora (Frid y Tumini, 2012), pero sin demasiado éxito. Terminó por radicarse en Cañada de Gómez, donde estableció un taller mecánico.

Pero 1885 tiene otro significado para Esperanza, fue el año de la llegada del ferrocarril a una localidad surgida antes de la existencia de infraestructuras adecuadas para la explotación agrícola a gran escala, y en la cual, los molinos fungían también de acopiadores de grano (Zingerling, 1987). Estas condiciones económicas restrictivas pudieron ralentizar en los primeros años, las inversiones en maquinaria agrícola más costosa. Por el contrario, las colonias del departamento Castellanos nacieron con el ferrocarril, y lo hicieron orientadas a la exportación. Acompañando el desarrollo económico del modelo agroexportador, el departamento Castellanos generó una primera demanda metalmeccánica constituida por maquinaria agrícola acorde a las necesidades de esta región de nueva colonización.

Esta orientación agroexportadora probablemente fue una de las razones por las que Rafaela no tuvo un auge molinero comparable al de Esperanza. Pero contrariamente a lo que sucedía con el trigo, resultaba conveniente procesar la carne y la leche en origen antes de enviarla al exterior, y durante los años veinte y treinta las industrias lácteas y frigoríficas comenzaron a aparecer en Rafaela. Ambas industrias fueron poderosos incentivos para el surgimiento de industrias metalmeccánicas y metalúrgicas proveedoras de bienes y servicios. Emplazada en la cuenca lechera, la actividad láctea ocupó, sin lugar a duda, un lugar de preeminencia.³⁷ De esta forma, muchos talleres (algunos de ellos convertidos hoy en grandes firmas) se orientaron desde un comienzo a satisfacer las demandas de estas dos industrias.

Probablemente muchas de las diferencias entre ambas ciudades tuvieron relación con el hecho de pertenecer a dos etapas distintas de la historia santafesina, a pesar de la cercanía temporal entre ambas. Como primera colonia agrícola, Esperanza atravesó un gran número de inconvenientes para la explotación de la agricultura, y su industria harinera, al igual que sus fabricantes de arados emergieron en ese contexto. Por el contrario, Rafaela se benefició rápidamente del modelo agroexportador, y aunque su industria harinera fue modesta, no puede decirse lo mismo de las empresas lácteas y los frigoríficos que destacaron durante el período de entreguerras. En combinación con las explotaciones tamberas, las industrias alimenticias sostuvieron una fuerte demanda metalúrgica

37. Debemos igualmente contemplar la demanda de los tambos en equipamientos probablemente simples como los tachos de leche, pero numéricamente significativos.

y metalmecánica, dando origen a talleres que posteriormente se consolidarían como importantes firmas aún hoy vinculadas al sector alimenticio.

Hasta aquí se ha realizado una comparación incipiente entre dos ciudades, atendiendo especialmente a aquellos aspectos que las distinguieron durante el período de entre-guerras. Ciertamente, este análisis pretende ser el punto de partida de un estudio que aún tiene mucho por recorrer en torno a las particularidades socioeconómicas de cada una de estas localidades en el período seleccionado, como así también, respecto de sus posibilidades comparativas.

BIBLIOGRAFÍA

- Bianchi de Terragni, A. (1972). *Historia de Rafaela. Ciudad santafesina*. Colmegna: Santa Fe
- Bil, D. (2009). Origen y transformación de la industria de maquinaria agrícola en la Argentina. La trayectoria de Schneider, Istitart y Senor hasta 1940. *H-industri@*, 4(3), 1-29.
- Chémez de Eusebio, M.; Sáenz, G.; Vincenti de Bogero, M.I. (1982). *Rafaela, Primer núcleo socioeconómico del Centro Oeste Santafesino*. Rafaela: Instituto Superior del Profesorado N° 2 “Joaquín V. González”.
- D’Ángelo, M.L. (1992). “Geografía”. En AAVV. *Nueva Enciclopedia de la provincia de Santa Fe*. Santa Fe: Ediciones Sudamérica.
- de Langbehn, R. (2013). Periódicos y periodistas alemanes en Esperanza antes de la Primera Guerra Mundial. En *XIV Jornadas Interescuelas/Departamentos de Historia*. Jornadas llevadas a cabo en la Universidad Nacional de Cuyo, Mendoza.
- Fuhr, V. (2005). Primera Cooperativa Tampera del País. Congreso Argentino de Inmigración y IV Congreso de Historia de los Pueblos de la provincia de Santa Fe. Ponencia llevada a cabo en el congreso. Asociación Amigos Del Archivo General de la Provincia, Esperanza, Argentina.

ACTORES ACÓNÓMICOS Y PERFILES PRODUCTIVOS EN DOS LOCALIDADES SANTAFESINAS...

- Frid, C. y Tumini, E. (2012). Agricultura y maquinaria agrícola en la provincia de Santa Fe (1890-1920). En N. Lanciotti y C. Frid (Coord.) *De la expansión agraria al desarrollo industrial: la economía de Santa Fe entre 1850 y 1970* (pp. 87-126). Rosario, Argentina: Prohistoria.
- Gagnard, R. (1984). "La Pampa Agroexportadora: Instrumentos Políticos, Financieros, omeciales y Técnicos de su Valorización", en *Desarrollo Económico*. 95 (95) 431-445.
- Gallo, E. (1984). *La pampa gringa*. Buenos Aires, Argentina: Edhasa.
- Giddens, A. (2004). *Sociología*. Alianza Editorial: Madrid.
- Giuliette, E. y Vaqué, M.L. (2018). El ex-molino Denner: un caso de arqueología industrial en la ciudad de Esperanza (provincia de santa fe). En *Revista de Arqueología Histórica Argentina y Latinoamericana* 12, 817-834.
- Grassino, S. (1985). *Análisis Integral de la Provincia de Santa Fe*. Santa Fe.
- Grenón, P. (1947). *La ciudad de Esperanza (prov. de santa fe). Historia documentada e ilustrada Tomo III*. Córdoba, Argentina: s/ed.
- Guillén, J. (1984). *Los Orígenes de la Industria Lechera en la Provincia de Santa Fe (1850-1930)*. El Litoral: Santa Fe.
- Kofman, M., Lanciotti, N., y Pérez Barreda, N., (2012). La industria santafesina desde la expansión agraria a la diversificación productiva, 1887-1964. En N. Lanciotti y C. Frid. (Coord.), *De la expansión agraria al desarrollo industrial: la economía de Santa Fe entre 1850 y 1970* (pp. 161-206). Rosario, Argentina: Prohistoria.
- Lindenboim, J. (1976). El empresariado industrial y sus organizaciones gremiales entre 1930 y 1946. *Desarrollo Económico*, Nº 62, 16, s/p.
- Malagueño, A.; Monroig, M.E.; y Drubich, C. (1982). "Comienzos de la industria en Rafaela". *Seminario de Historia Regional*. Rafaela: Instituto Superior del Profesorado Nº 2 "Joaquín V. González".
- Martirén, J.L. (2014). Planificación y path dependence. La evolución diferencial de las colonias agrícolas santafesinas de Esperanza y San Carlos entre 1856 y 1895. En

- L.M. Calvo y M.E. Del Barco (Comps.) *Proceso de colonización agrícola del espacio santafesino* (pp. 135-158). *El territorio el trazado de las colonias*. Santa Fe, Argentina: Ediciones UNL.
- Martirén, J.L. y Rayes, A. (2016). La industria argentina de harina de trigo en el cambio de siglo. Límites y alcances, 1880-1914. En *H-industri@ 10*(18), 1-27.
- Meloni, H.; Tonon, M. C. y Villalba, M. L. (1995). *Los precursores de la industria metalúrgica en el Departamento Castellanos*. (Seminario de Historia Regional). Instituto Superior del Profesorado N° 2 "Joaquín V. González", Rafaela.
- Mende, R. (1947). *Nuestra ciudad futura. Problemas de Esperanza vistos a la luz de los planes quinquenal y trienal*. Santa Fe, Argentina: Librería y Editorial Castellvi S.A.
- Nario, H. (1983). Pasión y Muerte de la Chacra Argentina. *Todo es Historia*, 195,8-30.
- Quintar, A.; Ascúa, R.; Gatto, F.; Ferraro, C. (1993). RAFAELA: un cuasi-distrito italiano `a la Argentina´, *Consejo Federal de Inversiones- Comisión Económica para América Latina y el Caribe*, Documento de trabajo, 35, LC/BUE/R 179, CEPAL: Buenos Aires.
- Pedroni, J.C. (1994). *Estampas del Pasado. Reseñas y Relatos 1988-1993. Libro II*. Frank, Argentina: Gráfica-Editorial Cruz del Sur.
- Pedroni, J.C. (1995). *Estampas del Pasado. Reseñas y Relatos 1988-1993. Libro III*. Frank, Argentina: Gráfica-Editorial Cruz del Sur.
- Pérez Barreda, N. (2012). Molinos Juan Semino, una empresa alimenticia desde la industrialización dirigida por el Estado hasta la apertura liberal (1950-1990). En N. Lanciotti y C. Frid (Coords.) *De la expansión agraria al desarrollo industrial: la economía de Santa Fe entre 1850 y 1970* (pp. 231-256). Rosario, Argentina: Prohistoria.
- Príamo, L. (2015). *Fernando Paillet. Fotografías de Esperanza y la pampa gringa 1894-1940*. Buenos Aires, Argentina: Ediciones de la Antorcha.
- Regalsky, A. y Jáuregui, A. (2012). Comercio exterior, mercado interno e industrialización: el desarrollo de la industria láctea argentina entre las dos guerras mundiales. Actores y problemas. *Desarrollo Económico*, 51 (204), 493-527.

ACTORES ACONÓMICOS Y PERFILES PRODUCTIVOS EN DOS LOCALIDADES SANTAFESINAS...

- Sauthier de Bertotti, R. (2005). Familia de Alois Tabernig. Congreso Argentino de Inmigración y IV Congreso de Historia de los Pueblos de la provincia de Santa Fe. Ponencia llevada a cabo en el congreso. Asociación Amigos Del Archivo General de la Provincia, Esperanza, Argentina.
- Tonon, M.C. (2011). *Estudio de los nuevos marcos políticos en ciudades con perfiles productivos. Análisis del caso Rafaela (1991-1999)*. (Tesis de doctorado en Ciencia Política). Facultad de Ciencia Política y Relaciones Internacionales, Rosario.
- Tonon, M.C. (en prensa). La ciudad de Rafaela: aspectos socioeconómicos y políticos (1881- 1930). En Fernández, Jorge (comp). *Historia de la provincia de Santa Fe*. Santa Fe: ATE.
- Weber, M. (2005). *Economía y Sociedad*. Fondo de Cultura Económica: México.
- Tumini, E., Lanciotti, N. y Frid, C. (2013). La industria invisible: La producción de aceites en Argentina y Santa Fe. XLVIII Reunión Anual de la Asociación Argentina De Economía Política. Ponencia llevada a cabo en el congreso. Facultad de Ciencias Económicas y Estadística, Universidad Nacional de Rosario, Rosario, Argentina.
- Zingerling, H. (1987). *La Industria Molinera en la Colonia de Esperanza*. Santa Fe, Argentina: Ed. La Unión.

6.

PUJAS INTERCORPORATIVAS Y MOVIMIENTO OBRERO

ROSARINO

EL *LOCK OUT* DE JULIO DE 1928

NATALIA ALARCÓN

INTRODUCCIÓN

Desde mediados del siglo XIX y principios del siglo XX, surgieron en la ciudad de Rosario y en la provincia de Santa Fe múltiples corporaciones económicas, las cuales se vincularon fundamentalmente a intereses primario-exportadores.

Una de las corporaciones más importantes que surgió en este contexto, fue la Bolsa de Comercio de Rosario (BCR) fundada en 1884 y que reunió en su seno a un sector de la burguesía local que había diversificado sus actividades económicas las cuales incluían el comercio mayorista, la importación y exportación, la colonización agrícola, la inversión inmobiliaria, la participación en empresas ferroviarias, en la creación de entidades bancarias y más tardíamente en la industria.

A lo largo de la primera década del siglo XX, una preocupación fundamental de la burguesía rosarina consistió en el abordaje del conflicto social. En medio del debate en torno a la integración o la represión, algunos de los sectores reunidos en la Bolsa de Comercio de Rosario implementaron, en determinadas coyunturas en las que sus intereses sectoriales se veían afectados por los reclamos obreros, ciertas prácticas destinadas a la regulación del mercado de trabajo. Su temprano interés por comprender y resolver las disputas entre el capital y el trabajo, revelan un espíritu intervencionista (Pons y Videla: 1992). Ello se verá reflejado en los propios Estatutos de la Cámara Sindical (CS),¹ que delegan en ella la función de *“Intervenir en los casos de huelgas procurando solucionarlas en la forma más conveniente para los intereses generales”*.²

Otra de las corporaciones que jugó un rol importante en relación con el conflicto obrero en la ciudad de Rosario, es la Federación Gremial del Comercio e Industrias (FG). La conformación de la Federación Gremial tuvo sus orígenes en la preocupación que surgió entre algunos comerciantes frente al ciclo de conflictos obreros iniciados en 1917 y que se extendieron hasta 1922 en la provincia de Santa Fe.

El interés de la FG por presentarse como una defensora ante la ofensiva de los sectores subalternos puede verse, incluso, en sus Estatutos constitutivos, en su preocupación por

1. Órgano de conducción de la Bolsa de Comercio de Rosario.

2. BCR (1908). *Estatutos y Reglamento General*. Rosario: Ed. Est. Gral de Artes Gráficas.

aconsejar la creación de tribunales de conciliación y arbitraje o la sanción de leyes que tendieran “a atenuar los efectos de los conflictos frecuentes entre el capital y el trabajo” (Badaloni y Simonassi: 2008, 179). Estas disposiciones intentaron rivalizar con lo que establecían los Estatutos de la BCR, convirtiéndose en la asociación de interés con la cual polemizarán abiertamente, no sólo en lo que respecta a sus posturas frente a las huelgas obreras sino también intentando disputarles espacios de legitimidad en la trama corporativa local.

EL CONTEXTO DE 1928 EN LA CIUDAD DE ROSARIO

La coyuntura de 1928 marcó el puntapié inicial de una escalada huelguística protagonizada por diversos gremios obreros que afectará a Rosario y la región durante todo ese periodo. Enmarcado por un importante proceso de reorganización sindical, que tendría como principales protagonistas a los obreros de extracción anarquista, adheridos a la Federación Obrera Local Rosarina y en especial a los estibadores portuarios. Al calor de las huelgas encabezadas por estos, las demás tendencias del movimiento obrero como los Sindicalistas Revolucionarios (adheridos a la Unión Obrera Local) y los comunistas comenzaron a reorganizarse y a competir con los anarquistas por el control de los gremios, en un contexto de expansión de su número y acrecentamiento de sus miembros. Por otro lado, el contexto político de la provincia de Santa Fe presentaba una nueva característica, la llegada al poder de la Unión Cívica Radical Yrigoyenista, encabezado por Pedro Gómez Cello como gobernador de la provincia y su aliado Ricardo Caballero, como Jefe de Policía³ en la ciudad de Rosario, inauguraron nuevos tiempos en lo que se refería al tratamiento de los problemas entre el capital y el trabajo, mediante la aplicación de políticas obreristas, generando una inclinación de la balanza a favor de los obreros, hecho que comenzaba a preocupar a los empresarios de la ciudad nucleados en torno a las asociaciones de interés.

3. El cargo de Jefe de Policía (anteriormente denominado Jefe Político), es nombrado directamente por el ejecutivo provincial siendo su representante directo y es el responsable del manejo político y del orden social (urbano y rural).

EL COMIENZO DE LA ORGANIZACIÓN DE LA BURGUESÍA ROSARINA: LA ASAMBLEA DE COMERCIANTES

En un ambiente recalentado por las sucesivas huelgas,⁴ la contraofensiva lanzada por parte de los comerciantes no se haría esperar. Desde el interior de la Bolsa de Comercio, más precisamente desde la presidencia de la Cámara de Comercio, el Dr. Juan Muzzio⁵ iniciará acciones para llevar a cabo una reunión del comercio en general para tratar la situación creada por las huelgas.

En la conformación de la Asamblea de Comerciantes, encontraremos representados a conspicuos miembros del comercio e industria local como: Rodolfo Schmidt⁶, José Suárez Ordóñez,⁷ Mauricio Pujals,⁸ Ismael Avilés,⁹ Atlántico Dianda,¹⁰ Ernesto Daumas,¹¹

4. La huelga de los trabajadores del puerto; de la fábrica de Tejidos "La Americana"; de la Refinería Argentina; de los fideeros de la Casa Minetti; la huelga de los conductores de carros.

5. Formaba parte de la firma Ángel Muzzio e Hijos. Integrante de la Liga Patriótica local y será el primer presidente de la Federación Gremial del Comercio e Industrias. Desde 1923 y hasta su muerte a comienzos de 1932 ocupa de forma ininterrumpida la presidencia de la Cámara de Comercio de la Bolsa.

6. Comerciante importador de la firma Pérez, Schmidt y Chiodi. Socio de la BCR.

7. Pertenecía a la firma Suarez, Castello y Cía.; presidente del Centro de Comisionistas y Consignatarios de Cereales (1928-1929 y 1929-1930). Socio de la BCR.

8. Socio de la Federación Gremial de Comercio e Industrias.

9. Socio de la BCR, pertenecía al gremio de importadores mayoristas. Formaba parte de la firma Moller, Avilés y Cía.

10. Presidía la SA Minetti y Cía Limitada. Presidió la Cámara Sindical de la BCR de forma ininterrumpida desde 1934 a 1946.

11. Participaba en el directorio de la yerbatera Martín y Cía. Ltda. Vocal de la Cámara de Comercio de la BCR.

Tito U. Fosetti,¹² Eduardo A. Domínguez,¹³ Francisco Calvente,¹⁴ José Gaffner¹⁵ y Juan Muzzio. Muchos de los cuales poseían una doble vinculación institucional con la BCR y FG.

Esta Asamblea solicitará a la Bolsa de Comercio su salón principal para la realización de una reunión de comerciantes de la plaza y las gestiones para la convocatoria a dicho encuentro serán encabezadas por la segunda corporación de la ciudad, la Federación Gremial del Comercio e Industrias.¹⁶ Ciertamente, Muzzio al realizar la convocatoria por medio de la FG estaba buscando posicionar a esta corporación como una interlocutora válida ante los poderes públicos y la sociedad en general, disputándole espacios a la Bolsa de Comercio.

Las principales resoluciones tomadas por la Asamblea de Comerciantes consistieron en pedir la adhesión de la BCR al cierre del comercio por 48 horas contadas desde el día 12 de julio, como protesta por la situación que vivía el comercio de la ciudad con motivo de las huelgas obreras y, en segundo lugar, comunicar lo que ocurría al Gobierno de la Nación.¹⁷

Precisamente por recomendación de la Cámara Sindical de Bolsa de Comercio dicha comunicación será aplazada, recurriendo en un primer momento al Gobierno de la provincia, tomando la resolución de que el telegrama redactado por la Asamblea de Comerciantes destinado al ministro del Interior de la Nación sólo sería enviado si las gestiones de estos días no dieran el resultado esperado.

12. Socio de la BCR, perteneciente al gremio de Importadores mayoristas de comestibles y bebidas, y socio de la Federación Gremial.

13. Presidente del Centro de Comisionistas y Consignatarios de Cereales (1930-1931 y 1931-1932). Socio de la BCR. Titular de la firma Eduardo A. Domínguez y Cía.

14. Industrial, perteneciente a la firma Calvente A y F, socio de la BCR y de la FG.

15. Industrial, durante los años 20 fue presidente de la Cámara de Defensa Comercial de la Bolsa de Comercio, pertenecía a la Sucursal de Francisco Henzi (distribuidor de bebidas y alimentos).

16. FG, *Actas del CD*, 10/07/1928.

17. *La Capital*, 12/07/1928.

Frente al pedido de cierre de la Bolsa, la comisión de comerciantes tuvo un entredicho con Manuel Ordóñez, presidente de la CS. Meses atrás durante el conflicto con los estibadores,¹⁸ cuando comenzaron a circular ciertos rumores de un *lock out*, éste había expresado su posición y la de la institución respecto del cierre del comercio:

La Bolsa no es una casa comercial de tal o cual gremio, es una entidad que puede considerarse pública, que concentra en sí todos los intereses económicos de la región, sin distinción de opiniones políticas...

Respecto a mí opinión particular sobre el cierre (...) creo que no tendría otro efecto que los consiguientes perjuicios para los que lo efectuaran, con el agregado que podría dar pretexto para nuevos conflictos en estos momentos, en que todos unidos debemos propender a reparar los perjuicios del pasado y evitar repeticiones en el futuro. Solo con la prudencia y la calma tienen solución los más arduos problemas.¹⁹

Para zanjar la situación se decidió convocar a la CS para que adoptara la resolución que consideraran más adecuada, la contestación oficial por parte de esta Cámara fue, que debido a las disposiciones estatutarias y reglamentarias que regían la institución no era posible disponer del cierre solicitado, pero sí anunció, que se dirigiría a la provincia para recordarle que no fueron cumplidas las garantías a la libertad de trabajo e informar sobre la determinación a la cual había llegado el comercio rosarino y respecto de la posición que la institución había tomado sobre el tema.

Las decisiones de la Cámara Sindical de la Bolsa siguieron una línea de coherencia en relación a las anteriores declaraciones de su presidente y respecto de sus Estatutos los cuales establecían, que el objeto de la misma era ejercer la representación del comercio en general velando por sus intereses, no pudiendo en este caso apoyar al movimiento del comercio, ya que al hacerlo, sólo representaría a una parte del espectro comercial. En función de ello, la Bolsa buscaba mantener su posición legitimada como instancia neutral y representativa de los intereses generales de la sociedad.

El 12 de julio por la mañana marcó el inicio del cierre del comercio en la ciudad de Rosario. Ese día la mayoría de las grandes casas comerciales del radio urbano no tuvie-

18. La huelga de estibadores portuarios tendrá sus inicios el 2 de mayo y marcará el puntapié inicial para la reorganización del movimiento obrero de la ciudad de Rosario.

19. BCR (1928). *Boletín Oficial 1928*, N° 394. Rosario: s/e.

ron actividad. En el comercio minorista la adhesión fue dispar, algunos permanecieron totalmente cerrados y otros cerraron sus puertas principales, manteniendo bajas las persianas y habilitando sólo una pequeña entrada para atender a su clientela. Por su parte, no obstante permanecer abierta, el movimiento en la Bolsa de Comercio fue nulo dado que el Mercado a Término no pudo realizar ninguna operación debido a la ausencia de corredores.

El mismo día que iniciara el cierre del comercio, la Bolsa recibió la contestación del ministro de Gobierno de la provincia, en la cual pone de manifiesto que el gobierno tenía como firme propósito garantizar la libertad de trabajo por todos los medios legales, pero que las huelgas obreras tenían su origen en situaciones de carácter social, y en ello, residía la dificultad de la aplicación de la acción de las autoridades. Al mismo tiempo, expresaba su deseo que las corporaciones económicas mediaran entre las entidades patronales y los obreros.²⁰

A raíz de esta misiva, el ministro de Gobierno envió una comunicación al ministro del Interior de la Nación, José Tamborini, en la cual transmitió la insinuación de la BCR de solicitar la intervención de las fuerzas nacionales, ya que no consideraban eficaz la acción del cuerpo de policía de la ciudad de Rosario. Haciendo referencia a la Bolsa, como una entidad poco reflexiva, al solicitar la intervención de las fuerzas nacionales como un modo de arreglar cuestiones estrictamente gremiales²¹ y recurre a la memoria de experiencias pasadas, en que las huelgas habían sido resueltas por la fuerza con la consecuente pérdida de vidas obreras.

Intentando desembarazarse de estas declaraciones, la Bolsa redactó una nueva nota, resaltando que la intención de la institución por el pedido de fuerzas, no tenía por objetivo que “estas se empleen para presionar al obrero, sino para garantizar el orden”.²² Y sostiene, que al solicitar la cooperación de las fuerzas nacionales, “tenían en mente que estas podrían inspirar mayor confianza a todos, ya que las mismas no pueden tener

20. BCR (1928). *Boletín Oficial 1928*, N° 396. Rosario: s/e.

21. *La Capital*, 13/07/1928.

22. BCR (1928). *Boletín Oficial 1928*, N° 396. Rosario: s/e.

otro móvil que la misión de seguridad y orden,”²³ y que el pedido, tenía su origen en las manifestaciones realizadas por parte del Ministro de Gobierno y del Jefe de Policía por la falta de personal necesario para hacer frente a la situación.

Por un lado, solicitaron la intervención de las fuerzas nacionales, porque esperaban de estas un cambio de actitud respecto de su accionar frente a los huelguistas ya que, en la práctica, Caballero buscaba eliminar las connotaciones represivas que había tenido hasta entonces el cuerpo de policía rosarino, y escudan este pedido, en las manifestaciones de los poderes públicos por la falta de personal policial. Consideraban que las fuerzas de seguridad de la ciudad eran utilizadas con móviles políticos, lo cual en cierta medida era cierto, puesto que el caballerismo mediante este accionar, pretendía formar un ala más “obrerista” dentro del partido y proyectarse políticamente a nivel nacional (Montserrat, 2005: 94).

Por otro lado, la nota remitida al Gobierno de la provincia por la Asamblea de comerciantes no obtuvo contestación alguna. Este contestó todas las notas enviadas por las corporaciones rosarinas, de la Bolsa, del Centro Unión Almaceneros y la Federación Gremial, demostrando que no reconocía a la Asamblea como representativa de las fuerzas vivas de la ciudad y, por ende, con escaso poder de presión frente a los poderes públicos.

Probablemente en vistas a este hecho, la misiva que la Asamblea de Comerciantes pensaba enviar al Gobierno nacional no se materializó. En su lugar la BCR y la FG, remitieron extensos comunicados al ministro del Interior de la Nación, reclamando medidas.

A pesar de esto, los comerciantes habían acordado la realización de otra reunión en los salones de la Bolsa para el viernes 13, el último día del cierre. Durante el desarrollo de la reunión, más allá de las expresiones de elogio por la amplitud del movimiento de protesta, surgieron algunas opiniones que pugnaron por permanecer con las puertas cerradas hasta que se logaran las garantías necesarias para la libertad de trabajo. Otros oradores, repudiaron la actitud del Gobierno provincial por no contestar siquiera el telegrama por ellos remitido.

23. BCR (1929). *Memoria 1928*. Rosario: Talleres Gráficos Ponce y Cía.

Finalmente, se resolvió ratificar en sus cargos a la comisión de comerciantes, volver a la normalidad en el ejercicio del comercio de Rosario y determinaron permanecer a la expectativa si las gestiones de restablecimiento de la normalidad no se hicieran efectivas, conformar una delegación para reclamar el apoyo del gobierno de la Nación.²⁴

Sin embargo, el peso que había obtenido esta Comisión de comerciantes en el ámbito local se fue diluyendo, luego de la protesta del comercio, para no volver a tener noticias de ellos. Esto pone en evidencia, que la falta de reconocimiento de esta agrupación por parte del Gobierno, y la no adhesión al *lock out* de la principal corporación de la ciudad, marcó un límite a su accionar y a su perduración en el tiempo.

LA FEDERACIÓN GREMIAL DEL COMERCIO E INDUSTRIAS: SU DISCURSO FRENTE AL CIERRE DEL COMERCIO

La actuación de la Federación Gremial en la consecución del *lock out* fue destacada por ser la entidad que convocó oficialmente por solicitud del Dr. Juan Muzzio a la Asamblea de Comerciantes. Sin embargo, su accionar siempre se vio empañado por la Bolsa de Comercio de Rosario.

Su actuación a nivel de los poderes públicos se circunscribió a remitir el día 13 de julio, al igual que la Bolsa, un telegrama al ministro del Interior de la Nación. La redacción de esta comunicación revela un intento de la Federación para no perder terreno frente a las gestiones que venía encauzando ante los diferentes niveles del gobierno la BCR, la cual se había erigido en el portavoz oficial tanto de la Asamblea de Comerciantes como del comercio en general.

El telegrama enviado por la FG es redactado en representación del comercio y la industria de la ciudad, a fin de reclamar el amparo legítimo de derechos consagrados por la Constitución, ya que consideraban que habían sido agotados todos los recursos lícitos ante el Gobierno de la provincia. Inequívocamente, el contenido esencial de la comunicación embate principalmente contra el jefe de Policía de Rosario y el Gobierno provincial, retomando los conocidos reclamos por los atentados producidos a la libertad de trabajo ante la tolerancia policial, y afirmando que la tarea de las autoridades locales se había

24. *La Capital*, 14/07/1928.

reducido a tergiversar y mal interpretar los hechos, haciendo creer a todos que los constantes pedidos de las corporaciones sólo se trataban “de meros egoísmos patronales.”²⁵

En el momento de describir el accionar del Gobernador, sostuvieron que este faltó a la verdad en la nota que remitió al Gobierno de la Nación, al afirmar que la policía no salió del estricto ejercicio de sus funciones y no dudaron en refrescar la memoria del ministro, argumentando que, desde el mes de mayo, la FG había solicitado “la presencia de un hombre sereno, capaz e idóneo, frente a la institución policial.”²⁶

Más allá de estas intervenciones, en su *Boletín* del mes de agosto, nuevamente procedieron a atacar a Caballero, pero principalmente se dedicaron a enumerar y ensalzar su propio accionar durante el cierre, enfatizando que la iniciativa había surgido en su seno, en un momento que en la ciudad no se respetaba la libertad de trabajo, ni se ofrecían garantías al capital, demostrando la ascendencia de la institución en el comercio de la ciudad.

A pesar de que estas afirmaciones tienen sus matices, lo que le interesaba en mayor medida a esta institución, era afianzarse como organización, colocarse en una posición de jerarquía frente a los poderes públicos y marcar una diferenciación, respecto de la Bolsa en su accionar ante el cierre del comercio.

LA RESPUESTA OBRERA AL LOCK OUT: LA HUELGA DE LOS ESTIBADORES DE VILLA CONSTITUCIÓN Y LA SOLIDARIDAD DE LOS TRABAJADORES DEL PUERTO ROSARINO

La escalada huelguística continuaba en ascenso en la región, y el día 6 de julio los estibadores del puerto de Villa Constitución se declaran en huelga, al no ser contestado el pliego de condiciones que presentado a las casas exportadoras Dreyfus, Bunge y Born, solicitando diversas mejoras principalmente en lo referido a jornales y turnos de trabajo.

25. FG, *Actas del CD*, 13/07/1928.

26. FG, *Actas del CD*, 13/07/1928.

En estos momentos el puerto de Villa Constitución se había afianzado como parte del modelo agroexportador en base a su estratégica ubicación como puerto de ultramar conectado con vías férreas y caminos, convirtiéndose en el punto de salida de la producción maicera de la región. La mayor parte del ejido urbano de esta localidad se hallaba concentrado en torno al eje ferrocarril-puerto, donde resaltaba un grupo social que prevalecía numéricamente, los trabajadores portuarios. Al igual que ocurría con el caso rosarino, en las filas de los obreros de esta jurisdicción predominaban los anarquistas reunidos en torno a la Sociedad de Resistencia de Obreros del puerto de Villa Constitución adherida a la FORA del 5º Congreso (Prospitti y Videla, 2005: 34).

Sin embargo, desde un primer momento las negociaciones de los obreros con el representante de las casas exportadoras se presentaban complicadas y en búsqueda de ejercer mayor presión, solicitan el apoyo de los estibadores del puerto de la ciudad de Rosario.

Frente al pedido realizado, los estibadores de rosarinos celebran una asamblea para resolver la forma en que iban a exteriorizar su solidaridad con los huelguistas. Decidiendo presentar un ultimátum a la Bolsa de Comercio de Rosario, dándole un plazo de 48 horas para que arregle el conflicto, en caso contrario, adoptarían una solución definitiva.

Las negociaciones habían sido encabezadas en un primer momento, por el contratista de las casas Bunge y Born y Louis Dreyfus, Severino Fernández, y el jefe de Policía de Villa Constitución, Lorenzo Echezarreta,²⁷ luego de sus gestiones, se había llegado a un acuerdo en el que se establecía “un personal fijo de 12 capataces y 20 obreros estibadores y otros especializados para el comienzo de las tareas diarias”.²⁸

Pero cuando se intenta restablecer las operaciones el 10 de julio, una parte de los trabajadores del puerto villense continuaban en huelga. Nuevamente, el contratista intentó negociar, ofreciendo tomar en turno a los capataces y sólo a seis estibadores, pero el reclamo de los obreros era que el primer lugar en el turno fuera asignado a los afiliados

27. Dirigente radical, diputado provincial por la Unión Cívica Radical (1912) y jefe de Policía departamental de Villa Constitución entre 1928 y 1930.

28. *La Capital*, 15/07/1928

al gremio, y si sobraba trabajo, se estableciese el turno con los no afiliados, y que dicho turno fuera controlado por un delegado de la Sociedad y no por el contratista.

El 15 de julio, los estibadores de Rosario realizaron una asamblea, en la cual se determinó decretar la huelga por tiempo indeterminado en acto de solidaridad con los obreros de aquella localidad. Evidentemente, la demostración de fuerza por parte del empresariado local a partir del *lock out*, trajo como consecuencia una respuesta del principal gremio articulador de los reclamos obreros, como lo eran los estibadores rosarinos.

El 17 de julio, la BCR decidió enviar una misiva al jefe de Policía, Caballero, ante la situación de una huelga que nada tenía que ver con los trabajadores rosarinos, por lo tanto, se preguntaban:

¿no crea a éste (por el trabajador) el compromiso de evitar estas bruscas interrupciones del trabajo, tan perjudicial a los intereses colectivos y hasta al buen nombre del país cuando no existe motivo directo ni indirecto que afecte a las partes?

(...) Los funcionarios, las personas, las entidades que prestan sus buenos oficios para estos arreglos ¿no contraen el compromiso de hacerlos cumplir descansando en la buena fe y en la responsabilidad moral de las partes?²⁹

Según esta entidad, los portuarios de la ciudad de Rosario no tendrían que haber intervenido en esta huelga, ya que el arreglo del mes de mayo había sido altamente beneficioso para ellos.

Con esta misiva, la Bolsa buscaba que la opinión pública local sancione el accionar de los obreros pero, de una manera tal vez más velada, intenta desplazar el foco de atención hacia Caballero, a quien apelan para que llame a la reflexión a los obreros portuarios denotando, en este caso, la estrecha relación entre estos y el jefe de policía. Casi confirmando el aserto, ese mismo día, durante la celebración de una asamblea en el local de los estibadores, Caballero hizo acto de presencia para entrevistarse con los dirigentes del movimiento.

El paro en el puerto continuó sin novedad, hasta que el 18 de julio una delegación de la Bolsa se entrevistó con el jefe de Policía de Rosario junto con el ministro de Fomento, Martín Herrera y el Jefe de Policía del departamento Constitución. En este encuentro, se

29. BCR (1928). *Boletín Oficial* 1928, N° 397. Rosario: s/e.

solicita al presidente de la Cámara Sindical de la BCR que intervenga a favor de la inmediata solución del conflicto planteado por los estibadores de Villa Constitución, en base a reconocer la sociedad gremial de los obreros, a lo que obtiene una respuesta negativa, ya que consideraba que el movimiento carecía de importancia y que, si se reconocía la existencia de la sociedad gremial, ello iría en contra de la libertad de trabajo.³⁰

El movimiento continuó cosechando solidaridades, plegándose al paro los conductores de carros y camiones rosarinos, estibadores de otros puertos cercanos y el Sindicato de Capataces Estibadores del Puerto de Rosario.³¹

A partir de la expansión del movimiento, la Bolsa decidió tomar cartas en el asunto. Convocados por el presidente de la BCR, asistieron a la institución los representantes de la Sociedad de Obreros Unidos del Puerto Villa Constitución y el contratista de las casas cerealistas en conflicto. Después de largas discusiones, se llegó a un acuerdo *ad referendum* de las asambleas obreras, en primer lugar, se dispuso que la vuelta al trabajo en el puerto de Villa Constitución se haría sobre las mismas condiciones establecidas para el puerto de Rosario³² y cuando el trabajo no fuese suficiente para todos los obreros portuarios, se confeccionaría un registro en que se incluiría a los obreros que trabajaban en el puerto al 5 de mayo, fueran libres o agremiados. Ellos serían llamados al trabajo por orden de turno, el cual sería controlado por dos delegados obreros.³³

Si bien en dicho puerto actuaba una importante cantidad de obreros libres, el hecho de que se estableciera un registro de aquellos que actuaron en él hasta el 5 de mayo, exceptuaba del mismo a la gran mayoría de los que habían llegado para ocupar el lugar de los obreros en huelga. Asimismo, la vigilancia del turno por parte de dos delegados sindicales les permitía mantener un importante control sobre el trabajo en el puerto, asegurándole su presencia y perduración en el tiempo.

30. *La Capital*, 19/07/1928

31. *La Capital*, 20/07/1928 y 22/07/1928.

32. Los estibadores rosarinos al finalizar el conflicto iniciado el 2 de mayo de 1928 obtuvieron: el aumento de un peso por jornal, el reingreso de todos los huelguistas al trabajo en el puerto y la reanudación del trabajo sin represalias.

33. BCR (1928). *Boletín Oficial 1928*, N° 397. Rosario: s/e.

CONCLUSIONES

El *lock out* constituía una poderosa herramienta de la cual disponía la patronal para presionar a los gobiernos e instituciones como medio para sostener su intransigencia frente a los reclamos de los trabajadores y lograr apoyos políticos y materiales de los diversos poderes públicos. Evidentemente, los comerciantes de la plaza rosarina no podían permanecer en la pasividad luego de las sucesivas huelgas obreras que afectaban sus intereses y lo que las corporaciones consideraban como falta de garantías a la consabida libertad de trabajo por parte de las autoridades locales y provinciales. Este *lock out* no sólo tuvo por objeto medir fuerzas frente a las filas obreras sino también ante el jefe de Policía de la ciudad y el Gobierno de la provincia.

En la gestación de este movimiento la figura del Dr. Juan Muzzio jugó un papel fundamental como articulador de los intereses del comercio, utilizando inteligentemente su doble inserción institucional. Por un lado, solicitando a la BCR sus salones para la realización de la Asamblea de comerciantes, revistiendo a esta de una legitimidad en vistas del comercio mayorista e industrial sólo otorgado por la representatividad y prestigio que poseía esta institución. Por el otro, utilizando a la FG como la entidad que encabezó la convocatoria oficial a dicha reunión, en un momento en que esta corporación buscaba disputarle a la Bolsa el lugar de poder que poseía y al mismo tiempo, afianzarse como organización, colocándose en una posición de jerarquía frente a los órganos de gobierno.

En el caso de la Comisión de comerciantes, este grupo se fue diluyendo con el transcurso de los días, poniendo en evidencia que la falta de reconocimiento por parte del gobierno, sumado a la negativa por parte de la Bolsa de adherirse al *lock out* le restó capacidad de acción marcando un límite a su perduración en el tiempo.

Al atribuirse la representación de comercio en general, el accionar de la BCR se vio limitado a la realización de gestiones frente a los poderes públicos locales, provinciales y nacionales, convirtiéndose en la portavoz del comercio, a pesar de no haber prestado su adhesión al cierre. La Bolsa al colocarse por encima del conflicto compite directamente con las funciones que el Estado está intentando adquirir, alegándose los intereses particulares de una clase con un discurso que reivindica los intereses generales de la sociedad.

Por otra parte, para el accionar de la FG estos conflictos se presentaron como el momento de oportunidad para disputar un lugar de poder, que en gran medida iría logrando, sobre todo por el prestigio adquirido al convocar a la reunión de comerciantes que decidió el cierre del comercio, reportándose en un incremento en el número de asociados y en el fortalecimiento de su estructura interna.

Los enfrentamientos entre las entidades empresarias y los poderes públicos estuvieron desde un principio atravesadas por la disputa política que se estableció con el “caballerismo”, el cual vino a instalar una nueva forma de hacer política, a partir de forjar un vínculo más estrecho con los trabajadores y resolviendo muchos de los conflictos a favor de ellos, accionar que indudablemente impactó fuertemente en el ámbito empresario.

Por otro lado, la huelga de los estibadores de Villa Constitución y la posterior adhesión por parte de los portuarios rosarinos, constituyó un escenario para la prueba de fuerzas entre los obreros y las corporaciones empresarias, que finalizará con una victoria para los obreros de Villa Constitución.

BIBLIOGRAFÍA

- Monserrat, M. A. (2005). La cuestión Social y el Radicalismo en el pensamiento de Ricardo Caballero, 1925-1928. En O. Videla y E. Zanella (comp.), *Historia y Política, cuestión social, radicalismo y revisionismo*. Buenos Aires: Imago Mundi.
- Pons, A. y Videla, O. (1992). Una corporación frente a la cuestión social: la Bolsa de Comercio de Rosario ante los conflictos obreros a principios del siglo XX. *Anuario* (15), Escuela de Historia, Facultad de Humanidades y Artes. UNR.
- Prospitti, A. y Videla, O. (2012). La conformación de una comunidad obrera en Villa Constitución a lo largo de los ciclos de su desarrollo. *Cuadernos del Ciesal*, 9, (11).
- Simonassi, S. y Badaloni, L. (2008). Asociacionismo empresario y conflictividad social en la Rosario de Entreguerras. En S. Fernández y O. Videla (comp.), *Ciudad Oblicua: aproximaciones a temas e intérpretes de la entreguerra rosarina*. Rosario: La Quinta Pata y Camino.

7.

EDITORIALES, IMPRENTAS Y LECTORES EN SANTA FE DURANTE LA DÉCADA DE 1930

MARIELA RUBINZAL

INTRODUCCIÓN

La *desacralización* del libro fue uno de los símbolos más contundentes de la modernidad.¹ En épocas tempranas los libros llegaban a los sectores populares de manera colateral, exigua e inclusive peligrosa como lo demuestra el fabuloso estudio de Carlo Ginzburg (1981) sobre el molinero del Friuli italiano que tuvo que atravesar el calvario de un proceso inquisitorial por leer y comentar sus heterodoxas interpretaciones. En tanto objetos, los libros permiten el traslado a zonas lejanas portando ideas, valores, imágenes que impactan en la conformación de múltiples identidades. El misterioso poder de transformación que tienen las palabras estampadas en un libro, el de convertirse en un *saber desacralizado*, ha sido altamente valorado por todas las sociedades modernas. Se trató de una experiencia que atravesó a los habitantes de diversas ciudades inclusive aquellas menos industrializadas. El intenso intercambio y las conexiones culturales a través de los libros entre autores, ciudades y editoriales de diferentes continentes, constituye una de las premisas de las “múltiples modernidades” que se desarrollaron en forma global (Girón, Hochadel y Vallejo, 2018).

Los orígenes del proceso por el cual los libros dejaron de ser “objetos sagrados”, de lujo y distinción propios de una elite para llegar a formar parte de la vida cotidiana de los sectores populares se remonta a fines del siglo XIX. Las pinturas de la época retratan a los obreros leyendo periódicos como en el conocido *Agencia de colocaciones* de Martín León Boneo (Buenos Aires, 1829 - 1915)² y también leyendo libros como en el bello cuadro *La hora del almuerzo* (1903) del pintor Pio Collivadino³. Las fotografías -otro sím-

1. La *modernidad* es definida como un conjunto de experiencias vitales (experiencias del tiempo y el espacio; de uno mismo y los demás; de los peligros de la vida) que comparten hombres y mujeres (Berman, 2001).

2. Roberto Amigo la describe con precisión: “La composición está cerrada por tres paredes de lado y abierta al espectador que contempla una mujer, la única figura femenina, acompañada de un perro, reclamando ante un hombre sentado en una mesa cubierta de hojas de avisos de los periódicos *El Tiempo* y *El Diario*.” La obra no tiene una fecha precisa, pero se estima que fue pintada entre 1898 y 1904. Museo Nacional de Bellas Artes, Buenos Aires, Argentina. Consultado en línea el 8/12/2020 <https://www.bellasartes.gov.ar/coleccion/obra/2504/>

3. Collivadino, Pío. *La hora del almuerzo* -. Óleo sobre tela 1903. 160,5 x 252 cm. Colección del Museo Nacional de Bellas Artes. Esta obra pintada por Collivadino (Buenos Aires 1869-1945) presenta un momento de descanso en el día de trabajo de siete trabajadores que ocupan este tiempo libre comiendo, conversando, riendo (aspecto que le valió críticas por

bolo de la modernidad en el universo de las imágenes- dejaron una huella visualmente poderosa de la significación que los materiales impresos tenían entre los trabajadores y trabajadoras, como aquellas famosas fotografías enarbolando los periódicos en sus manos⁴ o las que los mostraban con los impresos reposando en sus faldas.⁵ Tal como ha señalado Inés Yujnovsky (2004) las fotografías no muestran una realidad “espontánea” sino la intervención de los sujetos y los fotógrafos, quienes advertidos del impacto de las imágenes construían su representación. Es nuestro interés subrayar que en estos escenarios obreros representados a través de la pintura y la fotografía -huelgas, horas de descanso, reuniones gremiales, actos públicos- la lectura era parte de las actividades que ellos querían mostrar: los trabajadores leen, se informan, se instruyen, se divierten. Como ha señalado Mirta Lobato (2009) la lectura “como medio de acceso al conocimiento y al placer era considerada muy importante por los trabajadores y la estimularon con las publicaciones de todo tipo y la creación de bibliotecas desde fines de siglo XIX.” (p.11) Hilda Sabato (2004) ha demostrado que los índices de circulación de la prensa para esta época eran realmente altos. En efecto, en 1887 se producía 1 diario cada 4 habitantes lo cual indicaba que se habían ampliado los campos de lectura, incorporando a sectores que no circulaban por el ambiente de la elite política e intelectual.

En cuanto a los libros, durante la segunda mitad del siglo XIX se produjo un aumento en la demanda de bienes culturales en buena medida como consecuencia de la inmigración de masas, lo cual repercutió en un incremento en el número de librerías e imprentas en Buenos Aires. Las primeras editoriales fueron fundadas en este período: *Kraft* en 1862, *Peuser* en 1864 y de *Estrada* en 1869. No obstante, tal como sostiene Alejandro

ocultar el dramatismo de la explotación capitalista) y leyendo. El obrero que lee lo hace en forma concentrada encorvado sobre el libro como haciendo un esfuerzo por abstraerse para pensar en forma íntima, aun estando rodeado por sus compañeros de trabajo. Laura Malosetti Costa ha precisado: “Con pinceladas sueltas y toques de luz brillante en las manchas de cal, la composición presenta un grupo de tipos populares contemporáneos, de diferentes edades, con particular detenimiento en el estudio de las diversas fisonomías”. Consultado en línea el 8/12/2020 en <https://www.bellasartes.gob.ar/coleccion/obra/1779/>

4. “Panaderos reunidos en el local de la calle Montes de Oca” (1911); “Local social de marineros y foguistas durante la huelga general” (1904) en Archivo General de la Nación. Ver Yujnovsky (2004).

5. “Huelga de tejedoras” (1902); “Asamblea general de los cigarreros” (1904), en Archivo General de la Nación.

Eujanían (1999) el acceso al libro seguía siendo restringido para los nuevos lectores. Los libros podían ser leídos parcialmente en los cafés, peluquerías, barberías, bibliotecas populares de las cuales, inclusive, se podía retirar el ejemplar por un período de tiempo determinado. A medida que iba ampliándose el consumo entre los trabajadores y empleados (Rocchi, 1998 y 2002) aumentaba la circulación de libros. Las empresas y grandes tiendas de la época obsequiaban libros con las compras y organizaban concursos de literatura (Batticuore, 2007).

Según algunos estudios hasta la Primera Guerra Mundial la lectura predominante era la que se desarrollaba alrededor de los periódicos y los materiales que estos producían. En especial las novelas de folletín (textos que circulaban por partes incluidos en las páginas de los periódicos) proporcionaban relatos para un público amplio generando “espacios de lectura compartibles, entre un público lector que desarrollaba nuevas destrezas y otro tradicional, que comprendía y manejaba los códigos de la cultura letrada.” (Valinoti, 2016: 33-34) No obstante la coyuntura internacional impulsó una notable circulación de materiales impresos (Tato, 2005). En particular, como hemos podido analizar en otro trabajo (Rubinzal, 2017, p. 6), la Revolución Rusa profundizó un importante flujo de revistas europeas tales como *America-Latina* y *L'illustration*.⁶ El material extranjero tenía una llegada acotada (ya sea por no estar traducidos, por el precio o por dificultades en la importación) pero las editoriales nacionales y las revistas que publicaban reseñas o fragmentos de libros comenzaron a un cubrir el vacío intelectual e informativo sobre la revolución. Augusto Bunge – discípulo de Ingenieros, médico y diputado nacional por el socialismo- advertía que la principal dificultad para estudiar el fenómeno histórico eran las fuentes de información: “hay libros que presentan adulterados, unas veces a favor, otras veces en contra, hechos fáciles de rectificar en otras fuentes (Bunge, 1932, p. 10).” Tal vez la magnitud y la imprevisión son dos de los aspectos que más resaltan en los primeros escritos, informes o notas publicadas en diversos medios. “La caída del imperio moscovita es el acontecimiento más grande e imprevisto de esta guerra mundial y no se puede escribir desde ya, con exactitud, la historia de este suceso.”⁷ Tal como argumentó Beatriz Sarlo el campo intelectual argentino se dividió entre dos sentimientos: la

6. Archivo Julio Irazusta, Gualaguaychú, Argentina.

7. “Rasputin y el último de los Romanoff”, en *La Nota Revista Semanal*. s/f. Archivo Julio Irazusta. Caja 1918.

esperanza de la revolución y el miedo a la revolución (Sarlo, 2007). Los intelectuales de izquierda produjeron textos como *Impresiones de la Rusia soviética* (1921) de Rodolfo Ghioldi; *El continente rojo* (1932) y *El milagro soviético* (1942) de Augusto Bunge (1932, p. 10); *Yo vi...! En Rusia* (1932) Elías Castelnuovo. Los nacionalistas también publicaron su propia versión de la revolución como *Maximalismo* de José M. Samperio publicado por la Editorial Soiza, de Buenos Aires, que para 1920 ya iba por la tercera edición. También la colección de la Editorial Bayardo (de los hermanos Luccia-Puig) llamada *Libertad* dirigida por Gustavo Martínez Zuviría. La primera obra de esta colección fue *Después de la victoria del socialismo* de Eugenio Richter. La novela “es una confrontación imaginativa de las ilusiones que arrastran a las masas socialistas y la realidad que fluye necesariamente de los supuestos sobre los cuales flotan esos ensueños.”⁸ Este acontecimiento sumamente significativo a nivel global nos permite ver dinamismo intelectual y editorial que comienza a incrementarse hacia fines de la primera década del siglo.

Las revistas y otras publicaciones periódicas tuvieron un papel fundamental no sólo en la difusión del libro y la lectura, sino también en la movilización de lectores en la esfera pública. En otras palabras, las publicaciones periódicas funcionaron como “dispositivos culturales complejos” que incluían entre sus objetivos y potencialidades la movilización de sus lectores en la esfera pública. Relevando revistas y periódicos de la época encontramos que la organización de eventos culturales, políticos, religiosos y recreativos para los lectores era muy frecuentes.⁹ Argumentamos que estas actividades compartidas posibilitaban la instauración de lazos basados en las experiencias de lecturas y la configuración de comunidades de lectores que no sólo leían en el espacio privado de sus hogares, sino que circulaban por la ciudad al tiempo que se vinculaban con otras personas que compartían sus preferencias culturales y políticas (Rubinzal, en prensa).

Como es sabido, la Guerra Civil Española ha sido una coyuntura clave para el desarrollo exponencial de editoriales nacionales y de puestos de trabajo calificados en distintas áreas de la industria editorial (Rivera, 1998 y 1981; De Sagastizábal, 1995). También

8. Legón, Faustino (1920, octubre). “Después de la Victoria del socialismo”. *Estudios*, XIX, pp. 273-277.

9. Ver por ejemplo el caso de la revista infantil católica *Primeras Armas* y del diario nacionalista *Crisol*. (Rubinzal, Zanca, 2015; Rubinzal, 2012).

fue un momento propicio para la organización de los editores en el país en función de problemas, deseos y demandas comunes (Giuliani, 2018; Rubinzal y Rubinzal, 2013). En este contexto la primera Feria del Libro realizada en Buenos Aires en el otoño de 1943 fue el resultado de múltiples factores presentes en la constitución de las industrias culturales y de una cultura de masas. Tal como hemos desarrollado en otro trabajo, este acontecimiento instituyó un verdadero éxito cultural, empresarial y político. Además, tuvo una dimensión nacional en tanto la visitaron personas de distintas ciudades del país y periódicos provinciales cubrieron los eventos más destacados de esta novedosa experiencia cultural. En tal sentido, la Feria se enmarca en un proceso de modernización cultural que puso en evidencia la agencia de los nuevos lectores cuyos gustos y preferencias se fueron configurando en las décadas previas al tiempo que mostró las novedosas estrategias de los editores para captar estos nuevos lectores (Rubinzal, en prensa).

En el siguiente apartado nos volcaremos a analizar, desde una perspectiva multiescalar, el mundo editorial santafesino en una época de transformaciones políticas y sociales (Macor, 2005; Macor y Bacolla, 2009; Fernández y Videla, 2008; Muller, 2011; Piasezzi, 2009; Roldán, 2012). En este sentido intentaremos contribuir al campo de estudios de la edición en el país y a los estudios situados sobre la modernización cultural en el período de entreguerras. En particular, este trabajo comprende la ciudad capital y sus zonas de influencias ubicadas en el centro norte de la provincia. En este sentido argumentamos que pese a la consolidación tardía de la figura del editor -tal como han argumentado Orge y Bertolino (2018)- la circulación de libros mirada en su conjunto, enfocando no sólo la edición comercial sino también la edición universitaria y la distribución de libros mediante las bibliotecas populares, proporciona un escenario signado por el dinamismo cultural en muchos sentidos destacable.

IMPRENTAS Y EDITORIALES SANTAFESINAS

El crecimiento de la industria editorial en el país y en la región fue posible gracias a una serie de elementos económicos, estructurales, tecnológicos y culturales a partir de los cuales se produjeron cambios significativos en el sector. Algunos ya han sido mencionados en el apartado anterior por lo que aquí enfatizamos el más significativo que fue el aumento de la alfabetización. En efecto, esta fue la principal condición para la amplia-

ción de un mundo de lectores. En el transcurso de la década de 1930 todas las provincias redujeron sus tasas de analfabetismo, como la de Santa Fe que pasó de tener 33,8 % de analfabetos en 1914 a tener 14,9% en 1943.¹⁰ No obstante, la conformación de un público lector y la producción de materiales impresos no aseguran por sí solos la lectura. Esta práctica que requiere múltiples competencias depende de algo fundamental: el deseo de leer. Como ha señalado Joel Horowitz (2016) en nuestro país el deseo de leer reflejaba altas tasas de alfabetización, la conquista de tiempo de ocio entre los trabajadores y la creencia en el progreso personal a través del conocimiento por esto existieron tantas bibliotecas fundadas por los ciudadanos. La importancia de las bibliotecas tanto las creadas por el estado, los consejos escolares como las organizadas en los barrios por los vecinos o grupos políticos fueron un pilar de la cultura popular (Gutierrez y Romero, 1989): la Biblioteca del Consejo Nacional de Educación, cuyo director fue el conocido escritor Leopoldo Lugones (desde 1915 y hasta 1938) recibió en 1915 a 23,000 personas mientras que en 1927 esa cifra se incrementó a 115,000 lectores. El aumento se dio tanto entre los adultos como en los niños que visitaban la sección infantil de la biblioteca (pasaron de 3,500 en 1915 a 50,000 en 1927). En Rosario, la Biblioteca Argentina en 1913 fue visitada por 10.885 lectores y en 1941 las bibliotecas en su conjunto tuvieron 450.000 lectores que consultaron unas 200 mil obras según el Anuario estadístico de ese año (Roldán, 2012, p. 175). Los estudios sobre las bibliotecas populares en Santa Fe las definieron como espacios solidarios de educación popular (Galassi, 2006), como “un espacio de convergencia que construye una nueva idea de ciudadano” (Rodríguez, 2017), inclusive como “altares de una religión laica” o “refugios de la cultura” (Roldán, 2012). Las bibliotecas fueron muy importantes en la difusión de libros publicados en la región tal como se desprende del análisis de la cartera de clientes de la editorial de la Universidad Nacional del Litoral. Si bien las bibliotecas fueron indispensables en la difusión de materiales impresos la circulación entre familiares y vecinos de libros prestados también fue una vía de acceso a la lectura. Esto supone que más allá de las posibilidades de adquirir un ejemplar el deseo de leer llevaba al encuentro de los lectores con los libros. Al mismo tiempo los quioscos de diarios “se convierten en las nuevas librerías de la esquina” (Valinoti, 2016: 34) o, mucho más aún, en un “dispositivo cultural donde quizás se producían

10. Dirección del Censo Escolar de la Nación «El analfabetismo en la Argentina», en *El Monitor de la Educación Común*, vol. 63, n° 859, Buenos Aires, 1944, pp. 10-32.

los primeros encuentros entre lectores y publicaciones” (Bontempo, 2014). Estos sitios de venta típicamente urbanos permitían un acceso inmediato y espontáneo al material de lectura, diferente al sistema de suscripciones predominante a fines del siglo XIX y primeras décadas del siglo XX.

Efectivamente, la lectura de periódicos y revistas ha sido el puntapié inicial de la ampliación de la lectura cotidiana en los sectores populares. En la ciudad capital surgieron periódicos como *Santa Fe* (1911) dirigido por Salvador Espinosa; *El Imparcial* (1914) dirigido por Carlos y Eradio Doce; y *El Litoral* (1918) fundado por Salvador Caputto y Pedro Vittori el cual sigue vigente en la actualidad. Este último tenía una sección Literaria que en los treinta y cuarenta ofrecía historias y cuentos breves a sus lectores. Durante las primeras décadas del siglo XX el universo de publicaciones santafesinas se fue diversificando. Aparecieron revistas tales como *La Razón* (1914); *La revista Argentina* (1915); *La Campana* (1919); *Pierrot* (1919); *Vida* (1922); *Troqueles* (1922) dirigida por Carlos Carraza; *Fidias* (1923); *Revista Municipal* (1926); *La Franja* (1931); *Vida Nueva* (1932); *Orientaciones* (1937); *Impulso* (1938); *Vínculo* (1938); *Nuestra Idea* (1938) “y una veintena más de revistas, pertenecientes a instituciones culturales, comerciales o ideológicas”.¹¹ Alejandro Eujanián sostiene que entre 1900 y 1941 se publicaron como mínimo 1039 revistas en Buenos Aires y 637 en el interior del país, siendo preferidas por el público porque permitían una lectura distendida por varios días ya que su contenido no tenía una vigencia efímera como las noticias del periódico. En su opinión, las revistas fueron “uno de los grandes difusores de saberes y prácticas que, articulados con la experiencia propia de los sectores a los cuales iban dirigidas, contribuyeron a la cristalización de ciertos criterios de gusto, hábitos y costumbres (Eujanian, 1999, pp. 95-96).”

En Santa Fe la producción intelectual, tanto la literaria como la científica, fue material de publicación de imprentas y talleres gráficos que, aunque con un volumen exiguo de publicaciones anuales subsistieron al menos hasta entrados los años cuarenta. Si bien no abundan fuentes sobre las ediciones de estos talleres e imprentas, la existencia de un catálogo editado en ocasión de la Muestra del Libro Santafesino realizada en 1947 en el Club del Orden permite reconstruir en parte ciertas características de las ediciones;

11. Cámara de Diputados de la Provincia de Santa Fe. *Historia de las Instituciones de la provincia de Santa Fe*. Palo Alto Impresión&Digitalización. Santa Fe, 2011, p. 93.

calcular a grandes rasgos la cantidad de volúmenes publicados al año; deducir la duración de las empresas y conocer a los autores santafesinos. También es posible comprobar que una cantidad reducida de autores publicaban en el exterior (particularmente en Francia, España, Uruguay) lo cual demuestra la existencia de redes intelectuales sólidas y fecundas entre intelectuales santafesinos y los de otras metrópolis modernas. Asimismo, una gran cantidad de autores publicaban en las múltiples editoriales establecidas en Buenos Aires. En esta muestra se exhibieron 1.300 obras pertenecientes a más de 600 autores locales lo cual no representa todo el universo intelectual y editorial, pero permite reconstruir de forma suficientemente precisa la primera mitad del siglo XX. De la lectura del catálogo de obras escritas por autores santafesinos (o residentes en la ciudad) se desprende que entre 1876 y 1947 existieron al menos treinta imprentas en la ciudad.¹² La mayoría de estas imprentas habrían tenido una exigua producción de ejemplares (tal vez, uno o dos ejemplares anuales) por lo que la principal actividad comercial de las mismas no habría sido la edición de libros. La imprenta *La Elegancia* fue fundada en 1889 por un inmigrante del friuli italiano llamado Virgilio Colmegna¹³ (Lammertyn, 2011). Virgilio había aprendido las artes de la tipografía en su casa paterna y se dedicó a enseñar el oficio en la Escuela Leandro Alem de la ciudad de Santa Fe. Su libro *Manual de tipografía* fue un aporte fundamental al oficio en la medida que fue consultado por todos sus estudiantes. Al regreso de un viaje a Italia por un acontecimiento familiar, funda la librería y editorial *La Artística* en la cual trabaja hasta 1937. Como se ha señalado en otros estudios las

12. Los años que acompañan el siguiente relevamiento indican las publicaciones que encontramos (no su fundación) de las siguientes imprentas: Imprenta "El eco del pueblo" (1876); Imprenta El Tribuno (1884); Tipográfica "La revolución" (1887); Imprenta Librería y Bazar La unión (1898); Ediciones JA del sastre y Cía. (1907-1908); Editorial Martínez Zuviría y Cía. (1907); Imprenta La Elegancia (1895-1913); Tipográfica y encuadernadora Nueva Época (1897-1899); Imprenta Benaprés (1897); Imprenta La Unión Santa Fe (1901-1933); Imprenta Ramón Ibáñez /1907-1909); Imprenta El éxito /1910-1914); Imprenta Morales (1910-1923); Editorial De Carolis (1913); Imprenta El Nuevo Día (1909); Imprenta Las Escuelas (1909); Imprenta La Velocidad (1907-1918); Imprenta La Opinión (1905); Imprenta La Moderna (1909); Imprenta El progreso (1896-1909); Taller Grafico Antoñanzas (1937); Editorial JF Ribles (1910-1920); Imprenta Salatin Hnos. (1918); Taller Diario Nueva Época (1919); Imprenta Comercio e Industria (1926); Imprenta Martínez hermanos (1931); Imprenta Belgrano (1942); Talleres Gráficos renovación (1942); Imprenta de la Universidad Obrera de Santa Fe (1944).

13. Lammertyn, M., Colmegna: recuerdos de un hito en la cultura santafesina. (19 de marzo de 2011). *El Litoral*.

primeras décadas del siglo XX son “una época de organización del espacio editorial” (Valinoti, 2016) por lo que encontramos una cantidad importantes de publicaciones producidas por pequeñas imprentas y talleres gráficos que a editaban a un ritmo variable y exiguo. En los años veinte, *Talleres gráficos Cattáneo* comienza a editar libros de poesía, educación, derecho, religión de autores reconocidos en el medio santafesino tales como Pio Pandolfo, Luis Bonaparte, Dana Montañó, Alfonso Durán entre otros. Si bien la actividad editorial es constante (al menos hasta el año 1947 cuando se imprime el catálogo) la cantidad de ejemplares publicados por año no parece haber sido muy superior a las otras imprentas (para 1940 figuran en el catálogo 3 obras que podrían ubicarse dentro del género del ensayo y la novela literaria). Paralelamente los *Talleres Gráficos e Imprenta El Litoral* tienen un catálogo parecido en cuanto a la heterogeneidad de géneros y autores, aunque predominan los de derecho e historia y literatura como el célebre libro *Santa Fe, mi país* de Mateo Booz publicado en 1934. Asimismo, la trayectoria muestra una actividad constante desde fines de los años veinte hasta mediados de los cuarenta y un volumen exiguo de publicaciones por año. Dentro de las imprentas del estado se destaca la *Imprenta de la Provincia de Santa Fe* que durante el mismo período editó desde actas hasta libros de poesía, botánica e historia.

Según una serie de consultas realizadas en 1924 por el diario porteño *Ultima Hora* algunas personalidades del mundo del libro creían estos años veinte no habían sido fecundos para el sector. La muestra de 32 personas encuestadas por el diario recortaba un perfil del universo editorial, un grupo que reunía a consagrados e ignotos entre los cuales no había editores con catálogos accesibles al gran público (como Antonio Zamora) ni jóvenes del llamado grupo de Boedo (Gació y García Cedro, 2011). Pero sobre todo se trata de miradas porteñas sobre el libro y la edición. Es decir, el diario no recoge opiniones sobre lo que sucede en otras ciudades y/o regiones del país. Cesar Caminos, autor santafesino que desde los 18 años vivía en Buenos Aires, participa de la encuesta sin hacer referencias a su región natal. No obstante, algunas de las problemáticas planteadas por escritores, críticos, periodistas y editores en dicha encuesta eran comunes a la actividad editorial en su conjunto. Por ejemplo, el elevado valor de la materia prima, el papel, que debía pagar un impuesto en la aduana fue problema que constituyó una de las principales demandas de la época y que fue sostenida posteriormente por los editores agrupados en la Cámara Argentina del Libro. Otros de los problemas indicados

como factores que subsumían al libro argentino en una crisis, fue la escasez de difusión de las novedades editoriales y el interés de los lectores asiduos por los autores extranjeros. La supuesta invisibilidad del libro podría revertirse -en opinión de algunos- instalando librerías exclusivas para las publicaciones nacionales al tiempo que en los quioscos y otros lugares estratégicos de la ciudad el libro argentino “debía ser expuesto para que el público se acostumbre a él y vaya conociéndolo de a poco o perdiéndole la inexplicable desconfianza que hoy le inspira (en Gació, 2011, p. 57). Manuel Gleizer había calculado que entre 1922 -año en que fundó su editorial- y 1928 había editado 20.000 ejemplares lo cual requirió inversiones en propaganda y jugadas audaces como la venta de libros en las playas durante el verano. Gleizer estaba convencido de que “Al público hay que buscarlo y no esperar buenamente que concurra a las librerías.” (en Gasió p. 51) Gleizer al llegar al país se dedicó a actividades rurales en la llanura entrerriana y, luego, a diversas ocupaciones urbanas hasta que abrió una importante librería porteña llamada *La Cultura* donde supo visibilizar los libros de autores nacionales¹⁴. La propaganda, difusión y distribución de las publicaciones eran puntos claves del éxito editorial. No obstante, en este período también eran muy frecuentes las tiradas de autor de unos 500 ejemplares.

Las editoriales santafesinas con más volúmenes de publicaciones y que contaban con un catálogo importante surgen en los años treinta: la Editorial Castellví y la Editorial Colmegna ambas con un perfil comercial, no especializadas en ningún género en particular; y la editorial del Instituto Social de la Universidad Nacional del Litoral la cual era parte de un proyecto académico, no comercial. Orge y Bertolino (2018) señalan que estas editoriales comerciales “supieron construir sellos con una impronta reconocible” basada en la constitución de catálogos con autores de la región lo cual habría constituido una identidad editorial distintiva, fuertemente localista, que les dio un lugar en el universo editorial nacional, pero al mismo tiempo puso límites a la expansión de estos proyectos empresariales. En este sentido señalan “más que sellos escalables a nivel nacional, en lo que respecta a sus catálogos literarios, y a pesar de alguna excepción, parecen haber funcionado como una suerte de departamento de publicaciones de un sector de la clase letrada de la región, con un claro proyecto pedagógico de vindicación cultural regionalista.” (Orge y Bertolino 2018, p.16) Haciendo un relevamiento de la biblioteca de Juan

14. Manuel Gleizer nació el 5 de junio de 1889 en un pueblo llamado Ataki situado en un territorio que en ese entonces formaba parte de Rusia.

Domingo Perón podemos constatar la existencia de una docena de libros de la editorial Castellvi, dos de Colmegna y veinte de la Editorial Universidad Nacional del Litoral.¹⁵ Si bien la biblioteca de un presidente no es la más representativa nos permite ver que en cierto sentido los libros podían llegar a bibliotecas privadas de otras ciudades. Un segundo relevamiento, esta vez en realizado en dos de las principales bibliotecas públicas del país -como la Biblioteca Nacional del Maestro y la Biblioteca Nacional- revela que los libros publicados por las tres editoriales santafesinas en este período se encuentran casi en su totalidad en el acervo bibliográfico de las mismas. Una indagación en los libros ingresados en las bibliotecas demuestra que la Editorial Colmegna publicaba no sólo autores santafesinos sino de otras procedencias como Efrain Bischoff; Pedro Inchauspe, Santiago Muñagurría.¹⁶ Asimismo la editorial del Instituto Social contaba con un amplio catálogo de autores también de diversas procedencias. Por lo tanto, si miramos el catálogo de las editoriales en su conjunto advertimos que los proyectos incluían a autores de distintas partes del país y temas de relieve para diferentes regiones.

La *Editorial Colmegna* fue fundada por los cinco hijos (tres varones y dos mujeres) de Virgilio, alrededor de 1940, siguiendo la trayectoria editorial comenzada a fines de siglo XIX por su padre al crear la Imprenta *La Elegancia*. Muchos de los operarios que trabajaron en la editorial habían sido alumnos de tipografía de Virgilio Colmegna. La biografía de Virgilio Colmegna replica la de otros imprenteros y editores que llegaron al país desde Europa a fines del siglo XIX. Proveniente de una familia de tipógrafos fue una personalidad destacada en la Santa Fe de entreguerras en el mundo de la cultura. Sus trabajos fueron presentados en exposiciones internacionales: recibió una mención de la Exposición Universal de París (1890) y sus trabajos estuvieron presentes en la Exposición Internacional de Milán (1906) entre otras. En la ciudad, además de su prestigio comercial se valoraba su trabajo docente y su participación en los centros de la colectividad italiana.¹⁷ Además de la publicación de libros y de los trabajos en la im-

15. Archivo General de la Nación, Biblioteca de Juan D. Perón.

16. Biblioteca del Maestro. Catálogo en línea, <http://www.bnm.me.gov.ar/catalogos/> Biblioteca Nacional Mariano Moreno, Catálogo en línea <https://catalogo.bn.gov.ar/F/289LH8PRMXIP5XAVFFC2P2X9YSIU3R157UCCLV7RJXVA9A5LTH-33441?func=find-b-O> Ambos consultados 21/12/2020.

17. Don Virgilio Colmegna. Centenario de su nacimiento (16 de enero de 1958). *El Litoral*, s/p.

prenta (estampillas fiscales, memorias y balances, libros de contabilidad, papelería para la administración pública, tarjetas personales, entre otras cosas) se hacían placas de bronce, se vendían artículos de librería y muebles de oficina (Lamertyn, 2011). La *Librería y Editorial Castellví*, ubicada en el centro comercial de la ciudad (San Martín 2355), también vendía artículos de librería y realizaba numerosos trabajos de imprenta para la ciudad y el interior de la provincia. En la mitad del enorme salón que tenía salidas a dos calles estaban instalados los talleres de imprenta y encuadernación. En el taller tenían varias minervas que eran las máquinas tipográficas de más utilizadas desde finales del siglo XIX hasta que aparecieron las primeras prensas cilíndricas; impresoras planas, linotipos donde -hacia 1950- trabajaban alrededor de cuarenta personas. Esta editorial se interesó por constituir un catálogo y elaborar un proyecto editorial moderno. La cantidad de títulos publicados anualmente señalan un ritmo creciente y constante, llegando a publicar en 1945 al menos 17 títulos (que son los que constan en el catálogo de la muestra). Los tópicos que se editan son heterogéneos: novelas históricas, derecho, odontología, educación, política, cocina, etnografía. El género que más obras publica este sello es la literatura en general, específicamente poesía y relatos lo cual se explicaría por una decisión de mercado. La editorial universitaria no publicaba este tipo de libros sino en todo caso algún ensayo sobre teoría lingüística o literaria. En 1950 Castellví sufrió una destrucción casi total de sus instalaciones (y de los trabajos de edición en marcha) debido a un desperfecto eléctrico.¹⁸ No obstante, logró reconstruir el taller y seguir con la editorial y sus actividades vinculadas. Orge y Bertolino señalan que la figura del editor profesional en la provincia de Santa Fe es de consolidación tardía y que muchas veces la edición al generar insuficientes ingresos debía complementarse con otros oficios (Orge y Bertolino, 2018) como es el caso de estas editoriales que complementaban sus ingresos con los artículos de librería y la impresión por encargo.

Las ediciones del Instituto Social (creado en 1928) aparecieron en un mercado editorial

Hemeroteca Digital. Archivo de la Provincia de Santa Fe

18. En la Librería y Editorial Castellví S.A estalló anoche un incendio que arrasó con los talleres gráficos, ocasionando cuantiosos daños (13 de junio de 1950). *El Litoral*, s/p. Hemeroteca Digital. Archivo de la Provincia de Santa Fe

local y nacional en plena expansión. En este contexto los representantes del proyecto extensionista universitario estaban convencidos de que las publicaciones eran una vía fundamental para diseminar, difundir y expandir el conocimiento generado en las universidades. En este sentido, el Instituto contaba con un capital esencial para la empresa editorial: un conjunto de autores destacados que se desempeñaban en el cuerpo docente de la casa de estudios (o eran profesores visitantes) y que además eran reconocidos a nivel nacional. Sin embargo, las publicaciones eran distribuidas en forma gratuita o a muy bajo costo -ya que el objetivo de esta editorial no era el rédito comercial- con lo cual los autores no contaban con ganancias relativas a las ventas. De esta manera, muchos de los autores publicaban también con otras editoriales tanto locales como nacionales.

El Instituto Social tenía en su catálogo todo tipo de publicaciones: folletos, conferencias y hojas instructivas además de los libros propiamente dichos. Este material se distribuía comúnmente entre profesores, alumnos, establecimientos de enseñanza, pero también llegó a bibliotecas y particulares que lo solicitaron.¹⁹ Los precios de las publicaciones eran realmente accesibles ya que el costo promedio era de \$ 0.20 m/n por ejemplar “reducido si se considera que entre ellas figuran libros de más de 200 páginas y algunos abundantemente ilustrados”.²⁰ Relacionando el precio de algunos de los materiales editados por el Instituto con los consumos masivos de los sectores populares se puede concluir que los libros efectivamente estaban al alcance de todos.²¹ Para llevar adelante este proyecto editorial la universidad montó una imprenta propia, luego de una larga licitación.²² La puesta en funcionamiento de la imprenta significó un aumento exponencial

19. *Memorias del Instituto Social 1928-1932*. (1934) Santa Fe, Imprenta de la UNL, p. 41.

20. Instituto Social de la Universidad Nacional del Litoral (1940). *El Litoral*, Anuario.

21. Las entradas a los cines variaban entre 0.20 y 0.50 centavos de acuerdo con el lugar de la ciudad donde estaba emplazada la sala; el pescado de río (como por ejemplo el amarillo, una de las especies más comunes que viven y se reproducen en el río Paraná) podía conseguirse a 0.40 o 0.50 centavos en las ventas ambulantes, aunque el precio subía en las pescaderías. Los periódicos se mantuvieron prácticamente en 0.20 centavos y los cigarrillos marca 43 de la empresa Piccardo que valían 0.20, 0.30 y 0.40 centavos según el paquete que se comprara.

22. La imprenta incorporó la tecnología editorial para llevar adelante los proyectos de la Sección Publicaciones, durante la gestión del Rector Roque Anselmo Izzo en el año 1929. En 1930 la misma fue transferida a la órbita del rectorado, lo cual, aunque amplió el material que se imprimía, no significó una reducción de la cantidad de títulos publicados por el instituto.

de la producción editorial: de un ejemplar publicado en 1929²³, se pasó a publicar 12 títulos en 1930. Entre las publicaciones de este año se destacan temas de salud («Función de las vitaminas en la nutrición»; «Razón fisiológica de la jornada de ocho horas», «Higiene escolar»); temas de filosofía, historia y cultura («La piedra filosofal»; «Principios y fundamentos de la reforma universitaria»; «El problema cultural Oriente-Occidente»; «Santa Fe y el Uruguay»); temas de arquitectura («Eurindia en la arquitectura americana»); y de matemática («La cuadratura del círculo»). Los autores son reconocidos en el medio académico y social: José Babini; Josué Gollán (h); Julio V. González; Juan Mantovani; José Luis Busaniche entre otros. Los siguientes años las publicaciones variaron entre nueve (1931) y siete en 1932 (más dos ejemplares en prensa) algunas de las cuales tuvieron una tirada significativa de 5.000 ejemplares. El catálogo de la editorial universitaria está elaborado pensando en un lector preocupado por los problemas sociales e interesado por los temas científicos. No obstante, las políticas editoriales pueden prefigurar, pero no excluyen de antemano a ningún lector. La zona donde se cruzan prácticas de lecturas, las elecciones de los lectores y los proyectos editoriales es sin dudas la más difícil de reconstruir. Hacia el final de 1935 -momento en que las publicaciones están bajo la dirección de José Babini- la editorial contaba con 43 publicaciones en su catálogo con una impresión total de 126.500 ejemplares, casi todos distribuidos directamente a los lectores, bibliotecas y asociaciones.²⁴ Los textos abarcaban distintas materias como el derecho penal; la biología; la botánica; la salud mental; la pedagogía; la historia; la literatura; la música; la danza; y también temas rurales, obreros, filosóficos; etc. Las tiradas variaban entre 1.000, 1.500, 3.000 o 5.000 ejemplares dependiendo del libro y la calidad de los textos que fue reconocida mediante un diploma de honor otorgado en la Primera Exposición del Libro Americano y Español (1936) organizada por la Universidad de Chile.

La distribución fue un aspecto clave de la difusión de la editorial universitaria, y un elemento distintivo en relación con otras editoriales de la época. Hacia el año 1939 los títulos de la editorial universitaria llegaron a 100 y las tiradas acumuladas en los primeros

23. "El problema actual de la lepra" del Dr. Enrique Fidanza, médico especialista en enfermedades de la piel y profesor titular de la Facultad de Medicina de la Universidad Nacional del Litoral (Rosario) desde 1922

24. *Memorias del Instituto Social, 1933-1936*. (1937) Santa Fe: Imprenta de la UNL, p. 17.

10 años de trabajo editorial llegaron a 250.000 volúmenes. Según las memorias del Instituto Social los libros habían llegado a países de América y de Europa. El mapa de distribución publicado por el mismo instituto visualiza la llegada del material a distintas zonas del país y a los países limítrofes, aunque no se ha podido corroborar el envío de publicaciones al continente europeo.²⁵ Las fichas de distribución muestran para 1937 una cartera de 2.537 clientes dividida entre profesores (455); bibliotecas e instituciones varias (836) y particulares (1.246)²⁶ que se incrementaba año a año llegando a un total de 2.800 clientes en 1939. Los lugares donde se han remitido las publicaciones muestran una concentración en las provincias donde se asentaba la predecesora Universidad regional: Santa Fe, Entre Ríos y Corrientes.

Las publicaciones anuales de la editorial universitaria no superaban las de las editoriales comerciales locales e inclusive en algunas coyunturas fue notablemente menor en número de títulos. Después de un pico de publicaciones en el año 1936²⁷ la curva de las publicaciones se estabilizó: en 1937 de las 8 publicaciones autorizadas solamente se distribuyeron dos; en 1938 se elevaron los índices con 11 nuevos títulos; en 1939 volvieron a ser 8 de las cuales solo la mitad fueron obras nuevas y las otras cuatro fueron reimpressiones. En 1940 se publicaron apenas cinco títulos y se distribuyeron otras publicaciones del instituto y de la universidad. El catálogo se organizó alrededor de las siguientes colecciones: 1) *Extensión Universitaria*; 2) *La Constitución Argentina*; 3) *Museo Social*; 4) *Biblioteca Pedagógica*; 5) *La enseñanza secundaria*; 6) *El problema*

25. En efecto las publicaciones fueron enviadas a más de 100 localidades de la provincia de Santa Fe; a 33 localidades de la provincia de Buenos Aires (incluyendo La Plata); a 36 localidades de la provincia de Entre Ríos; a 26 localidades de la provincia de Corrientes; a 22 localidades de la provincia de Córdoba; a 6 de la provincia de Tucumán; a 3 de la provincia de Misiones; a 3 de la provincia de La Pampa; a 3 de la provincia de San Luis; a Colonia Clorinda y a la capital de Formosa; a Godoy Cruz y a la capital de Mendoza; a Chapihuasi y a la capital de La Rioja; a La Banda y a la ciudad de Santiago del Estero; a la ciudad de Catamarca; a Resistencia en Chaco; a Trelew en Chubut; a San Salvador de Jujuy; a la ciudad de Salta; a la ciudad de San Juan. Memorias del Instituto Social de la Universidad Nacional del Litoral, Santa Fe (1940).

26. *Memorias del Instituto Social de la UNL 1937-1940*, (1941). Santa Fe: Imprenta de la UNL, p. 15.

27. En 1936 se editaron 22 folletos de los cuales 13 eran nuevas ediciones y las nueve restantes correspondían a reediciones.

del camino; 7) *Temas Rurales* y, 8) *Temas Obreros*.²⁸ No obstante como hemos podido observar los títulos impresos en la década del treinta eran extremadamente variados y excedían las colecciones mencionadas. En general se trató de un catálogo especializado que de alguna manera se desmarcó -aunque no totalmente- respecto la tendencia del mercado editorial orientado a los nuevos consumidores. Según los registros oficiales, el género que tuvo más difusión entre los lectores fueron las novelas de ficción. En efecto, la primera estadística del Registro Nacional de la Propiedad Intelectual muestra que un gran número de las obras editadas en 1936 pertenecían a dicho género. De esta manera, el catálogo universitario no dirigía sus productos a un enorme sector de consumidores que había emergido y consolidado durante el período de entreguerras: infantes, adolescentes, mujeres. No obstante, los textos del instituto al ser distribuido masivamente, a todo el territorio nacional y a precios realmente bajos (cuando no eran directamente canjeados por otras publicaciones similares) podrían ser incluidos en la tendencia de la edición moderna signada por una voluntad de democratizar saberes a través de la lectura.

Los estados provincial y municipal intervinieron de diversas formas en el mundo editorial local. En primer lugar, diferentes organismos del estado tenían sus propias imprentas comenzando por Imprenta de la Provincia de Santa Fe que desde al menos 1918 se encargaba de imprimir el Boletín Oficial, actas y otros insumos como papeles membretados y sobres oficiales, aunque también imprimió libros de poesía, agricultura, botánica e historia. En los años cuarenta se registra una actividad moderada de los Talleres gráficos de la Penitenciaría; Ediciones Ministerio de Instrucción Pública y Fomento; Ministerio de Trabajo y Economía; Ministerio de Salud Pública y Trabajo. En segundo lugar, el gobierno conservador de Iriondo impulsó en 1937 la sanción de una nueva Ley de imprenta (Nº 2548)²⁹, denominada “ley mordaza” por la oposición. Esta disponía que los requisitos

28. El Instituto Social de la Universidad del Litoral. (1940) *Universidad* 6: 57-64. Recuperado el 16/10/20 en <https://bibliotecavirtual.unl.edu.ar/handle/11185/3138>.

29. Esta nueva ley sustituyó la “Ley de Imprenta” del 2 de octubre de 1876 la cual condenaba “toda publicación por la prensa, en cartel, anuncio, hoja suelta, periódico o folleto que contenga una producción subversiva o sediciosa, obscena o inmoral, calumniosa o injuriosa”. Tal como explica Alejandro Damianovich hacía responsable tanto a los autores como a los imprenteros, por lo que creaba un registro de establecimientos gráficos en todo el territorio provincial para su más estricto control. En 1879 se sancionó una modificación a esta ley

para desempeñarse como editor eran: ser argentino o tener dos años de residencia inmediata en el lugar de la publicación, justificar una solvencia material, por lo menos hasta \$10.000, o dar fianza equivalente. También era indispensable que el editor pusiera en conocimiento al juez del Crimen correspondiente su proyecto comercial brindando sus datos personales y de sus proyectos editoriales, para su autorización y anotación en un registro de las imprentas y publicaciones existentes en cada jurisdicción.³⁰ Las imprentas que no se registraban en la administración pública serían consideradas clandestinas y podían ser clausuradas. La ley también estipuló el control de los contenidos de las publicaciones (Prol, 2009).

¿Cómo afectó esta ley al campo editorial? La ley fue resistida fundamentalmente por los directores de la prensa provincial. Los directores del diario Democracia (Rosario) y el diario El Litoral (Santa Fe) -junto a otros de periódicos locales- entablaron un conflicto con el gobierno que terminó con la derogación de un artículo especialmente antipático para el sector: el pago de una fianza de diez mil pesos. No obstante, los conflictos siguieron hasta que el gobernador Argonz finalmente la deroga en 1943. Los editores no participaron de los múltiples conflictos entablados en relación con esta ley y que fueron ampliamente cubiertos por la prensa local³¹, lo cual podría indicar que no se vieron afectados por la ésta.

donde se reglamentaban “las acciones de injuria y calumnia por abuso de la libertad de imprenta podrían establecerse en el juzgado popular previsto en la ley de 1876, o ante los jueces ordinarios de la provincia. Luego fijaba los mecanismos para conformar anualmente una lista de sesenta vecinos de cada circunscripción judicial para conformar los jurados que intervendrían en los juicios por delitos de imprenta”. (Damianovich, 2013, p. 86).

30. Cámara de Senadores de la Provincia de Santa Fe, Texto original de la Ley N° 2548, Santa Fe. Ver Piazzesi, s/f y 2001).

31. Ver *El Litoral* El círculo de la prensa ha propiciado ante el Dr. Iriondo ciertas reformas a la llamada Ley de Imprenta, 9-10-1937, p. 4; Ha quedado firme el auto de inconstitucionalidad de la Ley de Imprenta del Juez Rinesi, 5-11-1937, p. 2; La aplicación de la ley provincial de imprenta. 16-3-1938, p. 3; Recién el C. de la Prensa publica el memorial que elevó al PE sobre reforma de la Ley de Imprenta; 27-4-1938. P. 4; Las modificaciones a la ley de imprenta; 19-5-1938, p. 3; Inconstitucionalidad de la Ley de Imprenta, 6-10-1938, p. 5; El juez Dr. González declaró la inconstitucionalidad de los artículos 12,15 y 16 de la ley de imprenta, 6-7-1940, p. 5; La derogación de las leyes de imprenta y e “defensa social”, 6-4-1941, p. 3; Derogación de la Ley de imprenta, 28-4-1941, p. 4; Derogación de las leyes de imprenta y de defensa social; 18-12-1942. p. 4; Se pide la derogación de la ley de imprenta, 3-5-1943. P. 5; El PE solicitó la derogación de la ley de imprenta, 13-5-1943, p. 4; Derogación de la Ley de imprenta

En tercer lugar, se destacan la creación de la Comisión Provincial de Cultura y la Ley 2869 de Fomento del Libro. El fundamento de la creación de dicha comisión -según el propio gobernador Iriondo- fue la existencia de “un extraordinario movimiento artístico” provincial que abarcaba diferentes expresiones del arte, la literatura, la ciencia y la filosofía el cual debía ser coordinado. Al igual que en otras áreas del estado, la tendencia fue hacia la centralización, el control y racionalización de los recursos:

En la participación que el Estado toma en los problemas que atañen a la cultura pública, se ha comenzado a observar la necesidad de concentrar estas tareas en cuerpos oficiales que las encaucen y centralicen. Es lo que se ha hecho en nuestro país (...) con la creación de la Comisión Nacional de Cultura. Con ello el Estado evita la desorganización y la improvisación de consecuencias tan graves en materia de esta índole, y obtiene el máximo rendimiento de los fondos que destina con ese objeto ejerciendo un control permanente sobre las instituciones subvencionadas.³²

La creación de la Comisión Provincial de Cultura fue producto de un proyecto de ley preparado por Juan Mantovani, ministro de Instrucción y Fomento (1938-1941), quien fortaleció la llegada de intelectuales y expertos vinculados con el clima pedagógico de la escuela nueva y sus distintas corrientes (Giménez, 2020). La función de este organismo para estimular la producción científica, filosófica, literaria y artística; propender a la formación de bibliotecas públicas en los pueblos de la provincia y organizar conferencias, conciertos, exposiciones, etc.; otorgar becas de estudio y perfeccionamiento y premios anuales a la producción intelectual y artística entre otras tareas. Se proyectaba la producción editorial (artículo 7) en caso de que los premios o las becas quedaran desiertos “las sumas remanentes serán destinadas a un fondo especial que deberá invertirse en obras de cultura pública, particularmente en la reedición de obras importantes agotadas, de autores santafesinos o que versen sobre esta provincia.”³³

(Editorial), 14-5-1943, p. 3. Agradezco el relevamiento sobre este tema a José Zanca.

32. Será enviado el mensaje a las comisiones legislativas mañana. (14 de abril de 1940). *El Orden*. <http://www.santafe.gov.ar/hemerotecadigital/diario/4028/?page=3&zl=4&xp=-1500&yp=-1110>.

33. Proyecto de creación de la Comisión Provincial de Cultura. (13 de abril de 1940). *El Litoral*. <http://www.santafe.gov.ar/hemerotecadigital/diario/18829/?page=4&zl=4&xp=-1309&yp=-621>.

Por su parte la Ley 2869 de Fomento del Libro (1940) preveía la organización de concursos locales. Las obras debían ser inéditas y el jurado debía estar compuesto de tres miembros designados uno por el Ministerio de Instrucción Pública y Fomento, otro por el señor Rector de la Universidad Nacional del Litoral y el tercero por los autores que intervengan en el certamen.³⁴ Como se ha señalado en otros estudios, los concursos eran una forma de conseguir un estímulo para los escritores -que generalmente vivían de otros trabajos públicos y privados- y la difusión de las obras en un momento en el cual las editoriales tenían limitadas posibilidades de inversión en proyectos de escritores noveles o cuyo influjo todavía se encontraba circunscripto a la región. En 1923 el escritor santafesino José Pedroni ganó el segundo premio del concurso nacional (Ley 9141 de 1913) con *La gota de agua*. El premio que recibió era una cuantiosa suma de 20.000 pesos que tal como observa Jorge Rivera se trataba de una cifra que contrastaba con los exiguos salarios y consumos populares de la época.³⁵ En el concurso para estimular al Libro santafesino podían participar todos los autores radicados en la provincia, con una residencia mínima de dos años. El jurado del primer certamen estaba compuesto por Domingo Buonocore, Nicanor Molinas y Alfonso Durán. Reunidos en la sala de profesores de la Facultad de Ciencias Jurídicas y Sociales discutieron la legitimidad del certamen porque se había presentado una sola obra. Domingo Buonocore argumentaba que una de las razones principales fue escasa difusión que tuvo el concurso. En sus argumentos señalaba que producción intelectual local de 1940 había sido elevada como indicaban los números de las publicaciones de “más de 40 obras de autores locales en los ramos de literatura, libros de imaginación, ensayos, historia, etc.” lo cual implicaba que de haber existido una mayor difusión, los escritores locales habrían presentado sus trabajos. Por otra parte, Nicanor Molinas alegó que la noticia del certamen había sido publicada en todos los diarios “lo que impide alegar su ignorancia y falta de difusión.” Estando Alfonso Durán de acuerdo con Molinas, el jurado pasa a otorgar el premio a

34. Ley 2869 de fomento del Libro sancionada por la Legislatura el 31 de mayo de 1940. Cámara de Senadores de la Provincia de Santa Fe.

35. Un sueldo obrero promedio rondaba los \$176 según mediciones del Departamento Nacional del Trabajo para 1929 mientras que los novedosos aparatos de radiofonía costaban 48 pesos en 1923 (Rivera, 1980).

la obra: "Fue en una noche de Corpus" del escritor Mateo Booz³⁶ con la abstención de Domingo Buonocore.³⁷ El texto histórico en verso sobre la fundación de Santa Fe fue publicado bajo el título "Aquella noche de Corpus..." en 1942 por la Imprenta de la Provincia de Santa Fe (185 páginas). Al parecer está política no tuvo continuidad ya que pocos años después la prensa local se lamentaba de la falta de implementación de estas políticas públicas: "Leyes como la de fomento del libro, que se dictaron en esta provincia, han quedado enervadas en la práctica desde hace algunos años. La Comisión Provincial de Cultura tampoco ha desarrollado la actividad para la cual fue creada, por falta de recursos y haber permanecido durante mucho tiempo desintegrada".³⁸

Las pocas muestras y exposiciones de libros que se hicieron en la ciudad fueron realizadas por organizaciones civiles (no por los imprenteros y editores) lo cual explica el desinterés por la dimensión comercial centrándose exclusivamente en la faz cultural de los libros.³⁹ Durante el mes de setiembre de 1931 se realizó una exposición itinerante del libro santafesino organizada por el Ateneo universitario y docente. La muestra se localizó en primer lugar en el hall del Teatro Municipal y a la semana siguiente en la biblioteca de la Escuela Domingo Faustino Sarmiento. La misma contaba con más de

36. Mateo Booz (seudónimo del escritor Miguel Ángel Alberto Correa) nació en Rosario en agosto de 1881 y falleció en Santa Fe en 1943. Cursó sus estudios secundarios en el Colegio Nacional durante el rectorado de Mariano de Vedia. "Residió con su familia por un tiempo en Buenos Aires y, a su regreso a su ciudad natal, se dedicó al periodismo. A fines del siglo XIX se incorporó como colaborador del diario *La Capital* y también colaboró en *Caras y Caretas* y *La Nación*." Ejerció variadas funciones públicas en Rosario (secretario de la Jefatura de Policía y subsecretario de Hacienda de la provincia) y Santa Fe (gerente del Banco Provincial; director del diario *Nueva Época*; presidente del Consejo de Educación de la provincia y director el Archivo de los Tribunales de Santa Fe en 1936). Al tiempo que escribía sus libros integró también la Comisión Provincial de Bellas Artes, la Asociación de Periodistas de Santa Fe y la Sociedad Argentina de Escritores, Filial Santa Fe. Publicaba en las revistas y diarios más importantes del país como *El Hogar*, *Mundo Argentino*, *Estampa*, etc. "En 1920 abandonó el periodismo profesional y se dedicó de lleno a la narración literaria convirtiéndose en uno de los más grandes cuentistas argentinos (Alonso 2012)."

37. Premio de fomento al libro. (24 de junio de 1941). *El Litoral*, <http://www.santafe.gov.ar/hemerotecadigital/diario/19258/?page=4&zl=4&xp=-1805&yp=-653>.

38. El libro Santafesino. (1947, septiembre 30). *El Litoral*.

39. Pierre Bourdieu (1999) señaló que "el libro, un objeto de doble faz, económica y simbólica, es a la vez mercancía y significación (p. 242)".

200 obras que según el periódico “constituyen el aporte local a las letras y a las ciencias, obras que representan esfuerzos, algunos de ellos altamente encomiables.” Entre los libros expuestos figuran los siguientes autores Lassaga, Martínez Zuviría, Manuel Gálvez, M. Cervera, Horacio Rodríguez, David Peña, Busaniche, Piñero, Alcira Bonazzola, Paulina Simoniello, Horacio Calillet-Bois, Rodolfo Borzone, Alcides Greca. Ismael Moya, Reynaldo Pastor. Los libros se expusieron durante varios días y en algún caso acompañaron obras de pintores locales. La convocatoria estaba dirigida a “todos los estudiosos y amantes de los libros”.⁴⁰ La Muestra del Libro Santafesino realizada en 1947 en el Club del Orden fue de otras dimensiones: expusieron más de 600 autores y se exhibieron 1.300 obras. En su discurso inaugural el presidente del Club del Orden Dr. Abelardo Irigoyen Freyre destacó la participación tanto de autores consagrados como de ignotos que se estaban abriendo camino en el campo de las letras, del arte o de la ciencia. No obstante, el valor de la Muestra -enfaticaba- constituía “algo más que la suma de los valores individuales de los diferentes autores reside fundamentalmente en la clara exteriorización de una generosa devoción por la cultura y el amor a la verdad.”⁴¹

Esta muestra en contraposición a otras realizadas en el país centraba la atención en los autores santafesinos (de toda la provincia), más que en las editoriales. Los volúmenes que se exhibían fueron aportados por bibliotecas⁴²; institutos⁴³, museos⁴⁴ y particulares entre los que se encontraban Enrique Candiotti, Nicanor Molinas, Ulises Mosset, Agustín Zapata Gollán entre otros. Entre las editoriales de la ciudad (porque también había autores y editoriales rosarinas) que proporcionaron obras a dicha muestra se encontraban la Imprenta de la Universidad Nacional del Litoral; Editorial Castellví, Colmegna; Libre-

40. Mañana será inaugurada la exposición del libro santafesino en esta ciudad. (1931, septiembre 24). *El Orden*. Recuperado de <http://www.santafe.gov.ar/hemerotecadigital/diario/1298/?page=3&zl=4&xp=-2467&yp=-1224>

41. Se inauguró la muestra del libro santafesino. (1 de octubre de 1947). *El Litoral*, <http://www.santafe.gov.ar/hemerotecadigital/diario/21569/?page=5&zl=4&xp=-1528&yp=-681>.

42. Biblioteca de la Asociación de Exalumnos de la Compañía de Jesús; Biblioteca del Colegio Inmaculada; Biblioteca Municipal Bernardino Rivadavia, Biblioteca de la Sociedad Cosmopolita.

43. Instituto Experimental de Investigaciones y Fomento Agrícola-ganadero.

44. Museo Rosa Galisteo de Rodríguez; Museo Histórico Provincial de Rosario.

ría Colombo y Pérez. El catálogo permite reconstruir por un lado la constitución de un incipiente campo intelectual local y una ceñida pero creciente industria editorial. Los organizadores de la muestra decían que era una tarea necesaria en cualquier momento de la historia porque una actividad de este tipo permitía “observar lo andado, con ánimo de ver sin prejuicios.”⁴⁵ De lo presentado en el catálogo se observa que muchos autores publicaban con imprentas y editoriales de Buenos Aires (Imprenta Mercatali; Editorial Maucci, Editorial Tor, Editorial Difusión, Editorial Librería Cervantes, Editorial Jacobo Peuser, Editorial Coni, Editorial Rosso; Editorial Gleizer). Mateo Booz, uno de los escritores más renombrados del período, publicó sus novelas y libros de poesía con Editorial El Ateneo; Editorial Kraft; Editorial Ilustración Río Platense entre otras. Algunos autores -aunque son la minoría- publican también en el exterior, como por ejemplo Alberto Candiotti que publica una novela y un libro de poesía en Francia y en Colombia⁴⁶ A partir de los años treinta la Editorial Castellví y la Imprenta de la Universidad Nacional del Litoral -como hemos señalado anteriormente- comienzan a tener una mayor producción editorial. Este crecimiento de las ediciones locales coincide con el desarrollo del sector a nivel nacional producto de la interrupción de la importación de libros españoles por la Guerra Civil

CONCLUSIONES

En este trabajo hemos analizado el universo editorial santafesino en tanto dispositivos centrales de un proceso de modernización cultural que incluyó una ampliación de los públicos lectores tanto en la ciudad como en otros ámbitos rurales y urbanos del país. La presencia de los libros editados en Santa Fe en bibliotecas de diferente índole y situadas en puntos geográficos extremadamente variados (especialmente en lo que respecta a la distribución de la editorial universitaria) da cuenta de la irradiación cultural que esta ciudad situada en la pampa húmeda promovió a partir de proyectos editoriales que cubrían temáticas heterogéneas. Las editoriales analizadas fueron actores fundamentales en el

45. Club del Orden. Muestra del libro santafesino. Santa Fe: Librería y Editorial Castellví, 1947.

46. *Le coffret émaille* y *Le jardin de l'amour* (ambos publicados por Nouvelles éditions latines en 1935) mientras que en Bogotá publica *El benemérito coronel Vicente Vanegas, llamado Caricortado* publicado en 1941 por la Imprenta Nacional de Colombia.

proceso de *desacralización* del libro a nivel local, aunque también existieron algunas limitaciones propias de tradiciones y costumbres. En este sentido analizamos las muestras y exposiciones locales, las cuales se diferencian en forma notable de la primera Feria del Libro realizada en 1943 en Buenos Aires en la cual los editores organizados presentaron de forma contundente un nuevo concepto del libro (Rubinzal, en prensa). En la ciudad de Santa Fe fueron organizadas por asociaciones civiles en recintos cerrados y con capacidad limitada a contramano de las ferias realizadas en la trama urbana especialmente disponible para todos los ciudadanos.

La circulación de libros, enfocando no sólo la edición comercial sino también la actividad de las imprentas con las ediciones de autor y la edición universitaria proporciona un escenario signado por el dinamismo cultural en muchos sentidos destacable. Los catálogos además de ser heterogéneos muestran un conjunto de autores locales y nacionales, a la vez que proyectos editoriales ambiciosos en cuanto a la distribución de un área geográfica extensa a nivel nacional. El estado conservador de la segunda mitad de los años treinta intervino de diversas maneras en la actividad editorial. Como medida claramente regresiva la nueva Ley de Imprenta (1937) llevaba implícita una plataforma desde la cual controlar el mercado editorial y vigilar a los editores. No obstante, esta herramienta legal -la cual generó numerosos debates hasta su derogación en 1943- no parece haber afectado al campo editorial sino más a bien a la prensa periódica y, especialmente, a la prensa gremial. Desde otro clivaje la creación de la Comisión Provincial de Cultura (1940) y la Ley 2869 de Fomento del Libro buscaron impulsar el mundo editorial a partir de concursos literarios y estímulos a través de becas y premios anuales. Los resultados no parecen haber sido significativos en estas áreas ya que no pudo constarse una continuidad de los certámenes ni de las políticas que preveían la realización de exposiciones de orden cultural.

Las grandes y -en cierta manera- irresolubles preguntas que nos quedan por abordar son las relativas a los lectores: ¿Quiénes eran los lectores de los productos de las editoriales santafesinas? ¿Cuáles eran sus preferencias? ¿Cómo eran consumidos estos productos? En este aspecto se dibuja una incógnita siempre presente sobre la suerte de los libros una vez que “salen” de las vitrinas, que remite al trabajo interpretativo imprevisible y múltiple que los lectores producen durante la lectura. Las “formas o maneras de

hacer” las lecturas constituyen trayectorias de consumo originales (De Certeau, 1996) por lo que se trata de un universo fundamentalmente inasible. No obstante, la indagación realizada sobre los catálogos nos muestra posibles lectores interesados en literatura, pero también en ciencias, oficios, producción, biografías, política y, en menor medida, religión. Nuestro análisis del mundo editorial nos permite presuponer que en este período una notable mayor cantidad de lectores tuvieron acceso tanto a la producción editorial local como a los libros provenientes de otras editoriales del país, a través de la consulta en bibliotecas populares o la compra de los mismos también en las librerías-editoriales Colmegna y Castellví. Así el crecimiento editorial local estuvo a la altura de un proceso de modernización cultural que tuvo como centro la *desacralización* del libro y la lectura, al tiempo que ampliaba el universo de lectores sobre la base de incluir en el catálogo textos (además del género literario ampliamente preferido por el público masivo) plausibles de ser leídos por diferentes sectores trabajadores: maestros, productores rurales, pedagogos, músicos, periodistas, abogados, tipógrafos, y otros oficios santafesinos.

BIBLIOGRAFÍA

- Batticuore, G. (2007). Lectura y consumo en la cultura argentina de entresiglos. *Estudios*, 15 (29), 123-142.
- Berman M. (2001). *Todo lo sólido se desvanece en el aire: la experiencia de la modernidad*. Argentina: Siglo XXI Ediciones.
- Bourdieu, P. (1999). *Intelectuales, política y poder*. Buenos Aires: Eudeba.
- Bunge, A. (1932). *El continente rojo*. Buenos Aires: Editorial L. J. Rosso.
- Castellano, P. (2005). *La distribución de libros en Latinoamérica en vísperas de la Primera Guerra Mundial*. Pessac: Université Michel de Montaigne Bordeaux: 3 PILAR.
- Sábato, H. (2004). *La política en las calles: entre el voto y la movilización, Buenos Aires, 1862-1880*.
- Damianovich, A. (2013). *El periodismo en Santa Fe 1828-1983*. Historia del periodismo argentino / Armando Alonso Piñeiro. Buenos Aires: Academia Nacional de Periodismo.

- De Sagastizábal, L., (1995). *La Edición de Libros en la Argentina. Una empresa de cultura*. Buenos Aires: Eudeba.
- Eujanián, A. (1999). *La cultura: público, autores y editores*. En AAVV *Liberalismo, estado y orden burgués (1852-1880)*. Nueva Historia Argentina, T IV. Buenos Aires: Editorial Sudamericana.
- Fernández, S., Videla, O. (Comps.) (2008) *Ciudad oblicua. Aproximaciones a temas e intérpretes de la entreguerra rosarina*. Rosario: La quinta pata & Camino ediciones.
- Gasió, G., García Cedro, G. (2011). *Que sean libros en blanco*. Buenos Aires: Teseo.
- Galassi, G. (2006). Asociacionismo e identidad. En Fernández, S. *Sociabilidad, corporaciones, instituciones (1860-1930)* (pp. 67-78). Rosario: Prohistoria-La Capital.
- Giménez, J. C. (2020). Políticas educativas y reformas pedagógicas en la Santa Fe de los años treinta. Santa Fe: Universidad Nacional del Litoral.
- Ginzburg, C. (1981). *El Queso y los gusanos: El cosmos, según un molinero del siglo XVI*. Barcelona: Muchnik.
- Girón, A. Hochadel, O. y Vallejo, G. (Eds.) (2018). *Saberes transatlánticos: Barcelona y Buenos Aires: conexiones, confluencias, comparaciones (1850-1940)*. Madrid: Ediciones Doce Calles.
- Giuliani, A. (2018). *Editores y política: entre el mercado Latinoamericano de libros y el primer Peronismo (1938-1955)*. Buenos Aires: Tren en movimiento.
- Gutiérrez, L., Romero, L.A., (1989). Sociedades barriales, bibliotecas populares y cultura de los sectores populares: Buenos Aires, 1920-1945». *Desarrollo Económico* 29, n.o 113 (abril de 1989)
- Horowitz, J. Finding a Place to Read: Popular Libraries in Greater Buenos Aires before 1945, Mimeo, 2016.
- Lobato, M. Z. (2009). *La prensa obrera: Buenos Aires y Montevideo, 1890-1958*. Buenos Aires: Edhasa.
- Macor, D. (2005). *Nación y Provincia en la Crisis de Los Años Treinta*. Santa Fe: Ediciones UNL.

- Macor, D., Bacolla, N. (2009). Centralismo y modernización técnica en la reformulación del Estado argentino. El caso provincial santafesino, 1930-1950. *EIAL: Estudios Interdisciplinarios de América Latina y el Caribe*, Buenos Aires: Univ. Nacional de Quilmes.
- Muller, L., (2011). Modernidades de Provincia: estado y arquitectura en la ciudad de Santa Fe (1935-1943). Santa Fe: Universidad Nacional del litoral.
- Orge, B., & Bertolino, M. (2018). *Hacia una periodización crítica de la edición de literatura en la provincia de Santa Fe*. Presentado en Rosario. Rosario.
- Piazzesi, S. (2009). Conservadores en provincia: el iriondismo santafesino, 1937-1943. Santa Fe, Argentina: Ediciones UNL.
- Piazzesi, S., (s/f). Las modalidades del intervencionismo social en un gobierno provincial Santa Fe, 1937-1943. Santa Fe: s/ed.
- Piazzesi, S., (2001). Elite política y cuestión electoral. El antipersonalismo en el gobierno santafesino, 1937-1943, *Anuario IEHS*, 16, 161-177.
- Prol, M. (2009). El Estado Nacional y la provincia de Santa Fe, 1943-1955: peronismo, ingeniería institucional y partido político. Tesis Doctoral, Universidad de Buenos Aires.
- Rivera, J., (1998). *El escritor y la industria cultural*. Buenos Aires, Atuel.
- Rivera, J., (1981). *El auge de la Industria Cultural (1930-1955)*. Buenos Aires: CEA.
- Rivera, J. (1980). La forja del escritor profesional (1900-1930)". En *La historia de la literatura argentina* Tomo 57. Buenos Aires: Centro Editor de América Latina.
- Rocchi, F. (1998). Consumir es un placer: La industria y la expansión de la demanda en Buenos Aires a la vuelta del siglo pasado, *Desarrollo Económico*, 37, 533-558.
- Rocchi, F. (2002). *Inventando la soberanía del consumidor, publicidad, privacidad y revolución del mercado en Argentina, 1860-1940*. Buenos Aires: Taurus.
- Rodríguez, M. (2017). Discursos y representaciones sociales en los orígenes de Bibliotecas Populares de la ciudad de Santa Fe (1900-1920). Licenciatura en Bibliotecología, Facultad de Ciencias Jurídicas y Sociales, Universidad Nacional del Litoral.

- Roldán, D. (2012). La invención de las masas. Ciudad, corporalidades y culturas. Rosario 1910-1945. La Plata: Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación (UNLP).
- Rubinzal, M., (2017). Contra la revolución: circulación cultural y discursos decadentistas en la Argentina. *Prismas: revista de historia intelectual*, 21, 241-246.
- Rubinzal, M., Zanca, J. (2015). Primeras Armas y sus pequeños lectores. La Argentina católica de entreguerras”, *Iberoamericana*, 15 (60), 117-132.
- Rubinzal, M. (2012). *El nacionalismo frente a la cuestión social en Argentina (1930-1943)*. Tesis Doctoral. La Plata: Universidad Nacional de La Plata, 2012. Disponible en: <http://www.memoria.fahce.unlp.edu.ar/tesis/te.450/te.450.pdf>
- Rubinzal, M. (En prensa). Libros y lectores en disputa: la primera Feria del Libro en Argentina (1943). *Boletín del Instituto de Historia Argentina y Americana “Dr. Emilio Ravignani.”*
- Rubinzal, M., Rubinzal, I., Itinerarios de la industria editorial en la Argentina. La Cámara Argentina del Libro (1938-2013). *Realidad Económica*, 278, 75-88.
- Tato, M. I. (2014). Una sociedad movilizada: la Argentina y la Primera Guerra Mundial», *Ciencia Hoy*, 24 (139), 15-20.
- Sarlo, B. (2007). Una modernidad periférica: Buenos Aires 1920 y 1930, Buenos Aires: Nueva Visión.
- Yujnovsky, I., (2004). Una vista panorámica de huelgas, manifestaciones y mítines en Caras y Caretas: prensa y fotografía a principios del siglo XX en Argentina. *América Latina en la Historia Económica* 11, (2) 129-153.

8.

ROSARIO MUSICAL

ACTORES, TENDENCIAS Y
CONTRASTES EN EL MUNDO DE LA
MÚSICA ROSARINA DE LOS '30 A
TRAVÉS DE UNA REVISTA CULTURAL

MICAELA YUNIS

INTRODUCCIÓN

La historia local y regional mantiene una comunicación con las fuentes y con los archivos muy particular, ya que desde esta perspectiva no sólo se apela a la utilización de los recursos documentales ya conocidos, sino que nos invita a quienes indagamos sobre el pasado a rescatar aquellos que aún no han sido interpretados como tal, con el objetivo de comprender la complejidad de determinadas problemáticas sociales en escalas distintas a las del Estado-Nación. En gran medida son los espacios y lugares los que dotan de sentido a las fuentes, permitiendo repensar problemáticas generales a través de un prisma identitario específico, que muchas veces desafía la mirada impuesta desde lo macro, lo nacional, o lo global.¹

En este sentido, el hallazgo en la sección “Hemeroteca” de la Biblioteca Nacional Mariano Moreno (BNMM) de una publicación periódica dedicada específicamente al ámbito musical rosarino de la década de 1930, como lo es *Rosario Musical* ha constituido un afortunado hallazgo. Hasta el momento, en las indagaciones documentales previas para abordar los estudios del ámbito musical rosarino en plena expansión desde mediados de siglo XIX, se había recurrido únicamente a revistas culturales locales –como la publicación de la asociación El Círculo– o a semanarios de variedades ilustrados, locales y nacionales, ya estudiados anteriormente –*El Cronista. Semanario Ilustrado, Monos y Monadas, Gestos y Muecas* o la misma *Caras y Caretas*² –, pero en ningún caso se había trabajado desde el corpus íntegro de una publicación propiamente consagrada a la actividad musical de dicha ciudad. De hecho, *Rosario Musical* se trata de una revista escasamente referenciada y mucho menos analizada³. Por tal motivo y las peculiarida-

1. Para una síntesis sobre el derrotero y las potencialidades teórico-metodológicas de la historia regional y local ver Fernández (2007a; 2007b). Para profundizar acerca de la cuestión de la escala ver Pons y Serna (2007)

2. Sobre *Monos y Monadas* y *Gestos y Muecas* puede consultarse trabajos de referencia como el de Megías (2017), y Mougelar (2014). Por su parte, el trabajo de Sandra Fernández (2010) ofrece un análisis exhaustivo la revista *El Círculo*, mientras los trabajos de Roger (2008), Moraña (2008) y Gómez (2015) permiten perspectivas de estudio complementarias del fenómeno editorial de *Caras y Caretas*. Por el contrario, no se han hallado hasta el momento trabajos que tomen el caso de *El Cronista* objeto de estudio.

3. Como fuente documental solo la encontramos referenciada en el trabajo de Daniel Cozzi (2007), quien ha citado únicamente el N° 25, correspondiente al mes de enero de 1937.

des que presenta como fuente documental en sí misma, la pretensión de este capítulo es presentarla como objeto de estudio analizando sus características, contrastes y los principales actores intervinientes, para, a través de los cruces que posibilita los números mensuales de dicha revista, indagar con mayor profundidad en la conformación del campo musical rosarino a mediados de la década del treinta.

Ahora bien, dada la especificidad de este corpus documental no podemos dejar de considerar los tres niveles de análisis propuestos por Leandro Donozo (2012) respecto a las potencialidades de las revistas musicales como fuente, para confirmar incluso desde una perspectiva preliminar, como estas se confirman con sorprendente claridad. Con ello referimos la posibilidad de recolectar información relevante a partir de una misma publicación sobre a) la producción musical en sí, b) el lugar que ocupa la música en la sociedad, y c) características y dinámicas de esa sociedad en concreto. De este modo, podemos definir prontamente a *Rosario Musical* como una publicación puntualmente dedicada a promocionar las novedades en el ámbito musical rosarino, haciendo énfasis en la actividad y los aportes de los músicos profesionales locales pero, asimismo, como un espacio que no descuida los debates abiertos a la opinión pública acerca de la valoración de los distintos géneros musicales o los efectos de ciertas medidas políticas que afectaban directamente al mundo musical. No obstante, tales medidas deben entenderse en el peculiar contexto sociopolítico que atravesaba la provincia de Santa Fe durante la década del treinta⁴, años en los que se atravesó entre diversas convulsiones, por una nueva intervención federal⁵ que culminó hacia 1937 con las elecciones que le dieron

Por otro lado, si bien aparece sistematizada dentro de la *Guía de Revistas de Música de la República Argentina* de Donozo (2009), prácticamente carece de descripción y detalles de su catalogación en archivo.

4. Durante los años de publicación de *Rosario Musical*, la provincia de Santa Fe transitaba una nueva intervención federal -con la que el gobierno de A.P. Justo había destituido de la gobernación de la provincia a Luciano Molinas (Partido Demócrata Progresista)- que culminó hacia 1937 con las elecciones que le dieron el triunfo al candidato de la Concordancia, Manuel María de Iriondo. Tales devenires políticos permiten comprender, por ejemplo, los cambios de normativas y reparticiones administrativas a escala provincial de tendencia centralizadora, que se encargaron de reglamentar y regular las disposiciones relativas a la educación en general y de la educación artística en particular, una vez desandada la experiencia reformista de la democracia progresista. Ver Fernández (2013)

5. En 1935, desde el ejecutivo nacional Agustín P. Justo destituyó de la gobernación de la

el triunfo al candidato de la Concordancia, Manuel María de Iriondo.⁶ Tales devenires políticos permiten comprender por ejemplo, los cambios de normativas y reparticiones administrativas a escala provincial de tendencia centralizadora, que se encargaron de reglamentar y regular las disposiciones relativas a la educación en general y de la educación artística en particular, una vez desandada la experiencia reformista de la democracia progresista. (Fernández; 2013)

El apartado subsiguiente profundiza en aspectos descriptivos de *Rosario Musical* como publicación, para poder luego ofrecer algunas reflexiones iniciales sobre uno de los tantos debates que aparecen en sus páginas: la diferenciación en el gusto musical rosarino entre “lo clásico” y “lo popular”.

OBJETIVOS, ESTRUCTURA Y SECCIONES DE ROSARIO MUSICAL

Considerando las características que definen a *Rosario Musical* como prensa periódica puede decirse que, al momento de la consulta, fue posible acceder a 34 números mensuales (enero de 1935 hasta enero de 1938). Observando su formato, se observa que se trata de un boletín bastante sobrio y austero desde lo gráfico, donde el color no es el elemento predominante. Sus tapas (Imagen 1, 2, 3 y 4) presentan simplemente el nombre de la revista en tipografías que cambian número a número, junto con la fotografía de algún músico de reconocimiento local o internacional y del cual, se incluyen luego comentarios o información de interés en el cuerpo de la misma. Con su título, claramente se buscaba puntualizar en la preocupación central de sus editores: reseñar a la actividad musical desarrollada en esta ciudad, para dar a conocer y valorizar la producción musical local. No obstante, como puede confirmarse seguidamente, esta revista daba cuenta de los acontecimientos culturales y la realidad musical de un espacio ampliado

provincia a Luciano Molinas (Partido Demócrata Progresista), quien desde 1932 encabezaba una gestión de tendencias reformistas, en la que incluso llegó a ponerse en vigencia la reforma constitucional aprobada en 1921 e iniciar modificaciones en el sistema político, judicial, administrativo y educativo, aunque luego, todo el proyecto quedara trunco. (Piazzesi, 2004)

6. Para un análisis general del contexto sociopolítico y económico de la ciudad de Rosario durante la década de 1930 ver Fernández y Armida (2000)

MICAELA YUNIS

que puede delimitarse a través de sus corresponsalías en otras localidades del interior y las permanentes menciones realizadas sobre las dos ciudades capitales de referencia, Santa Fe y Buenos Aires.

Como segundo detalle a considerar debemos mencionar que, a pesar de ciertas variaciones en la gráfica que son visibles, un rasgo común que se mantiene a lo largo del tiempo, es la frase del reconocido compositor, profesor y musicólogo belga, François-Joseph Fétis: “La música es la obra ideal de la humanidad”.



Imagen 1. Tapa del N°1, Año 1.

Fuente: BNMM, sección “Hemeroteca”. *Rosario musical*, N° 1, enero de 1935



Imagen 2. Tapa del N°13, Año 2.

Fuente: BNMM, sección "Hemeroteca". *Rosario musical*, N° 13, enero de 1936



Imagen 3. Tapa del N° 31, Año 3.

Fuente: BNMM, sección "Hemeroteca". *Rosario musical*, N° 31, enero de 1937



Imagen 4. Tapa del N° 35, Año 4.

Fuente: BNMM, sección "Hemeroteca". *Rosario musical*, N° 35, abril de 1938

A lo largo de los más de tres años de edición, la revista mantuvo el mismo director –Luis Romano– y la misma dirección administrativa en el radio céntrico de la ciudad: San Martín 894, local en el que la tradicional firma Casa Romano disponía la venta de instrumentos y artículos musicales (cuerdas, partituras, discografía), como uno más de sus rubros comerciales⁷. Siguiendo lo que Ginzburg (2004) describe como “indicios”, pueden conjeturarse algunas posibilidades. En principio, que la revista era impresa por la misma casa editorial que la de las partituras ya citadas. En segundo lugar, la estrecha relación entre director y establecimiento editorial explica, además, que el principal auspiciante de la publicación fuera la casa comercial propiedad su hermano: Vicente Romano. La asiduidad con la que sus publicidades aparecen en *Rosario Musical* permite asimismo recolectar datos acerca del amplio abanico de bienes musicales que dicha casa ofrecía: listados de partituras en venta, variedad de instrumentos, los nuevos adelantos en tecnología radiofónica, colecciones de discos disponibles, etc.⁸

Sin embargo, la revista no funcionaba ni estaba pensada como mera publicación comercial. Dirigida a un público moderadamente especializado, sus distintas secciones incluían

7. En el N° 27, de enero de 1937 la misma revista publicó una nota descriptiva de dicha casa comercial, propiedad del siciliano Vicente Romano y afincada en Rosario desde hacía más de veinticinco años. Sus instalaciones poseían doble entrada, la ya mencionada por calle San Martín y otra por Rioja al 1040, en la cual se concentraba la venta de artículos para el hogar y aparatos de radiofonía. En sus subsuelos, además, contaba con talleres de compostura de pianos e instrumentos musicales en general, a cargo de personal especializado. (BNMM, sección “Hemeroteca”, *Rosario Musical*, N°37, “Casa Romano es un establecimiento musical modelo”, enero de 1937. p. 25). Producto de las diversas indagaciones realizadas en los catálogos de la Hemeroteca de la Biblioteca Nacional, sabemos además que en este mismo establecimiento de imprimían y editaban bajo el sello de “Casa Romano” muchas de las partituras que luego de publicitaban en la revista, junto con los de otras firmas como Ricordi, Balerio y Bonini, ediciones musicales José F. Traviglia, etc.

8. Cabe aclarar que ya para la segunda mitad de la década 1930, y a pesar de la decadencia sufrida durante la crisis de 1929, el mercado del consumo de bienes musicales a nivel nacional se había transformado de manera inédita gracias a la consolidación de la radiofonía y la industria discográfica. Como afirma Marina Cañardo (2017), la grabación de la “música nacional argentina” promovió una nueva valoración de la interpretación musical, a punto tal que no solo masificó el consumo de distintos géneros musicales –favoreciendo el predominio del tango sobre otros géneros, como la música sinfónica– sino que además, modificó de modo decisivo la competencia entre la música en vivo y la música reproducida, y por ende, los nuevos vínculos laborales de los músicos que decidían ingresar a la industria del disco.

notas de actualidad sobre eventos musicales y la actividad de los conservatorios, una guía de las principales instituciones dedicadas a la educación de la música, reflexiones sobre teoría musical y los estilos de grandes compositores, notas de opinión acerca de la reglamentaciones y disposiciones estatales que afectaban a las prácticas musicales, etc. Muchas de estas intervenciones eran escritas por los músicos más reconocidos de la región –Humberto De Nito, Clemente Greppi, Leo Crelerot, José Güenna– suscitando diálogos posteriores que se prolongaban en las cartas de lectores. La revista contaba, además, con aportes enviados por corresponsales de las localidades del interior, con la intención desde la editorial de ampliar la cobertura de las actividades musicales hacia otras provincias y expandir su influencia en la opinión pública. De tal manera, a partir del N° 14 puede encontrarse, incluso, la nómina de corresponsales en localidades como Concordia (Entre Ríos), Monte Maíz (Córdoba), San Marcos Sud (Córdoba), Venado Tuerto (Santa Fe), San Genaro (Santa Fe), Casilda (Santa Fe) y Colonia Bustinza (Santa Fe).⁹ Además de recoger las novedades musicales estos corresponsales eran los encargados de asegurar nuevos suscriptores para la revista, aclarando que podían acordar con ellos para recibirla por correo.

Retomando los aspectos estructurales de la revista y cotejando entonces la totalidad de los números disponibles para su consulta pueden precisarse algunas secciones que se mantienen desde los inicios de la publicación y aparecen publicadas con mayor regularidad:

- a) Presentación inicial presente prácticamente en casi todos los números, aunque resulta difícil diferenciarla en cuanto su estructura textual de otras secciones. En ella se puntualizaba sobre temas muchas veces relacionados a los acontecimientos fundantes de la publicación –presentación y objetivos¹⁰, primer aniversario¹¹, balances anuales¹²– o con debates actuales del mundo musical y

9. BNMM, sección "Hemeroteca", *Rosario musical*, N°14, "Corresponsales de Rosario musical en el interior", febrero de 1936, p.14.

10. BNMM, sección "Hemeroteca", *Rosario musical*, N°1, "¡Presente!", enero de 1935, p.1

11. BNMM, sección "Hemeroteca", *Rosario musical*, N°12, "Nuestro primer aniversario", enero de 1936, p.1

12. BNMM, sección "Hemeroteca", *Rosario musical*, N°33, "El balance artístico del año", diciembre de 1937, p.1

radiofónico¹³. Sin dejar en claro si es el editor de la revista quien la escribe, la misma se transforma en ciertas ocasiones en una suerte de editorial que permite asimismo detectar los posicionamientos adoptados frente a sus lectores respecto a dichos debates.

- b) Movimiento Musical Rosarino publicada con gran frecuencia ocupando un espacio central del boletín –por lo menos en veinticinco de los números-. En ella se comentaban las principales actividades musicales referidas a conciertos, conservatorios, asociaciones musicales y culturales o figuras internacionales que visitaban la ciudad.
- c) La sección **Bibliografía** también es recurrente, presentada desde el número inicial como una columna destinada a comentar libros y partituras que los maestros músicos desearan enviar con el fin de promover la difusión de los autores locales¹⁴.
- d) tituladas según el nombre del establecimiento o como parte de la sección Visita mensual a Conservatorios¹⁵, eran frecuentes las notas especialmente dedicadas a detallar las actividades de docentes y estudiantes de algunas instituciones rosarinas en concreto, como lo serán las dedicadas al Conservatorio Argentino¹⁶, el del Profesor Escalante¹⁷ o el Conservatorio Beethoven¹⁸.

13. Para referenciar algunos ejemplos de los debates abordados ver: BNMM, sección "Hemeroteca", *Rosario musical*, N° 23, "Las entidades de cultura no deben ser elementos de competencia comercial", noviembre de 1936, p. 1; N°28, "La Creación del conservatorio Provincial", julio de 1937, p. 3; N°35, "Las retransmisiones de radio", abril de 1938, p.1.

14. BNMM, sección "Hemeroteca", *Rosario Musical*, N°1, "Bibliografía", enero de 1935, p.7

15. Esta columna puede rastrearse constantemente desde el N°21 al N°27 de *Rosario Musical*, ofreciendo la crónica de la visita a Conservatorios como el Chopin, el Santa Cecilia o el Instituto Musical Fontova, acompañando la crónica o los detalles sobre los exámenes con numerosas fotografías de sus estudiantes.

16. BNMM, sección "Hemeroteca", *Rosario Musical*, N°4, "Conservatorio Argentino", abril de 1935, p. 10-11

17. BNMM, sección "Hemeroteca", *Rosario Musical*, N°15 "Conservatorio Escalante. Alumnas egresadas", marzo de 1936, p.11-12

18. BNMM, sección "Hemeroteca", *Rosario Musical*, N°15, "El conservatorio de música Beethoven", marzo de 1936, p.14-15

- e) biografías de músicos y compositores europeos consagrados –por nombrar algunos, Bach, Debussy, Bellini, Stravinski, Bizet– así como análisis sobre su obra musical¹⁹. Se anexionaban también como complemento informativo, breves columnas que funcionan como “noticiarios” sobre la actividad musical europea²⁰

Este breve repaso de las temáticas y secciones más frecuentes confirma así el espíritu melómano que alienta al equipo editorial de *Rosario Musical*. La gratuidad con la que se ofrecía la publicación a los lectores interesados por su parte expresa además la férrea intención del equipo editorial de difundir y promover el desarrollo de la actividad musical hacia un público ampliado.

Es que *Rosario Musical* se costeaba principalmente a partir de la publicidad²¹, la cual se trataba en su mayoría de marcas de artículos musicales, discos y radiofonía comercializados por Casa Romano –radiotransmisores Philco, ediciones Ricordi– (Imagen 5 y 6). No obstante, también existen anuncios de diversos conservatorios y profesores de música que ofrecían sus servicios, y de otros rubros más generales, como ser Cigarrillos Combinados, Tinturas Rosays, Corpulin preparado para lustrar muebles finos y pianos, Beltramino (papelería), la reconocida tienda La Favorita o el Banco Popular de Rosario (Imagen 7).

19. . El caso más sobresaliente de esto último es la reflexión de Humberto de Nito publicada en seis fascículos sobre las Sonatas de Beethoven, para contextualizar y brindar herramientas de interpretación de estas formas musicales Ver BNMM, sección “Hemeroteca”, *Rosario musical*, N°2, “Las sonatas para piano de Beethoven”, febrero de 1935, p. 3; N°3, marzo de 1935, p.3; N°4, abril de 1935, p.6 y 20; N°5, mayo de 1935, p.6; N°6, junio de 1935, p.7; y N°7, julio de 1935, p. 9-10.

20. BNMM, sección “Hemeroteca”, *Rosario musical*, N°7, “Noticias”, julio de 1935, p. 2; N°13, “Las actividades musicales en Europa”, enero de 1936, p.38

21. Como bien señala Fernando Rocchi (1998; 1999), las estrategias publicitarias fueron desde finales del siglo XIX la práctica que transformó radicalmente la relación de las empresas con sus clientes, dado que suprimía al comercio como intermediario y fomentaba la “soberanía del consumidor”. A estas alturas, la publicidad gráfica y radiofónica formaban parte de la vida cotidiana del lector y el radioescucha, y constituía ya un factor determinante de la transformación hacia un mercado masificado.



Imagen 5. Publicidad recurrente de Casa Romano, extraída en este caso del N° 7, Año 1.

Fuente: BNMM, sección "Hemeroteca". *Rosario musical*, N° 7, julio de 1935, p. 23.

PHILCO LA RADIO DE UNIDADES
ELECTRICAS BALANCEADAS
ES EL RECEPTOR
QUE LE RENDIRA GRANDES SATISFACCIONES



MODELO 86
PHILCO, 5 válvulas, corriente alterada, broncea
cañal total, selectivo y potente.
\$ 275 c. l.

MODELO 81, 5 válvulas, para corriente alterada.
\$ 295 c. l.

MODELO 82, 5 válvulas, corriente alterada, potencia equivalente a receptores de 5
válvulas de otras marcas.
\$ 325 c. l.

PHILCO A BATERIAS, 4 válvulas, Modelo 83,
recepción superior a cualquier receptor eléctrico.
\$ 325 c. l.

PHILCO Modelo 84, 5 válvulas, potencia receptora
de gran alcance y selectividad. Control de sintonía
por bobinas, anti-fading, etc. Para corriente
alterada.
\$ 450 c. l.



MODELO 144
PHILCO para onda corta y larga de 4 válvulas,
corriente alterada, con anti-fading y regulación
de ondas parásitas.
\$ 475 c. l.

MODELO 40
PHILCO para onda corta y larga, 5 válvulas, co-
rriente continua, anti-fading, etc.
\$ 495 c. l.

MODELO 18
PHILCO para onda corta y larga, corriente alterada,
11 válvulas, el más poderoso receptor que
se ha presentado al mercado.
\$ 685 c. l.

MODELO 34
PHILCO de 5 válvulas, onda corta y larga, para
BATERIAS. Estructura compacta y gran rendimiento
en sus labores.
\$ 495 c. l.

INSISTA EN UN PHILCO

Imagen 6. Publicidad a página completa de radiotransmisores Philco, N° 2, Año 1.
Fuente: BNMM, sección "Hemeroteca". Rosario musical, N° 2, febrero de 1935, p. 2.



Imagen 7. Publicidades de auspiciantes generales. Líquido lustramuebles “Corpulín”, tienda “La Favorita” y cigarrillos “Combinados”.

Fuente: BNMM, sección “Hemeroteca”. *Rosario musical*, N° 7, julio de 1935, p. 9; N° 13, enero de 1936, p. 26; N° 3, marzo de 1935, p. 14.

Respecto de la adquisición y circulación de *Rosario Musical*, ésta podía retirarse personalmente en el local o solicitando la suscripción por correo, enviando los cupones incluidos en las páginas de cada ejemplar. A partir de este medio de distribución y considerando las corresponsalías antes mencionadas, es factible considerar que la revista fuera leída también en localidades de las provincias aledañas²².

El envío por correo fue gratuito hasta mediados de 1936, cuando comenzó a solicitarse a los suscriptores que, para recibir la revista por correo, debían hacer llegar a la redacción las estampillas de correo o el equivalente en efectivo de estas.²³ Este pedido pudo deberse a ciertas dificultades económicas que comenzó a experimentar el equipo editorial para el sostenimiento de la impresión y que terminaron por volver inviable su publicación hacia 1938.

SOBRE LOS DEBATES EN TORNO A LA DIFERENCIACIÓN DEL GUSTO MUSICAL ROSARINO

A diferencia de otras publicaciones analizadas, *Rosario Musical* no es solo la primera revista específicamente dedicada al ámbito musical a escala regional. Debido a la coyuntura temporal durante la que es publicada, es, además, una de sus principales riquezas como fuente documental es que permite percibir claramente las diferenciaciones en el gusto musical rosarino.

En este sentido, uno de los principales elementos que ofrece dicha revista es el detalle de una oferta de discos y partituras de música particularmente frondosa. Tango, fox trot, milongas, polcas, fandangos, marchas, jazz, pero también las clásicas sonatas, arias de ópera y conciertos de consagrados compositores y orquestas europeas. No obstante, y en concordancia con lo planteado por Marina Cañardo (2017), el abanico de grabaciones fonográficas ofrecidas por marcas como Victor RCA, DECCA y Odeón (Imagen 8) y sus distintos sellos, permite observar cierta relevancia numérica de grabaciones de géneros populares, posiblemente respondiendo a los cambios de tendencia en la demanda.

22. BNMM, sección "Hemeroteca", *Rosario musical*, N° 3, marzo de 1933, p.17

23. BNMM, sección "Hemeroteca", *Rosario musical*, N° 17, mayo de 1936, p.20 y N°34, enero de 1938, p. 13.

18 ROSARIO MUSICAL

NOVEDADES EN DISCOS " O D E O N "

★ ★ ★

<p>Canaro y su orquesta:</p> <p>4821—Mata mata, Tango. La mariposa, Bachicha.</p> <p>4822—Apura mata, quien comeo, Tango. Ya saciedad en campo, Bachicha.</p> <p>4823—Daguito, Milonga. Siempre así, Vale estrellado.</p> <p>4824—Como al viento de la luna, Bachicha. Mi dulce al alma, Vale.</p> <p>4825—Ternencia. Profecía gitana, Tera dulce.</p> <p style="text-align: center;">•</p> <p>R. Firpo y su orquesta:</p> <p>4826—Flor de paloma, Valse, Estrellado. Música del Ebro, Pasodoble.</p> <p style="text-align: center;">•</p> <p>J. de Dios Filiberto y su orq. Portaña:</p> <p>4827—Si te, Tango. Barrilete del Estero, Vale.</p> <p style="text-align: center;">•</p> <p>Harry Roy y su Jazz:</p> <p>19118—Perdida en la noche, Foxtrot. Caballero sentimental de Georgia.</p> <p>19119—Humero, valse y cacha, Foxtrot. Oh, Baby, Baby, Foxtrot.</p> <p style="text-align: center;">•</p> <p>Carlos Gardel:</p> <p>10008—Canción Abajo, Tango, Patricio 1000. Cibolita está que sí, Cacha Patricio Cam- sa Abajo.</p>	<p>Charlo:</p> <p>10714—Mata mata, Tango. No me diese tristes miradas, Vale.</p> <p style="text-align: center;">•</p> <p>Dño Torres-Alpieri:</p> <p>10715—La coronación, Bamba. Qué dice Val? Canción.</p> <p style="text-align: center;">•</p> <p>Santa Paula Serenaders:</p> <p>41009—La coronación, Bamba. Inocencia, Foxtrot.</p> <p style="text-align: center;">•</p> <p style="text-align: center;">REFERTORIO CLASICO</p> <p>19476—Dobos, Poema Simf. Partes 1 y 2.</p> <p style="text-align: center;">•</p> <p style="text-align: center;">SOLO DE PIANO CON ORGANIO</p> <p>19476—Repertorio en 4 part. Partes 1 y 2. H. RANNEY (Organio) Patricia. Sousa-organio (19476).</p> <p style="text-align: center;">•</p> <p style="text-align: center;">LAS PUAS "ODEON" SON LAS MEJORES.</p> <hr/> <p style="text-align: center;">LA NUEVA PORTATIL " O D E O N "</p> <p style="text-align: center;">es una maravilla, sencilla de manejar con buena música.</p>
---	---

Imagen 8. Publicidad a página completa de los nuevos ingresos de discos "Odeón", N° 1, Año 1.

Fuente: BNMM, sección "Hemeroteca". Rosario musical, N° 1, enero de 1935, p. 18.

Una lectura atenta de los títulos y géneros musicales a los que estos bienes refieren permiten inferir que hacia mediados de la década del '30 las diferenciaciones en cuanto al gusto musical estaban ya al menos esbozándose y la masificación de la música grabada estaba claramente inclinando la balanza hacia géneros populares bailables. Otro tanto sucedía con las partituras, en las que también puede observarse una importante injerencia de piezas populares del mismo tipo.

Estas diferenciaciones estaban en la palestra del debate musical, volviendo necesarias algunas reflexiones y definiciones en relación con la “buena” y la “mala” música. En este sentido el equipo editorial se posicionó abierto a publicar aportes que sostuvieran perspectivas encontradas²⁴, postura que implicó prontamente que debieran aclarar que no se proponían dirimir la superioridad de un género sobre otro, sino servir de tribuna para todas las opiniones.

Consecuentemente, en los números de *Rosario Musical* podían encontrarse, entremezcladas, notas detalladas sobre las más prestigiosas actividades musicales organizadas por asociaciones culturales como El Círculo –la visita a la ciudad y los conciertos del renombrado compositor y director ruso Ígor Stravinski, por citar un ejemplo²⁵–, con crónicas sobre la variada programación radial de las principales emisoras locales.

Pueden encontrarse algunas notas de espíritu más crítico, publicadas con cierto tono de reproche, que refieren la selección de obras realizada por la Asociación Sinfónica para las presentaciones de su orquesta sinfónica. Si bien desde *Rosario Musical* se reconocía como loable la inclusión de composiciones de autores argentinos, resultaba imperdonable la ausencia de obras de compositores rosarinos, las cuales consideran equivalentes en calidad musical, aunque carecieran del mismo reconocimiento²⁶. Otra conjetura posible sobre la que se debería indagar con mayor cantidad de fuentes documentales es la relación de este tipo de cuestiones, en conexión con un conjunto de tensiones sur-

24. BNMM, sección “Hemeroteca”, *Rosario Musical*, N° 5, “La Buena música” (por A. Maritano), mayo de 1935, p. 7; N°10, “En favor del tango” (por Inra), octubre de 1935, p. 7 y “Motivos fundamentales que inducen a la mala música” (por F. Botta), p.10.

25. BNMM, sección “Hemeroteca”, *Rosario Musical*, N° 18, “Movimiento Musical Rosarino. De concierto Stravinsky”, junio de 1936, p.11; 17-19.

26. BNMM, sección “Hemeroteca”, *Rosario Musical*, N° 22, “Los programas de la Sinfónica de Rosario”, octubre de 1936, p.3

gidas dentro del colectivo de músicos rosarinos –la falta de inclusión en las orquestas, por ejemplo–, que provocarían la posterior creación a mediados de 1937 de una nueva asociación musical, la Sociedad Filarmónica de Rosario. Esta segunda asociación musical surge como desprendimiento de la primera (Cozzi, 2007: 35) y, por lo indicado en varias notas anteriores, puede suponerse que la poca visibilidad dada a la producción y la participación de músicos locales fue uno de los principales motivos de tensión en el ámbito musical rosarino.

En la misma línea, aparece de nuevo en los editoriales del N°18 y N° 20 esta tensión permanente que amenaza el desarrollo de la música local, esta vez en relación a la contratación de “músicos importados” –orquestas extranjeras o también de Capital Federal- por parte de empresarios y particulares rosarinos para sus espectáculos, en vez de privilegiar a los músicos de la ciudad. Para remediar esta clara desventaja, *Rosario Musical* instaba a los músicos rosarinos a formar un “frente único”, que aplique la reciprocidad de ejecución únicamente con los músicos porteños que presentaran sus obras, y asimismo aunara fuerzas para reclamar la intervención de las autoridades para la adopción de algún tipo de medida “proteccionista”, que priorizara la contratación de los locales, frente a los músicos no rosarinos.²⁷

Este tipo de debates y el proceso de diferenciación en los gustos musicales que se puede percibir con notable claridad es, sin duda, sólo la punta del hilo de la madeja. *Rosario Musical*, como publicación mensual especializada en los devenires del mundo musical rosarino, abre infinitas problemáticas que merecen ser exploradas y cotejadas de manera comparativa con otras fuentes documentales para ahondar en el análisis del desarrollo y consolidación del ámbito musical rosarino de entreguerras. Las nuevas normativas aplicadas a la educación musical en los conservatorios, los vaivenes del movimiento asociativo musical en la ciudad, un estudio detallado del cambio en la oferta y demanda y la accesibilidad de los bienes culturales musicales, son todos ejes de análisis que restan ser tratados en detenimiento, y que, por la extensión misma de este trabajo, serán desarrolladas en futuros trabajos.

27. BNMM, sección “Hemeroteca”, *Rosario musical*, N°18, “Músicos importados”, junio de 1936, p.1.; N°20, “Lo que deberían hacer los músicos de Rosario”, agosto de 1936, p.1.

BIBLIOGRAFÍA

- Cañardo, M. (2017) *Fábricas de música. Comienzos de la industria discográfica en la Argentina (1919-1930)*. Buenos Aires: Gourmet musical
- Cozzi, D. (2007) *La Creación Musical en Rosario*, Rosario: UNR Editora.
- Donozo, L. (2009). *Guía de Revistas de Música de la República Argentina (1829-2007)*, Buenos Aires: Gourmet Musical Ediciones.
- Donozo, L. (2012). "Once conclusiones provisorias sobre las revistas de música". En Mansilla, Silvina Luz (Dir.), *Dar la nota. El rol de la prensa en la historia musical argentina*, Buenos Aires: Gourmet Musical Ediciones. pp. 13-20
- Fernández, S. (2007a). "Introducción". En Fernández, Sandra (comp.). *Más allá del territorio. La historia regional y local como problema. Discusiones, balances y proyecciones*. Rosario: Prohistoria. Pp. 9-12
- Fernández, S. (2007b). "Los estudios de historia regional y local: de la base territorial a la perspectiva teórico-metodológica". En Fernández, Sandra (comp.). *Más allá del territorio. La historia regional y local como problema. Discusiones, balances y proyecciones*. Rosario: Prohistoria. Pp. 31-46
- Fernández, S. (2010). *La Revista El Círculo o el arte de papel. Una experiencia editorial en la Argentina del Centenario*. Murcia: Edit.um.
- Fernández, S. (2013). "Olga Cossettini en el laberinto de la sociabilidad política santafesina (1937-1943)". En: *XIV Jornadas Interescuelas/Departamentos de Historia*. Mendoza: Departamento de Historia de la Facultad de Filosofía y Letras. Universidad Nacional de Cuyo.
- Fernández, S. y Armida, M. (2000) "Una ciudad en transición y crisis". En PLA, Alberto (coord.) *Rosario en la historia (de 1930 a nuestros días)*. Tomo I. Rosario: UNR Editora.
- Ginzburg, C. (2004). *Tentativas*, Rosario: Prohistoria Ediciones.
- Gómez, S. (2015). Caras y caretas: el semanario como caricatura, *Estudios del ISHiR*, 12, 23-46.

- Mejías, A. (2017). De Monos y Monadas a Gestos y Muecas: el impacto de la política sobre el campo periodístico rosarino. En: Actas XVI Jornadas Interescuelas/Departamentos de Historia, Universidad de Mar del Plata.
- Moraña, A. (2008). “La propaganda, la moda y el consumo en la revista Caras y Caretas (Argentina, 1898-1910)”. *Estudios*, 16, 32, s/p.
- Mouguelar, L. (2014). Viajes, redacciones e imágenes modernas: los dibujantes del semanario Gestos y Muecas. *Domínios da Imagem, Londrina*, 8, (16), 72-93.
- Piazzesi, S. (2004). Una democracia electoral imperfecta. Santa Fe en la primera mitad de la década de 1930. *Estudios sociales*, 27, s/p.
- Pons, A., Serna, J. (2007). Más cerca, más denso. La historia local y sus metáforas. En Fernández, S. (Comp.). *Más allá del territorio. La historia regional y local como problema. Disusiones, balances y proyecciones*. Rosario: Prohistoria. pp. 17- 30
- Rocchi, F. (1998). Consumir es un placer: La industria y la expansión de la demanda en Buenos Aires a la vuelta del siglo pasado. *Desarrollo Económico*, 37(148), 533-558.
- Rocchi, F. (1999). Inventando la soberanía del consumidor: publicidad, privacidad y revolución del mercado en Argentina, 1860-1940. En: Devoto, F. y Madero, M., *Historia de la vida privada en Argentina*, Tomo 2. Buenos Aires: Taurus.

8.

TRAYECTOS FEMENINOS DE CONSUMO EN LA ROSARIO DE ENTREGUERRAS

LORENA SGUIGNA

ALDANA PULIDO

MICAELA PELLEGRINI MALPIEDI

AGUSTINA MOSSO

PAULA CALDO

TEXTO Y CONTEXTO DE LA REVISTA *MONOS Y MONADAS*

El presente capítulo se propone abordar la problemática de las mujeres y las trayectorias de consumo en un recorte espaciotemporal singular: Rosario, durante el período 1920-1945¹. El mismo persigue la siguiente hipótesis: durante las décadas de 1920 y hasta 1945, las prácticas de consumo marcaron la vida cotidiana de varones y mujeres, específicamente en los espacios urbanos, a partir de un profuso trabajo de la prensa/publicidad, un proceso de complejización de los formatos comerciales (el advenimiento de las grandes tiendas) y una apertura, democratización y diversificación de los productos en clave de edades, pero fundamentalmente de género.

La decisión metodológica de la investigación, también contextualizada dentro del denominado período de entreguerras (Fernández y Videla, 2008), responde al sesgo particular que adquirió esta ciudad santafesina luego de atravesar por profundos cambios socioeconómicos que facilitaron el arribo de una sociedad marcada por el acto de consumir. Efectivamente ya son varios los estudios que, debido a las marcas de su origen, definen a esta localidad como una ciudad fenicia. Adjetivación que se utiliza para diferenciarla de la ciudad de Santa Fe de Veracruz, capital de la provincia homónima. Mientras ésta última se caracterizó por el linaje, el catolicismo y centros de conservadurismo, Rosario lo fue por su despojo colonial y terrateniente. A la vera del puerto, su economía tuvo como principal impulso el intercambio comercial agroexportador que, como veremos, avanzado el siglo XX se intercaló con el desarrollo de las manufacturas industriales; lo que le otorgó una inconfundible impronta burguesa.

Poco a poco, Rosario comenzó a constituirse en la principal puerta de salida de la producción de granos del país, ruta económica que impactó exponencialmente en la densidad de población. La variada oferta laboral ofrecida por la ciudad-puerto, sumada a la

1. El presente capítulo resume los primeros avances de una pesquisa enmarcada en el Proyecto de Investigación y Desarrollo N°80020180100163UR: Mujeres y prácticas de consumo en la ciudad de Rosario 1920-1945 (Resolución de CS de la Universidad Nacional de Rosario: N° 348/2020). El objetivo inicial que perseguía el proyecto se vio afectado por las políticas sanitarias derivadas de la pandemia de COVID19. Las mismas indujeron el cierre de los archivos de consulta pública, imposibilitando el acceso al minucioso trabajo realizado por las y los historiadores en los centros documentales. Por tal motivo, decidimos capitalizar el uso de los documentos digitalizados en la Colección Histórica Digital de la Biblioteca Argentina Juan Álvarez, de la municipalidad de Rosario.

llegada de las masas inmigrantes trasatlánticas e internas, le imprimieron una fisonomía urbana particular constituida por las diferentes clases sociales (Fernández y Videla, 2001). Burgueses/as y subalternos/as reunieron así características propias que les otorgaron pertenencias de clase. Mientras que estos últimos se desempeñaban como obreros/as, empleados/as, peones, planchadoras, etcétera; los/as primeros/as buscaron circuitos de proyección propia que se tradujeron en ocupaciones laborales diferenciadas de los espacios urbanos como también en prácticas políticas y culturales que les otorgaban identidad propia. En el avance del siglo XX, la ciudad fenicia empezó a presentar significativos cambios socioeconómicos, fundamentalmente marcados por la necesidad de industrializar un territorio que hasta el momento se había inclinado por el desarrollo de una economía agroexportadora, ahora convaleciente (Fernández y Videla, 2008). Si bien las tentativas iniciales por la industrialización por sustitución de importaciones se materializaron en los primeros años del siglo XX (1916-1930), fueron los 30's los que se mostraron con mayor solvencia por llevar a cabo el proyecto. De esta forma, el período fue la bisagra económica que apostó a establecer un nuevo patrón de acumulación en Argentina, que en el centro del país cobró mayor fuerza.

Debe advertirse que estos años generaron transformaciones en la realidad que, aunque impactaron directamente en lo económico, tuvieron sus secuelas en las relaciones sociales, en las prácticas de sociabilidad, en los modos de habitar el espacio y también en el plano de la cultura (Fernández y Videla, 2008).

Este proceso de transformación desembocó en lo que Fernando Rocchi (1999) denominó la transición de una sociedad con consumo a una sociedad de consumo, en la cual se desarrolló una masividad publicitaria, optando como medio gráfico el modo de persuadir y "domesticar" al público consumidor (Fernández, 2006). Estas innovaciones sociales demandaron algunas prácticas y valores nuevos para los sujetos: de ahora en más una vida definida por el trabajo y el consumo. Entendiendo a este último como no sólo la compra sino también la selección, el uso, el mantenimiento, la reparación y el descarte de objetos. Por otro lado, no solo se consumen objetos, sino también ideas y experiencias, deseos y expectativas. Consumir, en este sentido, excede la acción instrumental de satisfacer una necesidad, implicadas así también la construcción de identidades sociales, así como la búsqueda de pertenencias y la distinción social (Pérez, 2015: 100).

En la sociedad de consumo se avistó el surgimiento de un conjunto de diarios, periódicos y revistas que se constituyeron como el canal tangible de la publicidad y como medio para captar clientes. En el centro de este proyecto se ubicaban las editoriales, operadores culturales de transmisión político-ideológica, noticias sociales, y trayectos posibles de consumo. En este ejercicio de persuasión, las publicaciones se fueron fraccionando de acuerdo a prácticas, expectativas y saberes exclusivos por edades y géneros (Bon-tempo, 2011), otorgándole especificidad al consumo editorial. Entre esta amalgama de publicaciones encontramos la que aquí nos convoca: *Monos y Monadas*.

Esta revista, de impresión semanal, fue publicada en la ciudad de Rosario durante los años 1934 y 1936² y llegó a los hogares de diferentes localidades cercanas a la urbe: Venado Tuerto, Firmat, Cañada de Gómez, Rufino, Casilda, Coronel Bogado. El objeto editorial tenía un costo de 0,20 centavos y contaba con unas 50 páginas aproximadamente siendo financiado por entes privados pertenecientes a la burguesía rosarina en concordancia con los intereses del Partido Demócrata Progresista.

Dentro del semillero de revistas que surgieron en la sociedad de consumo, *Monos y Monadas* se ubicaba en el conjunto de publicaciones de interés general, aquellas que cabalgaban entre la crítica política y el magazín ilustrado.

Esta perspectiva amplia le permitía llegar a un público diverso, o al menos, sin distinción de género. De tal forma, mujeres y varones recibían la publicación semana tras semana informándose acerca de proyectos políticos, eventos sociales y culturales, prácticas deportivas y demás trayectos de sociabilidad y consumo de la urbe. Sin duda, aunque la publicación presentaba como lectores predilectos a los varones, entre sus páginas las mujeres también adquirieron gran visibilidad, aunque en las secciones consideradas específicamente femeninas, donde abundaban las notas sobre el deber ser femenino y la incitación al consumo a través de la publicidad.

Al agudizar la vista sobre la lógica editorial de la revista, es posible señalar que no contaba con un índice preestablecido; el contenido del número iba cambiando de acuerdo con la agenda de noticias y eventos que se protagonizaban durante la semana. Eso sí, exis-

2. *Monos y Monadas* tuvo dos épocas separadas por una brecha temporal amplia en la que dejó de editarse. La primera se editó entre junio de 1910 y abril de 1913 (Megías, 2017) y, la segunda, entre junio de 1934 y el año 1936 (Mouguelar, 2006).

tían algunas notas y columnas que habitualmente se reiteraban; las mismas, agrupadas, daban cuerpo a un sumario flexible que, a grandes rasgos, reunía cuatro partes: *relatos literarios*, conservando el acopio de escritos políticos, ficticios y de cultura en general por parte de intelectuales y demás aficionados/as; *moda, estética, saberes domésticos y decoraciones* (que contaban con las mujeres como lectoras predilectas); *actualidad*, una sección que se ubicaba en las principales páginas de la revista compartiendo noticias sobre acontecimientos semanales de la urbe; y finalmente *notas varias*, un compendio ecléctico de información cuyo contenido no siempre se correspondía con la línea editorial general.

Al indagar con precisión, estas secciones dan cuenta que la revista mantuvo un sumario flexible. Pero en esa ductilidad se repetían seudónimos y nombres propios de columnistas y profesionales expertos que semanalmente ofrecían algo nuevo al público lector. El Chef, Juan Pimienta, Monona, Chaleko de Fuerza, F.L.M.F., resultan algunos de los ejemplos de los personajes que le daban vida a la revista aportando información de índole político-partidario, actualidad, ocio, deporte, cinematográfico, científico, artístico, entre otros. A su vez, mantuvo una estética homogénea en sus tapas, viñetas y caricaturas que incluyeron a reconocidos artistas plásticos de la zona (Mouguelar, 2013).

Justamente, en esa amalgama de información, noticias, textos literarios y fotografías, la revista desplegaba una pedagogía del consumo que no siempre cristalizaba de modo literal, sino que en muchas ocasiones la invitación a adquirir determinados objetos, expectativas y gustos se entreveraba con las notas editoriales pasando así de modo desapercibido. Advertimos que el acto performático seducía con mayor preponderancia a las lectoras. Amas de casa, esposas, madres, trabajadoras, profesionales, jóvenes, solteras, fueron interpeladas a consumir por medio de la publicidad.

Justamente, como lo advierte Pérez (2015), consumir es mucho más que salir de compras para saciar necesidades, en tal caso, pesquisarémos las marcas performativas y los trayectos de consumo mediante los cuales *Monos y Monadas instó* a las rosarinas a salir de sus casas, recorrer las tiendas, compartir un copetín con sus amigas, realizar ejercicios físicos y estar bonitas.

CONSUMOS PARA MANTENERSE BONITA: VESTIDOS Y CIRUGÍA

En 1975, Susan Sontag publicaba *Belleza de mujer* en la revista Vogue y escribía las siguientes palabras:

[...] la belleza es una forma de poder. Y con razón. Lo lamentable es que es la única forma de poder que la mayoría de las mujeres son alentadas a perseguir. Este poder siempre es concebido en relación al hombre; no es el poder para *hacer*, sino para *atraer*. Es el poder que se niega a sí mismo. Porque este poder no es aquel que puede ser elegido con libertad—al menos, no por las mujeres— o renunciado sin alguna censura social.³

Sin duda, las asociaciones entre belleza y feminidad, o directamente entre aquella y las mujeres, son extendidas y tienen profundas raíces históricas, a tal punto que ellas son concebidas como el *sexo bello*. Las mujeres *deben* ser bonitas, procurar alcanzar ese ideal estético que, ciertamente, las pondrá en ese lugar ambivalente de ejercer los privilegios de la belleza de los que hablaba Jean Cocteau, pero al mismo tiempo, ser presas de una performatividad que debe repetirse incansablemente.

En el período histórico en el que indagamos, el imperativo de la belleza femenina tiene la especificidad de época del advenimiento del consumo, contexto en el cual el mercado supo explotar este mandato de género y ofreció a las mujeres una variedad de artículos, servicios y consejos para ser o mantenerse bellas. Estos bienes, prácticas y recomendaciones se dirigieron específicamente al cuerpo femenino –quintaesencia de la belleza–, para vestirlo, adornarlo, resaltar u ocultar sus formas, o modificarlo en alguno de sus aspectos.

En Monos y Monadas, esto se verificó especialmente en aquellas secciones destinadas a la moda, como *Figurines*, en las consideradas de contenido femenino variado, las *Charlas por Monona*, y en la columna semanal dedicada a la cirugía estética. En dichos apartados, se puso en evidencia los estereotipos de género prevaletentes en la década de 1930.

En las imágenes de tapa (Mouguelar, 2013), así como los figurines y muchas de las fotografías que retrataban mujeres, la visión estereotipada de la feminidad y su asociación

3. Recuperado de: <http://www.vistelacalle.com/111201/belleza-de-mujer-ensayo-de-susan-sontag-para-vogue/>

con la belleza estuvo dada por los dictados de la moda. Entendemos a esta última no sólo como una tecnología de género (de Lauretis, 1996) que se imprime en los cuerpos y que los regula social y sexualmente y, especialmente, en su aparición pública; sino también como una práctica corporal contextualizada, indisociada del mundo social, pues éste es un mundo de cuerpos vestidos (Entwistle, 2002). La revista cuidaba especialmente de representar a las mujeres con prendas femeninas como vestidos y faldas estalladas, zapatos de tacón y una gran variedad de accesorios como sombreros, guantes, cigarrerías, carteras, cinturones que marcaban la cintura, joyas, etcétera. Los atuendos que no marcaran esta feminidad hiperbolizada eran objeto de desaprobación y las mujeres que los usaran, blanco del ridículo; pues la moda era una forma de mantener vigentes, y a simple vista, las diferenciaciones de género y de clase a modo de dejar en claro *quién es quién* en la sociedad (Masiello, 1997).

No obstante, no bastaba con modificar la apariencia del cuerpo mediante el vestuario. Era necesario ir más allá. Así, la sección *la cirugía plástica y estética al alcance de todos* funcionó como un medio de publicidad de esta especialidad médica, la cual fue presentada de manera rigurosa y contundente por un reconocido médico de la ciudad de Rosario. En la misma, se otorgaron los fundamentos científicos para impulsar a la cirugía plástica y estética como una especialidad con características y particularidades propias. Según esta publicación, la mayoría de las partes del cuerpo podían someterse a una cirugía estética (manos, ojos, orejas, nariz, bustos, entre otros), vinculándola con un conjunto de beneficios psíquicos y sociales que podía acarrear esta intervención quirúrgica. A partir de la sección, se prescribió una obligación social de ser bonita que el acceso a este trayecto de consumo podía acarrear. En este sentido, se sostenía que para acceder al mundo de las relaciones no sólo era necesario agradar, sino que también era importante llegar a ser bella.

A través de la revista *Monos y Monadas* se construyeron sentidos y se transmitieron una serie de expectativas, representaciones y concepciones de lo que se pretendía para las mujeres y las trayectorias de consumo que llevaban adelante. Desde esta perspectiva, las secciones destinadas a la difusión de la cirugía plástica y estética, el uso de cosméticos y la promoción de vestidos de moda construyeron estereotipos de géneros basados en las “creencias, percepciones, expectativas generizadas acerca de los atributos y

características de hombres, mujeres y los subgrupos de ambos” (Cardoso Onofre, 2016: 33). Los mismos poseen una dimensión descriptiva y una dimensión prescriptiva, refiriendo esta última a las cualidades que son deseadas o apropiadas en un determinado contexto sociohistórico, es decir, las características que un grupo de personas “deberían tener” desde una posición binaria.

En síntesis, podemos observar que la revista *Monos y Monadas* contenía estereotipos descriptivos sobre las mujeres, pero fundamentalmente se centraba en la dimensión prescriptiva. De este modo, las mujeres tenían que ser agradables, bonitas, poseer un buen aspecto físico, presentar una actitud pasiva, entre otros. Los trayectos de consumo referidos a la moda y la vestimenta y sobre la medicina abocada a la estética se encontraban íntimamente vinculados con el imperativo de alcanzar la belleza corporal y el reconocimiento social. En este sentido, el establecimiento y la reproducción de los estereotipos de género acentuaban y justificaban las asimetrías de poder y sostenían a lo femenino en un lugar de subordinación (Cardoso Onofre, 2016).

CONSUMOS PARA UNA BUENA MADRE Y ESPOSA: LOS JUGUETES, LA COCINA, EL DEPORTE

Así como hemos observado en el apartado anterior, desde *Monos y Monadas* se masificó el estereotipo de la mujer moderna preocupada por su apariencia física y vestuario. Tal como lo establece Tossounian (2021), las mujeres de los años '30, ávidas consumidoras de la moda estadounidense se identificaron con el perfil cosmopolita, el peinado con ondas al agua (estilo charlestón), las soleras sueltas y, también, la nariz respingada y los pómulos marcados. Esta performance fue acaloradamente impulsada por un mercado que ubicaba a la mujer en el centro de los actos de consumo.

En sintonía con esta pose (Vicens, 2020), la adquisición de determinados objetos, expectativas y servicios demandó la apertura de trayectorias de consumo específicas que la sociedad de entreguerras ofertó a la “empoderada” mujer moderna. En este apartado trabajaremos tres instituciones que cristalizaron en trayectos frecuentados por mujeres y que fueron hartamente citadas desde la revista que aquí nos convoca: aludimos a los clubes, las tiendas y los restaurantes. Es decir, al *salir de sus casas*, las rosarinas contaron con

estos espacios de circulación y socialización que involucraron al mismo tiempo tres actos específicos de consumo: la actividad física, la ingesta de alimentos y la compra de productos para el hogar.

Comencemos con *los clubes*. Avanzando el siglo XX, la eugenesia se había constituido como la ciencia predilecta para dar explicación a los vínculos que se encomendaban entre el cuerpo biológico y la cuestión social. En tal sentido, el cuerpo en movimiento, en contacto con la naturaleza y con determinados hábitos higiénicos, se constituyó en la promesa para combatir los males de la sociedad moderna poniendo en el centro a los cuerpos femeninos: gestantes de la nueva sociedad. El semanario trabajado en las presentes páginas se mostró atento a estas prescripciones llevando adelante una pedagogía del consumo basado en los clubes. En tal sentido, Club Huracán; Club Gimnasia y Esgrima; Club Hindenburg; Club Audax; Club Español y Club Diana resultan apenas un resumen de las instituciones que fueron noticia en *Monos y Monadas*. En las mismas, las mujeres aparecen realizando equitación, jugando al golf, al tenis, natación, basquetbol, entre otras actividades más. Esta semántica deja al descubierto un cuerpo femenino dedicado a la actividad física, cuyo carácter singular resulta un llamado de atención. Es decir, la revista ordenó un único modelo corporal deportivo: sano, estilizado, sexualizado de a ratos, en vínculo con su función esposa-materna siempre. Veamos cómo.

Monos y Monadas no fue un catálogo de compras, pero sí un semanario cultural e ilustrado atento a las demandas del mercado. Por lo cual, la revista no expresaba literalmente la actividad física u ornamentos específicos que las mujeres debían vestir, pero sí las mostraba realizando ejercicios y sobre la pose de ese cuerpo se establecía un estereotipo (Vicens, 2020: 83-84). En pocas palabras, el semanario actuaba como dispositivo generador de deseos por la adquisición de un determinado cuerpo, postura, prácticas, movimiento. Por ejemplo, las secciones *Football visto desde la Tribuna por Tero*; *El Football del domingo*; *Glosas del deporte por Juan Pimienta*, *Fott-ball por Tero* y *Puas* son algunas de las secciones del semanario en donde el deporte se ubica como tema central. Ahora bien, las mismas tenían un punto en común: las noticias retrataban eventos masculinos. Es decir, si en sus títulos las columnas informativas no contenían la semántica explícita de lo “femenino”, se daba por entendido que iban a informar acerca de un encuentro deportivo entre varones. De esta forma, el sustantivo universal genérico

masculino usado por la revista arroja luz a un rasgo sustantivo de la época: las mujeres podían practicar deportes, pero era éste un espacio hegemónicamente masculino.

Entonces, ¿cuál fue el lugar destinado en los clubes a los cuerpos no masculinos? Pese a la nota patriarcal que presentaba el deporte de entreguerras, el semanario dispuso de algunas páginas para retratar a las mujeres en movimiento. Una puesta en escena que sin duda nos permite escabullirnos en el periodo y revalorizar los lugares ocupados por estas mujeres, quienes no solo *salieron de sus casas*, sino también, irrumpieron en los clubes y en sus canchas, compitieron, se movieron, desafiaron los roles sociogénicos de la época.

Las fotografías y notas seleccionadas desde *Monos y Monadas* que arrojan luz sobre el binomio mujer-deporte ordenaban cuerpos pasivos, sexualizados, en pose y mostrando determinada fragilidad, más no practicando una actividad física propiamente dicha. Este tono lo podemos advertir al analizar la finalidad que desde la revista se dispone para las mujeres en el deporte: una perpetuación de su rol heteronormativo culturalmente pre-establecido. Como corolario, no frecuentarían los clubes ni realizarían actividades físicas para ser atletas sino para encontrar, en el entretanto, marido y, como consecuencia de ello, hijos e hijas. Una pista de esto lo explicita Juan Pimienta al referirse a las piletas de natación de Gimnasia y Esgrima: “significan para las chicas en estado de merecer, una pasarela para casar a los giles vulgarmente llamados maridos” (M y M, 1935 (32): 41). Con respecto al rol materno, resulta frecuente encontrar notas que resaltan el significativo vínculo madre-hijo/a, ejemplo de esto resultan las páginas que retratan a las piscinas del *Club Regatas de Rosario*, en donde un conjunto de fotografías es protagonizado por mujeres y varones, siendo sólo las primeras quienes se encontraban a cargo de los niños y niñas. Al respecto uno de los epígrafes sostiene: “Mamita...! Mamita... grita el bebé sorprendido por la frialdad del agua que no es precisamente la de todos los días antes de oír el arroró cariñoso que lo pondrá en contacto con los ángeles” (M y M, 1935 (36): 34).

Así, observamos cómo, pese a las conquistas culturales de la mujer moderna durante la entreguerra, la maternidad continuaba siendo el objetivo de vida para las muchachas.

Precisamente *Monos y Monadas* contribuyó desde sus páginas con este estereotipo que cristalizó no solo en la presencia de mujeres en los clubes, sino también en las publicidades relativas a las grandes tiendas. En efecto, si nos adentramos en las mismas, es

posible leer el ofrecimiento de artículos destinados a propiciar un desempeño *agradable* de la maternidad. Para garantizar que esto sucediera, un sinnúmero de objetos tenía a las madres como principales agentes de consumo de productos del hogar; destinados al buen trato de hijos e hijas en su adecuado crecimiento. Identificamos aquí un dato relevante a destacar: los anuncios mostraron un claro reparto de la crianza para niños y niñas, responsabilidad de las madres, donde además la propuesta lúdica dividía la diversidad de juguetes según el sexo. Mientras se invitaba desde el genérico “padres” a comprar trastos para el entretenimiento infantil, a las mamás se las interpelaba directamente cuando a los/as recién nacidos/as se aludía. Al parecer, los/as bebés eran dependencia exclusiva de sus progenitoras y las publicidades daban cuenta de ello. Lo hacían fundamentalmente cuando ofrecían objetos de cuidado y alimentación (coches, cunas, bañeras, etcétera). Entonces, si la decisión sobre el consumo para el esparcimiento (que solía adherirse al calendario festivo religioso e involucraba, por ejemplo, golosinas) de los/as niños/as recaía en las familias, cuando bebés, los anuncios colocaron el foco de atención en las madres y las interpelaron con imágenes acerca del uso de los productos para la compra. Entendemos que el adherido y socialmente aceptado rol reproductor (implicado en sus cuerpos) las hacía cargo de la tarea; de ahí que, quizás, la clave del consumo respetó el reparto del trabajo patriarcal en los cuales las mujeres asumieron históricamente la tramitación de lo doméstico y se hicieron, y hacen, cargo de la crianza de bebés y niños/as. En correlación, observamos cómo a *los papás* o *padres* se los convocó a los paseos de esparcimiento. De este modo, el sinnúmero de anunciantes presentes en *Monos y Monadas*, conscientes del papel de las mamás como protagonistas de la naciente sociedad de consumo, combinaron en sus mensajes roles y valores tradicionalmente asignados a ellas con los nuevos estilos de la vida moderna.

Pero no solo los clubes y las tiendas se convertían en circuitos de consumo que prescribían a la mujer madre y esposa. También encontramos un semillero de bares y restaurantes en donde las jóvenes y señoras pasaban largas horas platicando entre ellas y con sus compañeros. Esta experiencia de consumo era representada en la revista desde una especie de suplemento, ubicado en sus páginas centrales, con el título *Monos de actualidad*. Si bien el semanario no se conformó en una publicación ilustrada, en repetidas secciones utilizaba un papel especial que le permitía poner en escena imágenes que reproducían la vida social rosarina en la que varones y mujeres compartían “la mesa por

fuera de sus casas". De tal forma, bajo los títulos *pic-nic*, *dinner danzant*, *cocktail*, copetín de las ocho en el *Biarritz* o en el *Hamachi*, cenas en el *Ternazo* o en el *Fogón*, entre otras, el semanario se ocupaba de socializar aquellos lugares en donde rosarinos y rosarinas se congregaban para dialogar, distraerse, hablar de negocios y entretanto, consumir alimentos. Claro está que en estos encuentros una cámara fotográfica retrataba *in situ* a los y las comensales, quienes generalmente miraban fijamente la cámara.

Pero la revista no solo se encargó de prescribir trayectos de consumo culinario a partir de sus notas exclusivas, también lo hizo utilizando el dispositivo comercial por excelencia: la publicidad. En este sentido, varios de los locales públicos que ofrecían comidas divulgaban sus platos en *Monos y Monadas*. Entre otros podemos mencionar *El Fogón*, el Restaurant *Continental* de José Navarro, la *rotisserie* y parrilla *Bacelli* y la confitería *Biarritz*. Esta última, era "auspiciada" por una voz autorizada, la de *Monona*:

estoy verdaderamente encantada con las confiterías con las que cuenta desde hace unos meses a esta parte, Rosario, he visitado días atrás la "Biarritz" y he quedado gratamente sorprendida por la selecta concurrencia y por el exquisito gusto con que está decorada (...)(M y M, 1934 (15): 13).

Que sea *Monona* quien incita a visitar este local gastronómico no es casual. Es que las mujeres fueron activas partícipes de las imágenes publicadas en ronda a la alimentación en espacios públicos-comerciales. Así como vimos en la sección anterior, al promediar el período de entreguerras, se hizo frecuente la práctica de "salir de compras" entre mujeres, visitar las grandes tiendas tales como *Gath & Cháves*, *A la ciudad de Londres*, *Harrods* y *Gran Tienda Buenos Aires*, entre otras. Éstas resultaban espacios que innovaban en los hábitos de consumo al otorgarle cierta autonomía a las clientas (Dussailant Christie, 2011). Pero, como parte de ese trayecto de compras también se encontraban las tardes de té como ritual de coronación.

Así como el ejercicio de salir de compras recaía fundamentalmente en las mujeres, éstas utilizaban dicha rutina comercial para encontrarse con amigas, parientes o compañeras de trabajo y fundirse allí entre la fina vajilla y la exquisita pastelería ofrecida desde los bares ubicados en el centro comercial de Rosario.

En esta acometida, nos preguntamos sobre el rol que cumplía allí la cámara de *Monos y Monadas* retratando el encuentro privado (aunque en un espacio público) de las muje-

res en cuestión. Y es en la búsqueda de respuestas que pudimos advertir de qué forma, desde el epígrafe de las fotografías, el semanario más que detenerse en el acto culinario, prescribía sobre claves sociales y conductuales del banquete: el tema de conversación, las formas de mirar, los movimientos corporales que demandaban la expresión conversacional, de dónde venían, a dónde iban.

En esta clave, desde *Monos y Monadas* se hacía referencia a las citas femeninas a modo de encuentros cuyos temas de conversación quedaban colmados de aspectos anecdóticos y frívolos tales como noviazgos, moda y eventos sociales que a los ojos del presente podemos interpretar como un costo que las mujeres debieron pagar por atribuirse ciertas libertades en una sociedad que todavía las miraba con recelo. Entonces, las tardes de té resultaban a veces escenas de ridiculización; una especie de recinto de críticas para con la proyección pública de la mujer moderna. Esta última fue presentada como una jovencita superficial, derrochona, interesada, que perdía el tiempo en los bares de moda.

REFLEXIONES FINALES:

RESISTIR Y TRANSFORMAR EN LA SOCIEDAD DEL CONSUMO

Monos y Monadas mostró una urbe rosarina de varones que trabajaban y dirigían ámbitos de lo público acompañados por sus mujeres. Con relación a este rol accesorio asignado a lo femenino, la revista presentó trayectos de compra y asesoró sobre modos *correctos* de ser mujer en relación con los aspectos estéticos, gastronómicos, maternos, etcétera. Así, la imagen de las mujeres rosarinas que construyó el semanario respondió a varones que comulgaban con los estereotipos de género imperantes en la sociedad capitalista y patriarcal.

Sin embargo, cuando colocamos el foco en las prácticas de consumo de las mujeres, identificamos un sinnúmero de marcas propias. En *Monos y Monadas* fueron convocadas jóvenes, trabajadoras, deportistas, madres ocupadas por el cuidado y la educación de sus niños/as y señoras que fueron seducidas por la moda y la cirugía estética en auge. A ellas la revista, publicidad mediante, les ofreció juguetes para sus hijos e hijas, vestimenta, informó acerca de relevantes sucesos deportivos e invitó a salidas hacia el

centro comercial en disfrute de un té con amigas. Se las encontró asistiendo a clubes reconocidos de la ciudad, siendo tentadas a realizarse una cirugía estética e ir a los salones de belleza, se las identificó en la compra de vestidos de moda y en la práctica de deportes, pero también en la opinión acerca de los precios, en paseos por la ciudad para lucir bien y preocuparse por el cuidado de la belleza física sin desatender la crianza de su familia.

No obstante, la posibilidad de recorrer distintos trayectos para comprar y consumir tensionó el rol hogareño/maternal de la época y, en ese juego de entrar y salir, ellas generaron espacios de autonomía como sentarse entre mujeres a tomar el té, competir en deporte, desarrollar actividades laborales para y con mujeres o tener una profesión; sucesos a partir de los cuales se desarrollaron puntos de no retorno a la domesticidad plena y pasiva.

Finalmente, si bien los consumos fueron fuertemente prescriptos bajo estereotipos de género, sostenemos que en esos trayectos las mujeres transitaron el espacio público, realizaron actividades hasta entonces consideradas prerrogativas masculinas, construyeron identidades, socializaron y esgrimieron una agencia propia. En tal sentido, tensionamos la visión pasiva de los actos de consumir para reconocer en ellos formas de autonomía, toma de decisiones e incluso de sutiles resistencias propias de las mujeres de la época. Ellas encontraron en sus consumos materiales y simbólicos, intersticios para romper o al menos resquebrajar el rígido esquema de domesticidad que les fue asignado por la sociedad de entreguerras.

BIBLIOGRAFÍA

- Bontempo, P. (2011) "Para ti: una revista moderna para una mujer moderna, 1922-1935", *Estudios Sociales*, vol. 41, pp. 127-156.
- Cardoso Onofre, E. (2016) "Mujeres y Estereotipos de Género en la Jurisprudencia de la Corte Interamericana de Derechos Humanos", *Eunomía. Revista en Cultura de la Legalidad*, núm. 9, pp. 26-48.

- Degiovanni, F. (2007) *Los textos de la patria. Nacionalismo, políticas culturales y canon en Argentina*. Beatriz Viterbo Editora, Rosario.
- De Lauretis, T. (1996) "La tecnología del género", *Mora. Revista del Área Interdisciplinaria de Estudios de la Mujer*, núm. 2, pp. 6-34.
- Entwistle, J. (2002) *El cuerpo y la moda*. Paidós, Barcelona.
- Fernández, S. (2006) "La invención del consumo", en Fernández, S. (coord.) *Nueva Historia de Santa Fe VIII. Identidad y vida cotidiana (1860-1930)*. Prohistoria Ediciones, Rosario.
- Fernández, S. y Videla, O. (2001) "La evolución económica rosarina durante el desarrollo agroexportador", en Falcón, R. y Stanley, M. (Dirs.) *Historia de Rosario*. Tomo 1. Homo Sapiens, Rosario.
- Fernández, S. y Videla, O. (2008) (Comps.) *Ciudad Oblicua. Aproximaciones a temas e intérpretes de la entreguerra rosarina*. Quinta Pata y Camino, Rosario.
- Masiello, F. (1997) "Género, vestido y mercado: el comercio de la ciudadanía en América Latina", *Estudios. Revista de Investigaciones Literarias*, año 5, núm. 9, pp. 91-106.
- Megías, A. (2017) "De Monos y monadas a Gestos y muecas: el impacto de la política sobre el campo periodístico rosarino", en XVI Jornadas Interescuelas/Departamentos de Historia. Departamento de Historia. Facultad Humanidades. Universidad Nacional de Mar del Plata, Mar del Plata, pp. 1-25.
- Mouguelar, L. (2013) "Imágenes de la vida en la ciudad. Las portadas de Julio Vanzo para Monos y Monadas de Rosario", *Separata*, año 13, núm. 18, pp. 17-31.
- Pignatelli, A. I. (1997) "Caras y caretas", en *Historia de las revistas argentinas Tomo II*, Asociación Argentina de editores de revistas, Buenos Aires, pp. 272-347.
- Rocchi, F. (1999) "Inventando la soberanía del consumidor: publicidad, privacidad y revolución del mercado en argentina, 1860-1940", en Devoto, F., Madero, M. (Dirs.) *Historia de la vida privada en Argentina II. La Argentina plural: 1870-1930*, Taurus, Buenos Aires.

Tossounian, C. (2021) *La joven moderna en la Argentina de entreguerras. Género, nación y cultura popular*, Prohistoria Ediciones, Rosario.

Vicens, M. (2020) *Escritoras de entresiglos: un mapa transatlántico. Autorías y redes literarias en la prensa argentina (1870-1910)*, Ediciones de la Universidad Nacional de Quilmes, Bernal.

FUENTES UTILIZADAS

Monos y Monadas, 1935 (32): 41. Colección Histórica Digital de la Biblioteca Argentina "Dr. Juan Álvarez". Municipalidad de Rosario.

Monos y Monadas, 1935 (36): 34. Colección Histórica Digital de la Biblioteca Argentina "Dr. Juan Álvarez". Municipalidad de Rosario.

Monos y Monadas, 1934 (15): 13. Colección Histórica Digital de la Biblioteca Argentina "Dr. Juan Álvarez". Municipalidad de Rosario.

10.

DE ANDANZAS Y PERIPECIAS

LOS *EBRIOS* EN DIARIO *EL ORDEN*
EN LA ENTREGUERRA SANTAFESINA

PAULA SEDRAN

INTRODUCCIÓN

El consumo de alcohol ha concitado la fascinación y el rechazo fervientes en sociedades muy diversas. Sus usos comprenden la recreación, la liturgia religiosa, los rituales de pasaje, el consumo cultural e, incluso, actos de resistencia frente a regímenes de dominación. Los sentidos diversos asociados a la ingesta de bebidas alcohólicas, sentidos que pueden organizarse de manera general en *integrativos* y *conflictivos* (Heath, 1987). Entre ellos, la historia ha hecho énfasis en estos últimos en estudios estudio de las distintas formas de consumo de alcohol en sociedades decimonónicas y del temprano siglo XX. Amén de los aportes de la psicología, la antropología y la psiquiatría, por ejemplo (Menéndez, 1985; Dwight, 1984, Pineau, 2012; Sánchez Santiró, 2004; Rodríguez Santos, Baldo Soria y Cardoso Cristiá, 2000; Ramos de Viezca, 2001, Salazar Bermúdez, 2017) la historia social ha construido sus objetos en torno al alcohol con eje en los discursos negativizantes que primaron sobre él desde la constitución de las sociedades industriales europeas.

En América Latina, el mayor caudal de estudios históricos sigue esta línea, principalmente con relación a sus objetos de interés (la ingesta de alcohol como fenómeno transgresivo en relación con el orden social (Salazar Bermúdez, 2017b; Fernández Labbé Et. Al., 2008); como elemento de consumo cotidiano de los sectores obreros en conformación en distintos espacios sociohistóricos decimonónicos (Pierce y Toxqui, 2014; Piccato, 1991); y como elemento del proceso de medicalización social (Salazar Bermúdez, 2017a). Estos interrogantes se han sellado atendiendo a los ciclos de atención estatal, especialmente en los años de formación y consolidación de los estados nacionales latinoamericanos, en las últimas décadas del siglo XIX y comienzos del XX (Vázquez, 2018).

En el escenario historiográfico argentino, existen numerosos trabajos que consideran al consumo de alcohol como fenómeno sociocultural, los cuales han abordado primordialmente la temática desde dos aristas generales: como fenómeno social transgresivo (como delito, como factor incidente en éste y como patología) y en tanto práctica de sociabilidad ligada al ocio. Estos estudios destacan la relevancia de estudiar dichas aristas del fenómeno del consumo de alcohol, acentuando la importancia que los contemporáneos le dieron, la preocupación que generó por sus consecuencias sociales y morales

y la popularidad que su práctica adquirió en los años de consolidación de una sociedad moderna y de instauración de una sociedad de masas.

En la Argentina del giro del siglo el mercado, la ciencia médica y criminológica (Sozzo, 2012) y otros actores como el movimiento obrero y las mujeres, participaron de la redefinición del alcohol como problema social. La historia social ha revisado cómo éste pasó a ser un elemento central del problema del orden (Seidellán, 2008) y cómo incidió el aumento de su consumo en el desarrollo económico (Stein, 2014; Richard Jorba, 2010). Puntualmente, se ha considerado la ambivalencia que presentaron, en el período, el fomento del consumo y la lucha contra el alcoholismo en espacios regionales específicos (Mateu, 2016, Ferrari, 2014).

Tres formas visibles de consumo se impusieron en estos años: la recreativa, la nutritivo-terapéutica y la transgresivo-patológica. No obstante, algunos de los aspectos sobre la bebida han generado menor interés, más allá de trabajos señeros sobre sociabilidades específicas de la campaña y ciudad de Buenos Aires (Yangilevich, 2007; Gayol, 1993) que resultaron indispensables para dar forma a los interrogantes presentes en este escrito. Dichos trabajos demuestran que no puede definirse la cuestión del alcohol únicamente por su arista transgresiva, patológica o, en términos anacrónicos, por su consumo problemático, en tanto ello descompone un escenario cultural en el cual otros sentidos y prácticas existieron e incidieron y definieron la realidad social de su consumo (Room, 2001).

En línea con ello, este capítulo se propone explorar, en el caso de la ciudad de Santa Fe y su zona de influencia, prácticas y miradas sobre el alcohol que problematizan las clasificaciones unívocas, insertándose en el quehacer cotidiano de una región atravesada por modernizaciones diversas. Para el caso santafesino, dicha problemática todavía presenta innumerables vacíos temáticos, espaciales y empíricos. No ha sido estudiada en Santa Fe la conformación de sentidos en los discursos culturales sobre prácticas que, como la bebida, concitan fascinación y rechazo tan ampliamente en distintos períodos de la historia.

Específicamente para las primeras décadas del siglo XX, estudios previos (Sedran, 2018 y 2020) han permitido identificar cómo la discusión y representación pública, no experta, sobre el consumo de alcohol, se entreteje en temas de alto perfil político y económico

en Santa fe. Ahora bien, entre las últimas décadas del siglo XIX y los años de entre-guerras, Santa Fe y su región cambiaron de forma drástica y, con ellas, el mosaico de prácticas sociales aceptadas y rechazadas, combatidas o invisibilizadas. El alcohol aparece en situaciones muy distintas por lo cual, para reponer el imaginario santafesino sobre la bebida, es necesario dar cuenta de dicha diversidad. Caso contrario, se haría un recorte arbitrario que redundaría en tergiversar la historicidad de las prácticas de consumo, represión, simbolización del alcohol en Santa Fe.

El presente capítulo revisa discursos que circularon en Santa Fe en relación con el consumo de alcohol de una publicación periodística local: el Diario El Orden, publicado desde 1927 (hasta 1955). Es, entonces, una indagación micro en los tópicos, gestos argumentales y estratégicos de dichos discursos. No obstante, esta indagación se concibe como parte de una investigación más amplia, que analiza los sentidos construidos sobre el consumo de alcohol como vicio, sociabilidad y patología en los discursos culturales en Santa Fe en la primera mitad del siglo XX y que tiene por objeto la reconstrucción del proceso de consolidación de las distintas interpretaciones dominantes sobre la cuestión. No obstante, se entiende que el carácter exploratorio que la vacancia que existe para el caso santafesino impone a la exploración,

Un abordaje de este tenor reconoce la importancia de la dimensión cultural en la historia, como un medio de la activa construcción de las experiencias y relaciones sociales y sus transformaciones (Burke, 1993), con lo cual su conocimiento resulta necesario para reponer la historicidad propia de un período y espacio determinados. A su vez, una propuesta tal reconoce las subjetividades como parte constitutiva de los procesos materiales de estructuración social y por tanto de las relaciones sociales de poder (Caimari 2009 y 2007). Con ello, la dimensión cultural de la historia es un medio de la construcción de las experiencias y relaciones sociales, con lo cual su conocimiento es necesario para reponer la historicidad propia de un período y espacio determinados.

En función de ello, el presente trabajo explora y describe los sentidos predominantes sobre la ebriedad presentes en las páginas del diario local El Orden, desde los inicios de la publicación (1927) hasta finales de la década de 1930, recorte que considera tanto la cadencia y presencia de las noticias sobre ebriedad en el contexto del diario, así como la disponibilidad de ejemplares para poder realizar un relevamiento exhaustivo, como parte

del ejercicio de interpretación propuesto. Esta publicación desplegó, como parte de sus estrategias políticas y comerciales, un universo de sujetos que puede delimitarse de manera laxa como popular, en el cual incluyó como artífices activos de la sociedad local a sectores trabajadores, inmigrantes, mujeres, niños y sujetos marginales, entre los cuales se cuentan a los ebrios. Además, al tratar fenómenos transgresivos, El Orden construyó imágenes distintas, en principio no condenatorias, de prostitutas, suicidas, ebrios y ciertos tipos de delincuente.

Esta indagación se propone contrastar dichos sentidos con aquellos dominantes en la prensa local hasta fines de la década anterior, los cuales acentuaron la noción de *peligrinidad* en la figura de los *ebrios* y que se estructuraron en torno a los afectos de miedo, del pavor y del rechazo moral de los lectores. Asimismo, busca establecer el lugar que estas nuevas sensibilidades propuestas, vinculadas al ridículo, la sorna y la compasión, toman en una nueva configuración sobre el mundo del delito y de los sujetos marginales en la Santa Fe de la entreguerra.

EL ALCOHOL ¿PROBLEMA DE LA HISTORIA?

Al interrogante que encabeza este apartado, debe sumarse uno, más puntual: ¿cómo abordar la historia del alcohol en Santa Fe? que, no obstante, no puede responderse sin las consideraciones que se desarrollarán a continuación.

Como se expuso anteriormente, la mayoría de los trabajos realizados desde la historia social respecto de los usos, formas de consumo, control y representación del alcohol se orientan a analizar y explicar sus aspectos socialmente conflictivos. Ello es así no sólo para la historia latinoamericana y argentina, sino que se funda en una tendencia nacida al calor del propio proceso histórico del siglo XIX europeo: la negativización social del consumo del alcohol bajo preceptos morales, económicos y médicos (Harrison, 1997). De esta manera, la historia europea y norteamericana se ha enfocado, en un primer aliento, en los efectos del consumo de alcohol en torno al surgimiento de la sociedad industrial.¹

1. Los análisis presentan un paisaje diverso, aunque de intereses concomitantes, entre la historia del movimiento de temperancia (Harrison, 1997), de la historia de la medicina y

Como ha puesto de manifiesto Heath (1987), la historia social se ha concentrado en analizar los aspectos conflictivos que el consumo de alcohol presenta en coyunturas y procesos históricos determinados. No obstante, dichos desarrollos sólo de manera reciente han tendido puentes analíticos con las perspectivas desarrolladas por la antropología, la psicología y sociología, entre las cuales la primera con especial énfasis ha estudiado los aspectos integrativos de los usos del alcohol (Alasuutari, 1992). En el planteo del autor, no sólo se hace patente la necesidad de profundizar dichos diálogos, sino que, en confluencia con planteos basados en desarrollos antropológicos latinoamericanos (Menéndez, 2020) se identifican posibles vicios analíticos, consecuencia de sólo considerar la dimensión transgresiva o problemática del alcohol. Con base en los señalamientos de Heath (1987), Room (2001), Menéndez (1985 y 2020) y Alasuutari (1992) pueden identificarse dos sesgos, relacionados entre sí.

En primera instancia, existe el riesgo de asumir, a priori, que los sentidos negativos sobre el alcohol son los que *por definición* predominan socialmente; los que organizan su historicidad. Un posible efecto heurístico de ello es el reificar la mirada de los sectores dominantes sobre el uso del alcohol (que es por sobre otras cosas un problema social; cuáles son sus causas; a qué sujetos sociales se les atribuye). Asimismo, puede invisibilizarse así, en una búsqueda ya delimitada –el alcohol como problema– aquellos sentidos no negativos (integrativos: como los recreativos, terapéuticos, nutricionales) así como los usos “negativos” de los sectores sociales que han producido las fuentes consultadas.²

psiquiatría (Huertas, 1991) así como de la mirada estatal, capitalista y “experta” sobre los efectos del alcohol en los sectores obreros y populares (Lewis, 2021).

2. En este aspecto, es de una importancia central considerar los géneros discursivos de las fuentes consultadas. En el caso santafesino, existen dos ejemplos que ponen de manifiesto esta aseveración. Por un lado, en la prensa local puede verse una disposición espacial de las noticias que refieren alcohol. Aquellas que tratan episodios locales, presentan un formato más clásico: recuento, airado o picaresco, de enfrentamientos o situaciones irrisorias entre borrachos; en las notas provenientes de agencias internacionales o referidas a otros contextos, se ven reseñas científicas sobre los males del alcohol, así como recomendaciones sobre políticas terapéuticas y sanitarias o correccionales que el Estado debería impulsar (Sedran, 2021b). Dicho desplazamiento de una discursividad centrada en la peligrosidad que los ebrios suponían se dio al calor de la expansión del mercado y de los lugares de sociabilidad en que se daba un consumo aceptado. No obstante, ello no supuso, en la prensa local que ha podido consultarse, un mayor lugar dado a la publicidad de licores, vinos, cervezas y otros, o productos terapéuticos con contenido alcohólico.

En relación con ello, suele otorgarse un estatuto menor a fuentes *no expertas* sobre el tema las cuales son, precisamente, aquellas que ilustran otras prácticas y miradas sobre el alcohol. En este sentido, abundan las investigaciones sobre documentos médicos, penales, judiciales y otros de índole estatal (leyes, reglamentos, informes gubernamentales); son menos las exploraciones sobre otro tipo de documentación. No obstante, amén de la más evidente invisibilización de otras voces sobre la temática (y la interrelación que éstas puedan haber trazado con los discursos hegemónicos) existe otro efecto producido sobre el discurso histórico: el de favorecer una suerte de *etapismo*, según el cual la entrada en escena del discurso médico fue irrevocable por sobre una concepción moral-religiosa (anterior). En tal sentido, estudios contemporáneos sobre las raíces médicas o civiles del concepto mismo del alcoholismo como enfermedad (Room, 2001) han generado una crítica muy interesante en relación con los sentidos “apriorísticos” sobre las nociones asociadas al discurso médico y su real gravitación social.³

Respecto de los antedichos desafíos analíticos, la historia cultural propone considerar intensivamente, en profundidad, la producción de sentidos sociales y relacionarlos con la trama social de prácticas, políticas, consumos y sus efectos. Por ello, el estudio micro e intensivo que sigue, a propósito del tratamiento sobre los usos del alcohol en una publicación particular de la ciudad de Santa Fe, permitirá dialogar con análisis más amplios y que consideren otras variables de una ciudad en expansión y transformación.

3. Desde el punto de vista teórico, la historia cultural estadounidense ha logrado vía el estudio de casos “micro,” plantear precisiones interesantes en torno al concepto del alcoholismo como enfermedad, en el arco temporal que comprende el período de entreguerra, auge del prohibicionismo, y los años setenta, momento de una consolidación de la postura psiquiátrica al respecto. En tal sentido, ha sido señalado cómo se dio una pugna entre un concepto médico de enfermedad y el propuesto por una de las asociaciones paradigmáticas del siglo XX en este tema: Alcohólicos Anónimos. Fuente y motor incansable de una noción más espiritual y moralizante de la enfermedad alcoholismo, esta institución se impuso, a través de la campaña publicitaria que tuvo a Mrs. Marty Mann como cara visible, en la mirada pública respecto de la definición del alcoholismo como patología, de sus causas y efectos sobre el individuo y de la terapéutica más adecuada. Véase: Kurtz, Ernest, “Alcoholics Anonymous and the Disease Concept of Alcoholism,” *Alcoholism Treatment Quarterly* 20 (3&4):5-39, 2002.

SANTA FE: CONSUMOS, COSTUMBRES EN EL SIGLO XX.

En trabajos anteriores (Sedran, 2021) hemos analizado cómo una tendencia sugerida desde las últimas décadas del siglo XIX se consolidó en el XX. Se trató de una particular configuración de sentido entre la visibilización de consumos aceptados y *respetables* de las bebidas alcohólicas de la mano de la expansión del mercado y afianzamiento de formas específicas de sociabilidad (Fernández y Sedran, 2019) y su contraparte sancionada, reprobada, legal y/o moralmente (Sedran 2021). Por una parte, los procesos más amplios de alcoholización se expandían, de la mano del crecimiento comercial (en bares, cafés, fondas, expendio de bebidas, hoteles y restaurantes) demográfico y urbano (el ámbito doméstico se consolidó como uno de los lugares aceptados por excelencia para la ingesta de ciertos productos, como los aperitivos y vinos quinados). Por otro lado, al atender a cómo se enunciaron los usos negativos y excesivos del alcohol (como la ebriedad pública, las riñas, los escándalos, y –de manera novel- el alcoholismo) puede comprobarse que existió una transformación significativa: la ebriedad –y los ebrios– que en el siglo XIX eran señalados sistemáticamente como causantes de la violencia social, como peligrosos para el conjunto de la sociedad (Sedran, 2018) por distintas causas pasan a ser retratados, primordialmente, en una de tres formas: en situaciones de violencias interpersonal cuyos efectos se circunscriben a los protagonistas; en situaciones de ridículo o escándalo público cuya moraleja apunta a la necesidad de una mayor atención al decoro público y en recuentos ridiculizantes sobre accidentes, altercados y episodios diversos, violentos o no. En estos últimos, en que la presente ponencia se concentra, puede verse cómo el ridículo de los bebedores es, además, el acicate para la enunciación de críticas del os redactores del diario a la policía, al gobierno y a aspectos diversos de la vida pública local. Por ello, el análisis sociocultural de estos sentidos deberá, como gesto epistémico, suspender el pre-concepto que lo define, de manera inmanente, como un problema (moral, médico, criminal) aunque conviene reiterar que ello no supone negar estos rasgos, sino insertarlos en una trama sociohistórica concreta (Saignes, 1989).

En el caso santafesino, dichos cambios en los sentidos predominantes que se dio al consumo de alcohol, en la prensa local, se insertan en un escenario que, como se dijo, fue de expansión y complejización. A comienzos del siglo XX, la población santafesina se cuadruplicó. La ciudad capital y localidades lindantes pasaron de 10400 habitantes

registrados en el censo de 1887, a 60000 en 1914. De la mano de este crecimiento, la actividad en las calles de la ciudad se expandió y, con ella, las formas no problemáticas del consumo de alcohol, que pueden clasificarse primordialmente en recreativas, nutritivas y terapéuticas (Sedran y Carbonetti, 2019).

El puerto y sus alrededores, así como los distritos nuevos que crecían conforme la ciudad se expandía hacia el Norte, se poblaron de almacenes y expendios de bebida, que se sumaron a los ya existentes. Este tipo de local no fue hecho visible en las publicidades en la prensa (que sí promocionaban restaurantes y hoteles distinguidos, así como las bebidas en sí mismas), pero sí se los pueden hallar en las fuentes municipales. En el relevamiento de patentes libradas por el municipio para actividades comerciales (1902 a 1928) se percibe que la presencia de los rubros vinculados al acopio, expendio y consumo de alcohol, consolidaron su presencia en la vida comercial de la ciudad (por ejemplo, en 1907, el municipio registra 8 depósitos de cerveza, 4 de vino y de 1 de licores; se listan 350 despachos de bebida, 46 fondas y 4 licorerías).⁴

En otras palabras, la visibilidad de las distintas formas de ingesta de alcohol fue plena durante esos años. La prensa local lo reflejó de manera patente,⁵ sea lamentándola o sólo describiendo distintas circunstancias. A finales de la década de 1920, los comercios relevados y tasados por la municipalidad se poblaban de personajes como los descritos a continuación:

“¡Sáquenme estos borrachos, agente!” Siendo las 3:25 horas, en el Café San Carlos, de calle Rivadavia, se encontraban en estado de ebriedad los sujetos Escobar y Zeballos, cuyos antecedentes no son de los más recomendables, que pasan por ser lo que en el idioma arrabalero se llaman “pesao,” a los repetidos pedidos del dueño del café para que se retiraran, pues tenían que cerrar el negocio, habrían contestado negativamente agregando que se iría “cuando se le antojara, que para eso pagaba.”

4. Museo de la Ciudad de Santa Fe. *Digesto de la Municipalidad de Santa Fe. Tomos correspondientes a los años 1902 a 1928*. Talleres gráficos Cattáneo Hnos, Santa Fe.

5. El alcoholismo y sus consecuencias. *Santa Fe*, 1 de febrero de 1926; Liga antialcohólica. *Santa Fe*, 24 de octubre de 1916; En contra del alcoholismo. *Santa Fe*, 25 de septiembre de 1918. La crisis y el alcohol. *Santa Fe*, 25 de septiembre de 1918; Varios beodos durmieron en la comisaría. *El Orden*. 6 de enero de 1930; ¡Juegos vicio, alcohol! *Santa Fe*, 31 de octubre de 1919; El alcoholismo y sus consecuencias. *Santa Fe*, 1 de febrero de 1926

Vista la intransigencia de los ebrios, el comerciante llamó al agente Edmundo Chamorro de parada en las proximidades y le pidió que [los] hiciera retirar. Procedió el agente y sacó a los dos recalcitrantes trasnochadores del café. Estos se dejaban conducir, al parecer, de buen grado, pero apenas habían andado doscientos metros, de repente agredieron al agente a puñetazos alcanzándolo con varios golpes en la cara sin darle tiempo a defenderse con su machete ni a pedir auxilio con el silbato y finalmente lo abrazaron y lo derribaron al pavimento. Fue en esas circunstancias que un particular que pasaba por ahí tocó pito pidiendo auxilio.

Cuando ya Zeballos había conseguido despojar de su machete al agente Chamorro y sin duda hubiera malherido a éste, llegaron atraídos por los repetidos toques de auxilio los agentes de las paradas próximas, Ángel Fernández y Máximo Luna. Zeballos, armado del machete de Chamorro, se encaró con estos dos nuevos enemigos, quienes tuvieron que intimidarlo con sus revólveres para desarmarlo. Mientras tanto, Escobar se multiplicaba en la ofensiva y fue él quien salió más mal parado del entrevero, pues los machetes policiales encontraron su cabeza repetidas veces, resultando con varias pequeñas lesiones cortantes en el cuero cabelludo. Reducidos por fin los terribles ebrios fueron conducidos a la seccional 2a donde permanecieron hasta ayer a las 11 horas siendo remitidos al Departamento Central y de allí al depósito de contraventores, por los ocho días reglamentarios. El agente Chamorro, que presenta lesiones contusas sin importancia en el rostro, y Escobar, fueron curados en la asistencia pública.⁶

En esta nota, emergen aspectos que se repetirán en numerosos otros casos. En primer lugar, es de notarse que estas escenas eran cotidianas. El dueño del despacho de bebidas que pide asistencia policial, antes que asustado o en peligro, lo hace –al menos así es descripto– con hastío (“sáquenme a estos borrachos”). Ello también debe ser considerado a la luz de la condición de “pesao” de los ebrios y de sus antecedentes poco “recomendables.” Es decir que, en materia de peligrosidad, la misma no tiene preeminencia dentro del lugar de reunión y bebida (del cual se retiran en apariencia sin hacer problemas al llegar la policía). Pero, más allá, estos individuos agresivos no presentan en la nota una amenaza, un peligro para la sociedad: en esta como en tantas otras noticias, sus actitudes violentas (en este caso, resistirse y agredir a un agente policial) no tienen consecuencias para el conjunto social. En este caso, de hecho, siquiera las heridas infringidas al agente fueron de gravedad (aunque el título de la nota la anuncie: “Grave altercado entre ebrios y la policía”). En casos en que las heridas fruto de altercados riñas

6. *El Orden*, Grave altercado entre ebrios y la policía 3 de noviembre de 1927.

y peleas sí son graves, también son limitadas a los protagonistas del evento.⁷ Ello no implica afirmar que estos hechos no preocuparan a la opinión pública, sino que permiten preguntarse, a través del reconocimiento de los tópicos que se repiten en estas narraciones, específicamente qué elementos de esta violencia reunían la atención de redactores y potenciales lectores.

OJOS QUE VEN...

Otro elemento interesante de estas crónicas lo constituye la preocupación, estrictamente hablando, por la visibilidad de estas conductas. Ello se trata de un rasgo que ya era central en las notas, crónicas y editoriales del siglo XIX (Sedran, 2018) las cuales, sin embargo, perdieron en estos años en su enunciación el componente de peligrosidad y se concentraron en la vergüenza que estos episodios representaban:

La conducción de los ebrios detenidos en los despachos de bebidas o en la calle, es un bochorno, tal como ahora se efectúa. Un vigilante, a veces dos o tres, forcejeando, arrastrando a tirones a un infeliz beodo, es un espectáculo denigrante. Espectáculo hemos dicho y no otra cosa, es ese exhibicionismo de un hombre, y peor si es una mujer, convertido en un ente irracional que las más de las veces vocifera obscenidades, seguido el mísero cortejo por una caterva de chiquillos que por inconsciencia o por mala inclinación hallan un incentivo para sus instintos en la indignidad del cuadro que ofrece la víctima de las tabernas.

El público, ávido por inclinación de la nota fuerte, no siempre vuelve la cara y deja pasar; antes bien se agolpa en puertas y ventanas o se detiene a contemplar el paso del contraventor y pocos son los que recapacitan sobre las consecuencias perniciosas para la sociedad que pueden inferirse sin profundizar en el hecho que a diario se repite.

Desde largas distancias los ebrios detenidos son paseados por las calles, hasta la comisaría respectiva y menos mal cuando el ebrio se deja llevar y no obliga a los agentes a emplear medios violentos. Hora es que de la ciudad desaparezcan esos espectáculos. Nuestra capital, radicalmente cambiada en su aspecto físico, debe propender ahora a su mejoramiento en lo moral (...).⁸

En este fragmento, se hacen patentes algunos términos que, como en el caso anterior, fueron marca registrada en el tratamiento recurrente de estas temáticas: el énfasis he-

7. *El Orden*, "Heridas graves a una mujer por parte de su amante", 6 de diciembre de 1927.

8. *El Orden*, "La conducción de los ebrios a las comisarías" 6 de noviembre de 1927.

cho en la visibilidad del escándalo o falta de decoro: “bochorno,” “espectáculos,” “vociferar obscenidades,” todas ellas consecuencia del “exhibicionismo de un hombre” en los “paseos” hechos de los ebrios en las calles y propiciado por la falta de discreción de la policía en la realización del traslado. En efecto, el crecimiento de la ciudad y su modernización (ahora las distancias a recorrer por los ebrios arrestados con largas) se vincula con la necesidad de *aggiornar* las capacidades y destrezas de discreción en la tarea policial.

De la mano de lo anterior, los redactores también dan fe de que el público es cómplice, aunque sea pasivo, de estas circunstancias. Si la discreción es necesaria en estos hechos que “a diario se repite[n]”, argumentan, es precisamente porque “El público, ávido por inclinación de la nota fuerte, no siempre vuelve la cara y deja pasar.” Esta aludida fascinación se repite, como argumento, en otras noticias del estilo, entre las que se cuentan agresiones, enfrentamientos entre parejas y “abusos deshonorosos.”⁹

Las críticas a la policía arreciaron. Amén de que desde *El Orden* se reconoció la labor policial en casos de violencia interpersonal en que la ebriedad medió,¹⁰ la aludida incapacidad policial de realizar traslados decorosos de ebrios e infractores o de contener situaciones de agresión y de violencia interpersonal, se sumó a burlas como que, en los días de lluvia, la policía no trabajaba.¹¹

La ridiculización, sea del ebrio, de la policía o de las circunstancias en que los hechos narrados transcurrían adoptó otras formas, como la sátira de que fue objeto un “fandango,” baile de nochebuena en que un “coloquio amoroso fue interrumpido por un botellazo que recibió en la cara el galán (...) en los siguientes hechos ocurridos antes y después del santo advenimiento que celebró jubilosa la cristiandad.”¹²

9. *El Orden*, “Comisaría 6ª Ebriedad y desorden;” 30 de noviembre de 1927.

10. *El Orden*, “La policía impidió un hecho de sangre” y “Por una deuda de 80 centavos...” 11 de noviembre de 1928; “Menudencias del parte policial;” 29 de diciembre de 1927; “Individuos ebrios promovieron un grave desorden: epílogo en lucha sangrienta.” 7 de agosto de 1936.

11. *El Orden*, “La policía y la tormenta;” 6 de diciembre de 1927.

12. *El Orden* “Baile de nochebuena...” 27 de diciembre de 1929.

En este baile,

Tranquilino Vargas [que] a pesar de lo tranquilizador de su nombre, como había monopolizado el consumo de bebidas espirituosas, amén de la dosis que ya había ingerido cuando cayó al baile, había perdido la brújula, y dio la nota discordante insultando a otro contertulio, Germán Zárate". Por ello, "el dueño de casa, velando por el prestigio de su autoridad de tal, intimó a Vargas a que abandonara la reunión y se fuera a "dormir la mona". El intranquilino Vargas, desagradado por tan razonable proceder, desnudó un descomunal facón y desafió a Bustos a pelear, sólo por el gusto de demostrar a la concurrencia, que se arremolinaba ya, que él es muy hombrecito (...).¹³

En esa misma línea, la sorna con que se planteó incluso la comisión de delitos contribuyó a desdibujara a la ebriedad como representando un peligro real y grave para la vida cotidiana local. En julio de 1939, se lee:

Tres borrachines ¿asaltantes?" tres personas forzaron con una barreta la puerta de la proveeduría de un obraje. El sereno salió corriendo a la policía porque dijo que los asaltantes dijeron que iban a matarlo y: "el encargado de la comisaría, acompañado por personal a su cargo, se trasladó a la comisaría. Pero a esta altura de los hechos ocurrió algo sorprendente: allí, en el interior del negocio se encontraban tres personas, bebiendo a discreción. Se hallaban ya semi-ebrias (...).¹⁴

La alarma del sereno, que salió corriendo a pedir auxilio parece, una vez descubiertos los delincuentes, un tanto desmedida, ante el hallazgo por la autoridad de tres personas "ya semi-ebrias" que no parecen haber presentado ninguna amenaza para la policía. De hecho, ya en el título de la breve noticia, la condición de asaltantes de estos hombres es puesta entre signos de interrogación.

Finalmente, una forma adyacente de poner el énfasis en la molestia que comportaban los ebrios en la cotidianidad se plasmó incluso en casos trágicos. También en 1939, se dio un caso de suicidio de un inmigrante sirio, que vivía con otros hombres en una habitación de una casa de inquilinato de la zona céntrica, cercana al puerto. Allí, José Emilio Hazán, se arrojó de la ventana, y murió del impacto de la caída. No obstante, se destaca cómo la noticia subraya cuán molesto era el hombre cuando se emborrachaba, rasgo que se vuelve central en el relato y en las actitudes adoptadas por los otros residentes de la habitación:

13. *El Orden* "Baile de nochebuena..." 27 de diciembre de 1929.

14. *El Orden*, "Tres borrachines ¿asaltantes?" 7 de julio de 1939.

Era común en José Emilio Hazán, sirio de 46 años de edad, y verlo en estado de ebriedad, y su compañía en estos momentos era una cosa insoportable. El expresado ocupaba con otros connacionales la habitación número 38 de la casa de inquilinato en San Luis 2694. Siendo más o menos las 17 horas de ayer regresó a su casa en completo estado de ebriedad. Su presencia en ese estado era realmente insoportable apenas de llegado dio un puntapié a un brasero que se hallaba en la habitación y luego de lo cual comenzó a insultar a sus compañeros de pieza, expresando que se mataría. Expresiones que desde luego no fueron contestadas por sus compañeros pues querían evitar cualquier incidente.

(...) Al caer primeramente dio con unos alambres para tender la ropa y luego dio de bruces al suelo, perdiendo el conocimiento.¹⁵

Incluso en la descripción del golpe fatal, que incluyó el indigno detalle de que “primeramente dio con unos alambres para tender la ropa,” el relato acentúa el absurdo de la trágica muerte de este hombre “insoportable.”

El último ejemplo que se revisará en este recorrido exploratorio, descriptivo e intensivo de las formas en que la ebriedad y la bebida fueron enunciadas en el diario *El Orden*, se trata de una extensa crónica publicada en 1933 en que se relata cómo un ebrio consuetudinario, dispuesto a dormir luego de uno de sus recorridos habituales por los bares de la zona, soñó que era mordido por una serpiente y fue tal su convicción que, aún despierto, siguió pidiendo a gritos atención médica. De hecho, se dice que “Asustado, comenzó a gritar como un energúmeno y luego lloró desconsoladamente apretándose un tobillo donde, según decía, el animal había inoculado el veneno.”

Este caso es interesante, principalmente por cómo los redactores de *El Orden* asumen el importante espacio que le dan a lo que podría calificarse como una anécdota trivial, sin consecuencias concretas sobre el protagonista ni quienes lo asistieron pero que, a sus ojos, representa una manera común de actuar de los ebrios locales los cuales, como en las demás noticias por el estilo no son peligrosos, pero sí representan una presencia visible y significativa. En adición a ello, el juego de palabras con el nombre del protagonista y los giros literarios que toman preponderancia en el relato, contribuyen a crear un clima de costumbrismo y de humor. Se reproducen fragmentos que pueden suscitar

15. *El Orden*, “Un ebrio se arrojó desde cinco metros de altura matándose.” 5 de agosto de 1939.

discusiones interesantes respecto de los rasgos discursivos estratégicos del tratamiento de estas temáticas:

NO TENIA NADA.

Bien se merece un título de tres columnas la aventura tragicómica que ha vivido anoche un eterno adorador de Baco y que aún sigue saboreándola sin llegar a convencerse de que todo no pasó de ser otra cosa que pura alucinación.

El suceso en los primeros momentos, dada la forma gráfica y emocionante con que era relatado por la supuesta víctima, llenó de lástima a los empleados policiales y curiosos que se palpitaron el cuadro.

Este sentimiento aligeró la tradicional cachaza del procedimiento, para sumar mayores posibilidades de salvación al borracho que a pasos gigantes iba volviendo a la normalidad.

(...)JUN CAMPERO QUE BUSCA EL CAMPO.

Francisco Campero es más pueblerino que los gorriones. Pese a su apellido un tanto silvestre, tiene una pinta ciudadana que no se la borra, aunque se empilche de serrano. Trabaja de tarde en tarde, pero más son las tardes en que no lo hace, por cuanto le tira más el vino que el laburo, de manera que ya es en él un hábito el vivir un tanto alegre.

(...)La única costumbre que lo identifica un tanto con su apelativo es la de ir a dormir las monas a campo raso. Esta particularidad que tiene sus ventajas según desde el punto que se aprecie, le ha traído al curdela más de un disgusto, pero él pasa por alto los inconvenientes pues cuando busca el pasto para dormir ni él mismo sabe que lo hace.

(...)¿LO PICÓ LA VÍBORA?

Campero estaba en su ambiente. Arrullado por la caricia de las gramillas, el suave perfume del lonconte y el chirriar de miríadas de grillos y sapos, dormía plácida y ruidosamente. Debió soñar cosas muy bellas para él. Ríos de vino negro, lagunas de chilecito, canales de anís Carabanchel y fuentes de cerveza en todas las esquinas de su barrio. Luego con caricias perfumadas de alcohol, con vigilantes de vista gorda y comisarios atentos con los curdela. Después toda la satisfacción que iba edificando su sueño se derrumbó estrepitosamente hacia una pesadilla espantosa. El río de vino se transformaba en una enorme serpiente de ojos rojos y lengua violeta que pasaba por su lado y le rozaba con su frío y áspero perfil.

El enorme ofidio se detuvo un instante a su lado. Sonrió mefistofélicamente y habló en un lenguaje que nunca había escuchado el borracho pero que lo comprendía perfectamente. La enorme víbora le dijo: Pancho, ha llegado la hora

de la venganza: soy el espíritu de todos los vinos solidificado. Vengo a cobrarle el perjuicio que nos has hecho en toda tu vida de trasegador. Por tu culpa y la de millares de hombres débiles la humanidad nos vitupera.

Ninguno de vosotros tiene clase para catarnos y gozar con el fuego de nuestra alma que es esencia de los dioses paganos. Por eso morirás. Voy a succionarte la sangre porque en ella llevas una medida infinitesimal nuestra. La serpiente calló, pero Campero inició una de gritos que despertaron a todas las gallinas de las inmediaciones y sacaron a la calle a numerosos vecinos. Los primeros en llegar encontraron a Campero llorando desconsoladamente. Se apretaba el tobillo de la pierna izquierda y clamaba por la presencia de un médico diciendo que una enorme víbora lo había mordido.

AL HOSPITAL

Muy pronto un comedido puso en antecedentes de lo que estaba ocurriendo al comisario seccional, quien se trasladó al lugar del hecho luego de solicitar la presencia de un médico de sanidad policial. Campero fue trasladado al local de la comisaría mientras unos veinte vecinos entre adultos y menores se dedicaron a la búsqueda de la víbora, sin lograr encontrarla. Llegado el médico de policía, por más que buscó la señal que indicara dónde el ofidio había inoculado su veneno, nada pudo encontrar y como Campero siguiera llorando desconsoladamente y quejándose porque ninguno de los presentes quería succionarle el tobillo para extraerle el veneno, el médico dispuso su traslado a la sala policial del hospital.

(...) Pese a todo, no ha hecho promesa de repudiar el vino.¹⁶

Campero, en su convicción, condicionó las acciones de todos los testigos (unos veinte vecinos que buscaron la víbora) y de las autoridades (que, a pesar de no hallar en él, herida alguna, cedieron a su pedido de trasladarlo al hospital).

Además de ello, en los citados ribetes literarios sobresalen algunas consideraciones sobre la bebida en sí y sobre cómo, desde un lugar de superioridad, los redactores caracterizaban al ebrio como un sujeto no merecedor. Desde su disfrute del pasto como si fuera “la más mullida cama,” hasta las motivaciones de la serpiente para morder a Campero: “Ninguno de vosotros tiene clase para catarnos y gozar con el fuego de nuestra alma que es esencia de los dioses paganos. Por eso morirás.” En términos de las representaciones de los redactores ¿qué hacía no merecedor a Campero? ¿Su vicio? ¿Una supuesta incapacidad de valorar el buen vino? y luego ¿Quiénes sí eran válidos bebedores?

16. *El Orden*, “Un adorador de Baco se acostó a dormir y soñó que lo picaba una víbora con lengua de fuego.” 7 de enero de 1933.

El rol ridículo del ebrio se sella cuando una de las pocas explicaciones verosímiles de lo imaginado por éste fue que “una minúscula hormiga le atenció la pierna, por haber ido a descargar su osamenta sobre su nido” y que, a pesar de todo lo sucedido, Campero no “no ha hecho promesa de repudiar el vino.”

La figura del ebrio irredento también tendrá una presencia perenne en las páginas de El Orden y fue otra de las manifestaciones de las vicisitudes de estos hombres (y algunas mujeres) que, de ser amenazas a la vida civilizada, pasaron a ser víctimas de su vicio, de sus pesadillas, como Francisco Campero.

ALGUNOS COMENTARIOS FINALES

En este recorrido a ras del piso, descriptivo del *página a página* de una publicación diaria local, el objetivo primordial fue el de tomar la temperatura de las lecturas que se hicieron predominantes sobre el consumo desmedido, excesivo de bebidas alcohólicas. La figura, el sujeto que encarnó dichas prácticas fue la del *ebrio*. A partir de este reconocimiento y del relevamiento previo de estos mismos discursos en décadas previas, ha sido posible reconocer un cambio en la enunciación más reiterada, más recurrente, de los efectos de dichas prácticas en la sociedad.

De representar una amenaza y una fuente de peligrosidad y de violencia, el ebrio pasó a constituir una figura que inspiraba otros afectos y emociones, tales como el desprecio, el hastío, la risa, el ridículo, la vergüenza.

Desde ya, ello no dio por tierra con la presencia de la violencia interpersonal en los episodios narrados. De hecho, muchas de las noticias que poblaron casi una década de El Orden en esta materia, refieren a enfrentamientos, riñas y violencias interpersonales. No obstante, lo que sí puede registrarse es otro tono en la narración de estas violencias. Se trató, en estos años, de peligros y consecuencias que se circunscribieron a los protagonistas de los hechos.

A más, la caracterización del ebrio como víctima del alcohol, del vicio, como una figura triste, resulta la contracara de esa *ausencia* de la peligrosidad que fue su sentido estructurante en décadas previas. En un contexto de consolidación institucional, de amplia-

ción del mercado y de complicación de la sociedad santafesina, estas miradas sobre el alcohol fueron contemporáneas a otra ausencia: la de políticas terapéuticas y penales específicas; la relación entre estas dos comprobaciones, resta por hacerse, conociendo ahora, un poco más *in extenso*, el abanico de representaciones de los santafesinos sobre los *ebrios* y sus efectos sobre la sociedad.

BIBLIOGRAFÍA

- Alasuutari, P. (1992) *Desire and Craving: A Cultural Theory of Alcoholism*, New York: State University of New York Press.
- Alzate Etcheverri, A. (2006). La chicha: entre bálsamo y veneno Contribución al estudio del vino amarillo en la región central del Nuevo Reino de Granada, siglo XVIII. *Historia y sociedad*, 12, 161-190.
- Burke, P. (1993) "La nueva historia socio-cultural", en *Historia Social*, núm. 17, pp. 105-114, Valencia: Crítica.
- Caimari, L. (2009). *La ciudad y el crimen, delito y vida cotidiana en Buenos Aires, 1880-1940*. Buenos Aires: Sudamericana.
- Caimari, L. (2007). *La ley de los profanos. Delito, justicia y cultura en Buenos Aires (1870-1940)*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Campos Marín, R. (1997) *Alcoholismo, medicina y sociedad en España (1876-1923)*. Madrid: CSIC.,
- Donna, E. (2016). Responsabilidad penal y alcoholismo en la jurisprudencia argentina. *Violación del principio de culpabilidad y nuevas perspectivas*, *Idearium*, 6/7.
- Dwight, H. (1984). Análisis de aspectos socioculturales del Alcohol en América Latina, *Revista Médica*, 2: 100-109.
- Fernández, S. Sedran, P. (2019). Consumo respetable: publicidades del alcohol en la Provincia de Santa Fe a inicios del siglo XX, *Anuario de Historia social y Cultural*, 46: 209-235.

- Fernández Labbé, M. (Comp.) (2008). Alcohol y trabajo. El alcohol y la formación de las identidades laborales. Chile Siglo XIX y XX. Osorno: Editorial Universidad de Los Lagos.
- Ferrari, A. (2014). Borrachos eran los de antes... El vino como problema sociocultural y político en San Juan, Argentina, 1880-1910. *Rivar*, 1 (3): 57-75.
- Gayol, S. (1993). Ebrios y divertidos: la estrategia del alcohol en Buenos Aires, 1880-1900., *Nueva época*, 13,
- Huertas García-Alejo, R. Campos Marín, R. (1991). El alcoholismo como enfermedad social en la España de la Restauración problemas de definición. *Dynamis: Acta hispanica ad medicinae scientiarumque historiam illustrandam*, 11, 263-286.
- Kurtz, E. (2002). Alcoholics Anonymous and the Disease Concept of Alcoholism, *Alcoholism Treatment Quarterly* 20 (3-):5-39.
- Lewis, (2021) From Pharmacies to Liquor Dispensaries in the US South, 1893-1907: Thinking through One Adaptation of the Gothenburg System., 35, 2, 327-346.
- Mateu, M. (2014). El vino como alimento y como problema social. Las posturas de los expertos en medio del fomento del consumo y de la lucha contra el alcoholismo. Mendoza en las primeras décadas del siglo XX. *H-industri@*, 18,
- Menéndez, E. (1985). Saber médico y Saber popular: el modelo médico-hegemónico y su función ideológica en el proceso de alcoholización, *Estudios sociológicos de El Colegio de México*, 8, 263-296.
- Piccato, P. (1997). No es posible cerrar los ojos. El discurso sobre la criminalidad y el alcoholismo hacia el fin del porfiriato, en Pérez Montfort, Ricardo, Del Castillo, Alberto y Piccato, Pablo, Hábitos, normas y escándalo. Prensa, criminalidad y drogas durante el porfiriato tardío. México: Ciesas-Plaza y Janés.
- Pierce, G., Toxqui, Á. (2014) *Alcohol in Latin America, a social and cultural history*, Tucson: University of Arizona Press.

- Pineau, V. (2012). Prácticas de consumo de alcohol en poblaciones indígenas de la Frontera del Sur desde la arqueología histórica, *Relaciones de la Sociedad Argentina de Antropología*, 2, 265-297.
- Richard Jorba, R. (2010). *Empresarios ricos, trabajadores pobres. Vitivinicultura y desarrollo capitalista en Mendoza 1850-1918*. Rosario: Prohistoria.
- Rodríguez Santos, O. Baldo Soria, R., Cardoso Cristia, S. (2016). Consumo de alcohol: alcoholismo y rasgos psicológicos de la personalidad. *Revista Cubana de Medicina [online]*. 3, 255-259.
- Room, R. (2001). Intoxication and bad behaviour: understanding cultural differences in the link. *Social Science & Medicine*, 53, 189-198.
- Saignes, T. (1989). Borracheras andinas: ¿Por qué los indios ebrios hablan en español?, *Estudios y Debates*, 1, 83-127.
- Salazar Bermúdez, Alejandro (2017a) Alcoholismo. En Ríos Molina, Andrés, Los pacientes del Manicomio La Castañeda y sus diagnósticos. Una historia de la clínica psiquiátrica en México, 1910-1968, 323-372. México: Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora.
- Salazar Bermúdez, A. (2017a). Visiones sobre el alcohol y la prohibición en los debates médicos y la prensa en Colombia, 1918-1923, *Trashumante. Revista Americana de Historia Social*, 9, 78-97.
- Sánchez Santiró E. (Coord.) (2007). *Cruda realidad. Producción, consumo y fiscalidad de las bebidas en México y América Latina, siglos XVII-XX*. México: Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora.
- Sedeillán, G. (2008). La penalidad de la ebriedad en el código penal y en la praxis judicial bonaerense 1878-1888. *Anuario del Instituto de Historia Argentina*, 8, 151-171.
- Sedran, P. (2021), El alcohol en su laberinto: ebrios, violencia y lástima en la configuración del desorden ciudadano. Santa Fe, 1900-1930. En Larker, José, Tonon, Cecilia, *Orden y conflictividad social entre los siglos XIX y XXI Miradas espacializadas en el territorio santafesino*, pp. 99-120.

PAULA SEDRAN

- Sedran, P. (2018). *Moral y orden. Sentidos y prácticas en la transformación de los comportamientos públicos (Santa Fe, 1856-1890)*. Buenos Aires: Teseo.
- Sedran, P., Carbonetti, A. (2019). Miracle cures: advertisements for various medications in the Santa Fe press, Argentina (1890 -1918). *Hist. cienc. saude-Manguinhos*, 4, 1121-1137.
- Sozzo, M. (2012). Delito, locura y criminología positivista, *Nova criminis: visiones criminológicas de la justicia penal*, 4, 113-159.
- Vázquez, M. (2018). Degeneración, criminalidad y heredo-alcoholismo en Colombia, primera mitad del siglo XX. *Saúde Soc. São Paulo*, 27 (2). 338-353.
- Yanguilevich, M. (2007). Violencia, convites y bebidas en la campaña Bonaerense, 2da mitad del siglo XIX," *Revista Andes*, 18, 1-16.



La obra se ocupa de problematizar el mosaico de prácticas, representaciones, debates y formas de sociabilidad en el espacio provincial santafesino y de la Argentina en el período de entreguerras. Mediante el análisis de casos que apuntan a la construcción de una historia sociocultural que contemple las escalas como elemento de análisis, las contribuciones que comprenden este volumen abordan cuestiones como las cambiantes formas de sociabilidad en los espacios públicos urbanos, la preeminencia de nuevas publicaciones y de la cultura gráfica en la formación de opinión pública así como en el debate estético e intelectual, así como el derrotero seguido por las formas de control y transformación de las conductas consideradas disruptivas para el orden público, teniendo en cuenta que éstas fueron, también, formas de construcción identitaria de sujetos subalternizados e invisibilizados.

